



se

MARGERY ALLINGHAM

El tigre en la niebla

UNA INVESTIGACIÓN DE ALBERT CAMPION



Lectulandia

Londres está en peligro. Entre la espesa niebla de noviembre se esconde Jack Havoc, «el Tigre», un violento asesino acabado de salir de la cárcel para espanto de las autoridades y la población civil. Los parques y callejones de la capital británica se teñirán de sangre si «el Tigre», siempre al acecho, no es capturado a tiempo por alguien más hábil y astuto que él. Solo los inspectores Albert Campion y Charles Luke parecen estar a la altura de la retorcida mente criminal de tan temido asesino, que, nuevamente en libertad, tomará el camino de Normandía en busca de un misterioso «tesoro». Seguirle los pasos sin ponerse al alcance de su afilado cuchillo no será tarea fácil para sus intrépidos cazadores.

Lectulandia

Margery Allingham

El tigre en la niebla

Albert Campion - 14

ePub r1.0

Ablewhite 17.05.16

Título original: *The tiger in the smoke*
Margery Allingham, 1952
Traducción: Damián Alou

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado a
Sally Reid

Capítulo 1

Fantasmas

—A lo mejor no es más que un chantaje —dijo esperanzado el hombre sentado en el taxi. La niebla parecía una manta color azafrán empapada de agua helada. Llevaba todo el día flotando sobre Londres, y por fin comenzaba a descender. El cielo presentaba el mismo color amarillento de un guardapolvo, apoyado sobre una capa grisácea punteada de topos negruzcos e iluminada por esporádicas esquirlas de color pescado, cuando un policía ataviado con una capa húmeda se volvió hacia ellos.

El tráfico iba ya a un ritmo irritablemente lento. Cuando cayera la noche estaría completamente detenido. Al oeste, Hyde Park chorreaba por todas sus hojas, y al norte, la gran estación de tren resolvía sus asuntos entre golpes, porrazos y explosiones sordas. Entre esos dos puntos se extendían kilómetros serpenteantes de un estucado color mantequilla que cubría todos los estadios posibles entre la decrepitud y la rehabilitación.

La niebla se había colado en el taxi, que ahora jadeaba, parado en medio de un atasco. Se infiltraba de un modo nada agradable y manchaba con sus dedos tiznados a los dos elegantes jóvenes que viajaban en el interior. Ambos procuraban guardar las distancias, y lanzaban miradas furtivas con igual temor a sus manos entrelazadas, que reposaban sobre el raído asiento de cuero, a la misma distancia de ambos.

Geoffrey Levett tenía treinta y pocos años. Su cara mostraba unos rasgos muy marcados y poco comunicativos. El cuerpo era sólido, poderoso. Tenía unos ojos castaños, inteligentes y decididos, aunque no expresivos, y tanto su pelo claro como sus ropas sobrias exhibían un corte correcto y convencional. No había nada en su aspecto que reflejara su valía, ni su pasión, ni su extraordinario aunque prematuro don para ganar dinero. En ese momento, cuando estaba pasando por la experiencia emocional más exigente de su vida, se veía simplemente alicaído y agobiado.

Meg Elginbrodde iba sentada a su lado. El joven estaba mucho más enamorado de ella de lo que jamás hubiera podido imaginar, y todas las columnas de sociedad del país habían anunciado ya que estaban a punto de casarse.

Meg tenía veinticinco años y tres semanas, y durante los cinco años transcurridos desde que cumpliera los veinte se había considerado una viuda de guerra. Sin embargo, durante las tres últimas semanas, después de que se anunciara su compromiso, había estado recibiendo por correo una serie de fotografías tomadas en diferentes calles de Londres. Todas eran instantáneas recientes, como demostraban los diversos lugares que aparecían, y en todas ellas se veía entre la multitud una figura que o bien era su difunto marido, el comandante Martin Elginbrodde, o bien un hombre que se le parecía tanto que podría haber sido su doble. Al dorso de la última instantánea recibida se leía un mensaje toscamente escrito.

—Puede que no sea más que un chantaje —repitió Geoffrey, con una voz grave que procuraba sonar despreocupada—. Eso es lo que cree Champion, ¿no?

Ella no contestó en seguida y él la miró atentamente, aceptando el dolor que eso le producía. Era una mujer encantadora. La reina Nefertiti ataviada de Dior. La ropa parecía formar parte de ella. Llevaba un abrigo entallado color ciruela con un absurdo cuello arqueado como una vela que realizaba su esbeltez. Siguiendo la moda, presentaba un aspecto flexible, con una osamenta y una musculatura fluidas como las de un gato. Un mechón de pelo blanco asomaba por una curva de fieltro, dejando entrever debajo algo que no parecía del todo auténtico, unos huesos exquisitos ocultos bajo una delicada carne, levemente maquillada con matices escogidos para realzar sutilmente unos ojos grandes, de una tonalidad más clara que el azul escandinavo pero más oscura que el gris sajón. La nariz era pequeña y hermosa, y la boca ancha debajo de un suave carmín; bastante irreal, se podría pensar, hasta que hablaba. Poseía una voz ronca, también a la moda, aunque su entonación era viva e ingenua. Aun antes de oír las palabras, uno se daba cuenta, aunque con sorpresa, de que se trataba de una mujer honesta y no muy mayor.

—Eso es lo que cree la policía. Lo que piensa Albert, no lo sé. Nadie sabe exactamente lo que piensa. Desde luego, Val no lo sabe, y eso que es su hermana. Tal vez Amanda lo sepa, aunque claro, ella es su mujer.

—¿Y Amanda no te ha mencionado nada? —Él se esforzaba todo lo posible por no mostrarse irritado. Era uno de esos hombres sólidos, con los pies en el suelo, por lo que las cosas inexplicables y no convencionales lo incomodaban.

Meg volvió la cabeza lentamente hacia Geoffrey, y él se dio cuenta de que llevaba un perfume nuevo.

—Me temo que ninguno de nosotros mencionó nada —dijo Meg—. Fue una comida bastante horrorosa. Papá todo el rato procuraba no decir lo que pensaba, y ella y yo nos comportamos como muchachitos educados y lo pasamos por alto. Todo fue un poco insoportable, querido.

—Lo sé. —Él hablaba demasiado deprisa—. El canónigo cree de verdad que es Martin, ¿no? —Y a continuación añadió con una formalidad que no había existido entre ellos en un año—: Tu marido.

Meg fue a decir algo, vaciló y rio casi sin atreverse.

—¡Oh, querido, eso fue terrible! Estuve a punto de decir: «Papá siempre piensa lo peor», y la verdad es que no era eso lo que yo creía, ni de papá ni de Martin.

Él no hizo ningún comentario. Un silencio largo y desdichado se instaló en el taxi, durante el cual este avanzó más o menos un palmo, para acabar deteniéndose y jadear de nuevo, frustrado. Geoffrey miró su reloj.

—De todos modos, tenemos mucho tiempo. ¿Estás segura de que es a las tres y media cuando has quedado con Champion y ese inspector?

—Si. Albert dijo que nos encontraríamos en la explanada que hay en lo alto de la estación, la que antes olía a cuadra. El mensaje tan solo decía: «Tren de Bath, a las

tres cuarenta y cinco, ocho de noviembre». Nada más.

—Todo eso escrito en el dorso de la foto, ¿no?

—Sí.

—¿Y no era la letra de Martin? ¿Solo mayúsculas?

—Ya te lo dije.

—No me lo enseñaste.

—No, querido.

—¿Por qué?

Ella lo miró a los ojos con un aire sereno.

—Porque no me apetecía mucho. Se lo enseñé a Val porque trabajo para ella. Fue ella la que llamó a su hermano, quien avisó a la policía, y ellos se llevaron la foto, así que no pude enseñársela a nadie más.

La cara de Geoffrey no había sido concebida para mostrar exasperación ni ninguna otra emoción de impotencia. Su mirada era dura cuando clavó los ojos en los de ella.

—¿Y no supiste decir si se parecía a él?

—Sí se parecía. —Ahora ella también hablaba con esa misma impotencia—. En todas se parecía a él, incluso la primera que vimos todos. En todas se parecía a él, pero eran fotos malas. Además...

—¿Qué?

—Iba a decir que nunca había visto a Martin sin uniforme.

Eso no es cierto, claro, pero lo vi muy poco durante sus dos permisos. Solo estuvimos casados cinco meses antes de que lo mataran... si es que lo mataron, quiero decir.

El hombre apartó la mirada de ella y la dirigió hacia la niebla y las sombras que correteaban en ella.

—¿Y el bueno del canónigo Avril cree de verdad que va a volver e impedir que te cases conmigo cinco meses después de que el Departamento de Guerra lo declarara «desaparecido y probablemente muerto»?

—No —objetó Meg—. Papá lo teme. Siempre tiene miedo de que la gente aparezca de manera inesperada y padezca una enfermedad horrible, mental o incurable. Es la única parte negativa de su carácter. Es su única parte mala. La gente solo le cuenta cosas a papá cuando son realmente espantosas. Sé cómo se siente ahora. Le da miedo que Martin pueda estar vivo y loco.

Geoffrey se volvió de nuevo lentamente hacia ella y habló con deliberada crueldad, dirigida sobre todo a sí mismo.

—¿Y tú qué piensas, querida? ¿Qué esperas?

Ella suspiró y se recostó en su asiento, estirando sus piernas largas y delgadas hasta clavar uno de sus altos tacones en la esterilla de yute. Miraba la cara de Geoffrey con unos ojos absolutamente francos.

—Sabía que tendría que contarte todo esto, Geoff, así que le he dado muchas

vueltas. —Su manera de hablar arrastrando las palabras no casaba con su franqueza. Cada palabra parecía escogida a conciencia—. Te quiero. De verdad. En estos momentos, con estos últimos cinco años a mis espaldas, estoy totalmente enamorada de ti y siempre lo estaré, o eso creo ahora, hoy, en este taxi. Pero cuando tenía diecinueve años amaba a Martin, y cuando supe... quiero decir cuando pensé... que estaba muerto, creí morir yo también. —Hizo una pausa—. Y en cierto modo creo que morí. Tu Meg es una chica completamente nueva.

Geoffrey Levett descubrió horrorizado que estaba llorando.

En cualquier caso le escocían los ojos y se sentía mareado. Su mano apretó aún más fuerte la fina mano enguantada de ella y golpeó suavemente el asiento.

—Soy un maldito estúpido —dijo—. No debería habértelo preguntado, querida. Mira, de una manera u otra saldremos de este lío y haremos todo lo que teníamos programado. Conseguiremos todo lo que habíamos planeado: los niños, la casa, la felicidad, incluso esa maldita boda a bombo y platillo. Todo saldrá bien, te lo juro, Meg. De una manera u otra, todo saldrá bien.

—No. —Ella poseía la delicada obstinación propia de esa clase de mujeres—. Quiero contártelo, Geoffrey, porque lo he estado meditando detenidamente y quiero que lo sepas, para que, haga lo que haga, al menos lo entiendas. Puede que este mensaje signifique efectivamente lo que parece, y a lo mejor dentro de una hora estoy hablando con Martin. He estado pensando en lo horrible que tiene que haber sido para él. Por si no te has dado cuenta, le he *olvidado*. Lo único que no dejo de recordar y temer es que debo contarle lo del perro.

—¿Lo del perro? —repitió él sin comprender.

—Sí. El viejo Ainsworth. Murió poco después de que a Martin lo mataran... presuntamente. No le va a gustar nada. Adoraba a Ainsworth. Solían permanecer sentados, mirándose durante horas y horas. Es horrible, pero la verdad es que es lo que recuerdo con más claridad de los dos. Martin en pijama y Ainsworth con su piel marrón y tersa, mirándose el uno al otro totalmente felices.

Meg hizo un pequeño gesto con la mano que tenía libre. El arco del movimiento abarcó un mundo perdido de ataques aéreos y comidas apresuradas en restaurantes abarrotados, hoteles, estaciones de tren, ropa caqui, sol: furtivos remansos de paz en medio del caos.

—Cuando estaba en el desierto le escribí un poema a Ainsworth. No a mí, ya ves, a Ainsworth. —Su voz ronca llenó el mundo empapado de lluvia—. No he podido olvidarlo. Lo envié a casa probablemente para el perro. Jamás me hubiera imaginado a Martin escribiendo poesía. El poema decía:

Tuve un perro, un chucho color hígado
de ojos castaño claro y maneras encantadoras.
Era de carácter estudioso y reflexionaba
profundamente sobre sí mismo,

la comida y el sexo.

También era un mentiroso.

No era orgulloso:

hubiera estrechado la mano con mucha solemnidad

a cualquiera que no llevara uniforme...

me gustaría volver a hablar con él;

ahora que soy soldado tenemos mucho en común.

Meg se quedó en silencio y Geoffrey osó moverse. Fue como si una tercera persona se hubiera materializado en la niebla dentro del taxi. Al final, como había que decir algo, Geoffrey acometió el reto.

—Un tipo raro —farfulló.

—No lo creo. —Era evidente que Meg intentaba recordar—. Entonces ya era soldado. De hecho, durante todo el tiempo que lo conocí fue soldado.

—¡Dios mío, es verdad! —exclamó recordando el ambiente de los días que él también había vivido en ese extraño territorio que era la guerra, un recuerdo que se iba disipando cada vez más rápido a cada día que pasaba—. ¡Dios mío, sí! Pobre tipo. Pobre y estúpido tipo.

Meg inclinó la cabeza. De repente él se dio cuenta de que ella nunca asentía. Todos sus movimientos eran amplios y elegantes, como los de una mujer eduardiana, solo que menos estudiados.

—Nunca lo vi fuera de la guerra —dijo Meg, en el mismo tono en que podría haber dicho: «Nunca lo vi sobrio»—. No lo conocía, supongo. Lo que quiero decir es que no lo conocía en absoluto.

Sus últimas palabras se apagaron y extinguieron de una manera incierta. El taxi se puso en marcha de nuevo y, aprovechando la oportunidad, giró bruscamente hacia el acceso a la estación.

—¿Vienes conmigo, Geoff?

—No. —La negativa fue demasiado violenta, y él se apresuró a suavizarla—. Mejor que no vaya, ¿no? Te telefonaré a eso de las cinco. Estarás en buena compañía con Campion y su sabueso, ¿sí? Creo que estarás mejor sin mí. ¿No crees?

La última pregunta era sincera. Una chispa de esperanza apareció de manera espontánea. Ella la distinguió y la reconoció, pero vaciló demasiado.

—La verdad es que no lo sé.

—Mejor que vayas. —La besó suavemente y abrió la puerta justo antes de que el taxi se detuviera. Mientras la ayudaba a descender, ella se aferró a su manga. La apresurada multitud en la acera los aplastó el uno contra el otro. De nuevo volvió a verla como la había visto a ratos durante toda la tarde, como si fuera la primera vez. A través del ajetreo, la voz de Meg sonaba nerviosa y titubeante. Lo que tenía que decirle era demasiado difícil.

—No te lo he contado todo, Geoff. Estoy tan confusa. Lo siento muchísimo,

querido.

—No digas nada —dijo él en voz baja, y la apartó de sí suavemente.

La aglomeración la arrancó de su lado y se la llevó hacia el oscuro pasadizo abovedado de la entrada, festoneado de franjas de niebla como si fuera el proscenio de un teatro muy antiguo. Meg se volvió para saludar con su manita enguantada, pero un mozo de cuerda con una carretilla y una mujer acompañada por un niño se lo impidieron, y se vio arrastrada fuera del campo visual de Geoffrey mientras él se quedaba mirando, aún con la portezuela del taxi abierta.

Mientras tanto, el señor Albert Campion y el inspector jefe del distrito, Charles Luke, que era además padre prior de la segunda división de policía más dura de la zona metropolitana de Londres, y estaba muy orgulloso de ello, permanecían en el patio cubierto del extremo sur de la terminal, esperando. Aparte de blanquearle el pelo, los años habían tratado con amabilidad al señor Campion. Seguía teniendo esa figura ligera y elegantemente discreta de metro ochenta de altura, con un rostro engañosamente distraído y unos ademanes amables, lo que no había cambiado desde los años veinte. Ciertamente, se trataba de un hombre al que era fácil pasar por alto o subestimar. En ese momento permanecía de pie tranquilamente en su privilegiado punto de observación, escrutando la multitud con un despreocupado buen humor.

Su acompañante era harina de otro costal. Ataviado con su llamativa ropa de civil, en el mejor de los casos Charlie Luke parecía un campeón de los pesos pesados en pleno entrenamiento. La turbia luz confería un brillo especial a su cara de tez oscura, con sus estrechos ojos almendrados y una nariz recia, singular. Llevaba un sombrero negro echado hacia atrás sobre su pelo corto y rizado, y las manos profundamente hundidas en los bolsillos de los pantalones, con lo que los faldones de su abrigo le formaban un abanico en la parte trasera.

Los miembros más cercanos de su sección solían decir de él: «Una cosa hay que reconocerle, es fácil de encontrar. Es grande como un faro». Era unos diez centímetros más alto que su acompañante, pero su complexión robusta le hacía parecer más bajo. Como siempre, transmitía esa excitación intensa pero reprimida de una fuerza física rígidamente controlada. Su atenta mirada iba de un lado a otro.

—A lo mejor no es más que un juego estúpido, una mujer haciendo el ganso —observó, dibujando indolente un par de cuernos sobre la acera con la punta del zapato—. Pero no lo creo. A mí me huele al clásico chantaje. De todos modos, hay que estar abiertos a cualquier posibilidad, eso es fundamental. Nunca se sabe. Las bodas son momentos extraños.

—En cualquier caso, hay un hombre implicado —objetó el señor Campion en un tono afable—. ¿Cuántas fotografías tenemos en total de él... cinco?

—Dos tomadas en la calle Oxford, otra en Marble Arch, otra en el Strand (es en la que aparece el cartel de esa película que nos dice que la foto es de la semana pasada), y luego la que lleva el mensaje escrito al dorso. Exactamente cinco. —Se abrochó la chaqueta y dio un par de patadas en el suelo—. Qué frío —dijo—. Espero

que no llegue tarde. También espero que sea guapa. Algo tiene que tener si ni siquiera es capaz de reconocer a su antiguo marido.

Campion no lo tenía tan claro.

—¿Podrías reconocer a un hombre al que no has visto en cinco años a partir de una de estas fotos?

—Puede que no. —Luke asomó la cabeza bajo un telón de fondo imaginario, o al menos se agachó ligeramente y dibujó un trozo de tela moviendo las manos—. Esos viejos fotógrafos callejeros... en las calles no utilizan cámaras muy nuevas, ni tampoco la película es de mucha calidad. Eso te lo admito. Pero yo diría que una mujer debería recordar a su marido solo con verle la suela de los zapatos a través de una reja o solo con ver la copa de su sombrero desde un autobús.

El señor Campion lo observó con interés. Era el primer vestigio de sentimentalismo que observaba en el inspector jefe, y seguramente se lo hubiera comunicado, pero Luke seguía hablando.

—Si se trata de chantaje, y probablemente lo sea, es un asunto muy extraño —estaba diciendo—. No veo cómo ni cuándo ese tipo espera sacar nada de todo esto, ¿y tú? —Sus ojos no dejaban de parpadear en la niebla—. El procedimiento habitual es: «Dame cincuenta libras o te acusaré de bigamia». Bueno, ella todavía no se ha vuelto a casar, ¿no? Puede que los sinvergüenzas no vayan sobrados de sesera, pero nunca había oído hablar de ninguno que metiera la pata de ese modo. Si lo que se hubiera anunciado hubiera sido su boda y no su compromiso, la cosa habría tenido sentido. Y aun así, ¿para qué enviar una foto tras otra y concedernos todo este tiempo para seguirle la pista?

El señor Campion asintió.

—¿Qué han averiguado de los fotógrafos callejeros?

El inspector se encogió de hombros.

—Preferiría interrogar a esos gorriones —dijo muy serio, señalando con la cabeza una bandada de pájaros del tamaño de un ratón que gorjeaban sobre la basura acumulada en el arroyo—. El mismo resultado y menos halitosis. Esos tipos sacan cientos de fotos al día. Todos dicen recordar haber fotografiado a alguien exactamente igual que él, solo que no era él. Y todos pierden dinero con el negocio. Mis chicos siguen trabajando en ello, pero es una pérdida de tiempo y de dinero. Las propias fotos están cubiertas de huellas. Todas muestran la misma figura borrosa y de ojos empañados en la calle. Nada que nos sirva de ayuda. Esta última con el horario del tren al fondo es la más absurda de todas, en mi opinión —añadió en tono severo—. O bien quiere que la policía lo investigue o espera que la joven esté mucho más asustada de lo que parece. Tú dices que ella no miente. Yo no la he visto; no sabría decirte. Acepto tu palabra. Por eso estoy aquí congelándome.

Su fuerte personalidad le hacía hablar sin tapujos, aunque tampoco pretendía ofender. Si una de las grandes locomotoras que enlazaban con la parte occidental del país, y que ahora jadeaban echando vapor sobre los raíles delante de ellos, hubiera

expresado el mismo argumento, no lo habría podido hacer de manera más poderosa ni impersonal.

—No, ella no miente —dijo Campion—. ¿No se te ha ocurrido pensar que Elginbrodde podría estar vivo?

—El Departamento de Guerra dice: «No, váyase».

—Ya lo sé, pero se han equivocado otras veces.

—Si se trata de Elginbrodde en persona, está mal de la cabeza. —El inspector jefe bizqueó de una manera horrible y por un instante asomó la lengua, floja y colgando—. Odio la psiquiatría. —Su mirada volvió a la normalidad, y de nuevo siguió examinando a los viajeros apresurados. Casi en seguida se le escapó un silbido suave pero inconfundible—. Ahí está. —Ahora su tono era de triunfo—. Esa es nuestra joven, te apuesto una libra. ¿Ves esa expresión de espero-que-estés-por-aquí? ¿Tengo razón o no? ¡Vaya preciosidad!

Campion levantó la mirada y la dirigió hacia adelante.

—Eres muy listo. Es la señora Elginbrodde.

Meg vio que los dos hombres venían hacia ella. En su estado de ánimo hipersensible le parecieron monstruosos.

Primero estaba Campion, el aficionado, un hombre que nunca utilizaba su verdadero nombre ni su título. Su aspecto era el de un inglés de mediana edad típico para esa extracción social y época. A los ojos de Meg, era un tipo amable, frío, inteligente y al parecer con muchos recursos, virtudes innatas que auguraban reacciones tan encorsetadas como las de un buen perro de caza. Meg conocía tan bien a ese tipo de hombres que estaba dispuesta a encontrar cualquier peculiaridad oculta de su carácter. Uno de los rasgos típicos de esa clase de hombres era que podían ser muy valientes o muy eruditos, capaces por ejemplo de juzgar un grabado chino o cultivar gardenias.

Por otro lado, el hombre que estaba detrás de él no se parecía a ninguno de los que había visto hasta entonces. A primera vista lo encontró francamente espeluznante. Hasta aquel momento no había pensado demasiado en los policías, clasificándolos vagamente como una de esas cosas indispensables que en conjunto son beneficiosas, como los bancos o el sistema parlamentario. Pero en ese momento, delante de sus narices, tenía a una persona muy masculina, de aspecto imponente, aunque no especialmente agradable.

Luke avanzó animadamente, con la natural codicia de un niño que observa un hermoso peluche. Parpadeaba, y su astuta y expresiva cara denotaba una tolerancia sin límites.

Se veía tan claro que la entrevista estaba a punto de empezar con mal pie que todos se dieron cuenta a tiempo. Campion se encargó de las presentaciones con sus maneras exquisitas pero con decisión, y Charlie Luke desconectó su magnetismo muy a pesar suyo, como si hubiese desconectado una luz. Observó a la muchacha con cautela, sin demostrar el impacto que le había causado su belleza, y cuando volvió a

ponerse el sombrero, lo hizo sin florituras. No obstante, ella no lo había saludado con frialdad; era evidente que estaba preocupada, que era una mujer tan desgarrada por sus amores y lealtades que su sinceridad era incuestionable.

—Lamento no haber podido encontrar ninguna foto para poder comparar —dijo ella con sinceridad—. Mi marido no vivía en Inglaterra antes de la guerra, así que no tengo ninguna de sus cosas. No pasamos mucho tiempo juntos, y al parecer no nos hicimos ninguna foto.

Luke asintió. Comprendió su estado de ánimo. No era infrecuente que personas abrumadas por los problemas llegaran a excluir los preliminares sociales habituales. Había visto a mucha gente preocupada.

—Lo entiendo, señorita... quiero decir señora Elginbrodde. Él estaba en Francia, ¿verdad? ¿Se crio con su abuela? Era bastante joven cuando murió, tendría unos veinticinco años, ¿no?

—Sí. Ahora tendría treinta años. —No dejaba de mirar a su alrededor mientras hablaba, nerviosa pero con cierta esperanza. El movimiento fue bastante inconsciente, y a los dos hombres les pareció conmovedor. Era como si de repente volviera a vivir los años de la guerra. Las ropas de color que se veían por todas partes entre la niebla por un momento se habían vuelto todas de color caqui. Reforzó esa ilusión la monótona percusión de una banda callejera procedente de la calle Crumb, a su espalda, que llegaba amortiguada a través de los ruidos de la estación. Era apenas una melodía fantasmal, irreconocible aunque evocadora y levemente alarmante, como una amenaza recordada a medias. Luke encorvó sus anchas espaldas.

—El retrato de estudio y el pasaporte la verdad es que no nos dicen gran cosa —dijo Luke, dibujando con sus inquietas manos de dedos largos un cuadrado muy grande seguido de otro muy pequeño—. La opinión de nuestros expertos, a tenor de la medida de sus rasgos, es que no se trata del mismo hombre. —Luke la observaba, intentando evaluar su reacción. La cara que ella le volvió expresaba decepción y alivio. La esperanza murió en ella, pero también volvió a aparecer. Estaba triste y sin embargo feliz. Su rostro denotaba vergüenza pero también perplejidad. Tal vez estuviera a punto de llorar. Comenzó a sentir compasión por ella.

—Anoche encontré esta foto —dijo volviéndose hacia Campion—. Me temo que es bastante oscura. Un niño quiso fotografiar al perro; el que está al fondo es Martin. No sé si será de alguna utilidad, sin embargo creo que cualquiera que lo hubiera conocido lo identificaría.

Sacó un cuadrado pequeño y descolorido de las profundidades de su enorme bolso y se lo entregó. El inspector jefe observó por encima del hombro de Campion. Era una foto amarillenta en la que se veía a un perro rollizo, de pelaje oscuro, que se revolcaba por el suelo en un césped londinense, y en el fondo, riéndose, con las manos en los bolsillos y la cabeza proyectada hacia adelante, había un joven que lucía un bigote chulesco. No había en él nada que fuera definitivamente característico, quizá su espíritu. Sin embargo la foto los dejó impresionados, y se la quedaron

mirando largo rato. Al final Luke se dio unos golpecitos en el bolsillo de la chaqueta.

—Tengo aquí una de las fotos tomadas en la calle, pero no es el momento adecuado para sacarla —murmuró, y de nuevo su mirada se paseó por la inmensa estación. Se sentía perplejo y no lo ocultaba—. Sí, entiendo por qué está usted asustada.

Su carácter astuto y amistoso eliminó cualquier ofensa de esa observación.

—Hay un parecido. Entiendo a qué se refiere. Dígame, señora Elginbrodde, ¿su marido tenía hermanos o primos jóvenes?

—No, ninguno, que yo supiera. —La sugerencia era para ella una idea nueva, y en esas circunstancias muy poco atractiva.

—Y ahora fíjese bien... —dijo Luke con ademanes de conspirador, echando hacia adelante sus enormes hombros para ocultarla... lo único que tiene que hacer es no perder la cabeza. Todo depende de usted. Las posibilidades son mil contra uno de que esto acabe siendo un chantaje habitual realizado por un tipo con unos antecedentes criminales más largos que un tren. De momento se comporta con demasiada cautela, y eso podría significar que no está seguro del terreno que pisa. Quizá solo quiera echarle un vistazo, o a lo mejor se arriesga a hablar con usted. Todo lo que tiene que hacer es permitirse. El resto déjenoslo a nosotros, ¿lo ha entendido?

—Se acerca la hora —intervino el señor Campion detrás de él—. Quince minutos para salir.

—Es mejor que vaya hacia el andén. —Meg echó a andar mientras hablaba y Campion la hizo retroceder.

—Todavía no. Ahí es donde él te buscará. No te muevas de aquí hasta que lo descubramos.

Sorprendida, Meg enarcó sus finas cejas sobre la frente, redondeada como la de una niña pequeña, lo que ya llevaba un buen rato fascinando a Luke.

—Yo pensaba que el mensaje decía que él se apearía del tren de Bath.

—Eso es lo que quiere que crea. —El inspector jefe corría el riesgo de ponerse paternal—. Quiere que observe el tren para poder identificarla con tranquilidad. El matasellos era de Londres, ¿verdad? No tiene que irse a Bath para comprar un billete de andén.

—¡Oh! Naturalmente. —Dijo la palabra en un suspiro y retrocedió hasta quedar junto a él, las manos juntas. A pesar de su escolta se la veía solitaria, escrutando ansiosa, impaciente.

La niebla se hacía más densa, y el tejado de vidrio y hierro se perdía de vista en su grisenta envoltura. Las luces amarillentas apenas proporcionaban un pobre resplandor. Solo las esporádicas columnas de vapor procedentes de las locomotoras se veían nítidas en aquella penumbra. El ambiente de reprimida excitación característico de todas las grandes estaciones de tren quedaba intensificado por la niebla, que amortiguaba todos los ruidos, por lo que parecían aún más sordos de lo habitual. Desde donde se encontraban podían ver todos los accesos a la línea

principal, y encima, a la izquierda, la gran entrada con sus cuatro puertas de casi siete metros y el quiosco de vivos colores que había justo al lado.

La hora punta de la tarde acababa de comenzar y los apresurados viajeros salían en oleadas, empujándose en las taquillas, y luego se desperdigaban en abanico hacia el amplio saliente de uno de los andenes más largos del mundo. A su derecha se encontraba la calzada que conducía a la inhóspita calle Crumb, y detrás de ellos estaba el túnel que desembocaba en la estación de metro y la doble hilera de cabinas telefónicas.

Luke observaba la entrada principal con engañosa despreocupación, mientras Champion contemplaba discretamente el metro. Ninguno de los dos estaba preparado para el repentino grito que oyeron a su espalda.

—¡Oh! ¡Mira! Allí. Esta allí. ¡Martin!

Meg había olvidado por completo cualquier otra cosa. Se quedó paralizada, señalando como un niño y gritando a voz en cuello.

A unos cincuenta metros de distancia, sobre una franja de acera cubierta de hollín, que por lo demás estaba desierta, había aparecido una figura elegante y de aspecto marcial. Llevaba una americana de *sport* llamativa pero de buen corte y el inevitable sombrero verde de copa plana y a la vuelta hacia arriba. Acababa de aparecer por la entrada que venía de la calle Crumb. Su paso era enérgico y decidido, y no miraba a su alrededor. Incluso a esa distancia se divisaba la sombra de un gran bigote. Como para aumentar la marcialidad un tanto teatral de su aspecto, la estridente banda callejera emitía claramente una marcha militar detrás de él.

—¡Martin! —Meg se separó de ellos antes de que pudieran evitarlo. Algo del grito llegó hasta aquel hombre por encima de los ruidos de la estación. No fue el sonido en sí mismo, sino algo emocional que atravesó a los que merodeaban por la estación, como si entre ellos hubieran tendido un cable telefónico. Champion vio una hilera de cabezas que se volvían, y al final de ellas al desconocido sobresaltándose violentamente, deteniéndose y quedándose paralizado por un momento. A continuación echó a correr.

Salió como un gamo por la primera vía de escape. Una masa de carretillas de mozos de cuerda, todas ellas cargadas hasta arriba de equipajes, se extendía delante de él. Sus perseguidores se abalanzaron hacia él desde la izquierda, de manera que él giró a la derecha y se metió por la entrada abierta del andén de la línea suburbana, donde esperaba un tren de cercanías. Corrió como si su vida dependiera de ello, a ciegas, chocando con los desconocidos que se le ponían por delante, derribando maletas, sorteando farolas justo a tiempo para evitar el desastre. Luke se lanzó a por él, recogiendo los faldones del abrigo y adelantando a los demás gracias a su poderosa zancada. Adelantó a Meg, que lo habría seguido de no ser porque Champion la agarró con fuerza por la muñeca.

—Por aquí —dijo de manera imperiosa, y la arrastró hacia el otro andén que quedaba inmediatamente detrás y paralelo al tren detenido.

La multitud entorpecía el paso de todos. Luke cargó contra ellos como un buey, gritando el familiar aviso de «¡Apártense, por favor!» del personal de la estación. Los mozos de cuerda se detuvieron y se quedaron mirando. Los cobradores vacilaron y le obstaculizaron el paso. De repente aparecieron algunos niños correteando arriba y abajo, chillando, y aquella enorme masa sólida de mirones apáticos que surge de las mismísimas piedras de una ciudad en el instante en que hay algo que mirar fue cerrando el paso lentamente tras el fugitivo, imposibilitando cualquier hipotético viaje de vuelta.

En el otro andén, sin embargo, cuando por fin llegaron, el señor Campion y la chica se encontraron prácticamente solos. El tren de cercanías, aún sin iluminar y que permanecía como una oruga negra en la segunda hilera de raíles, quedaba separado de ellos por un abismo de negrura recorrida por franjas de un color plata apagado. Puesto que todo el alboroto tenía lugar al otro lado, no se veía ninguna cara en las ventanillas ni señal de movimiento en el interior. Meg estaba muy pálida y le temblaban las manos.

—Ha huido —dijo con su voz ronca—. Martin...

Las palabras murieron súbitamente. Campion no la miraba. Tenía los ojos clavados en la zona oscura del tren, la chaqueta bien abotonada y las manos preparadas. La farola que brillaba sobre sus cabezas a través de la niebla hacía que toda la escena diera la impresión de estar ocurriendo bajo unas aguas fangosas. Las distancias eran engañosas y los colores falsos. Para Meg fue un momento de irrealidad. No creía lo que veía, y sus ojos, mientras seguían la mirada de Campion, mostraban incredulidad.

Por fin llegó el momento que Campion esperaba. Una portezuela situada a mitad del tren se abrió repentinamente y una figura oscura descendió a las vías. Tropezó con una traviesa, pero no cayó y fue trastabillando hasta el andén, donde se encontró con que el borde de piedra le llegaba a los hombros. Dio un salto y se quedó allí agarrado; volvió la mirada para escrutar angustiado las vías. Cualquier locomotora que llegara en ese momento lo habría aplastado, pero no se veía ninguna, solo la niebla y las luces de colores.

Se dejó caer y lo intentó de nuevo, justo en el momento en que el delgado brazo de Campion salía proyectado hacia adelante y le agarraba el cuello de la chaqueta. En el mismo momento Luke apareció detrás de él y el tren se llenó de espectadores. Bajaron las ventanillas, asomaron las cabezas y el estridente estruendo de voces les llegó en una oleada. Luke saltó a las vías con inesperada ligereza. Estaba en perfecta forma, ágil y vigoroso. Agarró al desconocido por la muñeca, lo levantó, lo dejó en los brazos de Campion y a continuación apareció a su lado de un salto, todo eso sin quitarse el sombrero.

Se toparon con una cara blanca en la que se veían unos ojos negros, entrecerrados y muy asustados. El aspecto marcial había desaparecido por completo. La fanfarronería se había desvanecido y el cuerpo parecía encogido dentro de la ropa.

Ahora el bigote parecía enorme y ridículo. El hombre no emitió ningún sonido, solo se puso a temblar, dispuesto a echar a correr en cuanto la mano que lo agarraba del brazo se relajara.

—Vaya, lo siento mucho. Debo de estar loca. Ahora que lo veo de cerca, ni siquiera se le parece.

Ninguno de los dos hombres se había fijado en la aparición de Meg, y su voz de asombro los había pillado por sorpresa. Meg contemplaba al cautivo con perplejidad, cada vez más encarnada, y en sus ojos el alivio pugnaba con la decepción.

—Estaba un poco lejos... habría jurado que era él, no sé por qué. La complexión, la ropa, la... —Alargó un brazo para tocar la manga de la chaqueta de *tweed*, y el prisionero se apartó de ella como si Meg fuera un ferrocarril que tuviera vida propia. Hubo un momento de forcejeo, y mientras volvían a dominarlo, Luke tiró del hombre hacia él, de manera que sus caras quedaron casi juntas.

—Vas perdiendo cosas, amigo —comentó de muy buen humor—. Mira esto. Se me ha quedado en la mano. —El movimiento fue demasiado rápido para resistirse. El desconocido soltó una maldición con un susurro ronco y volvió a quedar en silencio. El bigote apenas estaba pegado, y el trozo de piel que había ocupado en el labio superior ahora se veía pálido. Luke se metió aquel bigote postizo en el bolsillo del chaleco—. No está mal —dijo con atrevimiento—. Debe de haberte costado un dineral, viene de una tienda de disfraces de las buenas. No te preocupes, te lo cuidaré bien.

Sin el bigote era difícil creer que el desconocido pudiera haber sido confundido con cualquier otro hombre. Tenía una boca muy característica, estropeada por la cicatriz de un labio leporino, un diente roto en el centro, y un aire indefinible de malicia que en aquel momento quedaba ensombrecido por un gesto de terror desproporcionado a su delito, al menos el que se sospechaba.

Meg se llevó la mano a la mejilla. Estaba tan avergonzada y perpleja que no sabía qué decir. Era evidente que resultaba imposible imaginar dos hombres más diferentes que el cautivo y Martin Elginbrodde, y sin embargo había estado tan segura.

Luke le dirigió una sonrisa.

—No se ha arriesgado acercándose demasiado, ¿verdad? —dijo—. Pero usted lo ha visto de lejos. Toda una proeza.

Meg se volvió bruscamente y Luke levantó la barbilla para escudriñar el andén. Dos hombres recios ataviados con impermeable corrían hacia ellos, seguidos por una pequeña multitud que acababa de descubrir lo que había ocurrido.

—¿Tus hombres? —Campion pareció aliviado.

Luke asintió.

—Los aposté en las puertas de entrada por si acaso. Se han dado cuenta del jaleo y han utilizado la cabeza. —Mientras hablaba levantó la mano en dirección a los recién llegados y luego volvió a ocuparse del prisionero—. Bueno, parlanchín —dijo en tono jovial—, que no se te pase por la cabeza la idea de que esto es un arresto. —

Sacudió el brazo por el que lo tenía agarrado para dar énfasis—. No es más que una amistosa invitación a charlar tranquilamente en una habitación calentita. Y según tengo entendido, a lo mejor incluso te dan una taza de té. ¿Comprendido?

El hombre no dijo nada. A lo mejor ni siquiera lo había oído. Tenía la cara pétrea. Solo sus ojos se movían, inquietos. Ahora estaba tranquilo, pero su cuerpo seguía tenso. Seguía dispuesto a echar a correr en cuanto tuviera oportunidad.

Luke lo estudió, la cabeza ladeada, los ojos vivos e inquisitivos.

—¿Qué te preocupa? —dijo en voz baja—. ¿Por casualidad sabes algo que yo no sepa?

—A pesar de la insinuación, bastante vaga, el hombre no se relajó. Seguía con la boca muy apretada y los músculos flexionados bajo las mangas de *tweed*.

Luke se lo entregó a los recién llegados, que aparecieron sin aliento y sin sonreír.

—No hay cargos. Retenedlo para interrogarlo. —Fue casi como si entregara un paquete—. Encargaos de él. No lo hagáis correr, pero que llegue. Al parecer tiene ganas de hacer ejercicio. Yo voy detrás.

Meg y Champion recorrieron el oscuro camino de piedra juntos, con Luke a su lado. Los policías que iban delante se movieron con celeridad. La multitud se los quedó mirando, pero se apartó para abrirles paso. Los tres salieron por la puerta que había al fondo, doblaron la curva y desaparecieron.

La chica estuvo un rato en silencio, pero el conflicto emocional de su mente era tan evidente como si lo hubiera verbalizado. Champion la observaba por el rabillo del ojo.

—Tendrás que sacarte eso de la cabeza, si puedes —dijo por fin—. Te buscaré un taxi delante de la estación, y luego, después de que Luke haya tenido una charla con ese sujeto, lo haré volver conmigo. No veo el propósito de toda esta comedia, pero creo que tendrás que afrontar el hecho de que no es más que una burda comedia.

Meg se detuvo y se giró hacia él.

—¿Quieres decir que estás casi seguro de que el de las fotos no era Martin?

—Oh, no, era ese tipo en todas las fotos. Eso es prácticamente seguro.

—¿Prácticamente? —Su ancha boca se deformó y sus ojos parecieron más oscuros—. Estoy prácticamente segura de que Martin está muerto. He estado acordándome de él. Era una persona muy, muy dulce, ¿sabes?

Una oleada de cólera recorrió la cara ensombrecida de Luke. Para no desentonar con su personalidad, fue vivida y sin medida.

—Estas cosas me irritan profundamente —anunció con una amargura que los sobresaltó a los dos—. Un tipo pierde la vida, y en cuanto pasa un poco de tiempo y la mujer tiene la oportunidad de ser feliz, aparece un maldito montón de fantasmas peleándose por el poco oro que pueda tener en una muela. Perdóneme, señora Elginbrodde, pero es algo que me parece una vergüenza.

—¿Un montón? —dijo Meg desanimada—. ¿Es que hay más?

—Oh, sí. He visto esa cara temblorosa en alguna otra parte. No es nadie. No es

más que un hombre de paja. Si hubiera actuado por su cuenta nos habría contado algo. No es de mí de quien está asustado. Eso es lo único que nos ha dicho.

—¿Entonces Martin podría...?

—No. —Luke habló con una ternura inesperada en él—. No, señora, no. Quíteselo de la cabeza. Ese hombre y su perro han fallecido, se han ido donde van los hombres como él, donde hay unos cuantos que conozco. Usted tiene su vida y tiene que vivirla y disfrutar de ella, como sin duda a él le gustaría que hiciera. Ahora váyase a casa. ¿Estará allí el señor Levett?

—No. ¿Lo quiere para algo? Me acompañó hasta aquí y luego se fue a su oficina. Me llamará a las cinco. Esta noche tiene una especie de cita de negocios.

Ella vio la expresión del inspector y sonrió para tranquilizarlo.

—Oh, no se preocupe por mí. Mi padre está en casa. De hecho, en casa hay mucha gente. Nos alegraría mucho verle si pudiera venir.

—De acuerdo. —Era evidente que Luke estaba pensando en darle unos golpecitos en el hombro, y fue igual de evidente que cambió de opinión—. Espléndido. Espérenos. Ahora la acompañaremos a un taxi.

Aún estaba furioso cuando minutos después se cerró la puerta del taxi y, mientras el coche se alejaba, vio la cara de Meg al transformarse tras su valiente sonrisa de despedida. Mientras se dirigía hacia la calle Crumb, a Campion le sorprendió una vez más su fuerza y las inesperadas profundidades emocionales que había revelado el inspector. Luke estaba tan conmovido como si Elginbrodde hubiera sido su hermano y lo identificara en su mente con algún soldado al que había querido. Eso lo convertía en un peligroso enemigo para alguien.

Mientras tanto, la calle Crumb, un lugar que nunca ha destacado por su belleza, aquella tarde tenía un aspecto lamentable. La niebla se derramaba sobre las casas bajas como un cubo de sopa fría sobre una hilera de cocinas sucias. Las tiendas habían sido humildes cuando las construyeron, y concebidas para el pequeño comercio ocasional, pero desde los días de la victoria, cuando un millón de soldados desmovilizados pasaron por la estación, todos cargados con las prendas regaladas por el gobierno, la mitad de los establecimientos cayeron en manos de oportunistas especializados en la compra y venta de ropa de segunda mano. Un escaparate sí y otro no estaban oscurecidos por guirnaldas de harapos semirespetables, pero lo que no estaba a la vista era la ropa de cama gris, las maletas sucias y una esporádica colección de excedentes de los economatos militares, verdes, caquis y del azul de las fuerzas aéreas. La nueva comisaría de la esquina era la joya del distrito y el inspector jefe avanzó hacia ella caminando como si fuera de su propiedad. El tráfico impaciente se movía un poco, y por un momento quedaron retenidos en una isleta. Mientras esperaban, el señor Campion reflexionó sobre el repugnante olor de la niebla. Olía a ceniza mojada. Oyó de nuevo el ruido característico de la ciudad, irritable y medio ciega, el chirrido de los frenos, los insultos de los conductores, el ligero siseo de las llantas sobre la carretera húmeda.

Por encima de todo ello, como un tema musical de lo más idóneo, resonaba el estruendo de la banda callejera. No era aquel un sonsonete alicaído. Triunfaba en la atmósfera espesa, un ruido pertinaz y vigoroso que resultaba un poderoso desafío.

Los componentes de la banda estaban repartidos entre la cuneta y la acera. Avanzaban a un ritmo constante, tal como dicta la ley, y el traqueteo de sus alcancías era tan o más ruidoso que su melodía. Se hallaban a cierta distancia y era imposible distinguir sus rasgos, pero en sus movimientos había un implacable apremio. El flujo de transeúntes se estrechaba cuando pasaba junto a la banda. Luke levantó la barbilla hacia ellos.

—¿Ves eso? No piden, amenazan. ¿Qué otra cosa es, si no? ¡Dame, dame! —Metió una mano larga y curvada bajo la nariz de Campion y logró una expresión de rapacidad que resultó asombrosa—. Pero no podemos intervenir. «No se detengan», es lo único que podemos decirles. Si un gato armara un alboroto como ese, lo mataríamos.

Campion rio. Luke le caía bien.

—Recuerdo que después de la Primera Guerra Mundial esas bandas eran espantosas —observó—, pero creía que el estado del bienestar se había encargado de ese tipo de cosas. Son excombatientes, supongo.

—¿Y quién no lo es? —Luke estaba irritable—. Apuesto a que todos los hombres de menos de sesenta años son excombatientes, y la mitad de las mujeres también. Ese pequeño grupo de hermanos son excombatientes, entre otras muchas cosas. Pero ¿no los ves? Se patean toda la ciudad, sobre todo el West End. No tenemos nada contra ellos, como se suele decir, pero tampoco es que me muera por encontrármelos.

Dibujó un globo en el aire con las manos y entrecerró los ojos hasta que solo fueron dos puntitos.

—Todos llevan un cartelito al cuello. Uno dice: «No tengo pensión». Yo tampoco, naturalmente. Y luego otro que dice: «Inválido» o «Solo tengo un brazo». Pobre tipo... aunque puede conseguir uno nuevo gratis en la seguridad social. ¿Dónde está el de «No tengo cabeza»? Llamaría más la atención. Me he fijado en que ninguno dice: «Desempleado». Eso sería como pedir trabajo. Son solo mendigos. Los hay en todas las grandes ciudades. De todos modos, tienen una estupenda canción de excombatientes. ¿La recuerdas?

—No del todo. ¿No se llamaba *Esperando*?

Luke se quedó allí escuchando, con una extraña expresión en la cara. La banda avanzaba muy lentamente.

—«¡Te he eestado espeerando!» —canturreó de repente sin alzar mucho la voz—. «¡Junto al viejo rooble! Te he estado esperando. ¡Espérame tú a mí! Pon una sonrisa, menea las caderas y pongamos rumbo a la iglesia. Nos deslizaremos suavemente, donde nos oculten las algas y los sauces moteen las olas». Muy poético, aunque esas no son las palabras que estas bellezas están recordando.

—No. —La buena memoria del señor Campion encontró por fin las palabras—.

Coge la cartera, llama a la niñera, he traído el sedal, la caña y la potera.

El inspector jefe se rio. Fue como un extraño gruñido, no demasiado alegre.

—Esa todavía es una canción respetable. Pero esos chicos no son de esa cuerda. Lo puedes ver por la manera en que tocan. —Acercó mucho la cara a la de Champion—. «¡Te he estado esperando, en el campo de prisioneros para oficiales número setenta y tres! ¡Te he estado esperando, ya no hace falta que me busques! ¡Levanta el cuello y sangrarás como un cerdo, te rebanaré la nuez!». Con el ceño serio, el Champion no sonrió. Si Luke había pretendido escandalizarlo, lo había conseguido. Las palabras no eran muy inspiradas, pero detrás de ellas por un instante había asomado la realidad de lo que los había estado persiguiendo durante toda la tarde. Ahora era consciente de ello, en plena calle, bajo el manto de la penumbra. Por primera vez aquel día lo había reconocido y ahora le estaba bajando como un hilillo por la espina dorsal.

—La violencia —dijo en voz alta.

—Eso es, amigo. —Luke había visto la oportunidad y ahora los dos se abrían paso rápidamente a través del tráfico—. Eso es —repitió cuando llegaron a la acera—. Nunca ha abandonado Londres, camuflada por debajo del buen humor. ¿Te acuerdas de los ataques aéreos, cuando la gente decía: «No me dejaría matar ni por una libra»? No acababa de ser del todo un chiste. Nos hacía gracia porque simplemente daba en el clavo. ¡El pobre George, la sangre corriéndole por la cara! ¡Ríete! Me parecía que íbamos a reventar los tirantes.

Se detuvo para ayudar a una mujer a desenredar sus largas piernas de un cochecito de niño. Cuando lo consiguió, le lanzó una jovial sonrisa y siguió avanzando alegremente.

—Yo mismo me reía —añadió.

El señor Champion lo escuchaba con seriedad. Su humor era muy particular, y no era precisamente el de Luke. La banda y sus bramidos eran cada vez más insoportables y la niebla le helaba los huesos, amenazadora.

—Vaya que sí, estamos rodeados de violencia. —Los anchos hombros de Luke ahora se abrían paso a través de la multitud—. Es imposible sustraerse a ella. No me sorprendería que penetre nuestras narices en cuanto entremos. A ese turbio ratoncillo que acabamos de atrapar alguien lo asustaba, ¿no te parece? Vaya, ¿qué ocurre?

Champion se había detenido y miraba hacia atrás. Estaba impidiendo el avance de la gente y media docena de personas lo empujaban.

—No ha sido nada —dijo por fin antes de seguir avanzando—, al menos, eso creo. Me pareció ver a Geoffrey Levett. Debo de haberme equivocado.

Luke se adentró por un estrecho pasadizo abovedado en la fachada lisa de un edificio nuevo.

—En medio de la niebla todos parecen iguales —dijo en tono jocundo—. Puedes seguir a tu propia madre hasta casa, y seguro que es la vecina de al lado. Si el señor Levett está por aquí, seguramente ha entrado y formulado algunas preguntas

importantes mientras nosotros aún estábamos en la calle. Bueno, señor Campion, tendremos que tratar a ese sujeto con mucha amabilidad. Le echaremos un buen vistazo del derecho y del revés. Después de todo, no podemos acusarlo de nada, ¿verdad? Al menos todavía no.

Capítulo 2

En casa

La niebla era más espesa que nunca en la plaza Saint Petersgate, pero allí sus pliegues parduscos no ocultaban violencia alguna. Más bien era acogedora, apenas fría, amable, casi protectora. La plaza quedaba bien oculta incluso los días más luminosos. Diez años antes ni siquiera el enemigo la hubiera encontrado, y así, casi solitarias en aquel barrio, las silenciosas casas seguían siendo lo que habían sido siempre. Las rejas que rodeaban la diminuta plaza habían sido respetadas por los chatarreros, posiblemente por descuido, y las magnolias, dos o tres elegantes codesos y un árbol de las tulipas habían crecido hasta la exuberancia sin que nadie los molestara. Era una de las plazas más pequeñas en su estilo de la ciudad. Había siete casas en cada uno de los dos lados opuestos, un muro en el tercero, que cerraba el paso al empinado descenso hacia Portsminster Row, donde estaban las tiendas, y en el cuarto lado se hallaba la iglesia de Saint Peter of The Gate con su afilada aguja, una rectoría y dos diminutas casitas adyacentes para el párroco. La plaza no tenía salida. La única calle de acceso llegaba junto al muro, de manera que todo el tráfico rodado tenía que volver por donde había venido, y para los transeúntes había además un tramo de escaleras. La iglesia era realmente alta. Entre su estrecho patio de piedra y el edificio de estilo Regencia de la rectoría, las escaleras de piedra subían muy empinadas hasta una amplia avenida residencial en la parte trasera. Eran unas escaleras gastadas y muy peligrosas, pese a la ayuda proporcionada por una farola empotrada en el muro de la iglesia. Sin embargo, durante el día los compradores las utilizaban a menudo, y consideraban la plaza como un atajo hacia la civilización desde las extensiones de estuco de esplendor marchito que antaño habían menospreciado el «comercio». No obstante, aquella noche en que la visibilidad era nula era como si la rectoría estuviera aislada sobre un páramo.

Se trataba de una agradable casa de dos plantas en forma de cubo, con un semisótano y una hermosa serie de buhardillas justo por encima de la cornisa. Había luces en todas las ventanas y las dos que flanqueaban la entrada eran de color rojo, lo que les confería un aspecto cálido en medio de la niebla.

Avril, el viejo canónigo, había vivido tanto tiempo en la plaza que los nuevos tiempos habían alterado su rutina doméstica sin prisa ni agitación. Vivía cómodamente en la planta baja, mientras que su anciano sacristán, William Talisman, residía en el semisótano. La señora Talisman cuidaba de ambos. El apartamento independiente de Meg estaba situado en las elegantes habitaciones del piso superior. Las buhardillas habían sido transformadas en una agradable morada parecida a una casita de campo que gustaba a todo el mundo. Todos los cambios se habían ido sucediendo con calma, sin sobresaltos, y el canónigo sabía perfectamente que era un

hombre muy afortunado.

Al principio había llevado una vida regalada, feliz porque las dos casitas del párroco pudieran albergar la gran abundancia de sirvientes, aunque él nunca lo disfrutase. Tal como estaban las cosas ahora le parecían infinitamente más lujosas. En aquel momento se hallaba donde siempre había estado, sobre la alfombra situada ante la chimenea del salón. Era la habitación a la que había llevado a su desposada treinta años antes, y desde entonces, aunque solo fuera por razones más económicas que sentimentales, nada había cambiado. Con el tiempo se había ido desgastando un poco, pero las cosas valiosas que contenía, la biblioteca de nogal con el ajedrez de marfil, la cómoda con trece hojas de vidrio en cada puerta de cristal, la silla estilo reina Ana con el respaldo de dos metros de alto, la alfombra persa regalo de boda de su hermana pequeña, la madre del señor Champion, habían ido descoloriéndose al igual que él, por el uso, los cuidados y una vida tranquila.

En aquel momento estaba desconsolado. Meg había regresado y le había contado lo ocurrido. Lo había encontrado tan desconcertante que su incredulidad la había hecho llorar. Meg había subido a sus dependencias y él se había quedado muy afligido y desconcertado. Sus libros se hallaban en la otra habitación, en medio de un cómodo caos, esperando a que él regresara a su cordura y su paz, pero él resistía valerosamente.

Normalmente era el más feliz de los hombres. Le pedía tan poco a la vida que su frugal munificencia lo asombraba y le deleitaba. Cuanto mayor se hacía y más pobre se volvía, más serena y satisfecha se veía su amable cara. Era una persona imposible en muchos aspectos, y veía la vida de una manera lúcida aunque poco convencional, por lo que dejaba perplejos a casi todos sus colegas. Nadie le temía, la gente sencilla lo quería y lo protegía como si estuviera chalado, y había exasperado a más clérigos que ningún otro párroco vivo.

El gran doctor Potter, que durante un breve tiempo fue obispo de Londres, había estado con él en Cambridge en la década de 1890, y en una ocasión le había oído pronunciar un brillante sermón sobre una abstrusa herejía que apenas doce hombres en toda Inglaterra podían haber comprendido ante una congregación de cuatro tenderos y sus familias, cinco muchachos y una anciana señora sorda. Cuando el doctor Potter objetó que era imposible que nadie le hubiera seguido, Avril lo tomó del brazo y soltó una risita de satisfacción:

—Naturalmente que no, mi querido amigo. Pero ¡qué maravilla si por casualidad solo uno de ellos hubiese sabido de qué hablaba!

Creía en los milagros y los veía a menudo, y nada le asombraba. Su imaginación era tan desatada como la de un muchacho, y su fe, absoluta. En la vida cotidiana, para ser francos, era un completo inútil.

Era un hombre grande, con un enorme corpachón, pelo blanco revuelto, y la desenvoltura de alguien para quien cualquier desconocido probablemente acabará siendo un viejo amigo. En aquel momento sentía un gran desasosiego.

—Ella lo vio —repitió en un tono apremiante—. Lo vio, lo reconoció y corrió hacia él atravesando la estación. Ya lo has oído, Amanda.

Aparte de él, la única persona que había en la habitación, la señora Amanda, hermana del conde de Pontisbright y mujer de Albert Campion, director de la importante empresa Alandel Aircraft Limited y la esperanza blanca de los ingleses anónimos que dedicaban sus esfuerzos a trabajar en investigaciones secretas, estaba sentada en una silla alta. La señora Amanda bordaba la palabra *Sheriff* en letras muy grandes en una pequeña blusa verde. Tenía el pelo rojo de los Pontisbright, que según las leyendas medievales llegaba a eclipsar incluso el fuego de los rubíes, perfectamente recortado alrededor de su pequeña cabeza. Sus ojos castaños tenían un aire pensativo en su cara en forma de corazón.

Pese a que ya le había explicado el asunto detalladamente al canónigo dos veces, su frente de color crema no mostró ninguna arruga de enfado y su voz clara siguió conservando ese tono de sentido común que tanto la caracterizaba:

—Pero cuando llegaron a su lado no era Martin. A mí también me ha pasado, ¿a ti no, tío Hubert? Sobre todo en las estaciones de tren. Es el ruido. No se oye nada, de manera que tampoco ves demasiado bien.

El anciano negó con la cabeza, inquieto.

—Pero cuando lo vio la primera vez estaba segura —insistió—. Ella lo ha dicho. Estoy muy asustado, Amanda.

Los finos dedos de Amanda hacían girar la lana con destreza.

—Es imposible que el hombre que atraparon se cambiara la ropa con Martin en un tren lleno de gente en solo unos pocos segundos, ¿no te parece? —observó.

Él se rio. Fue un brusco cacareo dirigido a sí mismo.

—Jaque —dijo—. No. No, quizá no. Aunque, ¿sabes, Amanda?, la gente puede llegar a hacer las cosas más extraordinarias. Pero tienes razón. Eso es una locura. Es realmente absurdo. A no ser que por casualidad hubiera dos hombres.

—No, tío. —Lo sacó de ese atolladero con mano experta—. No. Solo había un hombre, y no era Martin. Se le parecía de lejos, llevaba una ropa parecida a la de Martin y probablemente caminaba como él, o no habría engañado a Meg. Por tanto es alguien que conocía a Martin, y...

—¡Cielo santo! —Ahora la miraba horrorizado, y su cara reflejaba dolor y consternación—. ¿No me dirás que ese pobre chico está en algún sitio perdido, quizás en alguna institución? ¿A lo mejor irreconocible, pero dándole instrucciones a otro?

—No, querido. —La tenacidad de Amanda podía igualar a la del anciano—. Martin está muerto. Lo mataron en la guerra. El hombre que se hace pasar por él debía de conocerlo. ¿Te acuerdas cuando me enseñaste cómo caminaba Henry Irving? Ahora podrías imitarlo, aunque no lo has visto en cuarenta o cincuenta años. Cuando vuelva Albert creo que averiguaremos que ese hombre conocía a Martin desde hace mucho tiempo, quizá lo conoció en Francia antes de la guerra.

El anciano suspiró. Se había dejado llevar por sus propias imaginaciones, y lo que

ella le había dicho solo lo reconfortaba a medias.

—Quizá sí. Sí, puede que sí. ¿Y qué me dices de esta foto? Es el mismo hombre en la misma farsa, ¿no?

Su mirada había divisado el nuevo número del *Tatler* que estaba abierto encima del sofá, delante de él, y se había inclinado para recogerlo. Por primera vez Amanda frunció el ceño.

—Eso sí que es mala suerte —dijo—. Cuando la señora Featherstone me telefoneó esta tarde y me dijo que le echara un vistazo, me puse realmente enferma. Quienquiera que sea, ese hombre ha sido muy inteligente, y también muy, muy malvado.

—Es tal como yo lo recuerdo. Con esa barba tan marcial. —El canónigo sujetaba la página muy cerca de sus ojos, intentando encontrar en su reluciente superficie cualquier indicio por pequeño que fuese—. También está el nombre, ves, el nombre está debajo.

—Sí, bueno, todo eso es parte de la comedia. —Estaba verdaderamente preocupada, y su costura yacía ahora sobre el regazo—. Iba a contártelo justo cuando entró Meg. Telefoneé al periódico. Sean estaba reunido, pero conseguí hablar con Pip, que naturalmente se sintió fascinado cuando me hubo acabado de explicar que no se puede calumniar a un difunto. Me pasó al fotógrafo y hablé con él.

—Oh, estaba allí, ¿verdad? —El canónigo se sentía enormemente interesado.

—No, estaba en su despacho. El periódico compra las fotos a una agencia. El fotógrafo vio a Bertie y a May Oldsworth en el hipódromo y les sacó una foto. Había una o dos personas cerca que también salen en la foto, y como no las reconoció, les preguntó cómo se llamaban. Se acordaba del nombre de Elginbrodde porque le pidió que se lo deletreara.

—¿El hombre le dijo que se llamaba Martin Elginbrodde? —El anciano siguió observando la pequeña figura que aparecía en el borde de un grupo de asistentes a las carreras, relegado a la esquina de una página completa—. «El honorable Bertie Oldsworth» —leyó en voz alta— «quien va a cazar con los Westmeath, en el paddock con su esposa, la hija de la señora Larradine. También en la foto, el señor Peter Hill y señora, y el comandante Martin Elginbrodde». Dios santo, Amanda, no me puedo creer que ese hombre le dijera a la prensa que se llamaba Martin.

—¿Por qué no iba a hacerlo, si está haciéndose pasar por él, tío? Debió de haber seguido al fotógrafo, a la espera de una oportunidad para colarse en una foto.

—¿Por qué iba a ser tan cruel? ¿Qué esperaba conseguir?

Amanda no tenía respuesta, y no intentó inventarse ninguna. Sabía por experiencia que nadie podía superar a su tío Hubert a la hora de hacer conjeturas. Lo que hizo fue ceñirse a lo práctico. No ignoraba la credulidad de la gente más sensata a la hora de tragarse todo lo que lee en la prensa, y su preocupación era auténtica.

—Desde entonces ha estado llamando gente que conocemos para preguntar si Meg lo ha visto —dijo Amanda lentamente—. Y esta noche la cosa continuará. Los

miércoles la gente siempre lee el *Tatler* a la hora del té. Y naturalmente van a seguir telefoneando hasta el año que viene, cuando los más rezagados lo vean en la sala de espera del dentista o en la peluquería. Eso no le va a gustar nada a Meg. En este momento está esperando una llamada de Geoff. Espero haber hecho lo correcto. He puesto a Sam a trabajar en el asunto.

—¿Sam? —Al canónigo se le iluminó la cara—. Pues has acertado. Lo sabe todo sobre periódicos. —Una sonrisa de afecto le había asomado a la cara, como ocurría siempre que se refería a Samuel Drummock, el inquilino del piso de arriba. El anciano y distinguido periodista deportivo y su esposa hacía años que vivían allí. La relación entre los dos hombres era en sí misma casi un milagro. Aparentemente se basaba en la cordialidad, en una absoluta incompreensión asentada en un profundo respeto mutuo por lo completamente desconocido. Pocos hombres coincidían menos en sus apreciaciones. El resultado era una armonía totalmente inesperada, como si un perro y un pez se hubieran hecho misteriosamente amigos y se sintieran orgullosos de lo distintos que eran.

Amanda suspiró.

—Todo en orden, pues. Está sentado en las escaleras de arriba, con el teléfono y una jarra de cerveza. Meg ha dejado la puerta abierta, y cuando llame Geoff la avisará. Está furioso con todo el asunto. Nunca había visto a Sam «subirse por las paredes», como dice él.

—Bueno, ya sabes, es algo pérfido, ese intento de invertir el proceso del duelo. —Ya en su propio territorio, el canónigo se convirtió en una persona distinta—. Llorar a alguien no es olvidarlo —dijo delicadamente, su desamparo se desvaneció y su voz adquirió sabiduría—. Se trata de deshacer algo. Hay que desatar los vínculos más íntimos, y de esos nudos hay que recuperar algo permanente y valioso. Al final es algo beneficioso, naturalmente. Benditos los que lloran a sus difuntos, pues ellos serán más fuertes. Pero el proceso es como cualquier parto, doloroso, largo y peligroso. Ese intento de invertir el duelo cuando está prácticamente terminado es algo malvado, un intento de matar el espíritu. Ese pobre sujeto, quienquiera que sea, no tiene ni idea de lo que está haciendo, eso es evidente. Es algo que Sam ha olvidado. Vaya, ha sonado la puerta principal. ¿Ha llegado Albert?

Amanda se quedó escuchando un momento, y a continuación metió la camisa que estaba bordando bajo el cojín del sofá, igual que haría cualquier madre seis semanas antes de Navidad.

—No, tío, son los niños.

—¡Oh, querida! —Estaba alarmado—. Me había olvidado de ellos. Hay que mantenerlos apartados de todo este asunto, Amanda. No están preparados para algo así. Es espeluznante para los pequeños. Aterrador.

—Lo sé, tío. Lugg está con ellos. Ya nos encargaremos de eso. Hola, ¿cómo ha ido todo?

La puerta se abrió de una sacudida y entraron tres personas excitadas. Dos de

ellas, ambos varones, casi no cabían en sí de entusiasmo con la feliz aventura de llegar a casa tras cruzar Londres en medio de una niebla tan densa. Uno de ellos tenía seis años, el otro, sesenta. La tercera, pálida y un poco sin aliento a causa de la responsabilidad de controlar a los otros dos, era una muchacha. Tenía ocho años.

El heredero del señor Campion, Rupert, entró parpadeando a causa de la intensa luz. Era un niño de seis años enjuto y pelirrojo como su madre. Poseía la innata delicadeza de la familia del padre, pero contrariamente a sus dos progenitores, era tímido. Se acercó a su madre e, inclinándose hacia ella, expresó lo que más le preocupaba en un ronco susurro.

—Las hormas para tía Val cuestan dos chelines y seis peniques.

—Bueno, pues no está mal —dijo Amanda para tranquilizarlo—. Entonces solo te faltan nueve peniques. No está mal, teniendo en cuenta el aumento del coste de la vida.

—¿Estás segura?

—Desde luego. Ya lo comentaremos con detalle al final de la semana. ¿Os lo habéis pasado bien?

—Muchísimo. —El señor Magersfontein Lugg, jadeando en la puerta, resplandecía con un buen humor ajeno a su personalidad un tanto lúgubre. Era una persona un tanto rechoncha, con la cara grande y pálida, los ojillos negros y pequeños, y un bigote caído. Había sido amigo y compinche del señor Campion, así como su ayudante personal, durante tantos años que sus diversas excentricidades habían sido aceptadas y perdonadas por todos los que le conocían. Vestía ropa negra formal, y el sombrero duro de un criado de alto rango del siglo pasado, pero ahí se acababa bruscamente el parecido.

—No me importa cuidar a los críos —anunció Lugg—. La niña me ha salvado por dos veces de que me atropellaran.

El último miembro del trío puso una leve sonrisa. No era muy alta ni muy rolliza, y su pelo lacio y tupido le colgaba a la espalda casi hasta las rodillas. Llevaba un vestido muy sencillo y era todo lo formal que puede ser una niña. Pero los ojos azules, en aquella cara solemne y de nariz achatada, mostraban una secreta alegría bajo sus pesados párpados.

Era Emily, hija del hijo segundo de la señora Talisman, que había prosperado en la vida hasta conseguir un título de ingeniero. Desafortunadamente murió junto con su esposa y una hija en Portsmouth en una incursión aérea durante la guerra. Emily, que por entonces era aún un bebé, había ido a vivir con su abuela en el semisótano.

El canónigo Avril se olvidaba a menudo de que no era su nieta. La señora Talisman la había educado para que fuera digna de tal distinción, con el resultado de que habría salido un poco cohibida de no ser por Sam y la señora Drummock, que lo habían impedido.

Miró a su alrededor con cautela.

—Hay hogueras en la calle —dijo la niña.

—Es cierto. Son las antiguas almenaras de Marble Arch. —Lugg hablaba con tremenda satisfacción—. No las veía desde que era un chiquillo. Las llamas llegan hasta el cielo como si fuera la noche de Guy Fawkes.

Rupert lo observó con seriedad.

—De todos modos, conseguimos dejarte atrás —observó—. Y todavía conservas el paquete. ¿Vas a enseñárselo a mamá, o es una sorpresa?

—Vamos, vamos, no sigas. —La piel cetrina del señor Lugg alcanzó un encarnado crepuscular y sus ojos centellearon—. Juega limpio. Recuerda todo lo que te he enseñado. No te chives.

Rupert no dijo nada, pero hubo una risa en su mirada, y él y Emily intercambiaron una broma silenciosa.

—Es una sorpresa —dedujo Amanda—, y me alegra saberlo, porque las sorpresas del señor Lugg son mejores si no son repentinas.

—Muy bien, muy bien, te lo diré si tanto quieres saberlo. No es más que una máscara de papá Noel. Me la he estado probando para divertir a estas criaturas, y la muchacha que estaba detrás del mostrador, bendita sea, me la hizo comprar al final. —Lugg forcejeaba con una cuerda para abrir el paquete, y habría enseñado la compra en ese mismo momento de no haber sonado una llave a su espalda, en el vestíbulo.

—Vaya. —Amanda se puso en pie—. Mira, Lugg, ahí está el señor acompañado del inspector Luke.

El hombre grueso la miró a los ojos.

—El inspector Luke, ¿eh? —dijo comprendiendo en seguida—. Muy bien, niños, es mejor que os vayáis, id a quitaros los zapatos mojados o lo que sea. No os queremos por aquí dando la tabarra. Venga, venga, en marcha. ¿Adónde vamos, arriba?

—No, no creo. El señor Drummock está hablando por teléfono.

—Bueno. —Alzó las cejas negras—. Movilización general, ¿no? Muy bien, bajemos a casa de tu abuela, Emily. A ver qué tiene en la despensa. A lo mejor intenta enseñarme otra vez a hablar con «propiedad».

Rupert introdujo la mano dentro de la de Lugg. Era inmensa.

—Puedes hablar correctamente si te lo propones —dijo con la malévola conciencia de alguien que traiciona un secreto—. Me dijiste que podías.

—Sí, pero no me gusta. Y eso tenía que quedar entre nosotros. Te voy a *arreá* un sopapo. *T'estás* subiendo a la parra, eso es lo que te pasa. Cada día te pareces más a tu papá. Vamos, Emily, ¿dónde estás?

—Estoy aquí. —Su voz provenía ya de las escaleras del semisótano—. Te he encendido la luz. La última vez te caíste.

Desaparecieron hacia el piso de abajo, dejando la habitación triste como un escenario después de una arlequinada, y el anciano se rio.

—Qué felices son —dijo—, parecen todos de la misma edad. Ah, Albert, muchacho, entra, entra. Buenas noches, inspector jefe. Me temo que le estamos

causando muchas molestias.

El saludo frenó en seco a Charlie Luke, que había entrado impetuosamente detrás de Champion, llenando la habitación hasta casi rebosar por el mero tamaño de su persona. La suspicacia asomó en sus ojos vivarachos. Siempre sospechaba de la gente que deseaba ahorrarle molestias. Después de echarle una buena mirada al anciano, pareció tranquilizarse, y sin mostrarse en ningún momento descortés pronto consiguió transmitir que ya había visto otras «caras de pasmo» como la de tío Hubert. Sonrió y dibujó un recóndito rictus de chico travieso y criado en la calle, y se quedó muy impresionado al descubrir que el anciano sacerdote no solo había observado su expresión y la había identificado, sino que también la había perdonado. Fue la presentación más completa en cinco segundos que el señor Champion había presenciado nunca.

Los dos hombres se estrecharon la mano, y Luke, después de haber saludado a Amanda como si fuera un viejo colega, dirigió la vista hacia el sacerdote.

—¿Dónde está la señora Elginbrodde? ¿Volvió a casa en buen estado?

—Sí. Está arriba, en su habitación. Me temo que la he disgustado. —El canónigo agitó la cabeza pesaroso—. También ha aparecido esto. —Cogió la publicación de ecos sociales mientras hablaba y el inspector jefe asintió.

—Lo vimos en comisaría. El anciano sargento de guardia siempre lo lee, se cree que es un lord. Esto va a causar problemas, me temo. Bueno, es un momento terrible, señor. Creo que debería ver a la señora, de todos modos.

Amanda se puso en pie.

—Subamos. ¿Has averiguado algo?

—Un poco. Nada concluyente —murmuró su marido, al que no se veía muy contento—. Vamos, Charles. Por aquí.

El salón de Meg Elginbrodde, que quedaba justo encima del que acababan de abandonar, era completamente diferente. Lo había decorado Van Rinn con la exuberancia de la última moda, al estilo Cecil Beaton, y entre las paredes grises adamascadas y la alfombra de un color intenso se veían todos los matices y texturas permisibles, desde el terciopelo color bronce hasta el lino escarlata realzado y animado con atrevidos toques de azul cobalto. Tras una recelosa mirada de soslayo, Luke decidió de repente que aquello le gustaba muchísimo, y paseó largamente la mirada por el cuarto, como si fuese un perro labrador de pelo oscuro y ensortijado que llega de manera inesperada al país de las hadas.

Sobre una elegante mesita lateral que quedaba entre las ventanas había pruebas del propio arte de Meg, bocetos de vestidos, trozos de tela, muestras de abalorios y los enmarañados dibujos azules a partir de los que trabajan los joyeros. Puesto que Val, la hermana famosa de Champion, había adquirido el control mayoritario de la casa de modas de Papendeik, había apadrinado a varias jóvenes modistas, y Meg Elginbrodde era uno de sus descubrimientos de más éxito.

La muchacha estaba sentada en una pequeña butaca dorada junto a la chimenea

cuando todos llegaron y se puso en pie para saludarlos. Ahora llevaba un vestido largo y gris que realzaba su delgadez y el brillo de su pelo dorado, casi blanco. Parecía una mujer mayor que la que habían visto en la estación. La experiencia emocional que estaba sufriendo la había marcado, tenía los músculos tensos y los ojos sombríos a causa de la nueva información que había recibido.

—¿Quién era? ¿Lo han averiguado? —Le habló directamente a Luke como si fuera un amigo, y vio algo totalmente nuevo en su actitud. El inspector jefe se mostraba cauto e inquisitivo, y Campion, que parecía no estar muy seguro de él, se apresuró en contestar.

—Se llama Walter Morrison.

—Se le conoce comúnmente como Duds. —Luke señaló el exagerado perfil de sus ropas para definir el apodo—. ¿Les dice algo a alguno de ustedes?

—No —dijo Meg lentamente, su mirada adquiría un aire de perplejidad mientras lo miraba—. No. ¿Debería?

—No especialmente. Acaba de salir de la cárcel, de Chelmsford —representó con la palma de la mano la fachada lisa de un edificio achaparrado, es de presumir que para ahorrarse tiempo—, hace solo seis semanas. Estuvo implicado en un atraco. —Encorvó los hombros y se embarcó en una de esas descripciones tan características de él. Fue una actuación asombrosa en muchos aspectos. El hombre hablaba como una bomba, a rachas, utilizando poca o ninguna sintaxis y procurando transmitir lo que quería decir gracias a lo que parecía tan solo fuerza física—. Fue obra de matones, pero lo planearon Duds y otro tipo. Llevaban un cuchillo y una botella rota. Fue en la esquina de la calle Greek con la plaza del Soho. De noche. A la hora de las V2. —Sus ojos almendrados exigían la cooperación de Meg—. ¿Se acuerda de las V2? Toda la ciudad a la espera. En silencio. La gente en vilo. Más espera. Horas de espera. Nada. Nada que enseñar. ¡De repente, se enciende una luz! ¡De repente, sin ningún tipo de advertencia, *boom!* ¡Fin de este maldito mundo! Solo un enorme agujero y después la mitad de la calle que va cayendo muy lentamente, igual que una mujer al desmayarse. Bueno. Fue a esa hora. Esos dos estaban a la espera. Las calles oscuras. Silencio. Pasan tropas extranjeras. Esperan para tomar una copa. Por fin vienen dos solos.

Su voz bajó un tono o dos.

—En silencio. En silencio. Por detrás... ¡y toma! —Lo remató con un golpe flojo pero espeluznante, y la escena fue tan vivida y tan indeciblemente brutal como si hubiera ocurrido delante de ellos—. Tampoco fue tan fácil —prosiguió, sin darse cuenta ni por asomo de cómo estaba impresionando a esa concurrencia amable y civilizada—. Fue muy mala suerte. O buena. Depende del punto de vista. Un coche patrulla apareció justo durante la refriega. El dinero y las pertenencias ya habían cambiado de manos, así que la ley tuvo suficiente. Los dos fueron a comisaría y comparecieron ante el juez antes de darse cuenta de nada. Ninguno iba de uniforme, y no había rastros visibles de que ninguno de los dos tuviera derecho a llevarlo. No confesaron, por supuesto, pero sus huellas estaban en los archivos, de manera que no

podieron escapar a lo que les cayó encima. Al otro hombre le cayeron diez años por robo con violencia. Pero la acusación contra Duds se redujo a «agresión con intento de robo» y le cayó el máximo posible, cinco años. No puede haber sido muy buen chico allí dentro, pese a su hermosa voz. No ha habido reducción de condena.

Meg alisó la seda sobre sus rodillas y el diamante de su mano relampagueó con el movimiento. Se la veía un poco aturdida. Era el efecto que los métodos descriptivos de Luke solían producir en los no iniciados.

—Todo eso me parece totalmente incomprensible —dijo en voz baja—. ¿Es todo lo que saben de él?

—Oh, no. —Luke poseía una viva inteligencia, y hurgó en la perplejidad de Meg igual que un carpintero hurga en una viga en busca de podredumbre—. Desde 1932 hasta 1940 estuvo entrando y saliendo de la cárcel por diversos delitos, robo, coacción con amenazas, agresión. Después desapareció, como si hubiera muerto, durante casi cinco años, lo que sugiere que el ejército se hizo cargo de él. Y puede incluso que fuese un buen soldado. Esas cosas pasan.

—¿En algún momento sirvió con Martin Elginbrodde? —preguntó Amanda. Su voz serena adquirió un tono conversacional en medio de la tensión.

—Todavía no lo hemos averiguado. —Luke la miró a los ojos, y con los suyos le lanzó una pregunta que ella no pudo o no quiso reconocer—. Naturalmente, dice que nunca había oído hablar de él. Dice que es actor profesional. Lo que probablemente significa que durante un tiempo trabajó en la escena. Nos dio el nombre de una compañía de provincias, ya lo estamos comprobando. Eso no nos llevará muy lejos —volvió a escrutar a Meg—, ¿o... sí?

—Desde luego, su bigote era de lo más profesional —murmuró el señor Champion con incómoda despreocupación.

Meg alzó la cabeza.

—¿Cómo explicó lo del bigote?

—Oh, dijo que antes llevaba, pero que lo perdió en Chirona, y no quería aparecer delante de sus amigos sin bigote. —El inspector jefe hablaba ahora con una voz suave, con un acento bien marcado. También retorció el cuerpo ligeramente, y de inmediato su mente volvió al ausente Duds—. Dio su dirección actual, que es una conocida casa de huéspedes al otro lado del río, y pudimos verificarla de inmediato. En cuanto lo soltamos...

—¡Lo soltaron! —Meg lo miró asombrada y él se puso tenso.

—No podíamos retenerlo, señora. —Hablaban como escandalizado—. No podemos retener a un hombre porque una señora lo identifica como su marido.

—Pero echó a correr.

Luke abrió la boca, pero supo callar la respuesta a tiempo. Le lanzó una mirada de auxilio al señor Champion, que hizo todo lo posible por explicarse.

—Si la policía arresta a un hombre, está obligada a llevarlo delante de un magistrado lo antes posible —dijo sin levantar la voz—. Esa es la ley por la que hoy

en día se libran las guerras. *Habeas corpus* y todo eso. Ni siquiera se demostró que ese tal Morrison se hubiera hecho fotografiar con un bigote falso y hubiera ido mandando copias, pero aunque lo hubiera hecho, dudo que ese acto constituyera ningún delito. Por eso queríamos que hablara contigo. Caso de que te hubiera pedido dinero o hubiera proferido alguna amenaza, habríamos podido acusarlo de algo.

Meg negó con la cabeza sorprendida y Luke explotó.

—Nos asistía el derecho de llevárnoslo para interrogarlo porque el sujeto echó a correr —anunció con poca elegancia—. Si se hubiera quitado el sombrero y echado a andar no podríamos habérselo impedido. Los tribunales pueden llegar a ser muy quisquillosos cuando la policía molesta a un hombre fichado. —En ese momento imitó de manera vivida a algún dignatario legal de actitud autoritaria, con una infección de garganta y una pequeña pero prominente panza—. No obstante, ahora lo tenemos vigilado. Él lo sabe y...

La vibración del teléfono en el descansillo de fuera lo cortó en seco. Meg se había puesto en pie nada más oír el primer sonido.

Fue un movimiento inconsciente, al igual que también su mirada al reloj francés de la repisa de la chimenea. Las manecillas doradas indicaban que faltaban unos minutos para las siete, y en medio del silencio todos recordaron que Geoffrey Levett había prometido telefonar a las cinco. Mientras tanto, una voz firme y monótona con acento de las Midlands hablaba en el pasillo.

—¿Oiga? Sí, sí, lo es. Pero no, no, no puede ponerse. Lo siento. —El tono era paciente pero absolutamente inflexible—. Oh, sí, he entendido su nombre. Lo recordaré. Sí, la ha visto. Sí, desde luego ha supuesto una gran conmoción. Alguien que se dedica a hacer el ganso. No ha sido de muy buen gusto. No, estoy totalmente de acuerdo. Adiós.

Colgaron el teléfono y el leve sonido fue seguido por un bramido que se habría podido oír de una punta a otra de un estadio de fútbol.

—¡Meg, muchacha!

—¿Sí, tío Sam?

—La viuda Totham, de la calle Park. Y ya son diecisiete.

—Gracias, querido. —Suspiró y volvió a sentarse—. Pasa continuamente. Sam lleva una lista. Espero que Geoff no llame cuando el teléfono esté comunicando. Lo siento, inspector jefe, ¿qué decía?

Luke la estaba mirando. Tenía las manos en los bolsillos, de manera que la americana le formaba un pliegue detrás de las estrechas caderas. Tenía los hombros planos y anchos, y en su cara de piel oscura se veía esa expresión medio feroz medio tolerante de quien está al cabo de la calle de todo. Era evidente que había tomado la decisión de no callarse nada.

—Señora Elginbrodde —preguntó sin rodeos—, ¿hasta qué punto conocía a su marido cuando se casaron?

La cara del señor Champion se quedó engañosamente sin expresión, y Amanda

levantó la vista, con sorpresa y cautela en sus ojos castaños. Reflejaban hostilidad hacia Luke, y él era consciente de esa hostilidad. Estaba acostumbrado a ella.

—Bueno, ya ve cómo están las cosas —añadió, confiándose a todos los que estaban en la habitación—. He tenido una charla con Duds y me doy cuenta de que es un embaucador. Bonita voz. Convincente. Incluso puede que venga de buena familia, como suele decirse. Hasta es muy posible que tenga un buen historial de guerra.

El canónigo Avril, que había permanecido sentado sin decir nada en el rincón más oscuro de la habitación, se inclinó hacia adelante.

—Si lo que está preguntando es si su marido padeció alguna enfermedad grave o algún problema nervioso, no lo sabemos —observó—. Yo no lo había conocido de joven, y cuando su abuela me escribió desde Francia no mencionó nada al respecto. Nos lo presentó un joven sobrino mío poco después de que comenzara la guerra. Luego, cuando regresó de Oriente Medio, lo vimos mucho. A mí me parecía que él y Meg eran demasiado jóvenes para casarse, pero en aquellos días la vida era demasiado corta. Después de todo, la juventud es relativa.

El inspector jefe vaciló, pero sus ojos sofisticados sonrieron al anciano.

—Siempre y cuando no tuviera nada que objetar contra ese individuo, señor —dijo—, siempre y cuando hubiera hecho averiguaciones sobre él...

—¿Averiguaciones?

Luke suspiró.

—Ni el señor Campion ni yo llegamos a conocer al señor Elginbrodde. Hoy hemos interrogado a un hombre llamado Duds Morrison. En la vida de Morrison hay cinco años que, desde nuestro punto de vista, no ha podido explicar, y fue durante esos mismos cinco años cuando Elginbrodde conoció a su hija y se casó con ella. Simplemente me estoy asegurando de que no sean el mismo hombre.

Meg lo miró boquiabierta. En su asombro, ni siquiera oyó el murmullo del teléfono.

—Pero yo también lo vi.

Luke la miró impasible.

—Ya lo sé —dijo. Y con un gesto irritable que destruyó su actitud de visita oficial añadió—: Pero usted es humana, ¿o no?

—Naturalmente. —Para asombro de todo el mundo, el canónigo se puso en pie, y tras cruzar la habitación cogió la mano de su hija—. Naturalmente —repitió—. Este joven debe asegurarse de eso, Meg. Por todos los santos. Nunca hay que descartar la posibilidad del pecado. —Hizo que la palabra sonara familiar, e incluso de lo más corriente.

La sonrisa de Luke se ensanchó lentamente y sin darse cuenta levantó los pulgares.

—Muy bien, pues. Debería echarle un vistazo usted mismo, señor...

—¿Hay aquí algún inspector jefe de la policía que se llame Luke, Meg? —El berrido procedente del descansillo lo cortó en seco y le hizo ir corriendo hacia la

puerta—. Jefatura del distrito, urgente.

Todo el mundo escuchó la conversación que siguió, pero no fue muy reveladora.

—¿Dónde? —preguntó Luke tras un prolongado silencio. Y a continuación—: Entiendo. Muy bien. Voy ahora mismo. Mejor que no manden un coche con esta niebla.

Volvió a la habitación a grandes zancadas, y en sus mejillas se vieron unos insólitos toques de color.

—Me temo que tendrá que ser esta noche, señor —le dijo a Avril—, y tendré que pedirte que vengas tú también, Champion, si no te importa. No he sido muy inteligente. Acaban de encontrar a Duds en un callejón de los que van a dar a la calle Crumb. Por lo que me han dicho, está muerto y bien muerto.

El señor Champion se incorporó lentamente y a continuación se puso en pie.

—¿Tan pronto? —murmuró—. Eso es otro punto en contra, Charles. Me estaba preguntando si se lo tenía merecido, pero no imaginaba nada tan... repentino.

—¿Está diciendo que lo han asesinado? —Meg estaba muy pálida.

Luke le sonrió desde su preocupación.

—No ha muerto de indigencia.

El canónigo se puso en pie.

—Debemos salir en seguida —dijo.

Cuando la puerta principal se cerró detrás de los tres hombres y su golpe inconfundible resonó en el apartamento de arriba, Meg cruzó la habitación y a continuación se dio la vuelta.

—Amo a Geoffrey —dijo.

—Sí. —Amanda no se movió. A la luz del fuego, sus ojos parecían afectuosos y del color de la miel—. Pero eso es muy evidente, si me permites que te lo diga. ¿Habéis discutido esta tarde?

—No, intenté explicárselo, lo que fue una estupidez por mi parte. Creí que conocía bien a Geoff, pero no, Amanda. Lo amo muchísimo, pero no lo conozco en absoluto. —De repente se la vio tan joven que la otra mujer apartó la mirada.

—No creo que este sea el mejor momento para que él se abra y lo puedas conocer mejor —observó—. Casarse siempre es bastante complicado, ¿no te parece? Sé que no sirve de nada decir que no te preocupes, pero me parece que tienes que esperar. Pocas cosas hay más importantes que saber esperar.

—Ese horroroso hombrecillo de la estación no era Martin.

—Por supuesto que no lo era.

—El inspector jefe no me ha creído.

—Luke estaba desconcertado. Cuando habló con Morrison debió de decidir que no se trataba de chantaje. Ahora, naturalmente, está furioso consigo mismo.

—¿Por qué no intuyó que iban a matar a ese hombre?

—Bueno —dijo Amanda, que estaba reflexionando profundamente sobre el asunto—, no ha cuidado muy bien de él, ¿no te parece?

Meg hizo el esfuerzo de pensar en Morrison, pero fue incapaz.

—Supón que Geoff no llama.

—Llamará, ya verás como sí. —Un pie calzado con un zapato de suela blanda abrió un poco más la puerta, y luego apareció Sam Drummock cautelosamente en la habitación. Llevaba en la mano dos grandes copas en forma de tulipán demasiado cargadas, y caminaba con mucho cuidado, como un niño de tres años que transporta una jarra. Era un hombre orondo con una cabeza redonda y calva, y poseía esa fuerza inherente a la raza de las Midland. Tenía unos ojos astutos y pequeños, en una cara rubicunda. En aquel momento llevaba su vestimenta de trabajo, una especie de chaqueta de pijama de cuello alto de gruesa seda china, muy bien lavada y planchada, y unos pantalones de franela grises limpios y pequeños. Sus pies pequeños y redondeados calzaban unas relucientes zapatillas rojas. Todo ese atavío sugería la vestimenta tradicional de alguna tierra desconocida.

—*Gin-tonic* —explicó, entregándoles una copa a cada una—. Lo he preparado yo mismo, así que estoy seguro de que está bueno. Es un estimulante. Lo necesitáis. Esperad a que traiga mi jarra. Está en las escaleras.

Se movía con la rapidez y la ligereza de los bóxers que tanto admiraba, y en seguida volvió a estar junto a ellas, ahora con una reluciente jarra en la mano.

—Bueno, he estado escuchando —anunció en un tono jovial—. Así que es un asesinato, ¿eh? Bueno, eso es malo. Sin embargo, no hay que perder el ánimo. Gracias a Dios el muerto no es ninguno de nosotros. —Se le escapó una risita y se acercó hasta un escritorio sobre cuya tapa se veía el dibujo de un maravilloso vestido de boda—. Voy a ver a mi querida gran reina vestida así —le dijo a Amanda con enorme satisfacción—. Voy a sentarme en primera fila y a poner mi sombrero de copa sobre las rodillas. Si el viejo obispo (y últimamente no tiene muy buen aspecto, fíjate en lo que te digo) estira la pata, y Hubert es quien tiene que casarlos, tendré que ser yo quien la entregue en matrimonio.

Le echó otro vistazo al dibujo y emitió un ruido explosivo.

—No me gusta lo que pone debajo. Para mí lo echa todo a perder. «Querida, si yo también pudiera llevar esto estaría en el cielo». Firmado, Nicky. Ya le daría yo a ese Nicky.

Meg sonrió a pesar de su preocupación.

—Nicholas de Richeberg es uno de los más brillantes modistos del mundo, tío Sam.

—Y debería serlo. —Sam levantó su jarra—. Para nosotros solo lo mejor. Pero estarías estupenda vestida de percal, mi gran reina. Meg...

—¿Sí?

—Me pesa en la conciencia, así que tendré que decírtelo. Esa chica de la oficina de Geoff ha vuelto a llamar. Se le había olvidado comunicarle un recado personal del

encargado o agente de Geoff, o como quiera que lo llamen, en París. Quiere que él la telefonee en cuanto llegue. —Sam estaba preocupado. La ansiedad asomó en sus ojos pequeños y amables, pero desapareció en seguida—. Pero no tiene importancia. —Se le ocurrió una idea esperanzadora—. A lo mejor se ha ido a tomar un par de copas, ¿eh?

—No es algo que suela hacer.

—No. —Sam ocultó la cabeza detrás de su jarra, y esta reapareció tonificada—. Mira qué te digo —añadió—. Si hubiera sido Martin el que estuviera de juerga, no volvería a pensar en ello. Lo sabría.

Amanda vaciló.

—Nunca conocí a Martin, desde luego. ¿Era una persona alocada?

—¿Martin? —Sam echó la cabeza hacia atrás y soltó una buena carcajada—. Un farrero. Era un tipo vital, elegante, sensacional. Pero no queremos hablar de él, pobrecillo, ¿verdad? —De repente aparecieron lágrimas en los ojos brillantes de ella—. Dios mío, no. Ya está. Se ha acabado. Mi gran reina va a ser feliz con un tipo estupendo. Va a tener un marido sensato, varonil y formal. —Le dirigió una mirada solemne a la visitante—. Un gran tipo —declaró—. De los mejores. Y sé a qué me refiero. Un luchador limpio y honesto.

No había duda de que esto último era el mayor elogio que podía pronunciar. Vaciló, miró hacia la puerta y volvió a dirigir la vista hacia ella, y hasta su mismísima calva relució de exasperación.

—Pero si no está derrumbado bajo la mesa de un bar, ¿por qué demonios no llama? —dijo.

Capítulo 3

El rastro

No es fácil adivinar cuándo comienza una enemistad, cuándo esa fuerza que es en parte miedo, en parte rivalidad y en parte el puro instinto de supervivencia aparece por primera vez, pero fue en esa gélida caminata cuando Charlie Luke olisqueó por primera vez al hombre que, de entre todas sus muchas presas, iba a convertirse en el principal enemigo de su vida.

Como Amanda había intuido, en aquel momento estaba sobre todo enfadado consigo mismo. Era el mejor de los policías, lo que viene a indicar que ni por un momento se creía juez ni jurado, carcelero ni verdugo. Se veía a sí mismo tal como se ve el perro pastor; hasta que no tenía cercado al malhechor, su responsabilidad consistía en mantenerlo protegido, al tiempo que acorralado. Su trabajo era primero localizarlo, y luego traerlo vivo, por lo que el hecho de no haber hecho caso del terror que había vislumbrado tan claramente en aquella cara pálida, encima del grotesco bigote, y haber dejado solo a Duds Morrison para que lo mataran, lo ponía furioso. Había sido un error sobre el que no cabían excusas y se odiaba por haberlo cometido.

No obstante, detrás de su autocrítica había algo más. Tal como había presentido, una advertencia nacida del sexto sentido que había ido aprendiendo con la experiencia le indicaba que estaba a punto de toparse con algo singular y peligroso. A través de la niebla le llegó el olor del tigre.

La caminata resultó toda una experiencia. Sin la compañía del anciano Avril, que conocía su parroquia como la palma de la mano, quizá nunca habría conseguido llegar. La niebla era más densa que nunca. Subía desde el río espesa como un lecho de plumas. Colgaba entre farola y farola en pliegues cegadores y abominables, y puesto que en esa zona casi todas las casas se parecen y las calles se disponen en una serie de elegantes curvas en medio de las cuales es fácil acabar caminando en círculo incluso a plena luz del sol, el kilómetro largo que separaba la rectoría de la calle Crumb podría haberse convertido en un laberinto. No obstante, el canónigo caminaba muy deprisa y no vacilaba ni un momento.

Mientras andaba detrás de su tío, el señor Champion observaba con afecto aquella figura un tanto pintoresca. En particular, el abrigo del canónigo Avril resultaba extraordinario, e incluso famoso por merecimiento propio. Podría haber sido diseñado por el caricaturista Phil May, pues rozaba las botas de su portador y se cerraba gracias a una doble hilera de botones, cada uno de ellos casi tan grande como un platillo, que llegaban en su doble línea hasta muy por debajo de las rodillas. Parecía haber sido cortado de la alfombra a cuadros de un pastor y con los años había adquirido la forma del anciano, incluso el bulto del bolsillo derecho de la chaqueta, donde guardaba su lata de tabaco. El anciano lo llevaba como si se protegiera con una

concha.

Lo que Campion sabía de la prenda era que a menudo había estado empeñada. Tío Hubert era famoso por ser descuidado con el dinero, de manera que la señorita Warburton, una agradable solterona que vivía en una de las dos casitas de la rectoría y se dedicaba a la iglesia, se había hecho cargo completamente del control de sus gastos desde la muerte de la esposa del canónigo. Le permitía disponer de un poco de dinero cada sábado, que colocaba en la cajita de latón que había sobre la repisa de la chimenea del estudio, y en eso era absolutamente inflexible. Si él gastaba de más a principios de semana, se quedaba sin dinero hasta el día de la paga.

Los parroquianos que padecían problemas económicos, habitantes de la zona pobre situada detrás de las tiendas, sabían todo eso tan bien como él, y siempre que era posible limitaban sus importunidades al fin de semana, pero cuando, tal como sucede a veces, surgía alguna necesidad vital de manera imprevista, solo existía una solución. En tales ocasiones el abrigo del canónigo cruzaba la plaza sobre el brazo del prestatario hasta la pequeña tienda de empeños que había en la esquina, y el anciano señor Hertz le pagaba cuarenta y tres chelines y seis peniques. Era mucho más de lo que valía. El judío nunca se abstenía de decírselo. Y así toda aquella operación resultaba una penitencia al tiempo que un alivio. Era algo que solo se permitían los más veteranos y leales, y solo en circunstancias excepcionales, por lo que, en ciertos círculos, «este caso solo lo salva el abrigo del canónigo» se había convertido en una expresión que denotaba que alguien estaba económicamente en las últimas.

Para hacerle justicia, hay que decir que Avril sabía perfectamente lo que se llevaba entre manos. No se hacía ilusiones, y a su extraña manera poseía un enorme sentido común. Casi siempre tenía que ser él quien desempeñaba la prenda. No pretendía considerarse una institución caritativa y de ningún modo era sentimental, pero sí una persona humilde, caritativa y amiga de sus amigos.

Además, y esa era una característica que compartía con muchos cristianos clásicos, se sentía sinceramente más seguro y más tranquilo cuando había dado todo lo que tenía, como el que pasa la pelota en un partido. En su caso el resultado parecía ser una extraña libertad material. Por así decir, caminaba sobre las aguas. Y para compensar la coacción que le imponían sus pequeñas posesiones materiales tenía a la señorita Warburton. Era un espléndido intercambio.

Llevó a su sobrino y a Charlie Luke hasta la calle Crumb por una serie de atajos, mientras ellos lo seguían cruzando los dedos. Llegaron a su destino de manera inesperada. Un último acelerón a través de unos lugares recónditos totalmente a oscuras les llevó al centro de esa tenebrosa zona, a tiro de piedra de la comisaría. Allí el canónigo se detuvo y se dio la vuelta para mirarlos.

—Muy bien, ¿dónde está ese pobre hombre?

—Pump Path —dijo Luke en seguida—. A la derecha, pasado el Feathers.

Una vez fuera de aquel laberinto de zócalos y pórticos, Luke conocía su barrio como cualquier otro hombre, y los condujo rápidamente por las oscuras aceras que

discurrían junto a las tiendas cerradas. No era una noche para pasear, y había poca gente por la calle, aunque el inevitable grupo de los que siempre necesitan diversión rondaba la oscura entrada que había junto al *pub* The Four Feathers. La taberna era un tugurio de esos de decoración chabacana. Sonreía incitante a través de la niebla, haciendo brusca ostentación de una sosa alegría de azulejos y marcas de bebida, mientras que a todo lo largo de la barandilla de latón que bordeaba el cristal esmerilado dispuesto a rombos en el ventanal del local, una hilera de medias cabezas, grotescamente biseccionadas, se volvieron para mirarlos con curiosidad mientras pasaban.

Cuando pasaron junto a aquel grupo, un reflejo plateado apareció en la boca oscura del callejón, y un agente saludó a Luke al reconocerlo.

—El difunto está en la otra punta, señor, cerca de la entrada por la avenida Bourne. Necesitará una linterna. Allí la niebla es muy espesa.

Luke ya había sacado una. Le había colocado encima un calcetín amarillo de seda y producía un haz bastante penetrante, pero incluso así era difícil avanzar.

El suelo de piedra estaba muy gastado, y por los dos lados se inclinaba bruscamente hacia el centro, lo que había abierto un surco a modo de arroyo, mientras que los altos muros que lo flanqueaban se vencían hacia la calle. Esas oscuras superficies eran tan peladas como un acantilado.

—¡Menudo lugar para morir! —El inspector jefe habló con repugnancia.

—O para vivir, claro. —La voz suave del señor Campion sonó afable. Acababa de llegar al extremo del muro y se había topado con una verja de madera torcida, que incluso en un pueblecito de Sussex habría quedado afectadamente rústica. Un poco por detrás, el cuadrado de una ventanita emitía una luz naranja en la niebla.

—Es el jardín trasero del treinta y siete de Grove Road —dijo Luke volviéndose—. El último que queda. (Nadie protege los rincones hermosos). Antes había una hilera completa, pero todos han quedado enterrados bajo las construcciones que han erigido encima, excepto este, que el conserje del bufete de abogados cuida tan bien. En verano es digno de ver. Cuatro caléndulas en una hermosa maceta. El anciano está mal de la cabeza, cada viernes va a la comisaría a quejarse. Me pregunto si esta noche habrá oído algo. Cuidado, hay una pequeña curva en alguna parte... Ah.

El haz de la linterna giró la curva, y al seguirlo dieron con la escena del crimen. Era una imagen dramática. Algunos policías con iniciativa habían traído viejas bengalas de nafta, que son la única respuesta adecuada a la niebla. Como una larga columna de humo, escupían y siseaban sobre las cabezas de un grupo de hombres, y su vigoroso rastro de humo se mezclaba con otros vapores, formando unas nubes rembrandtinas sobre sus cabezas.

—¿Jefe? —La voz enérgica del sargento Picot les llegó hueca mientras su fornida silueta se separaba de la masa oscura.

—¿Qué hay, George? —Luke volvía a manifestar su marcada jovialidad habitual—. ¿Qué tenemos aquí?

—Bastante, señor. ¿Puede acercarse? No hay mucho sitio. El médico está aquí. — Esto último lo dijo claramente en forma de advertencia amistosa. Avanzaron con cautela y la pequeña concurrencia se apartó para dejarlos pasar.

Duds había muerto en un agujero. Dos muros se encontraban formando un ángulo estrecho, dejando un espacio de unos setenta centímetros. El cuerpo estaba empotrado en ese hueco, en posición sentada, las piernas dobladas, la barbilla sobre el pecho. Parecía imposible que un ser humano pudiera ocupar tan poco espacio. Estaba sentado, como un montón de basura tirada, y una gran mancha roja se proyectaba sobre su americana de *sport*, como si fuera un babero, llegando hasta sus manos y el suelo. Se lo veía muy pequeño e insignificante, apenas grotesco, en medio del círculo de oscuras cabezas que lo rodeaban.

Luke se acuclilló sobre los talones. El agente se le acercó y le pasó una bengala. Picot se inclinó hacia el inspector jefe.

—Uno de los nuestros lo encontró a las seis cuarenta, pero puede que llevara aquí una hora o más —murmuró, mientras la luz de la linterna de Luke se reflejaba en su rostro de toscos rasgos—. No viene mucha gente por aquí y de todos modos dudo que alguien lo viera de haber pasado deprisa.

—Ni que se detuviera en caso de haberlo visto. No es una flor al borde del camino —murmuró Luke, poniéndose en pie para hacerle sitio al señor Campion—. ¿A qué hora exacta salió de comisaría esta tarde?

—Pasadas las cinco, señor. No se lo puedo asegurar. Esperaba que usted se hubiera fijado. Vine en cuanto nos informaron, naturalmente. Ya hemos traído al fotógrafo y examinado el lugar. Aquí está el médico, señor.

No hacía falta que se lo recordaran. Hacía ya un rato que se oía un constante gruñido a la espalda del inspector jefe. Luke se volvió hacia él.

—Es curioso como siempre le molestamos a la hora de cenar, doctor —dijo en voz baja en medio de la oscuridad—. Hay un párroco justo detrás de mí. No se ofenda. He pensado que le gustaría saberlo.

El murmullo cesó bruscamente y una voz que marcaba mucho las palabras, como de maestro de escuela, observó ácidamente:

—Es muy amable al preocuparse por mi alma inmortal, inspector jefe. Me temo que yo he dejado de interesarme por la suya. Llevo aquí esperando más de media hora y naturalmente cualquier tipo de examen en estas circunstancias es bastante inútil. Si quiere, le haré la autopsia mañana a las nueve.

—Muy bien. —Luke no se volvió—. Antes de que se marche, ¿qué cree que ha pasado? ¿Le cortaron el cuello?

—¿La hemorragia? Oh, no. Es de la nariz. No es nada.

—¡No me diga! —El inspector jefe pareció aliviado—. ¿Así que murió de muerte natural? Le sangraba la nariz y simplemente se sentó y se murió.

—No, a no ser que al hacerlo se diera en la cabeza con tanta fuerza que se fracturó el cráneo. —Su afectada voz sonaba un tanto divertida—. Creo que, como

muy fácilmente podrá ver usted mismo, Charles, alguien le ha hecho «olerle los pies». No quiero comprometerme, pero yo diría que lo han hecho con una bota. Lo sabremos por la mañana.

—¿Podemos lavarle la cara?

—Si le apetece, por mí no hay inconveniente. Buenas noches. —Se alejó con un trotecillo y su figura rolliza quedó engullida por la niebla.

—Noche de pastel de riñones y bistec —murmuró Luke, mirando cómo se alejaba—. Espero que su mujer se lo haya mantenido caliente. ¿Podemos dejarle la cara un poco presentable, George?

—¿Aquí, señor?

—Sí, por favor. Quiero que lo vea alguien. Póngase a ello, ¿le importa? —Se interrumpió bruscamente cuando Campion le tocó el hombro. El anciano Avril había entrado en el círculo de luz y ahora estaba con la cabeza agachada enfrente de lo que quedaba del desdichado Duds. Llevaba la cabeza descubierta, y el mechón desgredado de su pelo asomaba como una tosca hierba de su espléndida cabeza. Estaba limpiando la sangre de la cara muy suavemente con la ayuda de un gran pañuelo blanco. Llevaba a cabo la operación de manera inexperta, pero con un cierto esmero que sugirió a todos los presentes que habría llevado a cabo la misma operación de tratarse de un niño con un resfriado. No mostró trazas de desagrado ni vacilación, y el sargento Picot, por lo pronto, quedó francamente escandalizado. Emitió un leve carraspeo, como el de un faisán asustado, y estaba a punto de intervenir cuando la mano de Luke le apretó el brazo. El inspector jefe estaba totalmente inmóvil. Parecía en tensión, todos los sentidos alerta, la mirada registrándolo todo y la gran masa en forma de cometa de sus hombros añadiéndole dramatismo a aquel cuadro.

El canónigo siguió limpiando la cara del cadáver, de manera serena e inexperta, ensuciándose considerablemente. Estaba claro que, igual que ocurría con el pecado, la sangre no le provocaba ningún espanto.

—Ya está —dijo por fin, al parecer dirigiéndose al cadáver, y le dedicó una larga mirada a aquella cara ya no horrible, pero sucia e infinitamente patética. A continuación le bajó los párpados para cerrar aquellos ojos sin vida.

—Pobre muchacho. —Toda la vida dilapidada de Duds quedaba expresada y compadecida en aquella expresión espontánea de pesar.

Mientras Avril levantaba las manos del cadáver para juntarlas, las mangas de la chaqueta llamaron su atención y por primera vez pareció perplejo. Levantó el brazo derecho y lo recorrió hasta el codo con la mano.

—Alúmbrenme un poco, por favor —dijo en tono levemente imperioso, y la linterna de Luke le alumbró en seguida. La luz cayó sobre un remiendo de cuero en el codo y sobre otro más pequeño cerca del puño. Era un buen trabajo de aficionado, el trabajo de un ordenanza del ejército.

—¿Lo había visto antes, señor?

El anciano no contestó. Acabó su tarea, juntó las manos y se levantó. Se inclinó hacia Luke.

—Me gustaría hablar con usted.

—Muy bien, señor.

—¿Dónde va a llevar a este pobre sujeto? ¿Podemos ir nosotros?

—No, señor. Iremos a comisaría, si no le importa. Está nada más doblar la esquina. El cadáver hay que llevarlo al depósito. La furgoneta nos estará esperando.

—Luke se mostró firme pero respetuoso, y el anciano asintió. Los dos parecieron estar completamente de acuerdo, observó el señor Campion, como si se conocieran desde hace mucho tiempo.

—Quiero esa chaqueta —dijo Avril—. Quiero llevármela a casa.

—Muy bien, señor. —Luke no pestañeó—. Tendremos la ropa preparada, George, en cuanto puedas, en la comisaría. ¿De acuerdo?

Picot retrocedió para dar una orden. La atmósfera de la escena había cambiado bruscamente. El clima de investigación había desaparecido, y habían regresado la vida y el ajeteo.

Mientras el señor Campion le cogía a su tío aquel espantoso pañuelo, que el canónigo había estado a punto de meterse en el bolsillo, Luke se puso a dar órdenes rutinarias. En seguida quedó palpable de una manera casi temible el poder de aquel hombre, como si un camión de repente se hubiera puesto en marcha en el callejón.

—¿Detective Slaney? —preguntó, y habló apresuradamente cuando una sombra surgió velozmente de la oscuridad—. La señora Gollie, Bill. La conoces bien, ¿verdad? Acércate a la barra del Feathers, a ver qué puedes averiguar. Abrirá la boca, desde luego, y si no acaba con tu paciencia a lo mejor eres capaz de sacar algo en claro. No digas más de lo necesario hasta que todos se hayan ido. Detective Coleman.

—Aquí, señor. —La voz del joven que estaba justo detrás de Campion fue vacilante en su entusiasmo, y una robusta figura pasó junto a él.

—¡Más energía! ¡Celo, energía, eso es lo que queremos en el departamento! No pises la prueba A. —En la oscuridad, la ironía de Luke era tan intensa como su sonrisa—. Fíjate, justo ahí detrás hay un verja de poca altura con una portezuela. Si no encuentras la portezuela, salta la verja. Verás una ventanita iluminada. Cuando hayas caído sobre el cementerio de pequeñas estatuas que llenan ese maldito lugar, da unos golpes en la ventana y se abrirá una puerta justo a tu lado. Dentro te encontrarás con el anciano más horroroso que has visto nunca. Se llama Creasey. Escúchalo, y si no pierdes los nervios acabarás siendo un buen policía. Si consigues que te diga si oyó o vio algo extraño en este callejón entre las cinco y media y las seis cuarenta de esta noche, puede que acabes siendo detective. Seguro que estaba en casa. Su madre está postrada en cama y no puede salir de casa. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor.

—Muy bien. Ve. Date prisa. ¿Está por aquí el sargento Branch? Ah, estas aquí, Henry. El difunto tenía algunos parientes, personas decentes apellidadas Atkins. La

señora Atkins es su hermana. Vive en Tufnell Park. Tengo la dirección en alguna parte. La anoté cuando lo interrogué esta tarde. Sí, aquí está: calle Smith número veintidós. ¿Puedes encargarte de ello?

—De acuerdo, señor. —El tropel de detectives iba menguando, y habían aparecido los del depósito. Luke cogió a Champion por un brazo y al canónigo por el otro y los sacó delicadamente.

—Tenemos que volver —dijo—. El jefe ya habrá vuelto.

Avril miró a su espalda.

—Ese pobre hombre, ¿lo llevarán a su casa?

—Bueno... —Luke encontró divertido aquel comentario—. Según dicen, Chelmsford es una cárcel moderna y es asombroso cómo se han adaptado a los nuevos tiempos, pero incluso así dudo mucho que entierren a sus exconvictos con flores y carruajes para los allegados.

—Pero usted dijo algo de unos parientes.

—Oh, sí, parientes cercanos. —Habló en un tono lúgubre—. Es duro para la gente como esta. Dio el nombre de una pobre mujer en su primera condena, imagino. No olvidamos nunca. Y aun así, alguien tiene que apoquinar para pagar la caja y el enterrador, si podemos convencerlos. Hay que proteger a los ciudadanos. Por aquí, señor. Creo que quiere hablar conmigo. ¿Lo conocía?

La linterna que tenía en la mano en aquel momento proyectó su haz de luz hacia la cara del anciano.

—No. No lo conocía de nada. —El canónigo puso una voz de pesar—. Habría reconocido a Martin. Lo habría reconocido en cualquier parte. Era un tipo extraño, singular. Ese pobre muchacho no se le parecía en nada.

Hubo un momento de silencio cuando salieron del callejón y alcanzaron una acera más ancha. Los tres hombres altos caminaban muy deprisa, las cabezas muy juntas.

—Pero la chaqueta —comenzó a decir Luke, y Avril asintió.

—La chaqueta era de Martin, y procedía de mi casa.

—¿De verdad? ¡Por Júpiter! ¿Cuándo? Quiero decir que cuándo la vio por última vez.

—He estado pensando en ello. No lo sé exactamente. No soy muy observador. Hace semanas, quizás. Puede que dos meses.

Luke frunció los labios para soltar un silbido, pero cambió de opinión. Habían llegado a la comisaría, y él los había conducido hacia su austero interior, que olía a ácido fénico. Habían cruzado el departamento de investigación criminal y llegado a su modesto despacho. Incluso allí había penetrado la niebla, que colgaba en el ambiente como una nube de humo. Pero la luz era lo bastante buena como para que los dos más jóvenes observaran algo en lo que no se habían fijado: no podían mandar al canónigo de vuelta a casa sin que se limpiase antes. El único ocupante del despacho, el detective Galloway, un joven de cara oronda ayudante de Luke, se puso en pie de un salto nada más verlos, suponiendo que llevaban a un asesino al que

habían pillado con las manos en la masa, e incluso el señor Campion parecía sobresaltado.

—Sí, bien —dijo Luke, observando con incredulidad al anciano caballero—, será mejor que vayamos a los servicios. ¿Ha telefoneado el comisario, Andy? Supongo que todavía no ha aparecido.

—Todavía no hay señales de él, señor. De todos modos, hay un par de cosas. Varias personas han estado preguntando por el señor Geoffrey Levett. Su secretario está armando jaleo. Parece ser que esta noche tenía que hablar en una cena, algo bastante importante, y no se ha presentado. Tanto el secretario como la señora Elginbrodde sugirieron que a lo mejor se había puesto en contacto con usted. Parecían preocupados.

Los dos hombres más jóvenes intercambiaron una mirada, y a continuación Luke se encogió de hombros y tocó el brazo de Avril.

—Será mejor que venga con nosotros, señor —dijo, y en los servicios, mientras lo atendían con eficiencia, prosiguió el interrogatorio.

—Oh, no, mi querido amigo, no fue hace años. —En mangas de camisa, Avril dirigía su voz a la nuca de Luke, mientras el inspector jefe frotaba la pechera del famoso abrigo con una toalla húmeda—. Esa inconfundible americana ha colgado en el guardarropa de la rectoría durante años y seguía allí bastante recientemente. Desde luego estaba allí a principios de este invierno.

—¿Cómo lo sabes, tío? —Campion dejaba correr el agua caliente sobre las manos ancianas, delgadas y torpes del erudito, cuyas delicadas uñas almendradas no estaban demasiado cuidadas, y le puso en las manos una pastilla de jabón mientras hablaba.

—Porque la vi allí cuando cogí mi grueso abrigo del guardarropa el primer día frío de otoño. Fue el día de san Mateo, el 21 de septiembre, muy pronto para que hiciera frío. Los ancianos nos fijamos en esas cosas. —Avril cogió el jabón y se lavó las manos con la obediencia de alguien que está acostumbrado a la tiranía en asuntos de poca monta. Se las lavó a conciencia, tal como le habían enseñado mucho tiempo atrás. Estaba claro que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, y en sus ojos había una expresión muy seria y pensativa—. Sí, en aquel momento estaba allí. Eso fue hace menos de siete semanas. Siempre le pongo algo encima, así que busqué algo con que cubrirla. Le puse un impermeable.

—¿Por qué?

El canónigo alargó el brazo para coger la toalla.

—Porque pensé que Meg podría entrar y verla. A mí siempre me recordaba muchísimo a Martin, y no habría razón alguna por la que a ella no le pasara lo mismo. —Sus ojos se dirigieron hacia Luke, que lo estaba mirando y asentía, con sus ojos almendrados encendidos como carbones. Avril se hizo eco de su leve sonrisa—. Podría haberla quitado de ahí, ¿verdad?, podría haberla doblado y escondido en el estudio. Pero no lo hice. Simplemente la dejaba allí y siempre la tenía cubierta con algo. Qué cosas tan extrañas tiene la mente. Son cosas que imagino que uno no se

para a pensar. Lo entiende, ¿verdad, inspector? Pensé que lo entendería.

La cara de Luke se ensombreció un poco y se echó a reír, solo para volver a ponerse serio de inmediato.

—Échele otro vistazo, señor. Mejor estar seguros. Ya sabe la importancia que tiene.

—Por supuesto que me doy cuenta, muchacho, por supuesto. —Avril volvió a cubrirse con su abrigo—. Eso significa que debe de estar implicado alguien muy próximo a nosotros, y es algo muy curioso, porque me doy cuenta de que este engaño extrañamente cruel se dirige contra Meg y jamás habría dicho que alguien que la conozca pueda ser capaz de ello. Por eso he de coger la americana y llevármela a casa.

Por la fuerza de la costumbre encabezó la comitiva en dirección al despacho de Luke, hablando sin cortapisas. Su agradable voz resonó por los desolados corredores.

—¿Cree que puede averiguar quién fue, señor? —Luke lo adelantó justo a tiempo para abrir la puerta de su despacho.

—Oh, sí. —Por un momento los ojos del anciano se encontraron con los suyos, y descubrió esa extraña severidad que hasta ese momento solo había asociado con la judicatura. Tan implacable expresión volvía a impresionarlo, como ocurría siempre—. Oh, sí —volvió a decir Avril—. Lo averiguaré.

Habían tardado más de lo que pensaban, y el sargento Picot los estaba esperando con su horrible paquete de papel marrón sobre una mesa, en la que se exponían todos los artículos perfectamente etiquetados. Levantó sus imperturbables cejas en el momento en que Avril saltó sobre la americana manchada y empapada y la extendió delante de ellos.

—El contenido de los bolsillos está aquí, señor —le murmuró a Luke, indicando un segundo paquete sin abrir.

—Eso no nos interesa. —Avril lo apartó y se concentró en la prenda—. Lo interesante es lo que solíamos denominar «llamativo» —observó—. El *tweed* es llamativo. Eso es lo que Meg reconoció, ¿se dan cuenta? Ella ve muchas telas en su trabajo. Se había olvidado de la prenda, pero el dibujo se le quedó grabado en la mente y lo tenía asociado con el muchacho, ¿se dan cuenta?

Señaló el interior del bolsillo de la pechera, el lugar donde habían descosido concienzudamente la etiqueta del sastre.

—¡Extraordinario! Vaya, ¿a quién se le ocurriría hacer algo así?

—A muchos de nuestros clientes, señor. Se quedaría sorprendido. —Luke sonreía—. De todos modos, lo que reconoció fueron los remiendos, ¿verdad?

—Sí. —El canónigo giró la manga y volvió a descubrirlos—. Esos dos remiendos. A veces me preguntaba, cuando estaba ocioso, por qué había dos. ¿Por qué no poner una gran tira de cuero sobre los dos agujeros? Yo no sé nada de estas cosas, pero me parecía rarísimo.

—A lo mejor los agujeros se los hizo en ocasiones distintas, señor. —El sargento

Picot, cuyo tupido cabello oscuro se le levantaba en la coronilla de la cabeza como si se hallara en un permanente estado de sorpresa, decidió que su jefe estaba resuelto a seguirle la corriente a un idiota inofensivo y se dispuso a participar.

Avril no estaba nada convencido.

—Podría haber sido eso, pero sigo pensando que habría sido más sensato colocar un solo remiendo —dijo—. No obstante, reconozco perfectamente estos dos, desde luego. A veces tengo la impresión de que todos estos pequeños detalles tienen un propósito, ¿sabe? No puedo asegurarlo con precisión, pero esta manera de pensar me conduce a conclusiones muy extrañas, y a veces me quedo muy sorprendido. Y ahora, si me la envuelven, me la llevaré a casa e intentaré averiguar cómo acabó donde acabó.

Le entregó la americana a Picot y le señaló el papel marrón.

El sargento le lanzó una mirada interrogadora a Luke, el cual asintió.

—Voy a hacer que George lo acompañe, señor —dijo—. ¿Le importa?

El canónigo frunció las cejas.

—Preferiría hacerlo solo. Es una cuestión familiar. Todos los de la casa llevan viviendo allí mucho tiempo.

—Exactamente. —Luke le entregaba la prenda con afecto más que con simple cuidado—. Por eso quiero que se lleve a George. Es mi ayudante principal, un hombre callado y prudente —añadió con firmeza, observando al sargento de manera abiertamente amenazadora—. Es tan discreto que ni siquiera se dará cuenta de su presencia.

Avril no acababa de tenerlo claro.

—Me resultará mucho más fácil sin él —dijo tristemente, mientras Luke ponía cara de vacilación.

—No —dijo por fin Luke—. No me atrevo. Es una prueba, entiéndalo. Hay que presentarla ante el tribunal. George ha firmado que es responsable de ella. No puedo dejar que se la lleve sin más.

—Muy bien. —El canónigo cedió no solo con elegancia sino con generosidad—. En ese caso, sargento, usted y yo debemos hacernos buenos amigos. Vamos. Aunque le advierto, mi querido señor, que temo que esto pueda ser muy doloroso para usted, muy embarazoso y doloroso.

Picot lo miró sin expresión, pero era un hombre avezado e hizo lo que siempre hacía en caso de duda, obedecer en silencio. Nada podía haber sido más afortunado.

Cuando la puerta se cerró detrás de esa inverosímil pareja, el señor Campion le ofreció un cigarrillo a Luke y cogió otro para él.

—Deberías haber confiado en él —observó—. De hecho, estás confiando en él, lo que me resulta asombroso. Has hecho bien, desde luego, pero no entiendo qué te ha hecho decidirte.

—¿No? —De manera muy poco habitual en él, Luke se sentía incómodo. Se pasó los dedos por el pelo—. Conozco a esa clase de gente —dijo—. No son muchos, y

rara vez tienen que ver con la Iglesia, excepto aquella muchacha que, sí, lo recuerdo bien, dirigía un convento en Leyton cuando yo era pequeño. Era alguien de esa clase y era una persona religiosa, ambas cosas a la vez. —Dobló los dedos, se dibujó una cofia en la cabeza y esbozó un crucifijo meciéndose—. Pero no tienen por qué ir juntas. A la que llegué a conocer mejor fue a una persona a la que apreciaba mucho, que poseía un puesto de anguilas en el mercado de Paddington. Pero están por todas partes, no hay manera de esquivarlas. Y lo que sí sabes de inmediato de esas personas es que puedes confiar en ellas en asuntos en los que no confiarías ni en tu propia madre. Tienen que ser de fiar, ¿lo entiendes?

—No del todo. —El señor Campion dio a entender que ese era un campo del saber policial que desconocía por completo.

Luke suspiró y regresó a su escritorio, donde se acumulaban las notas.

—Porque de otro modo se darían de morros, amigo —dijo en tono jovial—. Míralos. Tal como va el mundo, no están seguros ahí fuera. Deberían estar muriéndose de hambre en el arroyo, maltratados en cualquier rincón de la creación. Pero ¿lo están? ¡Y una porra! Ahí los tienes, caminando con mucho cuidado, como un borracho sobre un parapeto, aparentemente obedeciendo instrucciones que nadie más puede oír. Se abren paso entre la inmundicia y les resbala como si estuvieran cubiertos por una capa de glaseado. Ven toda la porquería pero no les afecta. Dan todo lo que tienen y sin embargo no desean nada. Todo lo que podemos hacer es distinguirlos cuando aparecen. Reconocí a ese anciano en cuanto me dirigió la palabra. Volverá con la verdad de lo que pasó con la chaqueta cueste lo que cueste. Tiene que hacerlo.

Los ojos de Campion se ensombrecieron detrás de sus gafas de concha.

—Pero ¿quién? —preguntó—. ¿Quién de esa casa entregó la chaqueta a Duds Morrison?

Luke estaba repasando unos papeles de su escritorio y habló sin levantar la mirada.

—¿Quién, sino la chica? —dijo lentamente—. O ella o ese prometido que tiene ahora, que parece haber desaparecido.

—Te equivocas.

—Eso espero. —Levantó la vista y sonrió—. A lo mejor es un milagro.

—A lo mejor hay otra carta en la baraja —dijo el señor Campion.

Capítulo 4

El comodín

La señora Gollie entró en el despacho de Luke como si se dirigiera a toda prisa a la escena de algún terrible desastre personal, o quizá simplemente subiera a escena. Rezumaba dramatismo por cada curva de su cuerpo joven y espléndido, en el vaivén de las mangas de su abrigo de pelo de camello que apretaba con fuerza en torno a los hombros, por la curva de su hermoso cuello. No llevaba sombrero, y su pelo negro perfectamente teñido se acomodaba en torno a su cabeza en rígidas ondas que parecían recién salidas del secador, pero sus bonitos ojos eran francos, y su boca, a pesar del vivo carmín, era amable e inocente.

—Tenía que venir en persona, señor Luke —comenzó sin más preámbulos—. Lo vi, ¿se da cuenta?, y usted tiene que saber lo que ocurrió, ¿no? —Su voz era suave, y tenía ese tipo de acento londinense que es como las aguas del Támesis en el puerto de Londres, de ningún modo desagradables pero sí un poco turbias—. Le dije a Bill Slaney que debía acudir en persona. «Es mejor que vaya en seguida», le dije. Me refiero a que Bert y yo queremos ayudar en todo lo que podamos, naturalmente. «No ha sido muy agradable para nosotros», dije, «justo en nuestro portal y con esta niebla». Quiero decir que te pone los pelos de punta, ¿no le parece? Es que no te sientes seguro. Nadie podría sentirse seguro. Hoy no podré dormir, ¿sabe? No podría dormir ni aunque me pagara. No pegaré ojo esta noche, y si hubiera sabido lo que iba a ocurrir tampoco habría dormido anoche. Y...

—Entonces no estaría ni la mitad de guapa. —La mirada seductora de Luke habría parado un tren, y ella se quedó clavada.

—¿Perdón?

—Tiene razón. No ha venido aquí a escuchar cosas como esa, ¿verdad? Ha venido a responder algunas preguntas, ¿no? Podemos ahorrarnos todo eso. Sí, deberíamos hacerlo. Siéntese.

Le sonrió, le hizo seña de que se sentara en la silla que había al otro lado del escritorio y le guiñó un ojo a Campion.

—Y ahora —comenzó a decir, inclinándose sobre el cartapacio sin acabar de sentarse, de manera que pareció un enorme tábano con las alas extendidas—, nombre, edad, ocupación: esposa del titular de un *pub*. Slaney seguro que se lo sabe de memoria, sin duda, igual que nosotros. —Dirigió la mirada por encima de ella hacia el robusto hombre de paisano y luego la volvió hacia la mujer—. Muy bien, pues, usted vio al difunto, ¿no es así, encanto? ¿Cuándo?

—Bueno, se lo estaba contando. Tendría que escucharme, ¿no? Tendré que decir alguna palabra, ¿no? Las cosas como son, quiero decir. Fue justo cuando estábamos abriendo. —Su voz era suave, conciliadora y no callaba nunca—. Justo cuando estaba

sacando las llaves de las bebidas me di la vuelta y allí estaba...

—¿Cómo lo sabe?

—Bueno, tengo ojos, ¿no? —Había perdido su sentido teatral y se había puesto a la defensiva, pero estaba ordenando sus ideas—. Ah, ya veo a qué se refiere. Bueno, pues la cosa fue así. Bill, quiero decir el señor Slaney, me dijo qué aspecto tenía. Quiero decir que entró y me preguntó si hoy había visto a alguien como él en el bar, y como sí lo había visto, así se lo dije. Solo intento ayudar, ¿no? No escuche si no quiere. Ni Bert ni yo queremos subir al estrado. Estas cosas no son buenas para el negocio, como se puede imaginar. Pero vi a los dos hombres. Entraron...

—¿A los dos? —Las cejas de Luke se enarcaron de golpe en su frente formando acentos circunflejos. Detrás de la señora Gollie, Slaney hizo seña de que era una información confirmada, y la dejaron seguir sin interrumpirla.

—Yo tenía prisa, de manera que no me fijé especialmente en ellos. Me dije que debían de haberse bajado de algún tren. No se veía casi nada. Y se lo dije a Bert. Él estaba casi en la otra punta de la barra, y lo llamé para decirle que necesitaba bombillas más potentes si quería ver lo que estaba haciendo. Aquellos dos hombres estuvieron hablando todo el rato. El otro, el que no han matado, fue el que pidió. Dos ginebras pequeñas, eso fue lo que tomaron.

—¿No había más clientes en el bar?

—Acabo de decírselo. Acabábamos de abrir.

—¿Se encontraron allí o entraron juntos?

—Entraron juntos. Ya se lo he dicho. Haga el favor de escucharme, señor Luke. Entraron hablando muy tranquilamente, como si se tuvieran mucha confianza y se llevaran algún asunto entre manos. Bueno, he aprendido a no entrometerme cuando veo algo así. Llevo cinco años en lo que se podría denominar mi propio negocio, y he aprendido cuándo me necesitan los clientes y cuándo no, de manera que les serví y fui a hablar con Bert para que cambiara las bombillas. Regresé justo a tiempo para ver como el hombre de menor estatura... el hombre por el que Bill me ha preguntado, el de la americana de *sport* de buen corte, sombrero flexible verde y cara pálida y delicada... salió disparado por la puerta soltándose del brazo del otro sujeto.

—¿Soltándose?

—Sí, ya sabe, de un tirón. —Su codo blanco, redondeado y lechoso, se proyectó de los pliegues de pelo de camello con un tintineo de pulseras de oro—. El otro individuo echó a correr tras él, se acordó de que no había pagado, y me arrojó diez chelines encima de la barra. Entonces se puso a perseguirlo. Estuve esperando toda la noche a que viniera a buscar el cambio, pero no se presentó.

—¿Oyó algo de lo que dijeron?

—No, señor Luke. No estaría bien que dijera que sí. No estuve escuchando. Además, había mucho ruido. Bert había llevado la radio al bar y estaba escuchando una obra de teatro. En la calle había una banda callejera que armaba un gran escándalo. Y yo estaba concentrada en las bombillas...

—De hecho, el lugar era el mismo gallinero de siempre. —Luke habló sin apasionamiento—. ¿Qué aspecto tenía el segundo hombre?

La mujer chasqueó la lengua contra los dientes.

—Ojalá me hubiera fijado, pero nunca se me ocurrió que aquello acabaría en asesinato. Era alto e iba limpio. Un caballero de pies a cabeza, si sabe a qué me refiero. Podría haber pertenecido a la Armada. Sonrió al pedir, pero no es que lo hiciese por mí. Le habría sonreído a cualquier chica.

—¿Era rubio o moreno?

—No sabría decir. Llevaba sombrero. Tenía los ojos castaños y aunque era joven parecía importante. Respetable, esa es la palabra que estaba buscando. Respetable. Me sorprendió verle correr, fue como si se transformara en un hombre vulgar.

—No era de los que suelen rondar por la calle Crumb —murmuró el señor Campion.

—Exactamente. —Le lanzó una sonrisa de sorpresa—. No, no lo era. Quiero decir que llevaba un abrigo bueno, oscuro, sombrero negro y cuello blanco. Desde luego no era de por aquí.

—Ropas formales. —Luke garabateó en el cartapacio—. ¿Por qué no lo ha dicho antes?

—Porque antes no me acordaba. —La mujer tenía una voz apaciguadora e impaciente—. Cuando este caballero de aquí ha mencionado la calle Crumb, me he acordado de por qué pensé que acababan de llegar en tren. Llevaba una corbata azul marino con dos rayas pequeñas, pero muy separadas. Una gris plateado y la otra como morada, y en medio una especie de florecilla con la cabeza de un pájaro saliendo de ella, muy pequeña.

—¿Está segura? —Campion suspiró—. Es lo que me estaba temiendo. —Se inclinó sobre el hombro de Luke y garabateó en el cartapacio: «La corbata del Phoenix Rugger Club. ¿Geoffrey Levett?».

Luke se quedó mirando las palabras garabateadas durante un momento antes de enderezar la espalda y contemplar fijamente a su amigo.

—Pero ¡qué dices! —exclamó—. Dijiste que creías haberlo visto aquí fuera esta tarde, ¿no te acuerdas?

El señor Campion parecía muy contento.

—Eso tampoco demuestra... —comenzó a decir.

—Dios mío, no. No demuestra que no fuera el rey Farouk, pero tenemos que hacer alguna suposición sensata. Vaya, Andy, ¿qué es eso? —Este último comentario iba dirigido al ayudante que estaba a su espalda, cuya cara oronda relucía de agitación.

—Al repasar los efectos del difunto tal como me había ordenado, señor, hemos encontrado esto en su cartera. Fíjese en el matasellos, señor.

Luke cogió el sobre usado y le dio la vuelta. Estaba dirigido al señor don G. Levett, del Parthenon Club, pero en el dorso se había añadido a lápiz la dirección

de una oficina y un número de teléfono. El matasellos se veía insólitamente claro y la fecha era la del día. La carta había pasado por correos aquella mañana.

Luke señaló el lápiz.

—¿Esta es su letra?

—Me temo que sí. Naturalmente, esta es la dirección de su oficina.

Se quedaron mirándose el uno al otro, y Luke expresó el pensamiento en palabras.

—¿Por qué le dio su dirección y luego echó a correr tras él y...? Esto no hay quien se lo trague. Me gustaría tener una charla con ese joven.

—Bueno, ¿he sido de ayuda? —Era la señora Gollie, radiante de entusiasmo—. Me refiero a si...

Luke se volvió hacia ella y se puso tenso. Se abrió la puerta que había a la espalda de la señora y una figura triste y alta apareció en el despacho.

El comisario Stanislaus Oates, jefe de Scotland Yard, llevaba su cargo igual que todo lo demás, con abatimiento. No había cambiado desde que Champion lo conociera más de veinte años atrás. Seguía componiendo aquella figura desastrada y dispéptica, inesperadamente más gruesa en el vientre, que escrutaba la maldad del mundo desde debajo del ala de un sombrero caído, aunque se le iluminó un poco la cara al ver a su viejo amigo, y, tras saludar con la cabeza a Luke, que estaba de pie y tieso como una caña, se le acercó con la mano tendida.

—Hola, Champion, pensé que lo encontraría aquí. Un tiempo ideal para que surjan los problemas, ¿no le parece?

Una gran reputación posee muchas cualidades mágicas: por ejemplo, el detective Slaney sacó a la señora Gollie del despacho sin pronunciar una sola palabra, Galloway se desvaneció en el interior del hueco donde estaba su escritorio, y los tres que estaban a cargo del caso quedaron solos a todos los efectos en cuestión de segundos.

Oates se quitó su vieja gabardina y la dobló cuidadosamente sobre el respaldo de una silla.

—El comisario jefe Yeo está enganchado al teléfono, a todos sus teléfonos —dijo, y sus ojos se posaron un momento en Luke—, así que me dije que me pasaría por aquí y te visitaría yo mismo, Charles. —Su voz tenía un deje triste. Las palabras salieron lentamente, como las de un viejo maestro—. A lo mejor te ha caído una peor de lo que te imaginas. ¿Qué has conseguido averiguar?

Luke se lo contó, recitando los detalles esenciales con un mínimo de gesticulación y con la precisión que le había enseñado su experiencia. El comisario lo escuchó, asintiendo levemente de vez en cuando como si oyera una lección bien aprendida. Cuando esta finalizó cogió el sobre y le dio la vuelta.

—Vaya —dijo.

—Debió de esperar a Duds aquí fuera. Probablemente vigilaba las puertas desde el vestíbulo del hotel que hay delante. —El señor Champion hablaba con aire reflexivo—. Cuando soltamos a Duds debió de seguirlo, lo llevó al primer *pub*, intentó

sonsacarle lo ocurrido, no lo consiguió, le dio la dirección de su oficina, y entonces... ¿qué?

—Duds estaba asustado porque no estaba solo... no trabajaba solo en esto, quiero decir —aportó Luke—, así que en cuanto tuvo una oportunidad se agarró a ella. Levett fue tras él, se detuvo para pagar las consumiciones, lo que demuestra que no estaba furioso, y no lo encontró porque Duds se metió en el callejón de Pump Path. Sabemos dónde acabó Duds, pero ¿qué fue de Levett? ¿Dónde está ahora?

—Al comisario inspector le encantaría saberlo, porque al parecer eso es lo que le están preguntando por teléfono las tres cuartas partes de la gente que todavía tiene influencia en esta condenada ciudad. —Oates lo afirmó con una sonrisita rencorosa—. Al parecer el señor Levett ha planeado una velada a la antigua: llamadas telefónicas por medio mundo, un discurso que pronunciar después de un banquete, y después de eso la entrevista de negocios con un caballero del gobierno francés en su apartamento. Ninguno de sus amigos consigue encontrarlo y quieren saber por qué nosotros tampoco. —Le echó una mirada al reloj que había sobre el escritorio—. Se está yendo a dormir un poco tarde, para ser un individuo tan ocupado, ¿no te parece?

El señor Champion se levantó de la mesa donde había estado sentado, las manos en los bolsillos y balanceando los pies.

—En opinión del médico, a Duds lo patearon —dijo—. Pero no me imagino a Levett haciendo algo así, de verdad que no.

El viejo Oates levantó la mirada hacia él.

—¿Se lo imagina matando a alguien, señor Champion?

—Francamente, no.

—Pero por otro lado, ¿se lo imagina faltando a todas sus citas sin avisar? Son citas importantes, todas ellas.

—Es extraño. —Champion fruncía el entrecejo—. Geoffrey es una persona puntillosa, un tipo serio, diría yo. De los sobrios e imperturbables. Poco amigo de las aventuras, incluso.

—Eso es lo que piensa casi todo el mundo. —La cara grisácea del comisario se arrugó en esa leve sonrisa que indicaba que se lo estaba pasando bien—. Pero no lo es, ¿sabe? He oído cosas acerca de él. Posee la empresa Levett's Balls Bearings y un par de empresas muy sólidas de toda la vida. Es un hombre muy rico. Pero hoy en día, en este país, no nos gustan los ricos y nos libramos de lo que no nos gusta. Esta noche he estado haciendo averiguaciones y he oído que cuando Levett regresó de la guerra se encontró con que, después de repartir el patrimonio con todas las personas que consideró que tenían derecho a él —los que cobraban una pensión, etcétera—, se encontró con que le quedaban treinta y siete libras, cinco chelines y tres peniques al año para vivir después de pagar los impuestos. Tenía dos opciones. Podía burlar la ley con un ejército de contables para buscar cualquier tipo de argucia, o podía jugarse lo que le quedaba. Durante dos años y seis meses fue uno de los más grandes jugadores a este lado del Atlántico. Cuadruplicó su fortuna. Y luego paró.

La cara pálida el señor Champion no mostraba asombro alguno.

—Algo había oído, pero también había oído decir que tenía una reputación excelente.

—La tiene. —Oates hablaba con vehemencia—. No he dicho nada en su contra. No ha hecho nada ilegal ni reprehensible. Jugar es lo único por lo que hoy en día no te piden explicaciones. No es como trabajar; te pueden penalizar por ello. Jugar es respetable. Yo mismo cada semana apuesto dos chelines a las quinielas. Tengo que pensar en la vejez. La pensión no me bastará. Lo único que digo es que el tal Levett no es enemigo de la aventura ni es un hombre que no asuma riesgos. Durante dos años corrió todo tipo de riesgos, y en cuanto estás acostumbrado a correrlos, ya no pierdes la costumbre. Ya has bajado el puente levadizo. Ya no eres inexpugnable.

Charlie Luke se estaba poniendo nervioso. Los músculos de la espalda se le marcaban a través de la chaqueta mientras daba zancadas, inquieto por el pequeño despacho.

—Duds no estaba solo —dijo—. En la estación lo vi aterrado, y aquí también. No estaba asustado de mí y tampoco de Levett. Es imposible que estuviera trabajando para Levett, tal como pensé en cierto momento, pues en ese caso no habría hecho falta que le anotara la dirección de la oficina. Levett debió de dársela en el *pub*. El sobre era nuevo. Lo echaran al correo ayer por la noche.

—Y por eso he venido. —El comisario se metió la mano en el bolsillo—. ¿Has recibido algún mensaje exprés esta noche, Charles?

Luke se detuvo en seco, la frente arrugada.

—No, señor, no he recibido ninguno aún. Ando metido en este asunto desde que volví ayer por la noche.

Oates hizo un gesto con la mano.

—No te alteres, muchacho. Muy probablemente todavía no ha llegado. Muy de vez en cuando me avisan. Por descuido, naturalmente. —Se le veía divertido a su estilo huraño—. Hoy en día, Champion, en la oficina central estamos maravillosamente mecanizados. Teletipos, radar, luces de colores por todas partes. Solo que cuando se va la corriente todo el bendito sistema policial se queda parado. Así que me he puesto el sombrero y he venido en persona porque un convicto llamado Havoc se ha escapado de la cárcel de Scrubs.

Luke aspiró profundamente y puso una sonrisa de satisfacción.

—Havoc. Ese es el hombre que se asoció con Duds para cometer el atraco. Así que es eso. Me preguntaba cuándo íbamos a ver un poco de luz.

Oates no respondió. Se había sacado dos trocitos de papel azul del bolsillo y ahora los estaba comparando. Se le veía indescriptiblemente tristón, con las gafas torcidas sobre su nariz afilada.

—Esto no nos lleva a ninguna parte —dijo por fin—. Los tuyos encontraron el cadáver de Duds Morrison a las seis cuarenta y dos, por lo que veo, pero a las seis cuarenta y cinco Jack Havoc estaba haciendo una parada mientras cruzaba Londres.

Estaba matando a otro amigo suyo, de hecho... al menos supongo que está muerto. El informe que vi justo antes de salir decía «ahogado».

Charlie Luke pareció insólitamente irritado. Estaba de pie, haciendo tintinear las monedas que llevaba en el bolsillo, con su cara sombría agachada.

—Todos estos malditos sinvergüenzas, ¿quiénes se creen que son de repente?

—Dios mío —dijo Oates sin perder la calma—. Seres magníficos y superiores, con alas en los talones y un trueno en cada mano. Sin embargo, lo normal sería que un espejito, por no hablar de un largo período a régimen de comida carcelaria, curara a cualquiera de semejante ilusión. Pero no ocurre nunca. Lo sabes tan bien como yo, Charles. Sin embargo, lo que no sabes es por qué he venido hasta aquí, ensuciando el hermoso coche que la considerada policía metropolitana me proporciona, a fin de que no se me manche la ropa, cosa que socavaría mi autoridad.

Hizo una pausa, y Champion, que había estado observando a su viejo amigo con curiosidad, se dio cuenta de que la novedad que observaba en él era que se sentía incómodo. Era algo tan impropio de él que el joven estaba atónito. Estaba claro que aquel anciano sabía algo de lo que estaba bastante avergonzado.

Mientras tanto, el comisario se recostó en su silla, estirando las piernas delante de él.

—He recibido los dos informes al mismo tiempo y luego he hablado con Yeo. Me ha dicho lo que había salido a relucir después de su entrevista con Duds de esta tarde. Le he estado dando vueltas, y al poco he pensado que vendría a verte en persona. Havoc, me acuerdo de él. Todo el mundo lo está buscando y es probable que lo detengan dentro de dos o tres horas, pero si no, me dije que encontrarías algún rastro suyo en tu feudo, y que me gustaría hablar de él contigo. Tú y Champion estabais en el extranjero cuando lo metimos en la cárcel la última vez, así que os lo perdisteis. Os perdisteis a todo un fenómeno. —Repitió las palabras suavemente—. A todo un fenómeno.

El señor Champion estaba fascinado. Oates actuaba de una manera realmente inusual. Nadie había hablado de manera más enérgica que él de lo estúpido que era crear una leyenda en torno a cualquier malhechor. Era un credo que el anciano había predicado a diestro y siniestro. Su teoría era que todo malhechor era necesariamente un imbécil, por lo que cualquier policía que mostrara algo más que un comprensivo desprecio por cualquiera de ellos ya era, *ipso facto*, mucho mejor. Lo que acababa de decir suponía un auténtico giro de ciento ochenta grados.

Oates captó su expresión y reaccionó ante ella con firmeza, aunque sin perder la calma.

—Havoc es un hombre realmente malvado —dijo por fin—. En toda mi experiencia habré conocido a tres. Uno era Harris, el envenenador; el segundo, un sujeto llamado Timms, del que supongo que nunca han oído hablar, y por último, este tal Havoc. Hubo una época en que pensé que Haigh iba a llegar a su altura, pero cuando lo conocí y hablé con él decidí que no. Era un tipo de mente retorcida. No

estaba en sus cabales. Estoy hablando de algo bastante diferente. No lo puedo describir, pero sí sé que lo reconoces en cuanto lo ves, si te tomas la molestia. Es como ver la muerte por primera vez. Aun cuando sea una experiencia nueva para ti, en seguida sabes lo que es.

Se rio para sí y también de sí mismo.

—Sé de lo que estoy hablando —añadió, y Champion, que nunca lo había oído hablar sin conocimiento de causa, estuvo dispuesto a creerlo.

Charlie Luke no conocía a su jefe desde hacía tanto. Era demasiado inteligente como para mostrarse escéptico, pero se apresuró a llevar la conversación a un terreno más concreto.

—¿Está diciendo que es un asesino nato, señor?

—Oh, sí. —Sus pesados párpados se alzaron con esfuerzo, y la fría mirada del anciano policía se posó un momento en su subordinado—. Mata si le apetece. No mata sin querer, como sus gángsteres. Él sabe exactamente lo que hace. Para ser un malhechor, es inusitadamente lúcido. Consideremos su última actuación. Si *sir* Conrad Belfry está muerto...

Campion se incorporó.

—¿C. H. I. Belfry?

—El mismo. Un doctor eminente. A eso de las seis y media de esta noche Havoc lo estranguló y se deslizó por la salida de incendios sin que el carcelero, que estaba sentado al otro lado de la puerta del consultorio (algo que va totalmente contra las normas, por cierto), oyera ni un ruido.

—¡Dios santo! ¿Dónde fue eso, señor? No en la cárcel de Scrubs, ¿verdad? —Luke describía las angostas proporciones de la ventana de la celda con gestos en el aire.

—No. En el consultorio de una segunda planta de la calle Wimpole. Después de insistir a las autoridades durante meses, Belfry consiguió que le prestaran a Havoc para un experimento. —Oates se inclinó hacia adelante mientras hablaba—. Esto les dará una idea de cómo es Havoc. Al hombre le ha costado tres años de meticulosa disciplina conseguir sacar la nariz de los muros de la cárcel, y me apuesto cinco libras a que ha hecho exactamente lo que pretendía desde el momento en que se le metió en la cabeza. El asesinato de *sir* Conrad fue planeado incluso antes de que Havoc conociera la existencia de ese hombre. Cuando lo condenaron, primero lo mandaron a Chelmsford, desde donde, gracias a su mala conducta, lo trasladaron a Parkhurst. Solo un idiota intenta huir de allí a través del agua, y parece que durante un tiempo intentó conseguir que lo trasladaran a una de esas cárceles abiertas de nuevo régimen. Pero su historial se lo impidió.

—Así que supongo que se puso enfermo y consiguió que lo mandaran al hospital de Scrubs. —Luke no pudo evitar dar un salto en el relato, pero sus ojos brillaban de interés.

Oates no se inmutó. Estaba estudiando sus propias anotaciones en el dorso de las

notas de la policía.

—Lo subestimas, Charles, muchacho —dijo—. Es algo que ya pensé que podía ocurrir. Se puso enfermo, pero de una manera muy ingeniosa. Tres años atrás había desarrollado una... ¿dónde está? Ah, ya veo, una neurosis compulsiva relacionada con el número trece. —Levantó la mirada, captó la expresión de Luke y soltó una sonora carcajada—. Lo sé. Era una excusa tan burda, tan condenadamente estúpida y tan triste que al final se salió con la suya. Parece ser que su actuación fue asombrosa. Aparte de su «problemilla» se convirtió en un preso modelo, y durante el primer año, un año, fíjense, aquello no le llevó a ninguna parte. No solo interpretó todos los síntomas, sino que estos fueron a más. Se ponía enfermo el trece de cada mes, y luego el veintisiete. Sí, en la palabra *veintisiete*^[1] hay trece letras. Cuando descubrió que el número de su celda sumaba trece, dejó de comer hasta que lo trasladaron. Siempre se comportó de manera amable y pidiendo perdón por las molestias, y también, por lo que veía todo el mundo, parecía desconcertado. Dijo que sabía que se comportaba como un estúpido, pero que no podía evitarlo. Naturalmente la idea se propagó (ya sabe cómo ocurren estas cosas en una cárcel), y hubo señales de que se estaba desarrollando una histeria general. Fue en ese momento cuando el médico se interesó. Tengo entendido que es una obsesión contagiosa. —Miró a Campion de manera inquisitiva.

—Eso tengo entendido yo también.

Los labios de Luke se movieron sin hacer ningún ruido. Dio la impresión de haber pronunciado «¡Caracoles!».

Mientras tanto el comisario prosiguió plácidamente:

—Tardó otros dieciocho meses en conseguir que lo llevaran a Scrubs, donde hay una unidad de psiquiatría. Allí se enfrentó a los expertos, pero por entonces, naturalmente, la cosa ya parecía bastante auténtica. Sea como fuere, se quedó allí, y se mostró tan dócil e inteligente que al parecer lo tenían como a una especie de mascota. *Sir* Conrad no pertenecía a esa unidad, por supuesto, pero uno de sus alumnos preferidos era el especialista, y un día del mes pasado fue a Scrubs a visitarlo y lo acompañó a hacer la ronda con los pacientes. Quedó fascinado con Havoc, y no descansó hasta conseguir que se lo llevaran a la calle Wimpole para probar una nueva máquina americana que había comprado, algo denominado Aparato Motor de Asociación.

La mirada de Luke se dirigió al hombre de las gafas de montura de concha, y levantó las cejas de manera interrogativa. El señor Campion, incómodo al ver que lo consideraban un experto en un tema que tantos recelos despertaba entre sus amigos, asintió una vez más.

—Me doy cuenta de que el inspector jefe considera que o nosotros estamos chalados o lo está él —observó Oates sin malicia—. Simplemente estoy enumerando los hechos. Finalmente, *sir* Conrad se salió con la suya. Esta gente tiene mucha influencia. Esta tarde le mandaron a Havoc en un taxi poco después de las seis. Lo

acompañaban dos guardias, tal como dictan las normas, pero uno permaneció en el vestíbulo de abajo y Havoc no iba esposado al otro. El segundo se quedó un rato en el consultorio, pero Havoc parecía tan colaborador y sin embargo tan agobiado por su presencia que el anciano Belfry al final consiguió convencerlo de que saliera y esperara fuera. El resto de la historia es lo que pueden imaginarse. Las puertas de esas casas son de caoba e insonorizan muy bien. Para cuando el desdichado carcelero comenzó a ponerse nervioso y decidió echar un vistazo, todo había terminado. Belfry estaba en el suelo, la ventana, abierta, y Havoc había desaparecido.

Campion frunció el entrecejo.

—¿De verdad cree que todo esto lo había planeado hacía mucho tiempo?

—Se lo puedo asegurar —dijo Oates—, y no me sorprendería que hubiera programado el intento para noviembre por si había una niebla como la que efectivamente tenemos.

Charlie Luke apartó su incredulidad con un gesto generoso; de hecho pareció lavarse literalmente las manos.

—Supongo que se lo supo camelar bien, ¿no es así, señor? —sugirió por fin, dirigiéndoles a los dos una sonrisa de lo más irresistible. De manera inconsciente abombó su flaco estómago, y dio la impresión de que estaba a punto de ponerse a cantar una canción de alguna comedia musical. Se había puesto ese encanto sincero y cálido como si fuera una prenda.

Oates lo observó con un sombrío interés.

—No —dijo—, nada de eso.

Luke no insistió.

—Me gustaría verlo.

Oates vaciló. Parecía un hombre amable de enorme experiencia.

—Me gustaría verlo muerto —dijo por fin, y en su boca las palabras sonaron sencillas y convincentes.

El señor Campion percibió una leve desazón entre sus omóplatos, y Luke se quedó un momento sin expresión, incómodo.

Durante aquella pausa entró discretamente un sargento y susurró una pregunta. Luke lo vio cruzar la puerta abierta de la sala del departamento de investigación criminal, donde un joven de expresión adusta, vestido con esa estudiada informalidad del moderno oficinista, permanecía con su impermeable y un periódico vespertino doblado en la mano. Esperaba delante de un escritorio, mirando por encima del hombro en dirección a la espalda del sargento, y su brutal rencor, junto con el valor con que lo controlaba, eran tan vividos como si los exhibiera en un estandarte.

—¿Quién? —Cuando Luke bajaba la voz, esta tenía tendencia a hacer vibrar las paredes—. ¿El cuñado de Duds Morrison? No. No quiero verlo. ¿Qué? ¿Los periódicos? Bueno, haremos todo lo que podamos. La publicidad no puede evitarse. Está ahí. —Le hizo seña a su subordinado de que se marchara y cerrara la puerta, pero Duds Morrison y los problemas que había dejado tras él regresaron.

—¿Parientes respetables? —dijo Oates con interés—. Es curioso cuántos convictos los tienen. Y supongo que su hermana va a tener un bebé. Siempre ocurre. —Buscó su pipa con la mano—. Bueno, Luke, supongo que algo hemos avanzado. Havoc es una pieza de este *puzzle* que tienes entre manos, creo que puedes estar seguro de ello. Havoc era el hombre que atemorizaba a Duds, pero no entiendo cómo lo mató. La verdad es que no pudo hacerlo a la hora del asesinato, ni aunque hubiera sabido dónde encontrarlo, cosa improbable.

Luke no dijo nada, y Champion, que comenzaba a conocerlo, se dio cuenta de cómo le sobresalía el labio inferior, y supo lo que significaba ese gesto. A pesar de su veneración por Oates, en aquel momento Charlie Luke no acababa de creer en Jack Havoc.

Lo que ocurrió inmediatamente después, por tanto, adquirió un considerable dramatismo. Las comisarías son lugares tan humanos como cualquier otro, y cuando llegó la oleada de indignación, se propagó a través del nuevo edificio de la calle Crumb de la misma manera eléctrica con la que posteriormente se propagaría por todas las redacciones de periódicos del país. Comenzó con un aluvión de palabras en el vestíbulo exterior, donde el recio sargento que leía las publicaciones de sociedad en su tiempo libre ahora escuchaba a un anciano caballero sin sombrero y sin cuello de camisa que había acudido a él a toda prisa, casi sin poder articular palabra, tal era su conmoción y su horror. Desde ahí se propagó a los teléfonos domésticos y por los pasillos de cemento, ganando velocidad e intensidad hasta que culminó en el pequeño despacho de Luke, unos pocos segundos después de que Oates acabara de hablar. El mensaje llegó a través del teléfono del escritorio de uno de los agentes que había en un rincón, pero posteriormente ninguno de los tres hombres, que sabían más que cualquier persona de Londres cuando se trataba de estudiar pruebas, podría haber jurado que no se lo habían gritado al oído.

Un incidente desagradable ha tenido lugar calle abajo, en el bufete de Holloway y Butler, señor, en el número treinta y siete de Grove Road. Alguien irrumpió por la entrada y desvalijó la oficina de la planta baja. El señor Creasey, el conserje, que estaba en la parte trasera del sótano hablando con uno de nuestros hombres, el joven Coleman, debió de oír algo, así que subió, dejando en la casa a la anciana postrada en el lecho. Están todos muertos, señor, la mujer también. Acuchillados. Sangre por todos lados, afirmó el testigo. Se trata del señor Hammond, un empleado del bufete de toda la vida que vive solo en el desván. Tardó un rato en bajar, cosa que fue muy prudente por su parte. Quien fuera que lo hizo salió a través del pequeño jardín de la parte de atrás que conduce a Pump Path.

Una fracción de segundo antes de que el inspector jefe pasara rápidamente a la acción, ordenando que se llamara al departamento de huellas dactilares, al médico del distrito, a los fotógrafos, al laboratorio del forense y a todas las demás unidades que

componen la maquinaria de la investigación, Campion captó una imagen de él que nunca olvidaría. El detective Coleman había sido una de las grandes esperanzas de Luke. Había apreciado al muchacho por su entusiasmo, y se había tomado muchas molestias con él. Le había asignado aquel caso con la finalidad de que supusiera un estímulo.

No dijo nada cuando se enteró de su muerte, pero se le escapó un gruñido, un sonido de rabia y por un momento permaneció inmóvil, con una mano extendida, como rechazando la noticia. Ni el mejor actor del mundo expresó un momento de tragedia de manera más vivida ni con mayor economía de gestos. Verle fue como observar una llama, la personificación del impacto del dolor. Sin embargo, él permaneció totalmente inconsciente de cualquier muestra de exteriorización, y mientras impartía las órdenes su voz era clara e impersonal.

Mientras tanto, la reacción del señor Campion a la noticia fue de interés.

—Holloway y Butler eran los abogados de Elginbrodde —dijo—. Meg lo mencionó el otro día. De hecho, fui a buscarla allí, e intercambié unas palabras con el socio de más edad, el señor Frederick Smith. Intentamos conseguir una fotografía más clara de Martin, pero no pudieron ayudarnos. —Su mirada se encontró con la de Luke—. ¿La chaqueta de Elginbrodde, el abogado de Elginbrodde...?

—¡Y el sucesor de Elginbrodde, por amor de Dios! —exclamó Luke—. ¡Y seguimos sin ninguna noticia de Levett!

Oates había salido del despacho y entrado en las oficinas del departamento, donde acababan de llegar los primeros informes de los detectives que habían ido corriendo a la escena del crimen. Pero volvió sobre sus pasos. Sus mejillas cetrinas mostraban ahora color y sus ojos, desolación.

—Las tres víctimas sufrieron heridas limpias y producidas por una mano experta —dijo lacónico—. Por encima de la clavícula, en la yugular. Un trabajo profesional, bien hecho. En los tres casos cogió a la víctima totalmente por sorpresa. Notifícaselo a la Brigada Móvil, Luke. Dile a Bob Wallis que pierde el tiempo buscando información. Es obra de Havoc.

Capítulo 5

Hermano Doll

Mientras tanto, aquella misma tarde, un poco antes, más o menos a la misma hora en que Geoffrey Levett había abordado a Duds Morrison a unos treinta metros de la comisaría, en aquella calle oscura, y lo había convencido de que entraran en el Feathers mediante el sencillo procedimiento de agarrarlo del brazo y hacerlo pasar por la puerta, la mente de Geoffrey se había quitado de encima una gran preocupación. Ese hombre, quienquiera que fuera, nunca había estado casado con Meg.

Desde el punto de vista de Geoffrey, toda aquella tarde había sido una pesadilla y las dos últimas horas casi insoportables. Nunca había sido un experto a la hora de seguir a alguien y por naturaleza era una persona más activa que pasiva. Tampoco se había dado cuenta nunca de que fuera capaz de albergar tales celos. El descubrimiento lo incomodó, poniendo freno a sus actos de una manera desconocida hasta entonces, y lo introdujo en el sufrimiento de la indecisión. Actuando sin pensar, había pagado el taxi y había seguido a Meg a distancia, porque quería ver por sí mismo al hombre que amenazaba su felicidad, pero por una razón en la que no deseaba profundizar, habría preferido morir a permitir que ella lo supiera.

El resultado fue que de pronto se encontró rondando el exterior de la deprimente comisaría de la calle Crumb, como cualquier muchacho ante la ventana de un rival, temiendo que lo vieran. No tenía ni idea de lo que ocurría en el interior, pero le torturaba no solo la curiosidad, sino la preocupación de que todo aquel asunto no estuviera siendo abordado de una manera inteligente. Pero por encima de todo quería asegurarse por sí mismo de que Elginbrodde no había regresado de la tierra de los muertos.

Por tanto, cuando Duds salió velozmente de la comisaría, Geoffrey estaba dispuesto a emprender una acción atrevida.

Fue corriendo detrás del hombre, obstaculizado por los transeúntes, resbalando sobre las losas húmedas, y lo atrapó justo en el momento en que Duds era acorralado por una mujer que llevaba un montón de paquetes y lo empujaba contra el escaparate de una tienda. Geoffrey lo cogió del brazo.

—Escuche...

El hombre hizo un inútil esfuerzo por escapar, se dio cuenta de que no le serviría de nada y comenzó a gemir.

—No puede hacerme esto, no puede hacerme esto. Me han estado tirando de la lengua toda la tarde y ahora me han soltado. La pasma me ha dejado ir.

El sonido de su voz, la jerga, la actitud general de aquel hombre, tranquilizaron lentamente a su captor. El alivio produjo su propia reacción, y le apretó el brazo con

más fuerza.

—Espléndido. Ahora quizá pueda ayudarle. De todos modos quiero hablar con usted. Vamos.

El estruendo de la banda callejera, que comenzó a tocar detrás de ellos, a no mucha distancia, pareció desvitalizar a Duds. Tembló, forcejeó sin mucho denuedo y cedió.

Geoffrey lo empujó calle abajo y lo hizo entrar en el primer bar que encontraron. El local estaba desierto y en penumbra a causa de la niebla. Además, había un ruido considerable. Una radio emitía una ruidosa obra de teatro de aventuras al otro lado de una cristalera que dividía la zona de la barra del salón. La mujer que estaba detrás de la barra le hablaba sin parar a alguien que supuestamente la escuchaba. En la calle, la cacofonía de la banda seguía acercándose cada vez más.

Geoffrey clavó su mirada en los ojos negros y apagados del desconocido.

—Escúcheme —le dijo marcando las palabras—. Métselo bien en la cabeza desde el principio. A lo mejor saca algo.

Era una manera de abordar las cosas que había utilizado con diversos grados de sutileza y con mucha gente a lo largo de su vida, y rara vez le había fallado. Observó el asomo del interés, débil e inconfundible, con creciente satisfacción. Había aflojado la presión sobre el brazo que sujetaba y el desconocido parecía menos dispuesto a huir.

Mientras la mujer parlanchina se acercaba hacia ellos, Geoffrey pidió cualquier cosa apresuradamente. La mujer lo sirvió sin interrumpir ni por un momento la arenga que le estaba soltando a la persona que escuchaba la radio y a la que todavía no habían visto. Levett sacó la cartera y el lápiz, aún sin apartar la mirada de su prisionero, que lo observaba con la aprensión del acorralado. Se estaba pasando la lengua por el labio inferior, sin embargo, y se le había acercado un paso.

En aquel momento la banda callejera había llegado justo delante de la puerta, y el ruido había aumentado tanto que no podían oír lo que se decían el uno al otro. Levett garabateó algo en el dorso de un sobre y se lo entregó a Duds, que lo recogió con recelo y lo leyó. Cuando levantó la vista, Levett había sacado un billete de su cartera y parecía estudiarlo. Al cabo de unos momentos alzó los ojos.

Duds seguía interesado, y tras otra pausa Geoffrey le entregó el dinero. La banda acabó de pasar.

—El resto cuando venga a verme.

Duds lo observó malhumorado.

—¿Qué quiere?

—Que me cuente toda la historia.

—¿Es periodista? —Ahora volvía a estar aterrorizado, hizo ademán de ir hacia la puerta, pero algo pareció frenarlo, aunque Geoffrey no vio nada especial. Duds volvió la mirada hacia Geoffrey, indeciso. Este negó con la cabeza violentamente. La abominable banda había regresado, y hasta que no volviera a pasar por delante de la

puerta se veía obligado a guardar silencio.

—No —dijo cuando el otro pudo volver a oírle—. Nada de eso. Es una información puramente personal. Estoy seguro de que lo entenderá.

Para su asombro, quedó claro que Duds no podía entenderlo. Había codicia en aquella cara pálida que libraba una batalla contra el miedo, destinada a la derrota, pero ninguna comprensión.

Geoffrey estaba desconcertado. Por lo que podía ver, su nombre, que había escrito en el sobre, no le decía nada al desconocido. La explicación que se le ocurrió hizo que volviera a sentirse alarmado como antes. Volvió a cogerlo por la manga del abrigo.

—¿Para quién trabaja? —Su ansiedad exageró su impaciencia, y vio que la cara del hombre pasó a la inexpressión.

—Para nadie. Estoy en el paro. Ya se lo dije a la doña. Soy actor. No tengo trabajo.

—No me refiero a eso. Solo quiero saber una cosa y no equivocarme. Le pagaré por ello. ¿Quién le dio la orden de que se hiciera sacar una foto en la calle?

El salto del hombre hacia la libertad lo pilló por sorpresa. Duds liberó su manga con un tirón y se abalanzó hacia los cristales esmerilados de la puerta batiente, como si se zambullera en el agua. Una ráfaga de aire helado irrumpió en el local como una lluvia de rocío. La mano de Geoffrey cayó sobre la barra y dejó un billete de diez chelines. Luego corrió en pos del desconocido, dejando a la mujer que estaba detrás de la barra boquiabierta, demasiado atónita, por primera vez, para hablar.

Iba en persecución de Duds, pero la calle se había oscurecido considerablemente desde que las tiendas cerraron las persianas, y por un instante se dijo que lo había perdido en la niebla. Pero casi en seguida reapareció, corriendo en dirección a Geoffrey, y esta vez cayó cae en sus brazos. Geoffrey dio un paso hacia él, pero Duds lo vio a tiempo y dio un bandazo, lanzándose hacia una inesperada abertura entre las casas.

A Geoffrey no se le ocurrió pensar que quizás otro enemigo había hecho que su presa diera media vuelta. Simplemente vio al hombre y se metió en el callejón tras él, guiado por el sonido de sus pasos al huir, sordos y dominados por el pánico en el estrecho callejón.

Su mente tardó varios segundos en percibir el ruido que sonaba a su espalda. Se acercaba a Duds, que había frenado en el momento en que el callejón formaba una curva, y sus manos estaban a pocos centímetros de su abrigo antes de darse cuenta de que alguien había llegado junto a ellos. Los pasos apresurados de unos zapatos ligeros, acompañados del fuerte tintineo de algo que sonaba como un arnés, llegaron hasta los dos, y un instante después un violento golpe en el hombro lo mandó más allá de donde estaba Duds, contra la pared.

A continuación, una marea de hombres cayó sobre ambos, inmovilizándolos en la oscuridad. Al principio no se oían voces, ni palabras, solo una respiración pesada, el

ruido de las pisadas al deslizarse los pies sobre las losas y, una vez más, el tintineo metálico.

Muy cerca del hombro de Geoffrey, Duds gimoteó. Fue un sonido apenas, lleno de temor.

—¿Dónde está el jefe, Duds?

Sus caras estaban tan cercanas que la pregunta fue como una bocanada de calor en medio de la niebla helada. A Geoffrey, que estaba con los brazos y las piernas extendidas contra la pared, le pareció que la pregunta procedía de muchos labios. Había apremio, y amenaza, pero ambas cosas estaban apagadas, controladas, mantenidas a raya.

—¿Dónde está el jefe? ¿Dónde está?

—Dentro. —Las palabras llegaron de manera explosiva—. En Parkhurst. Lleva años allí.

—Mentiroso. Siempre fuiste un mentiroso, Duds. —El golpe que siguió a esa frase le pasó tan cerca de la cara que Geoffrey sintió el aire, y el ruido que hizo al impactar en la carne le provocó una mueca de dolor.

Sintió que Duds resbalaba lentamente hacia el suelo, a su lado. Pugnó por levantar un brazo y protegerse la cabeza, pero en aquel momento la multitud cedió a la presión procedente de atrás mientras unas botas del ejército resonaban por el callejón. Geoffrey se vio transportado a unos metros de distancia de la figura que yacía en el suelo. El pánico se apoderó de él y comenzó a debatirse y a jurar como un carretero en la oscuridad. Al momento alguien lo agarró y lo puso en pie. Notó una mano en la boca, que casi le arrancó la barbilla, y algo duro y redondeado le golpeó encima de la oreja, con lo que la negrura se hizo más densa que la niebla que descendía sobre él, y cayó.

Su primer pensamiento consciente fue que incluso para ser una pesadilla, el frío y la incomodidad resultaban extraordinarios, y que el ruido era increíble. La sensación de ser incapaz de hablar le resultaba más familiar en sueños, y movió inquieto su dolorida cabeza, luchando contra lo que él creía un sueño. En seguida se dio cuenta de que estaba despierto, pero en una posición tan asombrosa que dudó de su propia cordura.

Estaba empotrado dentro de una especie de pequeña silla de ruedas, a medio camino entre una silla de inválido y un cochecito de bebé, y tenía las manos inmovilizadas a los lados bajo un viejo impermeable color caqui atado detrás de él. Sus piernas, acalambradas, estaban atadas a la parte inferior de la silla. Tenía la boca amordazada con una tira de esparadrapo que lo irritaba de manera espantosa y le paralizaba la parte inferior de la cara. Un pasamontañas de punto con dos únicas aberturas para los ojos cubría su cabeza. Lo estaban transportando a buen paso por un arroyo cubierto por la niebla, en medio de un gentío que caminaba a buen paso y que

llevaba el compás de una música casi inaudible procedente de una armónica.

En aquel momento recordó lo que le había sucedido hasta el instante en que lo habían dejado inconsciente, y tuvo la presencia de ánimo de no intentar ningún movimiento violento que hubiera podido delatar que había recuperado la conciencia. Tras asegurarse de que estaba completamente inmovilizado, y de que lo habían atado unas manos expertas, apenas capaz de respirar pero de poco más, se concentró concienzudamente en sus secuestradores.

Eran unos diez o doce, unas figuras grises y sombrías que permanecían muy cerca de él, ocultándolo de los cuerpos de los transeúntes, que en medio de aquella niebla marronosa apenas podían ver a un palmo de distancia.

Desde la posición de Geoffrey, sentado en el carrito, muy cerca del suelo, todos quedaban muy altos, y los autobuses con los faros encendidos que pasaban muy lentamente se veían grandes como barcos e igual de lejanos. Le daba vueltas la cabeza y seguía sumido en la incredulidad, pero para entonces aquellos fantasmas que caminaban a su lado ya se habían transformado en hombres. Observó con cierto horror que en todos ellos había algo extraño, aunque, para ser personas con una incapacidad tan manifiesta, parecían moverse con sorprendente libertad y agilidad. Los únicos pasos que sonaban torpes eran aquellos que estaban justo detrás de su silla. El resto caminaba casi sin hacer ruido alrededor de la penumbra iluminada por las farolas, y sus ropas emitían un susurro que llegaba a sus oídos.

El hombre que estaba justo delante de él encabezaba la comitiva. Era alto y de aspecto monstruoso debido a que sobre los hombros llevaba a un enano, un hombrecillo cuyo medio de transporte normal era sin duda la silla de ruedas que ahora ocupaba el prisionero. El enano era el encargado de tocar la armónica. Geoffrey podía ver sus diminutos codos moviéndose en un éxtasis de entusiasmo y placer. El sombrero oscuro de Geoffrey, con la copa aplastada, reposaba sobre la coronilla de la bulbosa cabeza del hombrecillo, quien de vez en cuando dejaba de tocar para calárselo un poco más.

Fue la melodía que tocaba lo que le dio a Geoffrey Levett la pista clave. La recordaba como un canto fúnebre y sentimental de la Segunda Guerra Mundial llamado *Esperando*. Lo había estado oyendo toda la tarde, interpretado de manera execrable por una banda de excombatientes que subía y bajaba por la calle Crumb. Se trataba de la misma banda.

Aquel descubrimiento le procuró cierto alivio, pues al menos lo extraía de la región de la pura fantasía para llevarlo a la de la pura indignación, con la cual, como hijo de su tiempo que era, estaba más o menos familiarizado. El grupo había estado acechándolo durante toda su nerviosa vigilia delante de la comisaría, molestándolo con bruscas impertinencias. Pero ahora se daba cuenta de que el hombre de la americana de *sport* había sido el objeto de su búsqueda, y sin duda lo habían encontrado, pero no tenía ni idea de lo que habían hecho con él. No parecía acompañarlos.

Decidió que aquel asunto era sin duda una guerra de bandas de poca monta, y que él se había visto envuelto de manera accidental. Por error lo habían dejado sin sentido y se lo habían llevado en lugar de al hombre al que llamaban Duds. Sin duda lo conducían a alguna parte con la idea de interrogarlo.

El Jefe. Recordó repentinamente las palabras. Eso era, por supuesto. Por fin estaba en la pista del superior de Duds. A pesar de su malestar, sintió una profunda satisfacción. Había decidido resolver el misterio que estaba afectando a su vida, y por fin parecía ir bien encaminado. Si bien es verdad que el método era bastante estrambótico, quién podía dudarlo, al menos parecía haber dado con sus huesos en el meollo del asunto. Ni se le pasó por la cabeza la idea de que pudiera correr peligro. Londres es todavía una ciudad donde impera la ley, aunque ya no de manera tan manifiesta como antes. Durante la guerra se había escapado de un campo de prisioneros italiano y cruzado un desierto mucho más amenazante que esa familiar desolación de ladrillos. Confiaba plenamente en poder ser capaz de lidiar con esa situación, a no ser, naturalmente, que Elginbrodde resultara estar vivo.

Flexionó los músculos contra sus ligaduras y se acomodó impasible, como había hecho mucho tiempo atrás en aquel abarrotado camión italiano. Necesitaba a Meg. La quería muchísimo e iba a conseguirla.

En una ocasión había experimentado lo mismo con la libertad. Y al final la había logrado.

En el ínterin había tenido otras preocupaciones. Recordaba con irritación la llamada que había hecho a París. Esperaba que la señorita Noble utilizara la cabeza y no llamara al cuerpo de bomberos. Su ausencia en la cena del Pioneer Club requeriría cierta explicación, a menos que aún estuviera a tiempo de llegar. No tenía ni idea de qué hora era, ni tampoco de dónde estaba. Habían abandonado el tráfico y avanzaban por una calle oscura y casi desierta. Se daba cuenta de que lo rodeaban edificios altos, pero no había manera de saber si eran almacenes u oficinas cerradas y ya a oscuras.

La pequeña procesión se detuvo bruscamente. A Geoffrey lo pilló por sorpresa, y su carrito sufrió una sacudida hacia adelante. La armónica emitió un chillido y quedó en silencio. Percibió el nerviosismo de los que lo rodeaban. A su izquierda, un hombre soltó una risita estúpida.

Un casco con un escudo plateado asomó de entre la niebla, y la voz de la ley, despreocupada y consciente de su superioridad, les habló arrastrando las palabras.

—¿De vuelta a casa, Doll?

—Eso es, agente. Una noche desagradable. En casa se está más calentito.

Geoffrey reconoció el valor de aquella voz, que estaba detrás de él. Decidió que pertenecía a Botas Gruesas, pues sintió temblar el carrito al ritmo del temblor de las manos del que lo empujaban. No obstante el tono era perfectamente sereno y obsequioso.

—En eso tienes razón. —La ley habló en un tono comprensivo—. ¿Qué llevas ahí?

Geoffrey consiguió emitir una especie de bufido a través de su mordaza, y en seguida una mano de hierro se cerró sobre su hombro. Se dio cuenta del hedor a miedo de todos cuantos lo rodeaban, pero Botas Gruesas también supo estar a la altura de la situación.

—No es más que el pobre Blinky, agente. —Y con una tremenda seguridad en sí mismo añadió—: A veces le dan los temblores.

—Entiendo. Muy bien. —La ley otorgó su autorización a las maldades del hombre con condescendencia, por no decir con prisas—. Buenas noches a todos.

La ley siguió andando con imperturbable dignidad.

—Buenas noches, agente. —Botas Gruesas no emitió ninguna señal de alivio, pero alzó la voz en un tono de advertencia para cubrir cualquier signo de impaciencia en los demás—. Vamos, Tom. Empieza a tocar, Hércules. Blinky ya debería estar en la cama, hace rato.

La procesión se movía ahora con cierta celeridad, y el enano, tras mucho insistirle, consiguió formar unas cuantas notas sueltas con su armónica. Botas Gruesas estuvo maldiciendo en voz baja un buen rato. Utilizaba un feo vocabulario y mostraba una tendencia a la brutalidad reprimida que daba miedo. Geoffrey oyó como el Pasma quedaba condenado a diversos tipos de perdición, algunos nuevos para él. Como introducción, el incidente resultaba revelador. Geoffrey comprendió que ese era el hombre con el que tenía que tratar.

Una vez pasado el peligro, la banda se fue poniendo de mejor humor, y el hombre de la izquierda, el de la risita, mostró signos de histeria hasta que fue acallado por una patada en las espinillas por parte de Botas Gruesas, que prácticamente ni se detuvo para propinársela. Para cuando abandonaron la calle oscura y se metieron en un callejón, el enano volvía a tocar alegremente. El callejón, a pesar de la niebla, rebosaba de luz y ajeteo.

Geoffrey se dio cuenta de que era un mercado, uno de esos pequeños santuarios de delincuentes que todavía salpican las partes más pobres de la ciudad, protegidos por la costumbre y la independencia de sus clientes. Unos destartalados puestos cubiertos por una lona que no dejaba de aletear e iluminados con bombillas desnudas se apretaban uno contra otro a cada lado de la calle cubierta de basura; su mercancía, que iba desde caracolas marinas hasta ropa interior, estaba expuesta al aire cubierto de hollín, y detrás de ellos unas tiendas medio derruidas, de fachada abierta y mal iluminada, se encogían hediondas.

La banda avanzaba por en medio de la calle y se apiñaba en torno a la silla de ruedas. Por primera vez Geoffrey pudo ver sus caras, y comprendió que a algunos los había visto aquella tarde en la calle Crumb. El hombre de la risita resultó ser un jorobado, más alto de lo que suelen ser los jorobados, aunque típico, con una mandíbula que parecía una pala y un pelo lacio y negro que se le movía al caminar. Un manco, cuya manga vacía se balanceaba ostensiblemente, caminaba a su lado, mientras que una figura que parecía volar, adornada con harapos pintorescos y que se

movía con asombrosa velocidad y destreza, caminaba ayudada por un par de muletas justo delante de él. Nadie les dirigió la palabra. No hubo saludos por parte de los comerciantes, ni cortesías. Pasaron a su lado sin que se volviese ni una sola cabeza.

El final del trayecto llegó de repente. En un hueco entre dos tenderetes, el grupo viró bruscamente y volvió a sumirse en la oscuridad. Esta vez entraron en un portal que estaba junto a una verdulería con las persianas parcialmente echadas, pero que aún mostraba hojas marchitas y paja húmeda sobre la acera.

El pasillo era estrecho y gélido, y olía a sucio y húmedo. Tenía ese peculiar hedor a pobreza urbana que siempre recuerda a los gatos. La oscuridad también era completa. Pero no dudaron en ningún momento. La procesión se metió allí como ratas en un agujero, y Geoffrey y su silla de ruedas siguieron avanzando hasta que una puerta interior se abrió de repente y se encontró en lo alto de un tramo de escaleras mal iluminado que desembocaba en un sótano. Allí se detuvieron, y permaneció de manera precaria en el peldaño superior mientras el resto pasaba a su lado, la cabeza agachada y zigzagueando por el peligroso camino con la habilidad de una larga práctica.

Se dio cuenta de que delante de él había una caverna enorme y sombría, cálida y que de manera inesperada despedía un olor saludable y rústico, como un cobertizo o un granero. Al principio le sorprendió su limpieza. Todo estaba en orden y resultaba incluso acogedora. Su tamaño era inmenso. Abarcaba todo el sótano de un edificio. El techo era alto, y aunque negro y cubierto de telarañas hasta las vigas, las paredes estaban limpias y encaladas hasta una altura de unos tres metros. Una imponente estufa de hierro, reluciente y casi al rojo vivo, se erguía en medio de la sala, y a su alrededor había un círculo de asientos, sillas compradas en tiendas de viejo y sofás cubiertos de sacos limpios. Había tablones colocados a lo largo, cubiertos de periódicos limpios y flanqueados por bancos hechos con cajas de embalaje, y a lo lejos, apoyados contra la pared más lejana, había una hilera de sofás apilados con mantas del ejército, que desde su posición se veían bien dobladas.

Geoffrey lo identificó en seguida. Había visto lugares como ese, cuando una compañía que estaba de servicio y la comandaba un buen sargento se atrincheraba en alguna posición consolidada desde hacía tiempo. Por todas partes había señales de disciplina y un tipo de personalidad especial. No se veía basura ni desperdicios, sino que por todo el perímetro de las paredes aparecían paquetitos, envueltos en tela de saco, y colgando perfectamente ordenados de clavos, de manera muy parecida a lo que uno encuentra en casitas de campo a la vieja usanza o en herrerías. Era una variedad muy concreta de pisito de soltero, de hecho; primitivo y totalmente masculino, y no falto de vestigios de civilización.

Su examen quedó cortado en seco de una manera aterradora. Los hombres que estaban por debajo de él se desperdigaron. Hubo un chillido agudo, salvaje y extático, procedente del enano, y al mismo tiempo las manos que sujetaban su silla de ruedas se apartaron bruscamente, de manera que el carrito comenzó un terrible descenso por

las empinadas escaleras mientras él permanecía impotente para guiarlo o abandonar el vehículo.

La absoluta brutalidad del gesto, su despreocupado salvajismo y temeridad, lo aterraron mucho más que el peligro físico. No podía hacer nada para salvarse. Su peso daba velocidad a aquellas ruedecillas, y Geoffrey se echaba hacia atrás, doblando la columna vertebral, en un intento por evitar caer de cabeza al suelo de ladrillo. Gracias a algo que confusamente comprendió no era del todo un milagro, sino una peculiar destreza a la hora de lanzarlo, la silla no se desequilibró, sino que quedó meciéndose brutalmente al tocar el suelo, y avanzó a toda velocidad a través de la vociferante multitud, para acabar chocando contra un montón de sacos llenos de papel apilados contra la pared. Su posición era demasiado afortunada como para ser accidental. Sin esos sacos, la silla, por no hablar de sus huesos, se habría roto y comprendió, incluso antes de que el enano abandonara sus chillidos de alegría, que esa era una crueldad que habían obrado muchas veces sobre el hombrecillo, quizá cada día.

Geoffrey sentía unas náuseas horribles. El esparadrapo lo asfixiaba, y en medio de aquel aire caliente el pasamontañas de punto le irritaba de manera insoportable. Hubo un momento en que, para su horror, pensó que iba a desmayarse, pero unas fuertes pisadas avanzaron hacia él, e hizo un gran esfuerzo por controlarse. El recién llegado se acercó y se inclinó.

Geoffrey levantó la vista y por primera vez distinguió a su perseguidor. Era un tipo grande y desgarbado, encorvado y ágil, de mediana edad pero todavía muy fuerte. Lo más asombroso de él era su color. Era tan blanco que impresionaba, y su pelo, que llevaba cortado a cepillo, se parecía tanto al color de su piel que la línea de separación apenas era visible. Las gafas negras que ocultaban sus ojos lo explicaban. Era albino, uno de esos pocos desdichados cuyo cuerpo carece por completo de pigmentación natural. Veía al prisionero por primera vez. Aquella tenue luz se adecuaba a sus ojos, y lentamente le dio la vuelta a la silla para ver mejor.

Capítulo 6

El secreto

El albino apartó el pasamontañas de lana de la cabeza del prisionero y los demás se acercaron. Componían un extraño grupo. Entre ellos había quizá seis como mucho que a lo mejor habían servido en el ejército. Geoffrey se fijó sobre todo en el hombre alto que había llevado al enano sobre los hombros. Era un joven de aspecto afable y rasgos toscos, con una expresión extrañamente aturdida. El hombre mayor y más bajo, que sin duda era su hermano —pues el parecido era extraordinario—, y el harapiento acróbata que ahora había dejado a un lado sus muletas y se movía sin ellas sin la menor dificultad, eran dos de los que quizás habían servido en el ejército. El resto eran rarezas, recogidos sin duda porque parecían fenómenos de feria. Rodeaban al prisionero en un silencio inquisitivo pero incómodo. Botas Gruesas era el líder declarado y el personaje principal. De eso no había duda. Dirigía las operaciones con total seguridad y con ese mismo aire metódico que tan evidente resultaba en sus dominios.

Liberaron a Geoffrey de sus ligaduras, excepto la cuerda que mantenía sus manos atadas a la espalda y el esparadrapo que le cubría la boca. Una operación larga y lenta. El albino enrolló todas las correas y dobló el pasamontañas y el impermeable cuando se lo quitaron, entregándole todos los objetos al enano, que uno por uno los iba llevando a un lugar seguro.

Geoffrey intentó levantarse cuando le liberaron los pies, pero estaba demasiado entumecido y acalambrado como para moverse, así que se vio obligado a permanecer sentado donde estaba mientras la sangre le volvía a circular por las piernas.

Cuando el abrigo de buen corte de Geoffrey, su pelo y sus ropas formales quedaron al descubierto, Botas Gruesas vaciló, y por primera vez la ininterrumpida sonrisita de satisfacción que había sido su única expresión hasta el momento dio lugar a una cierta cavilación. Se volvió hacia el más pequeño de los hermanos.

—Dime, Roly, ¿quién es este tipo? ¿Quién es?

El hombre dio un paso hacia adelante y miró fijamente la cara cuadrada y agresiva del cautivo.

—No lo había visto nunca.

—¿No es él? ¿No es ese el Jefe?

—No, no. —El pronunciamiento, repleto de desprecio, procedía del hermano alto, y causó cierta conmoción. Geoffrey comprendió que no era habitual oírlo hablar.

Botas Gruesas frunció el entrecejo.

—Bill, ven aquí, muchacho. —Su acento se hizo más cerrado. Ni él ni los hermanos hablaban cockney, sino un dialecto más suave y natural de algún lugar de la costa del norte—. Míralo bien, ¿quién es?

El hombre de facciones marcadas, cuya cara estaba ahora cubierta de sombras, como pudo ver Geoffrey, y que poseía una extraña y febril alegría, avanzó con pasos afectados, bajó la mirada y se echó a reír.

—¡Y yo qué sé! No es nadie que yo conozca. Un amigo de Duds, supongo. El Jefe no es así. Si ese fuera el Jefe, yo no estaría aquí ahora, te lo puedo asegurar. Pondría pies en polvorosa.

Geoffrey hizo otro esfuerzo, y esta vez consiguió ponerse en pie. Botas Gruesas le dio un empujón con una mano respaldada por la fuerza de un caballo.

—Aún no te muevas, ¿entendido? —ordenó—. Me parece que tendremos que averiguar quién eres.

Abrió el abrigo del hombre que estaba sentado y metió la mano en el bolsillo de la pechera. El jorobado acercó una caja de embalaje volcada, y, utilizándola como mesa, el albino fue sacando el contenido del bolsillo de manera ordenada y experta. Geoffrey era demasiado listo como para intentar resistirse. Permaneció callado, esperando impertérrito. No era un hombre que llevara con él muchas pertenencias, y el registro no produjo muchos frutos. Tenía unas cuantas libras en la cartera, una chequera, su carnet de conducir y una pequeña agenda. También llevaba un pañuelo con su nombre bordado, un lápiz, una pitillera, un mechero y la carta que había dentro del sobre que le había entregado a Duds.

El único objeto insólito era una serie de medallas en miniatura. Iba a ponérselas para el banquete, y se había acordado de cogerlas del joyero aquella mañana. Botas Gruesas las estudió con gran interés. Estaba claro que comprendía qué querían decir, y tocó la cinta púrpura y blanca de la Cruz Militar con respeto mientras el ceño se le fruncía aún más.

Las dejó a un lado con pesar, y cuando el enano extendió la mano para cogerlas, agarró el cabezón del hombrecillo con una fuerza tal que este no pudo por menos que gritar.

Roly jugueteó con su propia colección, medallas de tamaño natural entre las que se incluía una por una campaña librada antes de que él naciera, pero no dijo nada, y el resto, aunque todos rodeaban a su jefe, se mantuvo a buena distancia de la caja.

Nadie dijo nada. El albino prosiguió su lento examen con la dignidad que surge de la autoridad absoluta. La chequera y el carnet de conducir le interesaron, pero el trofeo que le alegró el día fue algo totalmente inesperado. La carta que había llegado en el sobre que Geoffrey le había entregado a Duds resultó ser una circular para recaudar fondos procedente del Real Instituto para el Auxilio de los Huérfanos de East Anglia. Era un llamamiento lleno de dignidad, mimeografiado en papel bueno, bajo un encabezamiento que incorporaba una lista de patrones encabezados por la realeza. «Mi querido señor Levett» era el visible encabezamiento, y la firma facsímil de lord Beckenham, el presidente, que se había descrito como una persona agradecida y sincera, quedaba impresa en una convincente tinta azul al pie. El documento, aunque no estaba concebido para engañar a nadie, conseguía presentar una fachada

impresionante para los no iniciados. El efecto que produjo sobre Botas Gruesas fue sorprendente. Se quitó las gafas oscuras y se acercó mucho el papel a los ojos enrojecidos. Sus labios se movieron sin emitir ningún ruido mientras leía las palabras, y su mano pálida tembló un poco.

—Vamos a ver —exclamó de repente, volviéndose hacia sus subordinados—, vamos a ver, ¿qué maldito estúpido ha cometido este error?

Su alarma hizo aflorar a la superficie con toda contundencia al matón que había en él, y adquirió un aspecto imponente, más recio y vital que el resto, que exhibieron la debilidad de un grupo de harapientos.

Los ojos del albino, terribles sin sus gafas, mostraban ahora una expresión de miedo y cólera.

—Os he mantenido a todos a salvo hasta ahora, ¿o no? Os he protegido, por Dios que os he protegido. ¿Quién nos va sacar esta vez las castañas del fuego?

Estaba demasiado asustado como para maldecir con convicción, y su alarma era contagiosa. Lentamente, todos se alejaron de él. Tan solo Roly demostró cierta agresividad.

—Puedes hablar —comenzó a decir—, puedes hablar, Tiddy Doll, siempre has podido. Eres un auténtico hombre de Tiddington. ¿Qué ocurre? ¿Quién es? ¿Un detective?

—¡Un detective! ¡Un policía! —escupió Tiddy Doll—. No es más que mi querido señor Levett, amigo de Dios sabe quién. Eso es lo que dicen sus papeles. Este de aquí lo ha escrito lord Beckenham. Una vez vi al anciano caballero en nuestro campamento, cerca de Ipswich. Esto es lo que algún maldito estúpido ha hecho mientras yo estaba cegado por mis pobres ojos. Vamos, date prisa.

Quítale las cuerdas, ¿quieres? ¿Quién ha sido lo bastante estúpido como para cometer este error? Eso es lo que quiero saber.

—Pero estaba con Duds, Tiddy. Todos lo vimos. Los dos echaron a correr cuando nos vieron, primero entraron en el bar y luego se metieron en el callejón.

—Cállate, bocazas. Ya te avisaré cuando puedas hablar. —A Doli le costaba desatar la cuerda que maniataba a Geoffrey. Su aliento cálido y hediondo flotaba sobre este, mientras se embarcaba en una especie de sonsonete mendicante de disculpa. Era imperioso, fuerte y bastante horrible—. Un momentito, señor, no tardaré mucho. Se ha cometido un error por culpa de la niebla. Uno de estos... hombrecillos (ya puede ver que casi todos tienen alguna tara, la guerra ha sido muy dura para todos), uno de ellos, no sé quién pero lo averiguaré, uno de ellos le ha tomado por un amigo nuestro.

Deshizo el nudo y arrancó la cuerda con increíble velocidad.

—Yo no veo. Tengo la vista muy mal, la he tenido así desde que era pequeño. Mis ojos no son como los de los demás. Puede verlo si se fija.

Le concedió a Geoffrey esa oportunidad.

—No pude hacer todo lo que me habría gustado por mi querida patria —dijo—.

Tuve que quedarme en el campamento haciendo labores de mujer cuando habría podido ser mucho más útil si me hubieran dado la oportunidad. Pero estuve en la guerra. Estuve en la guerra igual que usted, señor. Así que tendrá que perdonarme por estar medio ciego y haberme dejado llevar por el mal camino.

Había llegado el momento de quitarse el esparadrapo. El prisionero estaba levantando una mano entumecida hacia él, y Tiddy Doll, a pesar de su ansiedad y precaria situación, no pudo resistir la oportunidad de hacer daño. Se lo arrancó de manera tan brusca que el tremendo dolor cogió a Geoffrey por sorpresa y le hizo emitir un quejido mientras las lágrimas le asomaban a los ojos.

—Mejor así, ¿no? —Doll sonrió. No pudo controlarse. Aquel pequeño rictus tiró de sus finos labios, inmovilizados por la sensación de alarma—. Solo le estábamos gastando una broma a un amigo, señor —añadió apresuradamente—. No sé cómo puedo pedirle que me crea, pero pongo a Dios por testigo, señor, de que nunca me había quedado tan estupefacto como cuando lo vi aquí a la luz. En seguida supe que usted no era amigo nuestro, señor. Me doy cuenta en seguida. No soy tan ignorante como algunos de los que están aquí.

—Le entiendo. —Las palabras salieron muy flojas de la boca seca de Geoffrey. Comenzó a toser, tuvo arcadas y respiró entrecortadamente.

—Dadle algo de beber, venga. Dios bendito, sois una pandilla de inútiles, todos vosotros. —Doll estaba tan excitado que bailaba—. Pobre señor, hay que ver cómo lo han tratado por culpa de algún memo.

Geoffrey rechazó la copa esmaltada que el jorobado le acercó, e hizo un esfuerzo tremendo para ponerse en pie. Había recuperado completamente el dominio de sí mismo.

—¿Dónde está el otro hombre? —preguntó—. ¿Dónde está el hombre que había conmigo?

—Ahí lo tienes, Tiddy. —El mayor de los dos hermanos estaba impaciente por justificarse—. Ya te lo dije. Estaban juntos. El y Duds estaban juntos. Ahora lo ha admitido. Eran amigos.

—Lo he conocido esta tarde. —Geoffrey le dirigió una mirada fría a su interlocutor y habló con la concienzuda claridad que había aprendido en su época de oficial asistente—. Quería que me diera cierta información y lo llevé a un bar para conseguirla. El abominable ruido de su banda lo asustó y echó a correr. Como yo seguía queriendo hablar con él lo perseguí. Ustedes nos rodearon, y uno tuvo el increíble descaro de dejarme sin sentido.

Hablaba de manera artificiosa, pero como había imaginado, todos comprendían perfectamente el lenguaje de la autoridad.

Un hombre en el que todavía no se había fijado, un sujeto con leucoma y de cuello fino, que todavía sostenía unos platillos en la mano, reaccionó en seguida.

—Fue la cachiporra de Tiddy la que le dio. Él no lleva instrumento musical, Tiddy no lleva.

—¡Esto sí que es gratitud! —Una sarta de improperios subrayó aquella frase—. ¡Esto sí que es gratitud! Saqué a este tipo del maldito arroyo, señor, muerto de hambre estaba. Era un haragán, nada más que un haragán. Ahora tiene la tripa llena, y así es como me lo paga.

Geoffrey hizo caso omiso de aquel arrebató. Se sentía mucho mejor.

—¿Dónde está el hombre que estaba conmigo? —repitió—. Usted lo conocía. Ha pronunciado su nombre. —Aprovechó la oportunidad y se dirigió al hermano mayor, cuya voz había creído reconocer—. Usted, ¿cómo se llama? ¿Roly? Usted lo llamó mentiroso.

—No, no fui yo, señor. Fue mi hermano Tom. El joven Tom es muy gracioso, señor. Le cayó una bomba y ya no ha sido el mismo. Por eso estamos los dos metidos en esto con Tiddy. Venimos de otra parte del país, señor. Somos de Suffolk, yo, Tom y Tiddy. Tom conocía a Duds. Duds era nuestro cabo, ¿sabe?

Geoffrey se dijo que lo entendía. Tuvo un momento de inspiración.

—Y supongo que el hombre al que llaman el Jefe era sargento, ¿no?

—Exacto, señor. —Doll, el hombre de Tiddington, no soportaba dejar de ser el centro de atención por mucho tiempo.

—¿Sirvió usted a sus órdenes?

—No, señor. —Roly volvió a intervenir impaciente. Poseía esa franca inocencia de los hombres del campo—. No, Tiddy no estaba con nosotros. Tiddy nunca había visto al Jefe. Los únicos que hemos visto al Jefe en carne y hueso, como se suele decir, somos yo, Tom y Bill. Somos los únicos que estuvimos con él en aquella época. Tiddy nos está ayudando, ¿entiende?

—Os estoy guiando para que obtengáis lo que os corresponde, eso es lo que hago —dijo el albino—. Os mantengo a flote. Procuero que tengáis la mente clara, eso es lo que hago, la mente, el corazón y el alma, y espero que ningún hombre sea lo suficientemente estúpido como para manchar todo eso.

Geoffrey no le hizo caso y habló con Roly.

—Bueno, ¿dónde está ese sargento?

—Eso es lo que todos queremos saber, señor. —Roly estaba encantado de ser de nuevo el protagonista—. Ya hace tres años que le andamos buscando. Fue idea de Tiddy. Dice que todo el que tiene dinero para pasarlo bien va a Londres. Quédate en las calles de Londres el tiempo suficiente, dice, y te encontrarás con toda la gente que conoces. Además, nosotros nos ganamos la vida con eso, ¿no? Tom se lleva su parte, y no podría hacer ningún otro trabajo.

—Yo tenía razón —intervino Tiddy Doll—. Ha resultado que tenía razón. Vimos a Duds, ¿o no?

—Tiene razón —dijo Roly—. Vimos a Duds vestido de punta en blanco en la calle Oxford, y lo perdimos. Eso fue hace tres semanas. Pero hoy volvimos a verlo y lo seguimos. Lo llamé, pero salió por piernas y se fue a la estación. Luego salió con los polis y se fue a la comisaría con ellos. Sabíamos que no podía acusarnos de nada,

siempre y cuando no nos paráramos. Es la ley, es lo que dice. Al cabo de un rato lo soltaron, como sabíamos que harían. Luego usted habló con él y los seguimos a los dos y esperamos delante del bar. Cuando salió corriendo se topó con nosotros, y Tom, que hace años que no se entera de nada, de repente lo vio y echó a correr como si de nuevo estuviera en sus cabales. Cuando los dos se metieron en el callejón, nosotros los seguimos, naturalmente. Ni nos habíamos fijado en usted, señor, a decir verdad.

—Naturalmente que nos fijamos en el caballero —protestó Tiddy con exasperación—. Lo vimos y pensamos que era el Jefe, y esa es toda la historia.

—¿Qué pasó con el cabo?

—Tom le sacudió por error. —Roly miró a su hermano. Aquel joven alto estaba al fondo del grupo, y en sus ojos apenas entreabiertos no brillaba ninguna luz. Parecía taciturno y ausente al mismo tiempo, y no había manera de saber si se daba cuenta de cuanto ocurría—. Tom le atizó —repitió Roly—, por error. Todavía es muy fuerte, pero nunca utiliza la fuerza. Entonces apareció Tiddy y le atacamos a usted, señor, y a continuación Tiddy volvió a sacudirle a Duds.

Hubo un momento de silencio, debido principalmente al asombro que le provocaba su propia estupidez por haberse fijado en el hombre equivocado.

—Estuviste riendo todo el camino de vuelta, Tiddy, y decías que eso era solo el principio —intervino de repente el de los platillos—. Eso fue lo que dijiste, Tiddy. Entonces fue cuando se te ocurrió la idea de colocar a este tipo en la silla de ruedas.

Tiddy Doll volvió a ponerse las gafas. Los cristales negros le daban un aire misterioso. Gran parte de la impresión que causaba procedía de esa máscara que lo ocultaba a medias.

—Estaba empezando a lloriquear porque le sangraba la nariz —dijo con cierta repugnancia—. Solo lo agarré un poco para que no se quejara, y para poder seguir con el trabajo. Creía que habíamos cogido al Jefe.

—No es verdad, Tiddy, no es verdad, porque ya te dije que no era el Jefe. —Roly hablaba con vehemencia, y su boca era fea.

—Tiddy creía que habíamos cogido al oficial. —Lo dijo la voz aguda y monótona del jorobado, y soltó una risita.

La observación era tan palmariamente cierta que cogió a todos por sorpresa. Durante un fugaz segundo Geoffrey los vio como un grupo sombrío y estático, como unas caras plasmadas en un lienzo. Fue Tom, el hermano pequeño que nunca había sido el mismo, el que habló primero. Levantó la cabeza y miró fijamente al desconocido con unos ojos que reflejaban un fugaz renacer.

—Comandante Elginbrodde —dijo con su habla lenta de Suffolk—, ese es usted.

—¡Que no lo es! —protestó Roly sobresaltado—. Tom, es que no te enteras de nada, muchacho. El comandante Elginbrodde era un tipo menudo y de piel oscura. Además, el pobre murió. Nadie lo sabe mejor que tú.

El joven negó con la cabeza.

—No se le parece y no habla como él, pero me parece que es la misma persona.

—Vamos, Tom, cálmate. —Roly condujo a su hermano hasta una caja de jabón—. Es un tipo extraño. A veces es maravillosamente extraño —explicó volviendo la cabeza—. El comandante Elginbrodde y Tom estaban juntos cuando pisaron aquella mina. Fue en una playa de Normandía, cuatro meses después de nuestro pequeño trabajito. Desde entonces habíamos estado de permiso, y el Jefe y Duds se habían ausentado sin autorización, así que en aquella época no estaban con nosotros. El comandante murió en el acto, pero a Tom no le pasó nada, o eso pensamos hasta que descubrimos que se había vuelto un poco raro. Tom nunca le contó nada a nadie, excepto a mí, y eso fue dos años después de que hubiéramos vuelto a la vida civil.

Geoffrey pasó a través del grupo. Llevaba la barbilla levantada. Había olvidado el presente y volvía a estar en un mundo de sudor, petróleo y ropa color caqui.

—Tom —dijo con una voz imperiosa y autoritaria—, serénate, hombre. ¿Está muerto el comandante Elginbrodde?

El muchacho se puso en pie pesadamente. Fue como si un terruño de Suffolk, con ese sufrimiento que se remonta a la noche de los tiempos, se hubiera levantado del suelo.

—Eso me pareció, señor. —El simpático sonsonete de la costa transmitió esa terrible declaración como guijarros bajo una ola—. Lo vi desaparecer. Vi como una mano y la mitad de su cabeza se quedaban a mi lado. Pero ahora que le escucho me pregunto si no se habrá agenciado un cuerpo nuevo, o algo así. ¿Usted no es él?

—No. Yo me llamo Levett. Soy otro comandante.

—Lo que usted diga, señor. —Lo dijo en un tono sumiso pero no convencido, y al momento volvió a sentarse. Su hermano estaba molesto y un tanto furioso.

—No le haga caso —suplicó—. Tom ahora es un idiota rematado. En aquella época no lo era. De joven era bastante inteligente, ya lo creo. En la época en que mi papá estaba vivo teníamos nuestro propio bote. Por eso nos eligieron, señor, ya ve. Por eso el Jefe nos escogió. El Jefe encontró los hombres que buscaba para la incursión.

—¡Eres un soplón, muchacho, un soplón! —Tiddy Doli le lanzó esa advertencia en un tono frenético—. Este caballero no quiere oír la historia de tu vida ni la de tu hermano. Tu boca siempre ha sido tu gran problema, Roly. El caballero ya tiene suficiente con su situación.

La amenaza era evidente, y Geoffrey dio media vuelta y se quedó mirando fríamente las gafas oscuras.

—Supongo que habrás considerado cuál es la tuya, ¿verdad, Doll?

El albino lo miró fijamente. Contaban con la enorme ventaja de comprenderse perfectamente el uno al otro. La situación era relativamente sencilla. En una ciudad como Londres, en una isla como Inglaterra, que a pesar de todas sus rarezas todavía posee una fuerza policial superior a la de otros países, el prisionero lleva ventaja siempre y cuando sea consciente de ello. Geoffrey sabía que a menos que lo asesinaran y consiguieran deshacerse con éxito del cadáver, lo cual nunca es un

asunto sencillo, en algún momento tendrían que liberarlo. Puesto que no era un hombre al que se pudiera intimidar con una paliza, sino que parecía una persona que contaba con un respaldo, la situación con el tiempo se resolvería en si Geoffrey presentaba una denuncia o no. En cuanto la presentara, el futuro de la banda sería más que problemático.

No obstante, los hombres de Tiddington tienen fama de no ir faltos de astucia.

—Hay algunos caballeros a los que no les gustaría que se les tomara por amigos de personas con las que no tenían amistad, cosa que los podría meter en un lío —apuntó Doli sin demasiadas esperanzas.

—Y también caballeros a quienes les importaría un bledo —dijo Geoffrey—, aunque —añadió con prudencia— normalmente son gente razonable que no quiere hacer ningún daño a los demás si se les trata de manera sensata y se contesta a sus preguntas.

Doll sonrió. Le encantaban aquellas insinuaciones indirectas. No pudo evitar lanzarles una mirada de triunfo a los demás, que se quedaron preocupados y un tanto perplejos.

Geoffrey se volvió hacia Roly.

—¿De qué incursión estabas hablando?

—No tenía nombre, señor. Era secreta.

—¿Cuatro meses antes del día D?

—Sí, señor.

—¿Por la costa de Normandia?

—No lo sé exactamente, señor. Nos llevaron en submarino y luego nos metieron en un bote. Tom y yo comandábamos el bote. Era tremendamente inestable. No subimos a la casa, ni siquiera Bill subió a la casa. Se quedó sentado en la playa con la linterna para hacernos señales en caso de que lo necesitáramos. Íbamos totalmente en pelotas y pintados de negro, y Bill estaba totalmente cubierto de vegetación.

Geoffrey observó al hombre harapiento que había utilizado muletas para caminar por la calle y que no las necesitaba para ir por casa, y le sorprendió ver que sonreía y que había un brillo en sus ojos rodeados de mugre. No hizo el menor intento de participar en el relato, pero estaba recordando los hechos con enorme placer. Había sido una hora de auténtico peligro, que él había disfrutado casi hasta el éxtasis. A Geoffrey se le pasó por la cabeza que el Jefe, fuera quien fuese, había elegido a sus hombres de una manera inteligente, aunque no ortodoxa.

—¿Quiénes eran los demás?

—Solo estaban Duds, el Jefe y el comandante. Duds no entró en la casa. Se quedó abajo. Sabían que el sujeto que estábamos buscando conducía él mismo, así que no habría chofer. Pensaban que el único sujeto que podía aparecer era algún mensajero motorizado. Ninguno de nosotros llevaba arma. Las armas no estaban permitidas a causa del ruido.

—¿A quién buscabais?

Roly negó con la cabeza.

—Nunca nos lo dijeron. Duds dijo que era un general, pero el Jefe nos dijo a mí y a Tom que era un espía.

—Entiendo. ¿Y esperabais que volviera a casa solo?

—Bueno, creían que habría una mujer. No era más que una casita, totalmente aislada. Rocas y mar a un lado, una carretera privada al otro. Calculaban que la tendría allí.

Geoffrey asintió. La escena se dibujaba con extraordinaria nitidez. Se creía aquella historia. Durante los meses anteriores a la gran invasión, en la costa francesa habían ocurrido cosas muy extrañas. Cinco hombres y un oficial: en aquella época valía la pena arriesgar una fuerza tan pequeña para eliminar a un solo hombre peligroso basándose en información fiable.

Bruscamente salió de su ensimismamiento. La voz de Roly, que era más suave y más dialectal a medida que avanzaba la historia, seguía sonando.

—Todos supusimos que el Jefe había hecho el trabajo correctamente, aunque nunca dijo nada de la mujer. A Jack le gustaba el cuchillo, ya lo creo. No tengo ninguna duda de que le gustaba el cuchillo.

El primer signo de que estaba disfrutando. Sonó con una delectación fuera de lugar en su acento regional.

Geoffrey levantó la mirada repentinamente. Se le ocurrió que su primera intuición había sido la acertada: había sido Roly y no su hermano el que había sacudido a Duds en la niebla. El hombre lo confirmó al momento.

—Duds le contó que el Jefe estaba en el trullo (lo que usted llama la cárcel, señor), pero mentía, como siempre. Jack era demasiado inteligente para eso. Incluso cuando lo cogían, nunca conseguían tenerlo dentro mucho tiempo. Eso ya lo sabemos. Jack se ha quedado con el tesoro y está viviendo a cuerpo de rey, a cuerpo de rey, mientras sus compañeros se revuelcan por las cloacas. Por eso lo estamos buscando.

Tiddy Doll, que llevaba unos minutos haciéndoles señas, acabó renunciando desesperado.

—Ahora que lo has contado —estalló, añadiendo una sarta de insultos de los que un experto podría haber deducido todo su historial civil y militar—. Ahora que has abierto la boca te has metido en un buen lío. Lo has cantado todo.

Geoffrey no le hizo caso. La historia iba cobrando forma. Elginbrodde, al que ahora estaba más cerca de apreciar que en ningún otro momento de su vida, parecía que desde luego no había participado en aquello, pobre tipo, aunque en ese caso, el hecho de que Duds se hiciera pasar por él era aún más inexplicable. Interrogó de nuevo a Roly.

—Supongo que el comandante Elginbrodde fue hasta la casa de la costa, ¿no?

—Naturalmente que sí. El Jefe quería que el comandante lo acompañara para no hacer ningún ruido. Era la casa del comandante.

—¿Quieres decir que era su casa?

—Sí, señor. Había vivido allí de pequeño. Era un sitio muy antiguo, una especie de pequeño castillo de piedra. En la oscuridad nunca habrían podido trepar por las rocas en silencio si el comandante no hubiera sabido el camino. Por eso lo eligieron. Esa fue la razón por la que fuimos.

—¿Qué le había pasado a la familia del comandante?

El expescador se quedó sin expresión.

—Creo que solo le quedaba una anciana, la abuela. Esta se había marchado y los alemanes habían dejado el lugar tal como estaba. Luego el espía que buscábamos había alojado allí a su amante, pero nunca encontraron el tesoro. Y todavía estaba allí cuando fuimos, porque el comandante anduvo buscándolo.

A Geoffrey no se le pasó por alto la inflexión de la palabra clave, pero tenía cierta experiencia con los soldados y sus ideas de lo que es un tesoro escondido y su probable valor. Mientras recorría con la mirada aquel variopinto grupo del sótano se dijo que entendía con claridad toda aquella historia. Todas las caras eran solemnes, ávidas, concentradas. Un tesoro. El hechizo de aquella antigua palabra había vuelto a funcionar. Mantenía a aquellos hombres juntos como nada más podría haberlo hecho, y los alimentaba al mismo tiempo que les sacaba hasta el tuétano.

De todos ellos, Doll era el que estaba más completamente embelesado. Sus finos labios no dejaban de moverse. El hecho de que otro par de oídos hubieran oído aquella formidable noticia lo hacía sufrir. Estaba hecho del material básico de que están hechos los necios, un imbécil de pueblo atormentado por sus propias carencias que había soñado en convertirse en tirano en una ciudad embaldosada de oro. Había logrado la tiranía y desde luego había encontrado las baldosas. Nada podía convencerle de que no iba a conseguir también el oro, y lo único que le faltaba era ponerle las manos encima. Veía las pruebas evidentes allí donde miraba; en las grandes tiendas, en las mujeres maquilladas, en los coches que pasaban susurrando. El Gran Tesoro. Eso significaba «lo que uno ha soñado hasta empacharse, y aún más».

Geoffrey atisbaba todo aquello, aunque no tenía ni idea de hasta qué punto era una ilusión.

—El sargento os lo describió todo, supongo —inquirió de buen humor.

Todos comprendieron que aquello le divertía, y no les gustó. No podía haber dicho nada que los enfureciera más. El Tesoro era sagrado. Era la única cosa del mundo en la que creían. Un alarmante murmullo de irritación surgió de todo el grupo. Brotó de aquellos harapos de humanidad como un gruñido.

—El Jefe no dijo tanto. Era demasiado espabilado. —Roly habló con amargura—. Pero él lo sabía todo. Sabía que estaba allí, y puede apostar a que volvió a buscarlo en cuanto supo que el comandante la había palmado. De eso no le quepa duda.

—Y gracias a él ahora se pega la vida padre, con vino, coches y encurtidos —prorrumpió Tiddy Doli, sin ver ninguna incongruencia en todo aquello—. No hay

más que ver lo bien vestido que iba su amigo Duds. Esa era la prueba.

—Pensaba que no habías podido verlo, Tiddy.

—Bueno, claro que lo vi. Lo vi cuando lo estaba siguiendo. —El albino disimuló el lapsus y hábilmente cambió de tema—. Y estaban los *souvenirs*. No os olvidéis de los *souvenirs*. Sabemos que allí hubo un tesoro. Todos vosotros obtuvisteis un anticipo, ¿o no?

Hubo un momento de vacilación, y a continuación Roly se acercó a su hermano, y tras murmurar unas palabras, regresó con un paquete envuelto en un trapo.

—El comandante Elginbrodde nos dio un *souvenir* a cada uno —le explicó a Geoffrey—. Los trajo en el bolsillo. Los demás hemos tenido que separarnos de él en diversas ocasiones, pero Tom aún lo conserva. No le ha quedado otro remedio. Era demasiado valioso para venderlo. Nadie lo habría querido.

En completo silencio desenvolvió el paquete. Parecía que estuviera a punto de enseñar una reliquia sagrada. Debajo de un trapo había un trozo de un pañuelo de colores y, debajo de este, un cuadrado de seda grasiento y muy arrugado. La última envoltura era un trozo de papel de plata procedente de un paquete de tabaco.

Roly volvió a apretarlo, alisándolo con unas manos tan negras como sus ropas. Le entregó el contenido a Geoffrey para que lo viera.

Era una miniatura antigua, hermosamente pintada sobre madera, la cabeza de un hombre rodeada por una peluca de rizos castaños. Geoffrey no era ningún experto, pero se daba cuenta de que era una pintura magnífica y evidentemente útil. La conservación a la que la sometían no le hacía ningún bien. La madera se estaba agrietando y la pintura se descamaba.

—Antes tenía un marco. Era de oro macizo, con unos cristalitos de colores. Un tipo de Walworth Road le dio a Tom siete libras por él.

—Eso fue antes de que yo lo encontrara —intervino furioso Doli—. Te timaron. Hoy en día incluso un soberano vale treinta y cinco machacantes.

—A Bob le dieron doce por su caja de música. —Roly aportó rápidamente la información—. Un pajarito dorado dentro de una jaula. Le dabas cuerda y cantaba.

—Solo te dieron un billete de cinco por tu caja —le interrumpió Doll en tono acusador—. Me lo dijiste docenas de veces. Pero te lo inventaste, igual que ahora, ¿no?

Esa patética historia sufrió una curiosa interrupción. En la otra punta de la habitación, a través del techo, apareció de repente un periódico doblado que bajó flotando por la pared. El sótano quedaba a poco más de un metro por debajo de la calzada, y había una reja que comunicaba con la acera y que algún amable vendedor de periódicos utilizaba como buzón.

—Las carreras de ayer —exclamó alegremente el hombre de los platillos mientras se apresuraba a por el periódico.

—Carreras de galgos —dijo Tiddy con desprecio—. Seis peniques a ganador y colocado en los galgos, esa es su idea de la aventura. Tirar el dinero. Bueno, señor, no

sé qué opina de este pequeño error que hemos cometido.

Geoffrey apartó la mirada de la miniatura y Roly volvió a envolverla con mucho cuidado, frotando aquella exquisita pintura con sus manos sucias pero reverentes.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba el sargento? —Geoffrey hizo caso omiso de la pregunta de Tiddy Doli, pero ya recogía sus posesiones, colocadas sobre la caja.

—Jack Hackett —dijo Roly—. Al menos ese era su nombre en el ejército. No sé con qué nombre lo bautizaron. Si no me equivoco, tenía muchos nombres.

—Puedes apostar a que ahora no se hará llamar Hackett —intervino desdeñosamente Doll—. Ahora ya debe de ser un lord. A lo mejor usted lo conoce, señor. A lo mejor lo conoce muy bien y no está al corriente de su historia. La oírá de cabo a rabo cuando demos con él. ¿Qué piensa hacer, señor?

—¿Hacer?

—Acerca de nuestro pequeño error.

—Olvidarlo. —Su voz culta y autoritaria transmitía convicción. Doll aceptó su palabra del mismo modo que no habría aceptado ninguna firma, por ilustre que fuera. Pero aquello no había terminado. Geoffrey se dio cuenta de que esperaban que les lanzara algún tipo de advertencia, y estaba dispuesto a ello.

—Pero si me entero de algún incidente parecido, si volvéis a cometer algún estúpido error, Doll, entonces, naturalmente, me consideraré libre para contarlo. ¿Entendido?

—Sí, señor. —Fue una enérgica respuesta militar, y el hombre juntó los talones.

Lo absurdo de la situación no le resultaba evidente a ninguno de los dos. Nadie se estaba fijando en el hombre de los platillos, que sentado ahora sobre una caja con la última edición del periódico delante de la nariz leía con dificultad las noticias de última hora impresas en la columna de la página de atrás. Su alarmada sarta de improperios sorprendió a todo el mundo.

—Han encontrado muerto a un tipo en Pump Path, W2. Es Duds. Está fiambre.

—Eso es mentira. —Tiddy Doll cruzó la sala hasta él para echarle un vistazo a la torcida línea que estaba al pie de la columna.

—Lo hiciste tú, Tiddy. —A Roly se le había puesto la cara verde, y ahora los otros se apiñaban, apartándose de Doll—. Lo hiciste al volver. Dijiste que le habías sacudido un poco para que se enterara.

El albino arrugó el periódico en sus manazas. Su cerebro funcionaba mucho más rápidamente que el de los otros, y tenía valor.

—¡Callaos la boca! —gritó—. Si uno de nosotros lo ha hecho, lo hemos hecho todos, esa es la ley. —Se volvió violentamente y señaló a Geoffrey—. Y él también.

Geoffrey había perdido su oportunidad por poco. Había ocho hombres entre él y las escaleras.

—¡No seáis idiotas! —les gritó—. No seáis estúpidos. Tranquilizaos. Si eso es cierto, solo tenéis una oportunidad. Ir a la policía a declarar, en seguida, esa es vuestra única oportunidad.

—¡Y un cuerno! —El rugido de Tiddy llenó el edificio cuando inclinó la cabeza para embestir.

Capítulo 7

La usurera

Al otro lado de la ciudad, en la plaza Saint Petersgate, había tenido lugar uno de los interrogatorios más alarmantes jamás presenciados por el sargento Picot, aunque a las once de aquella noche estaba dispuesto a admitir que el jefe había sabido lo que estaba haciendo al permitir que el párroco se saliera con la suya. Había permanecido sentado en la butaca de cuero que había en un rincón de su estudio en la rectoría, con el cuaderno decorosamente oculto en los pliegues de su impermeable, y reflexionó que si a la policía se le permitieran las libertades que tranquilamente se tomaba la gente, la vida sería infinitamente más sencilla.

El canónigo Avril ni siquiera había oído hablar de los procedimientos de interrogatorio, ni considerado que en su propia familia no contaban. Quizá no fuera una persona práctica, pero Picot tuvo que admitir que a la hora de sonsacar la verdad resultaba extraordinariamente eficiente.

Fueron pasando como si la casa estuviera en llamas. El canónigo había comenzado con la persona más próxima y querida, y Meg Elginbrodde había sido sometida a un catecismo que no solamente había satisfecho al sargento, sino que lo había escandalizado. Sam Drummock y su querida y preocupada esposa habían recibido el mismo trato. La señorita Warburton, a la que habían ido a buscar a la casita de al lado, había quedado afectada, escandalizada y sometida. Y ahora, después de que William Talisman, el sacristán, hubiera mostrado inocencia y poco carácter, su esposa Mary estaba de pie delante del escritorio del canónigo y por fin estaban llegando a alguna parte.

Tío Hubert había despejado el escritorio metiendo todo su contenido en el interior de un cesto para perros que guardaba debajo, sin duda para una emergencia como esa. La americana de *sport* que había llevado Duds al morir, doblada ligeramente para ocultar las manchas de sangre más visibles, yacía sobre el tablero de cuero gastado. El canónigo se había empujado las gafas hasta lo alto de su ancha frente, y sus ojos, desnudos e inexorables, asomaban severos de su afable cara.

—Eso ya me lo ha contado tu marido —le explicaba el canónigo, algo que no hay que decir nunca según las leyes que dicta la recogida de pruebas—. Will dice que está bastante seguro de que te vio envolver esta americana en papel marrón en la mesa de la cocina hará cosa de un mes. No llores. ¿Cómo voy a oír lo que estás diciendo? Y deja de mentir. En el mundo de hoy se pierde más tiempo con la mentira que con ninguna otra cosa. Piensa en lo latosos que fueron los nazis.

La señora Talisman era una mujer rolliza, esmeradamente vestida para disimular su volumen y muy bien peinada, y poseía un necio orgullo que le asomaba a la cara. Había pasado la vida atendiendo al canónigo, a su marido y a su nieta, y como había

gozado de ese privilegio se consideraba un poco mejor que los demás. Había cuidado del anciano que tenía delante como si fuera un bebé enfermo docenas de veces, y verle una arruga en la camisa le dolía como si hubiera cometido un pecado. Un peldaño sucio o una cortina sin almidonar en la ventana del sótano la preocupaban durante una semana, y en una ocasión le dio un sopapo a un repartidor que observó con toda inocencia que los tiempos estaban cambiando y que los clérigos cada vez tenían menos importancia.

—¡Oh, fui yo! —exclamó por fin, confesando con una expresión de desdicha absoluta—. Fui yo. Cogí la vieja americana y la regalé.

—Bueno, pues. —El canónigo suspiró con exasperación—. ¿Y por qué no lo dijiste antes, tontuela, en lugar de insistir en que no sabías nada? ¿Me preguntaste a mí o a Meg si podías regalarla? No recuerdo que me lo preguntaras.

Al sargento Picot le quedó perfectamente claro que a nadie se le ocurriría pedirle al canónigo si podía regalar ninguna prenda de aquella casa. Comprendía perfectamente a aquella respetable muchacha, que no tuvo más respuesta que tragar saliva, y Avril prosiguió:

—Es una tontería regalar algo que no es tuyo —dijo—. No sé qué manía tiene hoy todo el mundo. Pero a mí me habría resultado evidente que el bien que haces por un lado queda anulado por la irritación que causas por el otro. Es una bobada, Mary, es una bobada y algo corto de miras y no nos lleva a ninguna parte. Primero gánatelo. Y luego regálalo. ¿A quién se lo regalaste? ¿A algún pobre que vino a pedir a la puerta?

Mary vaciló, y un asomo de tentación asomó en sus ojos enrojecidos. El canónigo la distinguió como una centella. Picot tenía que concedérselo: el anciano olía el engaño como si apestara a cabra.

—Ah, ya entiendo. Se lo diste a alguien que conocías. ¿Quién fue?

La señora Talisman hizo un gesto de desamparo con la palma de las manos.

—Se lo di a la señora Cash.

—¿A la señora Cash? —Picot se dio cuenta de que aquello era una revelación. Avril se recostó en su butaca con los labios entreabiertos, la expresión de quien acaba de comprender, y también, a menos que el agente estuviera muy equivocado, con cierta consternación.

En seguida el anciano se levantó y asomó la cabeza por la puerta.

—¡Dot! —gritó.

—Sí, canónigo. —La voz aguda y jovial de la señorita Warburton bajó flotando por las escaleras desde la habitación de Meg—. Ya voy.

Picot esperó su llegada con incomodidad. Ya habían tenido una sesión con ella, y no era su tipo. Al parecer el canónigo no la necesitaba, pues siguió gritando instrucciones.

—Trae a la señora Cash.

—Estará en la cama, Hubert.

La señora Talisman volvió prorrumpir en sollozos, lo que distrajo la atención de Hubert, y este le hizo seña con la mano de que se callara.

—¿Qué decías, Dot?

—Que estará en la cama, querido. —Se estaba acercando, y podían oír sus zapatos en las escaleras.

—Pues sácala. —Pareció sorprenderle que a ella no se le hubiera ocurrido antes esa idea—. Dile que se ponga cualquier cosa y que no se pare a peinarse. Puede ponerse un gorro. Muchísimas gracias, Dot.

Tras haber solucionado aquella cuestión con amabilidad y cortesía, cerró la puerta con firmeza mientras la mujer llegaba al vestíbulo.

—Y ahora, Mary —dijo mientras volvía a sentarse—, piénsatelo muy bien y no te alteres más de lo necesario. Tranquilízate, mi pobre niña. Moderación. Moderación en todas las cosas. ¿Le ofreciste la americana a la señora Cash o ella te la pidió?

—Yo... oh, no lo sé, señor.

Para asombro del sargento, el anciano pareció dispuesto a aceptar literalmente aquella declaración.

—Ah —dijo—, sí, entiendo. ¿Te dijo para qué la quería? No. No, no te lo diría. Olvídalo. Ha sido una tontería por mi parte. Pero escúchame, ¿te enseñó la señora Elginbrodde algunas de las fotos que le mandaron por correo?

—¿Del comandante? Sí, claro, señor. Le dije que no entendía cómo alguien podía estar tan seguro.

—¿No reconociste la americana que llevaba el hombre de la foto?

—No se me ocurrió. Oh, ¿fue así la cosa? Dios mío, jamás se me pasó por la cabeza.

—¿Por qué no, Mary? A mí tampoco se me pasó por la cabeza.

—No lo sé, quizá porque no era en color, señor. Es el color lo que hace que esa americana sea llamativa, y la foto no era en color.

—Entiendo. Y ahora te preparas una taza de té, te sientas en la cocina y te la bebes, y no te muevas hasta que te llame. ¿Entendido?

—Sí, señor. Sí. Pero, oh, canónigo Avril, si la señora Cash...

—Fuera —le ordenó severamente tío Hubert. Cogió un pliego de papel del cesto y empezó escribir en él con su letra clara y elegante.

Estaba claro que aquello era una señal para que se fuera y no admitía discusión. La señora Talisman puso un gesto de resignación y, sacando una vez más el pañuelo, siguió llorando mientras salía de la habitación.

—No creo que hoy en día encuentre otra ama de llaves como esa, señor. —La observación procedía de Picot. Aquella desinteresada omnipotencia lo estaba poniendo de los nervios. Le parecía que alguien tenía que decírselo al anciano. En cierto modo, no era justo. No era justo para la policía.

—Naturalmente que no. A menudo lo he pensado. Qué raro que se le haya ocurrido a usted, mi querido amigo. Sin esa mujer moriría en seis meses. Cada enero,

cuando tengo bronquitis, me salva la vida. —Tío Hubert hablaba con franqueza y jovialidad—. Esa muchacha es una esnob —añadió—, una esnob temible. Cuántas trampas se abren a nuestros pies, ¿verdad? ¿Se ha fijado? Somos como esos contorsionistas de las ferias, prodigios sin huesos, los llaman, capaces de caer en cualquier postura imaginable. Es realmente maravilloso.

Picot no contestó. Su cara de complexión lozana estaba totalmente sin expresión. No podía creer que aquel hombre fuera sincero, pues la gente, sobre todo de «esa clase» de gente, nunca lo era.

Todos los policías que hacían la ronda lo sabían. Al mismo tiempo, el anciano era bastante insólito. Psicológico, quizás. Un poco retorcido, eso era. Y en cuanto a lo de esa tal señora Cash, el canónigo no había querido comentarlo con su ama de llaves, y se había quedado estupefacto al oír mencionar el nombre. Se preguntaba qué había entre los dos. Le gustaría ver a la mujer.

Su deseo le fue concedido casi de inmediato. Se abrió la puerta con un silbido y se oyó el alegre ruido de la señorita Warburton.

—Pase, señora Cash, pase. Entre. Ahí hay un simpático policía regordete (oh, espero que no me oiga), así que el canónigo no se la va a comer. Qué suerte que estuviera levantada. Habría tenido que venir conmigo con lo que llevara puesto, o no llevara. Vamos.

La puerta del estudio se abrió ruidosamente y la mujer entró. La señora Warburton era una mujer de buena cuna y mediana edad que había tenido la desgracia de moldear su personalidad social en una época en que las mujeres alocadas, alegres e irresponsables como las que salían en algunas películas estaban muy en boga. Su moldeado había sido chapucero y su personalidad era muy marcada, de manera que el efecto, treinta años después, era un tanto embarazoso, como si una tía soltera de la época eduardiana hubiera sido elegida para ser desaliñada, espontánea e ingeniosa durante un día entero. No obstante, la mujer seguía siendo aquello para lo que había sido educada, muy femenina, muy honesta, muy obstinada, inocente hasta el punto de ser transparente, y casi nunca se equivocaba.

—Aquí está, canónigo —dijo—. La he traído a rastras de su sofá. Ya no creo que pueda dormir bien. ¿Quiere que me quede?

Sus hermosos ojos, en aquella cara poco agraciada, eran alegres, y su figura, en la que cada prenda le quedaba como si aún estuviera en el colgador, resultaba atrevida.

La otra mujer seguía aún detrás de ella, invisible.

—No, Dot, no. —Avril asintió y le sonrió—. Has sido muy amable. Muchísimas gracias. Ya puedes volver arriba.

—Tendrá que contármelo todo con pelos y señales, se lo advierto. —En aquel momento se balanceaba apoyada en el pomo de la puerta, observó Picot con desagrado. Cincuenta, como poco. Y no se podía imaginar cómo al anciano canónigo se le había ocurrido llamarla con aquel diminutivo tan inverosímil.

La explicación podría haberlo desconcertado aún más. El canónigo Avril le había

puesto aquel apodo no porque se llamara Dorothy, pues no era ese su nombre. La llamaba Dot porque fingía que ella era matemática, y, tal como él decía, le costaría más llamarla Decimal^[2]. Avril sabía valorarla en lo que era, un regalo de Dios en su vida, y si a menudo le parecía que ponía a prueba su paciencia, era demasiado humilde y tenía demasiada experiencia ya como para esperar que los beneficios más quijotescos del todopoderoso resultaran alguna vez una mermelada sin adulterar.

—Ya me lo imagino, Dot —dijo Avril afablemente en esta ocasión—. Ya me imagino que insistirás. Entre, señora Cash.

La señorita Warburton se retiró con el despreocupado cacareo del papel que había asumido, dejando caer al marcharse una horquilla y un pañuelo.

Entró la señora Cash. Nada más verla, la inteligencia experta y afilada que Picot poseía se puso en marcha, aunque a primera vista no había nada que sobresaliera en ella. Era de baja estatura y robusta, más cerca de los sesenta que de los cincuenta, muy sólida y muy pulcra. Llevaba una chaqueta negra de muy buena calidad abotonada hasta el cuello y rematada con una estola de pelo marrón de buena calidad. Tenía la cara grande. Los gruesos mechones de su pelo entrecano, espléndidamente peinados, y el sombrero elegante y plano con que los tocaba parecían tan inseparablemente unidos que la idea de que alguna vez llegaran a estar separados resultaba un tanto inconcebible. Llevaba un gran bolso negro, que sujetaba contra la barriga con las dos manos enguantadas, y tenía los ojos redondeados, vivos e inteligentes.

Estudió a Picot. Se fijó en él de manera tan deliberada y despreocupada como si fuera una puerta que llevara la señal de «Salida». Luego se acercó a Avril con paso firme.

—Buenas noches, canónigo. ¿Quería verme por lo de la chaqueta? —Su voz era como el resto de su persona: enérgica, atrevida y no muy simpática. Algo chirriaba en ella, como si para producirla se utilizaran un peine y un papel, y sus dientes, que parecían hechos de porcelana, resplandecieron con una falsa cordialidad—. Me sentaré aquí, si no le importa.

Desplazó la pequeña butaca que había delante del escritorio, de manera que quedó directamente a la vista de Picot, y se hundió en ella. Sus pies apenas tocaban el suelo, pero mantenía los hombros erguidos y el sargento pudo ver su sombrero, firme como una roca, en lo alto de aquella espalda no muy alta.

El canónigo estaba en pie, mirándola seriamente desde el otro lado del escritorio.

—Sí —dijo. No se disculpó por hacerla subir tan tarde y Picot se dio cuenta con gran sorpresa de que no se trataba tanto de viejos amigos como de viejos enemigos. Existía entre ellos esa familiaridad que solo dan los años y que es casi acogedora, aunque no estuvieran del mismo bando.

—Mary me ha dicho que se la dio hace unas semanas. ¿Es cierto?

—Bueno, no exactamente, canónigo. No quiero meter a nadie en un lío, como sabe, pero Mary no está diciendo la verdad. La compré. Tres libras con diez de mi

buen dinero. Ya puede ver que tampoco iba a sacar mucho por ella, pues era para la caridad. —Era una mujer enérgica, directa, y al parecer tan franca como el día. Ninguno de los dos hombres creyó una palabra de lo que decía.

—Así que se la compró a Mary.

—Es lo que le he dicho. Se lo he dicho directamente, ¿no? Por supuesto, estaba segura de que a ella se la habían regalado. Me conoce bien después de veintiséis años. El mes que viene hará veintiséis años que vivo de alquiler en esta casa.

El anciano no se movió. Picot pudo ver su hermoso rostro, serio, pesadoso y también reservado, como si de alguna manera extraña no quisiera dejarle entrever lo que pensaba a ella. No puso en entredicho su afirmación, sino que prosiguió con el interrogatorio principal.

—Y cuando se la compraste a Mary, ¿qué hiciste con la americana?

—Eso es asunto mío, canónigo. —Hablaba en un tono reprobatorio, pero todavía afable. Picot imaginó que sus ojos redondos reían.

—Naturalmente que lo es —asintió Avril—. Y del todo. No obstante, reconocerás que sería de una gran ayuda. ¿Podrías acercarte y echarle un vistazo?

Picot se quedó de una pieza. Nunca hubiera esperado que un párroco fuera tan duro. Se desplazó un poco para poder ver la cara de la mujer cuando distinguiera las terribles manchas de la prenda. Se fijó en que ella estaba desprevenida, pues se inclinó de manera muy natural y se acercó a la prenda. Al desdoblarla, las aterradoras solapas surgieron delante de ella, y sus manos, embutidas en aquellos guantes ajustados, vacilaron, aunque de una manera tan fugaz que aquella muestra de autocontrol apenas fue perceptible. Su cara no se inmutó. Siguió con su gesto amable y vivaracho, una expresión impropia, en opinión de Picot, de cualquier mujer que se enfrentara a semejante visión y nada tuviera que ver con ella.

—No creo que estas manchas se vayan —observó, y después de doblar la prenda volvió a ponerla sobre el escritorio. Su voz cascada no se inmutó. Ni siquiera dejó traslucir el menor temblor—. Sí, esa es la chaqueta que le compré a Mary. Bueno, para qué voy a decir que no lo es. Usted mismo puede reconocerla. Lleva por la casa desde no sé cuánto tiempo, ¿no? —Su risita sonó práctica y llena de resignación.

—La policía querrá saber qué hizo con ella —dijo Avril.

—Entonces tendré que decírselo, ¿no? —Parecía muy segura de sí misma—. Lo miraré en mi cuaderno. Creo que encontré un poco de polilla y la puse en el lote que le mandé al señor Rosenthal, en la calle Crumb. —Se dio media vuelta en la silla para quedar cara a cara con Picot—. No soy una mujer rica, pero hago mi aportación a la Iglesia —proclamó, exhibiendo una amplia sonrisa y enseñando sus dientes de porcelana—. A veces me quedo un pequeño porcentaje para las molestias, solo lo razonable, porque si no puedo vivir, no puedo dar, ¿no es cierto?

—Usted compra y vende ropa de segunda mano, ¿verdad, señora Cash? —El sargento no iba a dejarse intimidar por algo así. Se dijo que sabía cómo tratarla.

Unos ojos casi tan sofisticados como los de él lo miraban fijamente.

—Hago el bien siempre que puedo —dijo la señora Cash—, y puedo enseñarle libros que demuestran cuánto he donado a la Misión de los Desfavorecidos, a la Sociedad Charles Wade, a la Asistencia Eclesiástica y a no sé cuántas organizaciones más. Está todo anotado y debidamente registrado. Lo pueden ver cuando deseen. ¿No es cierto, canónigo?

En respuesta a esa apelación directa, Avril inclinó la cabeza y miró a su alrededor no muy contento. El sargento, por otro lado, ahora se sentía más tranquilo de lo que había estado en toda la noche.

—Esa no es la respuesta a mi pregunta, ¿no le parece? —observó razonablemente.

La señora Cash se alisó su abrigo negro.

—Bueno, yo no soy una mujer que lleve ropa de segunda mano, si es a eso a lo que se refiere, joven —dijo con aire displicente—. Usted lleva tiempo en este distrito. Creo que le he visto por Barrow Road y por la calle Apron, ¿verdad? Ya sabe qué clase de distrito es este. Hay muchas casas de buena calidad que se vienen abajo, y a mucha gente distinguida le está pasando lo mismo. Las señoras ancianas necesitan dinero más que joyas, y no saben cómo venderlas. Y quizá también poseen encajes buenos y muebles antiguos. Bueno, yo no soy orgullosa. Vivir todos estos años cerca del canónigo me ha enseñado a ser humilde, espero, y al igual que él, hago el bien allí donde puedo. De manera que voy de aquí para allá ayudando a la gente. En estos momentos hay muchas ancianas que pueden taparse con un buen edredón, que les es de más utilidad que el camafeo de su madre que guardaban en la cómoda. Voy a todas partes y conozco a todo el mundo. A veces compro y a veces vendo. Y a veces me dan cosas por caridad, y las convierto en dinero y envío el cheque a una de esas sociedades.

—Y lo anota todo en el libro —dijo Picot. Ahora asentía con una amplia sonrisa en la cara.

Ella imitó su sonrisa.

—Y lo anoto todo en mi libro.

—En este momento lo que me interesa es la chaqueta.

—Sí, ya me doy cuenta. Alguien ha sufrido un desagradable accidente con ella puesta, ¿verdad? Bueno, tengo que ayudarlo si puedo. Miraré en el libro.

—Iré con usted.

—No hay motivo para que no lo haga. —Se colocó el bolso sobre las rodillas—. Estoy segura de que fue a parar al señor Rosenthal. Su tienda queda bastante cerca de la nueva comisaría. La tiene muy bien y limpia. Es un buen hombre de negocios.

—Sí, conozco a Rosenthal. —El sargento puso una expresión contrariada—. Él también lo anota todo.

—Naturalmente. No te queda otro remedio cuando llevas un negocio. ¿Viene?

—Un momento. —Avril, que había estado escuchando ese diálogo con creciente malestar, intervino por fin—. Señora Cash, ya conoce esta casa. Me pregunto si le

importaría bajar a la cocina y pedirle a Mary que suba. Si no le importa, quédese allí diez minutos, y entonces el sargento Picot bajará con usted. ¿Verdad que no le importa?

—De ningún modo, canónigo. No crea que me importa esperar en la cocina. Trabajé mucho en ella en vida de su querida esposa. Muy bien, joven. Venga a recogerme e iremos juntos a mi casa. Buenas noches, canónigo. Mandaré algo para los Fondos de Restauración de la Iglesia más o menos en una semana, una ayudita. He hablado con los coadjutores. Me han dicho que usted no puede impedirme que aporte mi pequeña ayuda.

Se levantó con una agilidad impropia de alguien de su complexión y se marchó, recordando a uno de esos recipientes de cerámica que se emplean para poner mostaza. Picot solo se la pudo imaginar con una cuchara asomando de su sombrero.

Avril se inclinó sobre el pliego donde había tomado notas, y el sargento, que estaba lo bastante cerca como para leer su clarísima letra, le vio escribir las palabras: «Reunión con los coadjutores, aportación de la señora Cash, no».

—Dicen que todo el dinero apesta, señor —observó con una sonrisa—. Aunque es usted de la opinión que hay que marcar un límite, ¿verdad?

La respuesta de Avril deshinchó su tolerante sofisticación.

—Pobre mujer, se la ve venir de lejos —dijo—. Como una palmera en medio de la plaza Saint Petersgate. Ah, Mary, aquí estás. No llames, entra.

La señora Talisman entró con un aspecto deplorable. Estaba anegada en lágrimas, y llevaba ya un buen rato llorando.

—¡Oh, señor!

Avril se pasó la mano por el pelo revuelto y se sentó.

—¿Fueron suficientes las tres libras con diez? —preguntó—. Vamos, muchacha, habla. ¿Tres libras con diez era todo lo que le debías?

—¡Oh, señor!

—¿Era todo?

—Sí, señor. Le juro que sí. Al principio no era más que una libra. En la tienda tenían unas camisas blancas muy bonitas. Solo valían treinta y cinco chelines, y Talisman es tan especial, y me gusta sentirme orgullosa de él. Y las camisas eran tan baratas. Ya había ahorrado quince chelines, pero naturalmente sabía que no estarían mucho tiempo en la tienda a ese precio, así que cuando la señora Cash vino a cobrar... bueno, lo tomé prestado. Ella me lo ofreció y yo acepté. Solo era una libra.

—¿Y el resto son intereses?

—Sí, señor. Cinco chelines a la semana. En seguida se convirtió en mucho dinero. Ella no me insistió, ¿sabe?; de hecho no la volví a ver hasta que no le debía ya dos con quince. Pero entonces ella comenzó a pasarse por aquí, y yo sé que a usted no le gusta tenerla en la cocina. Le ofrecí algunas cosas más. No quiero contárselo a Talisman, señor, nunca me lo perdonaría. Le ofrecí a la señora Cash la manta de mi cama, que fue un regalo de bodas de la madre de Emily, y todo tipo de cosas. De

verdad. Pero solo quería ropa de hombre, dijo, y no las ropas negras de Talisman. Entonces me preguntó si la señorita Meg me había regalado algunas de las ropas del señor Martin, y... ¡oh, señor!

Avril suspiró.

—Vete, Mary. No vuelvas a hacerlo. Ya te lo dije la última vez. ¿Cuándo fue?

—Hace siete años, señor, casi ocho. ¡Oh, señor!...

—No —dijo Avril—. No, no, no, ya basta. Ya es suficiente. Vete.

—Perdóneme. ¡Oh, por favor, perdóneme!

El canónigo le lanzó al sargento una mirada de impotencia.

—Te advertí que esto sería embarazoso —dijo—. No puedo perdonar, Mary. No puedo perdonar los pecados, mi querida niña. Y luego ¿qué? Pero si quieres saber mi opinión profesional, creo que ya has pasado todo lo que tenías que pasar por culpa de esto.

—Oh, gracias, señor.

—Cielo santo, no te lo tomes como una promesa —dijo Avril, haciéndole señas de que saliera—. Si quieres asegurarte el perdón, confíeselo todo a William, y como penitencia soporta alegremente sus críticas. Pero, Mary, no repitas. Las tontas como tú son las que dan alas a las malvadas como Lucy Cash.

—Veinticinco por semana —dijo Picot cuando se cerró la puerta—. No está mal, incluso en su negocio. Porque supongo que ese es su negocio, ¿verdad, señor?

Avril no contestó en seguida. Tenía las manos recogidas a la espalda, y levantó la barbilla. Tenía los ojos entrecerrados.

—Durante casi treinta años he visto a Lucy Cash trotar por estas calles —comenzó a decir por fin—. A medida que las casas iban a menos, ella iba a más. No obstante, ella siempre ha sido la misma, como una jarrita. ¿No le ha parecido que era como una jarrita? Nunca la ves ociosa, y tampoco con prisas. Siempre va a alguna parte con un propósito, siempre sonriente, siempre vivaracha y siempre con la vista al frente. Ese enorme bolso que lleva es como la insignia de su oficio. Lo sujeta con las dos manos. Cuando pasa por estas calles anchas y majestuosas, donde ahora tantas casas tienen habitaciones en alquiler, las cortinas de las ventanas tiemblan, las persianas se bajan lentamente y las llaves giran suavemente en la cerradura. Ella pasa como un escalofrío. Donde ella se encuentra, el aire siempre está un poco más frío. Cuando vaya a su casa, mire a su alrededor. La encontrará llena de pequeños adornos, y cada uno de ellos ha sido guardado como un tesoro por alguien. —Parpadeó y, bajando la cabeza, miró a Picot con unos ojos grandes y serios—. Siempre que los veo, me miran igual que bocados petrificados arrancados a alguien con gran dolor —dijo gravemente.

Picot se encogió de hombros con cierto malestar. Él no solía hablar así. Además, había muchas mujeres parecidas en el mundo que él conocía muy bien. La señora Cash no parecía una buena pieza, sin embargo, y ya tenía ganas de hablar en privado con la mujer.

—Imagino que de vez en cuando hace donaciones para obras de caridad, ¿verdad, señor?

—Naturalmente. —Avril dejó traslucir que ese era su temor—. A veces la gente le da cosas para que las venda por una buena causa. Creo que algunos luego quieren ver sus libros. Y ella nunca tiene ningún problema en enseñarlos.

—Qué disfraz tan maravilloso —dijo Picot con mucha seriedad—. Con una tapadera como esa podría dirigir cualquier negocio. No le sacaremos gran cosa, ni tampoco a ese Rosenthal. Una chaqueta comprada de segunda mano. No es probable, de hecho no es creíble, pero ya veo que nos va a resultar muy difícil demostrar otra cosa. De todos modos, si usted ha terminado, señor, iré a ver a la mujer, a ver qué puedo sacarle.

Calló y miró a su alrededor. Se había abierto la puerta, y la señorita Warburton, caminando de puntillas de manera exagerada, entró lentamente.

—Ha ocurrido algo extraordinario, Hubert —dijo, abandonando su afectación al cerrar la puerta—. Me he dicho que te lo contaría en seguida. Siéntese, agente. Lamento no haber oído su nombre, pero debe perdonarme. Puede que esto tarde unos minutos, pero tiene que oírlo.

Se sentó en el brazo de la butaca que había ocupado la señora Cash, y tras cruzar sus piernas largas y delgadas, adoptó un susurro conspirador.

—Bueno, Geoffrey todavía no ha telefoneado. Meg y Amanda se han ido a la casa nueva. Meg ha puesto la excusa de que quería ir a recoger algo, pero creo que solo quería enseñarla. Ya han acabado de pintarla. Y me han dejado a mí al frente. Bueno, pues ha llamado una tal señora Smith, que estaba muy nerviosa. El pobre Sam ha sido incapaz de atenderla, de manera que al final ha intervenido la pequeña Dot.

Hizo un gesto significativo con su mano huesuda, a menos que eso fuera una señal de despedida a todos los detalles que habría incluido de poder disponer de todo el tiempo del mundo.

—Escucha bien. Después de un rato de diálogo de besugos, ha resultado que era la mujer del señor Frederick Smith, el abogado de Martin, ese hombre tan simpático de Grove Road. Vive en Hampstead. La policía lo ha llamado y ha tenido que abandonar una partida de canasta. Al parecer en su bufete ha ocurrido algo terrible, algo espantoso, tan horroroso que ha sido incapaz de contármelo, pero hay tres muertos.

Aspiró, y su mirada franca se posó en el sargento con inocente satisfacción.

—Parece increíble que tenga que contárselo a usted, ¿verdad?, pero estaba casi segura de que no lo sabía.

—¿Y por qué esa señora se lo contó a usted? —Picot estaba de lo más desconcertado.

—¿A mí? —dijo la señorita Warburton—. Bueno, porque insistí. Verá, ella quería hablar con Meg, porque pensaba que Albert Champion seguramente estaría aquí. No ha podido localizar a su marido en la comisaría. La policía no ha querido decirle

nada, y naturalmente a la pobre la consumen la preocupación y la curiosidad. Como es de suponer. A mí me pasaría lo mismo. Había oído hablar de Albert y pensaba que podría ayudarla, pero naturalmente él está con la policía, como ya le he dicho. Me he enterado de todo lo que he podido y le he prometido que la volvería a llamar si averiguaba algo, y a continuación he bajado a contárselo a los dos.

El anciano Avril la contemplaba entre consternado y divertido.

—Sí —dijo, como si el descubrimiento lo asombrara—. Sí, naturalmente.

—Pero estaban ocupados —añadió, indicando que la historia de ninguna manera había terminado—. He oído a Mary sollozar a través de la puerta, de manera que he ido a la cocina a esperarla hasta que saliera. Allí me he encontrado con la señora Cash bebiendo un té. No sé si se lo había preparado ella misma, ni le he preguntado.

—¿Qué le ha contado a la señora Cash? —En el tono de Picot hubo más censura que curiosidad, pero la señorita Warburton no se dio cuenta, pues se lo estaba pasando la mar de bien.

—Me dijo que lo estaba esperando. Supongo que me estaba fijando en la taza de té, no he podido evitarlo, y le he dicho que dudaba mucho que pudiera entretenerse con ella esta noche, porque me parecía que tendría que ir en seguida al bufete de abogados, si es que no le habían mandado llamar ya. ¡Tres asesinatos en una casa! Necesitarán a todos los hombres, he dicho.

—¿Asesinatos? —Los dos hablaron al unísono y la observaron tranquilamente.

—Desde luego, he entendido que la señora Smith decía asesinatos. Me ha parecido que os lo estáis tomando con mucha calma. La señora Cash, no. De hecho, por eso he subido corriendo a contarlo. ¿Sabes, Hubert, que la mujer estaba realmente alterada? Es la primera vez que la veo mostrar ningún sentimiento, y hace veinte años que soy su vecina. De hecho ha pegado un bote. —Ella misma dio como un saltito para ilustrar el movimiento—. Jamás lo hubiera dicho, porque se ha derramado el té encima, todo, la taza entera. Se ha ido corriendo a cambiarse, no tenía otro remedio. Debe de haberle traspasado toda la ropa. Y ha dicho que si quería verla tendría que ir a su casa. Bueno, me ha parecido que os interesaría. ¿O no?

—Ya lo creo que me interesa, señora, y mucho. —Picot estaba pensativo. La noticia era demasiado asombrosa para ser totalmente creíble, pero ella parecía estar totalmente segura—. Creo que si me excusa, señor —dijo—, voy a hablar con la mujer en seguida. Me llevaré la chaqueta, si no le importa. No debo marcharme sin ella.

Se acercó al escritorio y comenzó a envolver otra vez la americana de *sport* en el papel marrón en el que la había traído. La señorita Warburton estaba palmariamente decepcionada.

—¿No va a llamar a la comisaría? Hay tres teléfonos en la casa, ¿sabe?

Picot se abstuvo de comentar que nunca utilizaba más de uno a la vez.

—No, señorita —dijo—. Si me necesitaran, me habrían mandado llamar. Pero naturalmente, si telefonean y preguntan por mí, quizá podría explicarles dónde he ido.

Es la segunda casa, ¿verdad? ¿La segunda puerta a la izquierda?

—Tiene toda la razón, pero deje que le acompañe y se la enseñe —dijo—. Estas casitas están construidas justo debajo del muro de la iglesia. La mía es la más decrepita, pero eso lo verá en medio de la niebla.

Hizo salir a Picot a toda prisa, de manera que este solo tuvo tiempo de saludar con la cabeza a Avril y de coger el paquete, y ella seguía hablando animadamente por el pasillo.

—Le estaremos esperando para que venga y nos lo cuente todo... y aunque no nos lo cuente. Si la curiosidad es vulgar, entonces yo soy vulgar. No me ando con disimulos. Vamos.

No obstante, cuando regresó unos minutos después, había poco en ella que fuera estúpido o incluso afectado.

—La señora Cash tiene la luz encendida en el desván, Hubert —dijo—. Lo he visto claramente a pesar de la niebla. No quiere más visitantes mientras el policía esté allí.

Avril estaba de pie junto a su ventana sin cortinas, observando el mundo pardo y misterioso que era la plaza.

—Qué cosas dices, Dot —exclamó—. ¿Cómo puedes decirlo?

—Porque forman parte de mi trabajo —dijo sin alterarse—. Tengo ojos y sentido común y los utilizo. Nadie visita a Lucy Cash cuando hay luz en el desván. Es una señal para que ciertas personas se mantengan alejadas.

—Ciertas personas. —El canónigo la imitó—. ¿Qué personas?

—Personas con las que tiene negocios, supongo —dijo la señorita Warburton.

El canónigo no dijo nada durante un momento, y su cara quedaba aún oculta. Al momento un estremecimiento pasó por sus hombros anchos y planos.

—Espero que tengas razón, Dot —dijo de manera inesperada—. ¿Sabes?, esta vez espero que tengas razón.

Capítulo 8

Otra vez el rastro

Uno de los rasgos más positivos de Amanda era que no había perdido esa perspectiva de pueblo que considera los disparates más extremos del comportamiento emocional humano como algo perfectamente normal y por lo que no hay que escandalizarse. Por tanto, cuando la pobre Meg, tan desdichada en esos momentos, le propuso salir de casa a las once de la noche para inspeccionar la casa a medio amueblar que habitaría después de casarse, y en la que ni siquiera había electricidad, le pareció la cosa más natural y sensata del mundo.

La alivió el no tener que ir más allá de las «calles de siempre» del otro lado de la plaza, pero de buena gana se habría ido a las afueras si se lo hubieran pedido.

Durante la visita, la casa resultó ser un lugar encantador. Aun cuando solo la vio a la luz de las linternas que sostenían unas manos que temblaban de frío, tenía un enorme encanto. Geoffrey había decidido satisfacer tanto su propio sueño de solidaridad y permanencia en este mundo inestable como el buen gusto natural de la novia, de manera que a la casa le habían devuelto el respetable confort original de estilo Regencia, aunque con un sentido práctico y una alegría que nunca había conseguido.

Le habían echado ya un vistazo al dormitorio «eduardiano», con el papel pintado floreado y la colcha de Honiton, y al cuarto de baño situado enfrente, que era como un cómodo estanque con nenúfares, y por fin habían llegado a su destino, el estudio de Meg situado en lo alto de la casa, en el lugar que habían ocupado antes los desvanes.

Amanda ingenuamente pensó que Geoffrey había planeado la distribución esencial de manera que su conversión en cuarto para los niños pudiera llevarse a cabo con muy poca dificultad en cuanto llegara el momento, pero por ahora era un estudio, tremendamente práctico, y sin embargo sin amueblar. Quedaban todavía algunas pertenencias personales de Meg sin desempaquetar, amontonadas en el perímetro de las paredes de color claro, donde los empleados de la mudanza las habían dejado.

Meg dejó de fingir de repente y se puso de rodillas delante de un paquetito envuelto en arpillera. Se la veía muy joven, acuclillada allí, con su suave abrigo de piel barriendo el polvo del suelo y su cabeza de pelo lacio y claro inclinada y concentrada mientras desenvolvía el paquete.

—Quería encontrarlas para quemarlas —dijo sin levantar la cabeza—. Quería hacerlo en seguida, ahora, esta noche. Son las cartas de Martin. Por eso te he hecho venir aquí. ¿Te importa?

—En absoluto. —La voz de Amanda parecía infinitamente razonable—. Me parece algo muy sensato por tu parte. Siempre hay un momento en que hay que

decidirse a hacer estas cosas, y te quedas mucho más tranquila si lo haces en seguida.

—Eso mismo había pensado yo. —Meg había dejado al descubierto los bolsillos de una cartera de cuero italiana bastante estropeada, y los vaciaba rápidamente sobre una hoja de papel de embalar.

—Estos meses me he sentido un tanto culpable por esto —añadió, con una encantadora nota de candidez que casaba más con su voz que su sofisticado maquillaje y peinado—. Hace años que no las miro, pero sabía que estaban ahí, y cuando trajeron mis cosas, dejé que también las trajeran. Esta noche, cuando pensaba en Geoff, y... bueno, lo necesitaba, supongo... de repente me pareció terriblemente importante que no estuvieran en su casa... en nuestra casa, mejor dicho... ni siquiera una noche. ¿Te parece que me estoy portando como una histérica? Supongo que sí.

—Y si es así, tampoco veo que importe. —Amanda se había sentado sobre una caja de libros y parecía como si le diera totalmente igual pasarse allí toda la noche, caso de que se lo exigiera la pura cortesía—. ¿Por qué has de pensar en si te portas así o asá? Simplemente es que el final de Martin ocurrió muy de repente, ¿no te parece? Quiero decir que es el final de algo doloroso. Iba a ocurrir de todas maneras, pero las circunstancias lo han apresurado. Hubo una pequeña tormenta y la última hoja ya ha caído.

—Sí. Sí, eso es. —A Meg se la veía impaciente. Sus palabras brotaban rápidamente en un arrebato de alivio—. Le había olvidado, o al menos eso pensaba, y esas fotografías me hicieron revivir no tanto a Martin como a mi marido, y no sé qué sentí. A veces me parecía que era infiel a los dos, y una noche lo vi todo clarísimo y para mí ya no existió más que Geoff. Ahora ya puedo pensar objetivamente en Martin como si fuera una persona normal. Antes nunca pude.

Amanda no dijo nada, pero asintió con la cabeza en la penumbra.

Mientras tanto, a medida que los ordenados paquetes de cartas, casi todas ellas procedentes del desierto, se iban apilando sobre el papel marrón, algo duro y brillante cayó de entre ellos. Meg lo acercó a la luz.

—Oh —dijo lentamente—, sí, aunque esto debería conservarlo. Debe ir con lo que pondremos en la mesa de centro de la salita. Este objeto era algo bastante raro, tenía que ver con un secreto, algo ocurrido en la guerra.

Le entregó el descubrimiento a la otra mujer. Era una miniatura, la cara sonriente de una muchacha en un marco con piedras preciosas, un marco que debía de valer bastante más que las pocas libras que el comerciante de Walworth Road le había dado a un soldado por otro idéntico.

—¡Qué bonito! —Amanda proyectó la luz de su linterna sobre el cuadrito—. Esto es de la época del rey Carlos. Creo que aún conserva el engastado original, ¿no te parece?

—Es posible —dijo Meg sorprendida—. ¿Sabes?, creo que nunca me paré a pensarlo. Cuando Martin me lo dio simplemente me asusté, lo escondí y lo olvidé. Me lo dio unas semanas antes de irse por última vez a la guerra. Había hecho un viaje

del que no me había podido contar nada. ¿Te acuerdas de aquellos años, Amanda? Con la distancia parecen una locura. Tristezas, incomodidades, terribles secretos y suposiciones.

Su voz sonó juvenil en la penumbra.

—Una noche Martin llegó cansado y un tanto excitado, y se lo sacó del bolsillo, donde lo llevaba envuelto en un pañuelo sucio. Dijo que había otro idéntico, pero que había tenido que renunciar a él porque «no había bastantes para todos». Yo pregunté si era un botín, y se rio, y yo me quedé un poco asustada, y en seguida me contó que se acordaba de haber visto este objeto a través del cristal de una vitrina cuando era niño, y que siempre pensó que debía de tratarse de Nell Gwynn, porque se reía. — Meg se cayó y añadió pensativa—: A menudo me he preguntado si había vuelto a Sainte-Odile cuando estaba ocupado por los alemanes. Estas cosas increíbles ocurren. Estaba justo en la costa, casi en el mar.

—¿Sainte-Odile? ¿La casa de su abuela?

—Sí, tuvo que irse precipitadamente a comienzos de la guerra. La abuela murió en Niza justo antes de que a él lo dieran por desaparecido. De todos modos, eso no lo supimos hasta mucho después.

Amanda le devolvió la miniatura.

—¿Y qué pasó con la casa?

—Oh, allí sigue, abandonada pero casi intacta. Tuve que ir a verla hace algún tiempo. Papá no podía ir, así que viajé con Dot. Ella es el cerebro comercial de la familia. —Se rio y suspiró—. Y fue espantoso, pues el hecho de que Martin estuviera solo «presuntamente muerto» complicó muchísimo la cosa, y ya sabes cómo son los franceses con las cosas legales. Había una especie de primo lejanísimo, en algún lugar de África oriental. Y Martin había complicado aún más las cosas haciendo testamento con un bufete de abogados de Grove Road, donde había instrucciones muy específicas. Por alguna razón, le interesaba mucho que el contenido de la casa pasara con el tiempo a mí. El edificio no parecía importarle, pero todo lo que había dentro le preocupaba enormemente. Smithy, el abogado, me contó que en algún momento debió de haber algo de gran valor, o algo que significaba muchísimo para Martin, aunque no dijo el qué. La cosa quedó en que yo podía reclamar todos los bienes muebles: herramientas de jardinería, macetas, todo. Pero como es de suponer, cuando llegamos ya habían saqueado el lugar. Guardé lo que quedaba. Hubo una triste venta, y la casa ahora se cae a pedazos esperando que vuelva ese caballero de África oriental.

—Qué triste —dijo Amanda—. ¿Era un lugar bonito?

—Es posible que antes lo fuera. —En su voz hubo un estremecimiento—. Pero cuando lo vi era un desastre. Algo terrible había ocurrido allí durante la guerra. Los del pueblo fueron muy discretos y de una imprecisión desesperante, pero se ve que algún pez gordo del enemigo (supongo que uno de esos que trabajaban en el anonimato) había instalado allí a su amante, y una noche o se mataron o fueron

asesinados, y luego aquello fue un infierno, juicios, torturas y Dios sabe qué. Se llevaron de la casa todo lo que era interesante, por no hablar de valioso, y en una habitación se declaró un incendio. No me gustó, y me alegro muchísimo de que Martin nunca la viera así. Le encantaba la casa cuando era niño.

—Qué raro que le interesaran tanto los muebles y no el edificio —murmuró Amanda—. Cuando uno es un niño lo que ama es la casa, no las cosas. Nosotros vivíamos en un molino, y lo que más recuerdo era una arboleda de sauces y la charca que había debajo. Naturalmente nuestros muebles no eran gran cosa. Tenían más de un roto. —Se echó a reír—. Me encantaba mi molino. Todavía es de la familia, y sigue girando, aunque no le aprovecha a nadie. A lo mejor en Sainte-Odile había algo bastante importante que los alemanes se llevaron.

—De todos modos, allí ahora no hay nada. —Meg exhaló un suspiro de alivio—. Me alegro mucho de haber venido a recoger estas cartas, Amanda. Me las llevaré a casa y las quemaré en la caldera de Mary. Martin lo aprobaría. Lo sé, estoy segura.

Se estaba poniendo en pie con el paquete en la mano cuando una mano delgada se posó en su hombro y la detuvo.

—Espera —susurró Amanda—, escucha. Alguien acaba de entrar en la casa.

Contuvieron el aliento un instante. Debajo de ellas, el edificio a oscuras estaba en silencio, envuelto en el húmedo y apretado vendaje de la niebla. No llegaba ningún sonido de la ciudad. La calle estaba desierta, y las nieblas formaban una manta que las aislaba, separándolas del mundo.

Lo que Amanda había notado era una corriente de aire. Había subido de abajo, entrando helada desde la calle. Los sonidos vinieron después, unas rápidas pisadas, una puerta que se abre cautamente, el sonido nervioso del metal, y el roce de una silla en el *parquet*.

—Geoff. —Meg seguía susurrando, pero la palabra brotó con un tono dichoso y entusiasmado—. Nadie más tiene llave. Por fin ha vuelto y ha venido a buscarnos.

—Escucha. —Amanda habló con insistencia y su mano aún era firme—. Esa persona no conoce el camino.

Esperaron. Los sonidos se oían más fuertes y más cercanos. Alguien caminaba trastabillando por la casa de manera inquieta, tanteando con impaciencia, buscando algo. Las dos fueron conscientes de la ansiedad, la desesperación y la prisa. La sensación de apremio era violenta. Les llegó a través de la oscuridad, inconfundible y amedrentadora.

—¿Deberíamos bajar? —En la fría habitación sin aire el susurro de Meg sonó entrecortado.

—¿Dónde está la escalera de incendios?

—Justo detrás de nosotras. En esa ventana.

—¿Podrías ir a la casa de al lado y llamar a la policía? Procura no hacer ningún ruido o te oirá. Meg, ¿serás capaz?

—Creo que sí. ¿Y tú?

—Silencio. Prueba. A ver si puedes.

Abajo se oyó un portazo que las sobresaltó. Siguió un completo silencio. Mientras escuchaban, se dieron cuenta de que abajo alguien había aguzado el oído también. Aquel silencio pareció interminable, y al final volvieron a oírse pisadas en el pasillo, ahora alejándose, deteniéndose y volviendo a ponerse en marcha.

—Ahora. —Amanda le dio un empujoncito en el hombro—. Cierra la ventana cuando salgas y... ni un ruido.

Meg no vaciló. Estaba bastante alarmada, pero era capaz de hacerlo. Se puso en pie silenciosamente y fue de puntillas hasta el marco de la ventana. La casa estaba bien construida, y sus pisadas ligeras sobre los tablones no emitieron ningún ruido. La ventana era nueva, de acero, y se abrió fácilmente. Por un momento, Amanda vio la oscura silueta recortada contra el pálido cuadrado de luz. En seguida desapareció.

La otra muchacha se quedó donde estaba, escuchando. Oyó el débil gemido del gozne de la puerta de la sala, y una sola pisada. A continuación hubo un prolongado silencio, seguido de un movimiento en el dormitorio que quedaba justo debajo de ella. El intruso debía de haber subido las escaleras sin que ella lo oyera. Amanda ahogó la respiración y le llegó el ruido de su propio corazón, cosa que la irritó. Por regla general, el ladrón inglés no suele ser muy valiente, y sabía que si la descubría al iluminar con su linterna aquella habitación sin amueblar, era probable que se sobresaltara aún más que ella. Pero a pesar de todo, estaba temblando. Había algo extraño en aquel intruso. Sus movimientos eran muy apresurados, y cuando alcanzaba a oírlos, extrañamente violentos.

De repente Amanda volvió a oírlo, esta vez muy cerca. El intruso subió corriendo los primeros peldaños de la escalera que llevaba al desván y se detuvo. Un fino haz de luz pasó por debajo de la puerta cerrada de la habitación en la que estaba sentada, le tocó los pies y desapareció. Luego regresó el silencio. Muy lentamente, Amanda se puso en pie y se quedó esperando.

El intruso se alejó. Ella lo oyó claramente. El hombre debía de haber decidido que el piso de arriba no se utilizaba. Tras un prolongado intervalo, volvió a oírlo por el pasillo.

Amanda consideró huir por la escalera de incendios, pero cambió de opinión. La policía respondería de inmediato a la llamada de Meg, pero la niebla era tan espesa que a lo mejor se demoraban. Le parecía una lástima que el ladrón se marchara sin ser visto. Decidió bajar.

Tras haberse decidido, fue lentamente hacia la puerta. La única dificultad parecía ser el primer tramo de escaleras, puesto que los tablones estaban desnudos y recién encerados, pero dejó caer todo el peso sobre la barandilla y se movió suavemente, a tientas.

El primer descansillo estaba muy oscuro. Las puertas del dormitorio estaban cerradas, y la ventanita circular era poco más que una mancha, pero recordó el diseño de la casa, y siguiendo la pared llegó a lo alto de la elegante escalera de caracol. Su

exceso de confianza pudo significar su perdición: extendió la mano hacia el espigón de la escalera, falló y recuperó el equilibrio justo a tiempo. Con un pie en el aire, la mano tanteando para encontrar la barandilla, volvió a oírlo una vez más.

Ahora se encontraba en el pequeño estudio cuya puerta quedaba justo a la derecha, al pie de las escaleras. Oyó el inconfundible roce de una cerilla en la habitación interior, y un parpadeo gris apareció en la negrura de la pared.

El miedo la acarició, pero decidió ignorarlo resueltamente.

Encontró la barandilla con la mano y bajó dos peldaños más hasta llegar al nivel del primer piso. La puerta del estudio estaba abierta de par en par, y a través de ella una luz muy débil y vacilante cruzaba el pasillo para rozar el reluciente revestimiento de una cómoda Kandy y el espejo que colgaba encima.

Amanda avanzó un poco. El ladrón hacía mucho ruido. Aún procuraba obrar con cierta cautela, pero tenía prisa, y por fin ella identificó el elemento que tanto la había desconcertado desde el principio. Era la sensación de acoso. Ahora se daba cuenta de que la percibía claramente. Era como si toda la casa huyera de unas fuerzas que descendían sobre ella rápidamente desde el exterior. No obstante, no se oía nada más allá de los muros. La niebla rodeaba la elegante caja de estuco, ahogándola por completo.

Dio otro paso y se apoyó contra la pared redondeada que quedaba justo encima de la puerta abierta, y, mirando a través del pasillo, vio que una parte de la habitación se reflejaba en el espejo. Lo primero que distinguió fue la vela. Era una candela verde que estaba colocada con otras tres en un aplique dorado en la pared de la otra punta. El recién llegado la había quitado del aplique y ahora la candela asomaba tambaleándose en un jarrón, goteando cera caliente sobre la superficie brillante de un escritorio Sheraton que ocupaba el centro de aquella pequeña habitación.

Tardó unos segundos en comprender que la sombra que había entre ella y el resto de la imagen era el propio hombre. Le daba la espalda y forcejeaba con algo que había sobre el escritorio. No podía verlo, pero intuyó que se trataba del especiero que Meg le había mostrado con tanto orgullo, lamentándose por haber perdido la llave, por lo que no pudo enseñarle el interior. Era un mueble encantador, de caoba con incrustaciones de marfil, y lo dejarían sobre el escritorio como sujetapapeles. Parecía que el ladrón quisiera destrozarlo. Amanda oyó que la madera era raspaba y se astillaba.

La recorrió una repentina furia ante aquella destrucción gratuita de algo hermoso, y abrió la boca para protestar. Las palabras casi le salían de la boca cuando una pregunta asomó en su cabeza y se quedó allí. ¿Con qué estaba abriendo el mueble? No supo con certeza si había visto el cuchillo reflejado en el espejo o si simplemente había oído el filo clavarse en la madera frágil, pero las palabras murieron en sus labios y de repente tuvo mucho frío.

Las diminutas puertas del especiero se abrieron por fin con un último chillido de protesta. En el espejo vio como la sombra del ladrón se contraía y a continuación se

agrandaba, y oyó que aspiraba con furia. Entonces aquel juguete vacío y destrozado salió disparado por la puerta hasta el pasillo y cayó sus pies, y de inmediato, como si fuera una señal, se oyeron ruidos y todo cobró vida.

Los golpes en la puerta delantera eran como truenos. Hubo un eco en el sótano, y se oyó el chillido de los cristales rotos de una ventana en la parte de atrás. Por todas partes siguieron ruidos de pisadas, fuertes y apresuradas sobre el pavimento, y las inconfundibles voces de la policía exigiendo que se abriera la puerta.

Cerca de Amanda, en el centro de aquella repentina tormenta, se declaró un silencio breve pero absoluto. A continuación la vela se apagó, obscureciendo el jarrón y todo lo que había en el escritorio, y el desconocido se alejó de este.

Amanda no lo vio, aunque pasó tan cerca que la rozó en el torbellino de la oscuridad. En aquel momento ella captó algo de él, miedo, temeridad y una violencia que hasta ahora no había experimentado. El ladrón subió corriendo las escaleras, meteórico como **un** enorme animal, vagabundo y silencioso, hacia la parte superior de la casa.

Después todo se convirtió en un pandemonio.

El señor Champion encontró a su esposa acurrucada contra la pared del pie de las escaleras, agarrada a una caja rota como si fuera un niño sentado en el bordillo, mientras el retumbar de las botas de los policías y el destello de sus linternas la rodeaban. El señor Champion la puso en pie de un tirón y la arrastró hacia la relativa seguridad de la entrada del estudio.

—¡Menuda estupidez! —exclamó muy irritado—. ¡Desde luego, cariño, menuda estupidez!

La larga experiencia de Amanda como esposa hizo que se tomara aquellas palabras como un cumplido, aunque se sobresaltó mucho al verlo. Por primera vez se le ocurrió que aquella avalancha de ayuda policial no podía ser simplemente el resultado de la llamada telefónica de Meg.

—Vaya —dijo comprendiéndolo de repente—. ¡Lo estabais persiguiendo!

—Sí, querida, y ya lo habrán cogido, me parece, a no ser que lo hayas echado todo a perder. —El señor Champion seguía enfadado, y rodeaba tan fuerte el hombro de su mujer que le hacía daño—. Arriba —le dijo furiosamente a un hombre uniformado que chocó con ellos—. Esta habitación está controlada. Estoy yo.

Parecía que decenas de hombres corrieran en desbandada por la casa. El ruido era atroz, y para un observador aliviado un tanto divertido. Amanda se rio.

—Pero ¿qué ha robado ese pobre hombre? ¿Las joyas de la corona?

Champion se la quedó mirando. A la luz de su linterna, Amanda vio sus ojos redondos y oscuros detrás de las gafas.

—No, tontorrón —dijo—. Tiene un cuchillo. —Volvió a apretarla con el brazo—. ¡Dios mío, eres una idiota! ¿Por qué no has salido con Meg? Hemos tenido que irrumpir en la casa solo porque estabas tú. De haber estado solo, él mismo habría caído en los brazos de los agentes, que simplemente se hubieran quedado fuera

esperando hasta que saliera.

—¿Entonces no habéis recibido la llamada de Meg?

—¡Cielo santo, no! —Se mostró desdeñoso—. Llegamos en cuanto ella tocó la calle. ¿No lo entiendes, querida? Es muy sencillo. En cuanto Luke habló con el abogado, comenzamos a verlo clarísimo. Mandamos a un agente a vigilar la rectoría y otro a esta casa. Sus informes llegaron casi simultáneamente. Como es de suponer, estábamos muertos de preocupación. Pensamos que os toparíaís con ese sujeto. De hecho, fue al revés. Mientras vosotras enredabais por la casa como un par de lunáticas, él forzaba la ventana del sótano. Debió de llegar justo después de vosotras. El agente que teníamos fuera no os vio entrar.

Su voz acabó con la nota triunfal de quien lo ha resumido todo muy bien, y Amanda, que solo había entendido que su marido estaba más nervioso que nunca, tuvo la cortesía de no comentarlo.

—Vamos a encender alguna luz —sugirió—. ¿Tienes cerillas? Hay unas velas junto a esa pared. Ten cuidado al moverte. Creo que todo está hecho un desastre.

Campion sacó su encendedor, pero no soltó el brazo de su mujer, y cuando las tres velas proyectaron un elegante brillo sobre el caos que ahora reinaba en aquella hermosa habitación, todavía la rodeaba con el brazo.

Amanda consideró los daños, y en sus ojos castaños asomó una mirada de lástima.

—¡Qué pena! Y qué cosa tan tonta. Todavía no había cosas de valor, ni plata ni nada.

—No buscaba plata —dijo el señor Campion muy serio—. Buscaba unos documentos. No los encontró en el bufete de abogados, así que vino aquí. ¡Vaya!

Esta última palabra la dirigió hacia la puerta, donde permanecía vacilante una figura encorvada ataviada con un viejo y cochambroso impermeable.

—¡Stanis! —Amanda parecía encantada de verlo.

—Mi querida señorita. —El anciano avanzó y los sorprendió a todos, él mismo incluido, al estrecharle la mano cálidamente—. Querida —dijo—, me estoy haciendo viejo. ¿Sabe?, no tenía muchas ganas de entrar, pues temía lo que pudiera encontrarme. Bueno, jovencita, nos ha dado un susto de muerte, ¿sabe? Nos ha metido el miedo en el cuerpo. Dios mío, ya lo creo. Bueno, por suerte todo ha terminado.

Cogió una silla y se sentó. Tras echarse el sombrero hacia la coronilla, se secó la frente.

Amanda estaba contenta pero sorprendida. Le alegraba saber que todos la apreciaban tanto, pero el alivio le parecía un poco excesivo.

—¿Lo han cogido? —preguntó.

—¿Qué? No lo sé. —El recién llegado le dirigió una sonrisa—. Ahora soy un policía tan importante que apenas me entero de lo que pasa. Dejo las labores de vigilancia a los jóvenes. Pero aunque haya escapado, no tardaremos en cogerlo. En

esta fase puede ser cuestión de horas. Era usted quien me preocupaba. ¿Cómo se le ocurre ir a echar un vistazo a una casa en plena noche? ¿Y lo siguiente qué será, trepar por la columna de Nelson?

—Eh, déjela en paz —dijo Campion con irritación—. ¿Dónde está Luke?

—Brincando por los tejados o caminando por las alcantarillas. —Oates regresaba a su melancolía habitual—. Ladrando como un perro pastor, intentando hacer el trabajo de todo el mundo. Ese tipo está furioso, Campion. Le hemos dado donde más le duele. Es lo que en el pueblo donde nací solíamos llamar «exaltarse la bilis». Me gusta verlo. Me gusta saber que un hombre está así. Y sin embargo siempre me pone nervioso. No quiero que cometa ninguna tontería. Los policías de mayor rango tenemos que mostrarnos muy dignos.

Una observación que no pareció ni muy digna ni muy propia de un policía de alto rango, aunque si poseía una cierta pintoresca sofisticación, llegó flotando hacia ellos desde el vestíbulo, y unos momentos después apareció el inspector jefe. Entró caminando a grandes zancadas, con el vuelo de los faldones del abrigo, haciendo tintinear las monedas que llevaba en los bolsillos y los ojos brillantes. En seguida aquella pequeña habitación pareció excesivamente amueblada.

—Lo hemos perdido —anunció, levantando sus manazas al aire en un excelente esbozo impresionista de lo que es una huida—. Lo cogeremos en una hora o dos. Es inevitable. Aunque sigamos estando ciegos, idiotas y sordos, lo arrestaremos. Y también vivo, si es que no lo aplastamos mientras procuramos no estorbarnos los unos a los otros. ¡Veinticinco hombres! Veinticinco hombres de diversos departamentos, entre ellos cinco conductores y seis inspectores, ¿y qué ocurre? Que el sujeto se desliza por la ventana del cuarto de baño, la única en la que no hay un policía bajo el alféizar, y se pierde en medio de la niebla. Ha tenido que saltar a ciegas, la noche está espesa como el café de la cantina, ¿y se mata al caer sobre las puntiagudas verjas que rodean la zona? ¡Y un cuerno se mata!

Todo el tiempo le había estado hablando a Oates, aunque no de una manera abierta. Aparentemente sus comentarios habían ido dirigidos a Amanda, a la que no conocía mucho.

En aquel momento se dignó reconocerla por primera vez.

—Me alegro de que se encuentre bien —dijo con una gran sonrisa—, pero Campion ha bajado en mi estima social. Ya no es el tipo encopetado que yo creía. Se ha comportado como cualquier otra persona. «¡Sacadla! ¡Sacadla!». No ha sido el tipo estirado de voz ahuecada que uno imaginaría. Yo mismo no me habría comportado peor. —Se rio bruscamente de la sombra de expresión de Amanda, que él malinterpretó como bochorno—. No se preocupe. No ha sido culpa suya. Lo habríamos perdido de todos modos. Lo habríamos perdido aunque hubiéramos sido suficientes para jugar al corro de la patata alrededor del edificio, o aunque hubiéramos dado permiso para disparar sin previo aviso. Se nos habría escapado porque lo hemos subestimado. No pensábamos que fuera alguien así.

Oates le guiñó un ojo.

—Observó a su hombre, supo que usted estaría de camino, se arriesgó a llevar a cabo su proyecto antes de que llegara, y supo que esa ventana estaría sin vigilancia porque consideraría la caída insalvable.

—Sí —dijo Luke—. Es cierto.

—¿Alguien llegó a verlo?

—Dos hombres con uniforme distinguieron una sombra y la persiguieron. Pero se desvaneció. Ahora toda la zona está llena de policías. Es como buscar una pulga en un colchón de plumas rajado.

Oates asintió.

—El tipo tiene valor y sabe lo que se hace. Eso hay que concedérselo.

—Y también que tiene muelles en los talones y los huesos de goma. —Luke lo dijo a regañadientes—. No me gustaría intentar dar ese salto, ni a plena luz. Supongo que la señora no lo vio, ¿verdad?

—¿Yo? —Amanda negó con la cabeza—. No, solo vi una sombra en el espejo. Él estaba aquí, y yo allí, al pie de las escaleras.

Se dio cuenta de que todo el mundo le prestaba atención, y eso la desconcertó enormemente.

—Tampoco puedo describirlo, me temo, porque estaba muy oscuro. Solo le vi la espalda cubierta por una especie de abrigo tosco, de color muy claro, creo.

—¿De color muy claro? —Todos volvían a mirarla, impacientes por interrogarla.

—Eso creo, pero no podría jurarlo.

—¿No era un impermeable azul marino?

—No, era de color claro.

—¿Llevaba sombrero?

Amanda vaciló.

—No recuerdo haber visto ningún sombrero —dijo—, y sin embargo tampoco recuerdo haberle visto el pelo. Mi impresión es la de haber visto una cabeza redonda de la que no sobresalía nada. Lo que recuerdo, y lo que identificaría del hombre, es la singular atmósfera que lo rodeaba, si esa es la palabra correcta. Era una persona expeditiva, muy parecida a usted, inspector jefe.

—Es Havoc —exclamó Oates, rebosante de satisfacción—. De momento no tenemos ninguna prueba, Amanda, pero a mí me basta. No me malinterprete, Luke, pero sé a qué se refiere. Es un animal extraordinariamente vital. Le sobra fuerza.

Luke encorvó los hombros.

—A mí no me hable de fuerza —dijo amargamente—. Simplemente deme su dirección. No estoy diciendo que no tenga suficiente para perseguirlo. Sus huellas están por todo el bufete de abogados, y no me cabe duda de que también están por aquí. Está dejando un rastro como el de un zorro. Probablemente lo cogeremos antes del amanecer. Pero mientras tanto hay cuatro cadáveres que deberían estar vivos, uno de ellos un hombre famoso, y el otro uno de los mejores muchachos que he conocido.

Cuando esto acabe, tendré que ir a ver a la anciana madre de Coleman. Era hijo único, y ella esperaba que acabara como yo, de inspector jefe, Dios la ampare. Cuatro asesinatos en mi distrito desde las seis de la tarde de hoy, y el tipo salta tranquilamente cuando lo tenemos rodeado.

Metió el índice de la mano derecha dentro de un círculo que compuso con la izquierda, y repentinamente retiró el dedo y formó un puño con la mano derecha. Una ilustración expresiva, pero lo que quería dar a entender quedó oculto por un insólito arrebató emocional por parte de Amanda, que ahora abría mucho los ojos en un gesto de horror.

—¿Me está diciendo que ese hombre ha asesinado a cuatro personas esta noche? No nos lo dijo. Podría habernos matado a Meg y a mí.

Su reacción fue tan furiosa, un eco tan exacto de cómo habían actuado antes los demás, que perforó la tensión emocional como si fuera una burbuja. El señor Champion se echó a reír y Oates se le sumó. Amanda seguía estando furiosa y su pelo rojo no estaba más encarnado que sus mejillas.

—Creo que nos lo podían haber dicho —afirmó. La sinrazón de la frase se le hizo evidente en el momento en que se le escapó, y se quedó sin expresión—. Es horrible —dijo con la voz alterada—. ¿Quién es? ¿Un maníaco?

—No que yo sepa. —Luke estaba un tanto furioso—. Ningún psiquiatra se lo va a llevar por esa puerta. Cuando lo coja acabará en la horca.

—¿Cree que lo cogerán pronto? —Amanda habló con un aire ausente. Temblaba y se volvía hacia las sombras que tenía a su espalda.

—Luke no tardará en cogerlo. —Oates se removió en su silla. Sentado allí parecía un anciano cordial y respetable. La luz de la vela caía sobre su cabeza de pelo cortado casi al rape, aunque su voz denotaba la frialdad de la certeza—. El animal está atrapado —dijo—, nada puede salvarlo. Nos lleva ventaja, pero ahora que la maquinaria está en marcha, sus posibilidades menguan de hora en hora. Ahora ya hemos estudiado su ficha. Eso significa que todo bicho viviente del que se sabe que ha mantenido alguna relación con él será interrogado y vigilado. Por ejemplo, sabemos que en la cárcel lo visitaba alguien. Hasta este momento, esa mujer (que tiene una casa de huéspedes en Bethnal Green) no ha tenido noticias del tipo desde que se escapó. Ni las tendrá. No le daremos esa oportunidad. Y todos los amigos de la mujer también serán interrogados. Por esa parte nadie va a ayudarlo.

—En algún lugar se hizo con un cuchillo —gruñó Luke— y con un abrigo peludo de color muy claro. Cuando se escapó le tenían la ropa preparada.

—Eso fue al principio. —Oates seguía hablando sin perder la calma—. Ya verá que esa fase ha terminado. De ahora en adelante estará cada vez más solo. Es algo que siempre ocurre. De manera inexorable y discreta, se tapan los agujeros, y la red se va haciendo más pequeña. Ahora ha llegado a ese punto en el que sabe que no puede dar ningún paso que sea seguro. No puede entrar en ninguna habitación, ni doblar ninguna esquina sin arriesgar la vida. —Hizo una pausa y los miró con unos

ojos fríos y graves—. Si mañana no lo hemos cogido, probablemente ofreceremos una recompensa. Cualquier periódico con iniciativa la doblará en seguida. Después de esto ya no podrá confiar en nadie.

Luke respiró pesadamente por su larga nariz.

—Eso está muy bien, pero deberíamos haberlo cogido esta noche. Esta era nuestra mejor oportunidad. Ahora se mantendrá alejado de la señora Elginbrodde y sus amigos, sea lo que fuere que busca.

Amanda estaba atónita.

—¿Meg? ¿Y qué está buscando?

—Unos documentos —dijo Champion—. Algo que tiene que ver con Martin. Cuando fue al bufete de abogados buscaba la carpeta de Martin.

Dio una explicación breve y apretó la mano que tenía en el brazo de Amanda, a modo de advertencia para que fuera discreta. Ella asintió, pero su siguiente pregunta fue desafortunada.

—¿Qué le ha pasado a Geoffrey?

—Buena pregunta. —En los ojos vivos de Luke había una mirada penetrante—. No hemos sabido nada de ese joven desde que se metió en un callejón acompañado de ese rufián al que encontraron muerto poco después. Otra persona que se ha desvanecido como el humo.

La mano que Champion tenía posada sobre Amanda apretó con más fuerza.

—Querida —murmuró con un envaramiento rancio que se le notaba cada vez más a medida que se hacía mayor—, tú y yo tenemos que ir a casa. Si Luke nos necesita, sabe dónde encontrarnos, no hace falta que yo se lo diga. A Meg la han llevado a su casa, donde hay una docena de personas impacientes por confortarla. Nosotros tenemos que cruzar la ciudad hasta la calle Bottle en medio de esta niebla, y me parece que ha llegado el momento de que nos pongamos en marcha.

—Buena idea —dijo Amanda rápidamente, y lo cogió del brazo.

Abandonaron aquella triste casa en manos de Luke y sus subalternos, que tenían mucho trabajo que hacer, pero más les costó escapar de Oates, al que se le había metido en la cabeza llevarlos en la limusina oficial de la que tan orgulloso se sentía. La salvación llegó de manera inesperada cuando fuera de la casa se encontraron con que el señor Lugg los esperaba en el extraordinario landó de la hermana del señor Champion. El hombre orondo estaba asustadísimo, y reaccionaba a la manera popular. Estaba de un humor de perros.

—Suban a esta sombrerera —dijo lacónico, mientras su cara redonda los miraba ceñuda a través de la penumbra que lo rodeaba—. Solo he tardado dos horas en llegar aquí, pero al menos nadie ha podido ver que era yo el que conducía este trasto y reírse. ¿Cómo esperaban que los encontrara, con mis poderes de clarividencia?

Amanda se subió aliviada a la cálida cabina. El transporte urbano de Val, aunque muy original, era extremadamente confortable. Había supervisado la renovación del viejo Daimler en persona, y había conseguido una decoración alegre y moderna que

en parte había que achacar a ella misma y en parte a Dalí. El cristal que separaba al conductor de los pasajeros había sido eliminado, y la tapicería, de un verde oliva y un marrón moderado, recordaba enormemente la librea de los criados palaciegos de la época georgiana, de manera que el vehículo había sido rebautizado como *El Lacayo Rodante*. Era un vehículo muy alegre, llamativo y agradable.

Amanda se tapó con la manta de viaje color azafrán y suspiró.

—Bendito seas, Magers —dijo—. ¿Cómo nos has encontrado? Supongo que telefonarías a la comisaría.

—Ni hablar. Yo no meto la cabeza en el primer nido de policías que encuentro, como hacen otros. —Se inclinó por encima del respaldo y le abrió la puerta a Champion—. De no haber sido por la señora Elginbrodde (¡qué mujer tan impresionante!), que se presentó en la rectoría en un coche de policía como si fuera un diamante dentro de un cubo de basura, todavía estaría sentado en la plaza. Me dijo lo suficiente para hacerme una idea. ¿Por qué no se limitan a los aeroplanos? Son seguros y tienen clase. El asesinato es una porquería y siempre lo ha sido. No lo olviden.

Le lanzó una mirada torva a su patrón, que por fin había entrado.

—¿Supongo que estará satisfecho? —preguntó—. Ensangrentado hasta las cejas y más contento que unas pascuas.

El señor Champion lo observó fríamente.

—¿Dónde está Rupert?

—Atendiendo al teléfono. Ahí es precisamente donde Sexton Blake está. —Lugg se acomodó tras el volante—. El y el perro han sido los únicos que me han prestado ayuda. Les he dejado al vigilante nocturno de mensajero.

Soltó el embrague con un suspiro y arrancó silenciosamente en medio de la niebla.

—Pero —le dijo Amanda a Albert a medida que su pequeño mundo se desplazaba cautelosamente a través de la penumbra—, pero ¿dónde está Geoffrey?

—Exacto. —El señor Champion le cogió una parte de la manta—. ¿Dónde está? No es que coincida exactamente con Luke, pero ojalá ese joven tuviera la amabilidad de aparecer.

Como siempre Amanda habló con franqueza.

—¿Cómo pinta la cosa?

—No para tomársela a broma. —Su marido se calentó las manos con las de ella—. No hay duda de que estaba con Duds Morrison la última vez que lo vieron vivo, y se encontraban a poco menos de un metro de donde posteriormente encontraron muerto a ese rufián. A partir de ese momento, Levett parece haberse desvanecido y perdido interés. No, la cosa no pinta bien.

—¿Dónde fue eso?

Él se lo relató brevemente, resumiéndole la huida de Havoc y el triple asesinato en el bufete de abogados.

Amanda tembló, y Lugg, que conducía y los escuchaba al mismo tiempo, lo que era toda una proeza dadas las circunstancias, emitió una opinión que, aunque vulgar, no fue desencaminada.

Campion hizo caso omiso.

—Luke está furioso, por supuesto —dijo—, y es posible que se muestre grosero con él. Ha perdido a un buen chico, al que apreciaba, y eso lo ha sacado de sus casillas. Que esta noche se le escapara el sospechoso lo ha afectado más de lo que ha demostrado.

—Pero supongo que no sospecha que fue Geoffrey el que mató a patadas a Duds Morrison, ¿o sí?

—No, no lo creo. Pero le parece, y a mí también, que ahora no es momento para que Geoffrey se ponga a jugar al enamorado ofendido. Supongo que él y Meg han reñido, ¿no?

—No. Estoy segura de que no. Ella está demasiado preocupada para reñir. Cree que le ha pasado algo. ¿Podría ser?

—¿Y qué iba a pasarle? Lo que yo creo es que esos dos se encontraron con un tercero, y que Geoffrey está tirado en la calle sin que nadie lo haya visto.

—Oh, no. No. No digas eso. Meg nunca lo superaría.

—Ni tampoco el señor Geoff, se lo aseguro —observó su chofer con satisfacción—. Creo yo que en medio de este charco de niebla se puede perder cualquier cosa. Pero que tampoco es probable, ¿no? Quiero decir que una vez hecha la broma hay que afrontar los hechos. Es imposible que haya un cadáver en la calle sin que nadie tropiece con él. No sería natural, ¿no le parece?

—No, no lo sería. No es probable, ni siquiera posible. —El señor Campion estaba francamente preocupado—. Lo que no me cabe en la cabeza es que este individuo desaparezca para atender sus asuntos cuando debería haber ido a la policía. Debería haber hecho una declaración en seguida. ¿Por qué no informó de su encuentro con Morrison? En este asunto tendremos que andarnos con pies de plomo, Amanda.

—Sí, lo entiendo. —Ella se hizo eco de su seriedad—. Sea lo que sea lo que haya ocurrido, hemos de procurar que acuda a la policía, eso es vital. ¿Podría ser que no esté al tanto de lo que ha ocurrido? ¿Sabes con certeza si se metió en el callejón con aquel hombre?

—La inferencia es que entró. Las pruebas relacionadas con esta cuestión son bastante interesantes. El joven detective que fue apuñalado en el bufete de abogados estaba entrevistando al conserje cuando Havoc los interrumpió. Parece ser que el detective era un joven muy concienzudo, y había anotado en su libreta una larga declaración que hizo firmar al anciano. No puedo repetirla al pie de la letra, pero el anciano afirmaba que había oído pisadas por el callejón que bordea su jardín más o menos a la misma hora en que se sabe que Duds y Geoffrey abandonaron el Feathers. Mencionó «el correteo de muchos pies» y que «oí un grupo de hombres». Al parecer el detective quiso seguir interrogando al anciano, pero no le sacó nada más.

Probablemente no signifique gran cosa, pero la impresión es que Morrison no entró solo en el callejón, ¿no te parece? El conserje estuvo toda la noche en la habitación de atrás, y dijo que no vio a nadie en el callejón hasta que llegó la policía y armó un gran alboroto.

Acabó en un tono más agudo y vaciló.

—¿Sí? —lo animó a seguir Amanda.

—Bueno, lo otro es bastante ridículo. Probablemente histeria, pobrecillo, pero al verlo anotado lo encontré muy raro.

—¡Oh, por amor de Dios! —estalló el señor Lugg, una montaña neblinosa en medio de la luz amortiguada procedente del salpicadero—. Conducir y escucharle me está poniendo de los nervios. ¿Qué había anotado el muchacho?

—El conserje dijo que había oído cadenas —dijo el señor Campion, respondiendo a la invitación a hablar claro—. Sus palabras exactas fueron «oí el ruido de pesadas cadenas mientras los hombres corrían, cosa que me dejó muy sorprendido».

El señor Lugg soltó un gruñido.

—Ese tal Havoc, ¿acaso lo habían esposado para llevarlo al loquero?

—Por supuesto que no.

—Bueno, hoy en día nunca se sabe... ¿eso de ahí es una isleta o la fachada del Barclays Bank? Las esposas ya no se utilizaban cuando yo iba al colegio, pero con tanta reforma nunca se sabe. Pensaba que a lo mejor habían vuelto a los grilletes en las modernas instituciones donde no los consideran delincuentes, sino solo unos chalados. ¿Quién iba encadenado, entonces?

—Supuestamente, nadie. Imagino que el conserje lo soñó.

—Otro para el manicomio. —Lugg entró en Park Lane y se colocó detrás de un autobús nocturno que iba a Victoria—. Si yo estuviera en una celda acolchada también sería muy educado. Eso a lo que le estaba pitando era Marble Arch. Creía que solo se lo estaba tomando con calma.

—Cadenas —dijo Amanda pensativa—. ¿Qué otra cosa suena como si fuera una cadena, aparte de la caja de cambios de Lugg?

El señor Campion se puso un poco tenso.

—El dinero —dijo de repente—. Monedas. Las monedas que van en una de esas pesadas alcancías de madera.

A lo largo del ajetreo de aquel día, un recuerdo lo había asaltado repetidamente. Volvió a ver aquel grupo ambulante que iba por el arroyo, y oyó el eco de un cántico, apremiante y furioso.

—¿Sabes? —dijo sin levantar la voz—, no es más que una posibilidad remota, pero me pregunto si no hemos descubierto algo.

Capítulo 9

En las selvas de la noche

Geoffrey estaba echado en el camastro más alejado de la estufa, aquejado de un intenso sufrimiento físico. Se hallaba en un rincón de la habitación, sobre un colchón recubierto con los inevitables sacos, y con una sucia manta del ejército para darse calor.

Ya no llevaba la boca tapada. Le habían quitado la mordaza cuando consideraron que se estaba asfixiando, aunque luego le dijeron que no hablara. Iba atado de pies y manos, unidos por la misma cuerda, que quedaba tensa a su espalda y le provocaba un gran dolor. Le habían quitado casi toda la ropa, y aparte de estar acalambrado, tenía frío. Los otros se mantenían alejados de él.

Ahora el sótano estaba casi en silencio. Incluso el enano había cesado por fin su parloteo, pero de todas partes le llegaban susurros. Doli se había salido con la suya. Había conseguido que todos dejaran de discutir y se metieran en la cama, pero ni siquiera él era capaz de hacer que se durmieran. Faltaba poco para el amanecer. Aún quedaban unas horas para que el mercado cobrara vida, y permanecía sucio y húmedo sobre sus cabezas, mientras que por todos lados la ciudad se desperezaba, respirando pesadamente y remoloneando bajo su mugriento cubrecama de niebla.

En el sótano, solo el hombre de Tiddington estaba en pie. Permanecía junto a la estufa, escrutando sus encarnadas profundidades mientras arrojaba sus botas al interior. Acometía la tarea de manera metódica, cortando el cuero a tiras con un cuchillo de zapatero y dejándolas caer una por una en la boca del cilindro de hierro. Hasta ese momento era el único signo de miedo que había demostrado, la única concesión a la debilidad humana.

Los químicos que trabajaban para la policía podían hacer cosas extraordinarias con la sangre. Eran capaces de encontrarla en pedacitos de ropa, en los intersticios de la madera del suelo, en el hierro de un tacón, averiguar a quién pertenecía, declararlo bajo juramento y tejer con ella una soga para ahorcar a un hombre.

Tiddy Doll leía el periódico. Era un logro del que se sentía orgulloso, y sabía muchísimo de química. Sabía hasta qué punto las cenizas pueden traicionarte, así que esta vez se estaba asegurando, se tomaba su tiempo. Geoffrey lo veía al resplandor del fuego, sacando los clavos con unos pequeños alicates y dejándolos caer uno por uno meticulosamente en el bolsillo como el cauteloso hombre de campo que era.

Pero si Doll tenía miedo, su terror era prudencia en comparación con el abyecto temblor que recorría todo el perímetro de aquellas paredes encaladas. El sótano se había convertido en un pozo de temor; se trataba de una alarma mecánica e irresponsable en hombres que habrían sido dignos de compasión de no haber poseído esa vena de crueldad que resulta imperdonable en los más débiles. Nadie era de fiar.

Cualquiera de ellos delataría a sus amigos y a sí mismo a la más mínima presión exterior.

Al principio de la noche, Geoffrey había tenido la oportunidad de aprender algo del grupo que el albino había ido reuniendo, y aunque a primera vista todos parecían poseer en común alguna peculiaridad o defecto físico, pronto se había dado cuenta de que el auténtico vínculo que los unía era la holgazanería que los había convertido en mendigos. Roly, Tom y posiblemente Doll eran las únicas excepciones, y no se hacían ninguna ilusión con el resto. Doll había dejado salir a Roly, asumiendo el riesgo porque se figuraba que el hombre tenía más que perder que ganar si huía. El pescador se había metido por los callejones oscuros hasta llegar a la calle Eleet a fin de recoger un periódico de la mañana en cuanto los húmedos montones de papel de prensa fueran arrojados a las camionetas que esperaban fuera. También había aceptado traer algo de comida. Ya habían reñido por ello, y mañana reñirían aún más, cuando todos se dieran cuenta de cuál era realmente la situación.

Doll y Roly se hallaban ahora en una situación en la que no podían permitirse perder de vista a ninguno de los demás. El sótano, con su única escalera y su hueco que daba a la calle bajo la rejilla que había en la parte trasera, y que contenía tan solo un grifo y un desagüe, se había convertido en una jaula. En ella estaban a salvo, en cualquier caso de sí mismos, pero allí no había con qué sustentarse, y encima tenían a un prisionero.

Los hombres que han sido maltratados mueren a veces, y nadie que se oculte por haber matado a alguien desea encontrarse encerrado con otro cadáver. Era una situación horrorosa para cualquiera que se enfrentara a ella con imaginación, y a Doll de eso no le faltaba. De todos modos, seguía con su tarea impasible y su serenidad confortaba a todos los ojos nerviosos que lo miraban desde la pared.

No obstante, detrás de sus gestos lentos, había prisa. Tenía que acabar el trabajo antes de que su único aliado regresara y viera lo que estaba haciendo. Los demás no se preocupaban. Ninguno de ellos parecía darse cuenta de que estaba destruyendo la única prueba válida de que él era, entre todos los demás, el único culpable de asesinato. Sabía que murmuraban acerca de lo que estaba haciendo, pero no ignoraba las limitaciones de todos ellos. La lógica aterradora de la ley no encontraba acomodo en su pensamiento emocional. Doll sabía lo que pensaban. Creían que por fin lo tenían en sus manos, y que cualquiera de ellos, con solo hacer acopio de valor, podría salvar la piel delatando a su líder. Doll no creía que nadie contemplara todavía algo así, porque sabía que entre ellos no había ni uno solo que no se sintiera más desamparado en el mundo sin Doll que con él. Comprendía que pensaban que podían colgarlo si llegaba el momento, y que ese pensamiento los tranquilizaba.

Doll dejaba que siguieran acariciando esa idea y proseguía con la destrucción, levantando la vista de vez en cuando para echarle un vistazo al reloj de hojalata colocado sobre el estante que había detrás de la estufa. Pero ni siquiera Tiddy era tan inteligente. O al menos, no lo bastante. Pues en el párrafo que mencionaba a Duds en

la columna de noticias de última hora nada se decía de la naturaleza de su herida.

Doll estaba de espaldas al solitario camastro de la esquina. Aquel prisionero era muy distinto a todos los demás testigos, y en sí mismo suponía un tremendo problema. De momento, el hombre de Tiddington aún no había decidido qué hacer con él. Porque una cosa es matar de manera no premeditada, como expresión de la propia brutalidad natural, y otra muy distinta asesinar fríamente por razones prácticas. Los miles de antepasados criados en el campo que había en su sangre advertían seriamente a Tiddy Doll en contra de ello.

Se había propuesto acabar de quemar sus botas a las cuatro como muy tarde, y se ajustó al horario al minuto. Arrojó el último trozo de cuero a la estufa y cerró la portezuela de hierro. Las herraduras de hierro de los tacones se unieron a las tachuelas y clavos que tenía en el bolsillo, que esparciría por la calle a la primera oportunidad. Miró sus pies con satisfacción. Ahora calzaba unas zapatillas de piel agrietadas que guardaba para sus horas de ocio. Se consideraba a salvo.

A las cuatro y diez comenzó a preocuparse. El único gesto que lo dejó traslucir fue una mirada de soslayo hacia donde estaba situada la escalera, y la brutalidad de los insultos que le dirigió al hombre que tocaba los platillos cuando comenzó a quejarse de que tenía hambre. Pero media hora después Tiddy Doll comenzaba a sudar, y como si su alarma hubiera emitido algún sonido, los hombres que había junto a las paredes la oyeron y comenzaron a sentirse inquietos, y las quejas se hicieron más enérgicas.

Solo Tom, el hermano de Roly, el joven soldado que había visto a Martin Elginbrodde desintegrarse delante de sus ojos y nunca había vuelto a ser el mismo, dormía profundamente. Estaba echado como un niño, abierto de brazos y piernas, con la boca abierta, y respirando pacíficamente en medio de aquella hilera de desasosiego.

Cuando faltaban pocos minutos para las cinco, la atmósfera emocional del sótano estaba cargada de electricidad.

—Se ha ido. No vas a volver a verlo. Ha puesto pies en polvorosa y te ha dejado, Tiddy. —Bill, el afeminado, a quien el miedo le resultaba excitante, hablaba jubiloso desde las sombras en las que era invisible, pero su cama crujía mientras él rebotaba arriba y abajo—. Te delatará para salvarse, ya lo verás.

Doli se volvió hacia él furioso, se le hincharon los músculos del cuello, pero consiguió controlarse.

—A muchos idiotas rematados se les ha ocurrido lo mismo, y ese ha sido el último error de sus vidas —dijo con relativa afabilidad—. Los que confían en la policía acaban teniendo lo que se merecen, no lo dudéis. Si no lo habéis aprendido ya, no estaréis a salvo fuera de vuestra guarida.

El hombre que llevaba los platillos comenzó a toser de una manera espantosa.

—Tengo hambre, mi tripa está vacía —se quejó, ahogándose y sufriendo arcadas—. ¿Cuándo viene la manduca?

El enano se hizo eco de aquella pregunta, con una brusquedad que atacaba los nervios. Su voz estridente sonó descontrolada, y vibró y rebotó contra los altos muros.

—¡Cállate! —El bramido del albino seguía poseyendo autoridad—. ¿Quieres que me acerque a decirte cuatro cosas, pequeñín? Deja de hacer ruido. Escucha, si eres capaz.

Se quedó allí esperando, sus débiles ojos aguzados para captar el primer movimiento en lo alto de las escaleras, pero no hubo nada, ni nadie, solo la entrada a oscuras y el silencio.

—El café de la esquina abrió a las cinco —gimoteó el hombre de los platillos—. Quiero algo del fondo común para ir a desayunar. Ayer no cené, Tiddy. No puedes matarme de hambre.

—¿Que no puedo? —El hombre de Tiddington se comportaba de una manera brutal—. Escucha, Zampabollos, puedo hacer que no vuelvas a tener hambre nunca más. Solo tienes que esperar.

Se oyeron pisadas en el pasillo que había arriba, y Tiddy calló en seco, mientras la cólera aún rezumaba de él.

—Ahí está —dijo, con una voz llena de alivio—, ahí está, ¿qué os había dicho? Aquí lo tenéis. Aquí está Roly. ¿Qué te ha pasado, muchacho? ¿Es que te has perdido?

El recién llegado no contestó en seguida. Descendía las escaleras midiendo cada paso. En las manos llevaba un gran paquete envuelto en papel de periódico y empapado de grasa, pero no era eso lo que le hacía caminar con esa inusitada cautela. Doli se reunió con él en cuanto hubo descendido el último peldaño, y se le escapó una sarta de obscenidades.

—¡Alcohol! —prorrumpió en medio de sus palabrotas—. Has estado dándole al frasco en ese tugurio que abre toda la noche en el mercado de carne. Estás mal de la chaveta, pollo, eso es lo que te pasa. Que estás mal de la maldita chaveta. ¿Con quién has estado cotorreando? ¿O es que ya lo has cantado todo?

Había cogido a Roly por el cuello de la camisa y lo zarandeaba como si fuera una rama. Normalmente, Roly era el único miembro de la banda que quedaba dispensado de ese tipo de atenciones, y en los primeros días que estuvieron juntos habían tenido peleas, solo que aquella mañana el pescador parecía más inclinado a arrugarse.

—Basta —dijo lacónico—. Para ya, Tiddy. No he hablado con nadie, te lo aseguro, pero tenía que ir al *fish-and-chips*, ¿no?, y me tomé una copa en el bar de al lado para calmarme los nervios. Tengo algo que enseñarte, Tiddy. Tengo una cosa.

El anuncio final lo hizo en voz baja, y su cara de rasgos marcados adquirió un gesto de impaciencia. Doll vaciló. La tentación era enorme, pero en cuanto se hubo relajado supo que había perdido su ventaja.

—Guárdatelo —ordenó, manteniendo su superioridad—. Danos primero la manduca. Tengo aquí a un par de quejicas. —Cogió el paquete y lo colocó sobre una

mesa, al lado de un montón de papel encerado limpio. Aquello era su gran refinamiento, y el equivalente, pongamos, a un mantel de encaje en otras casas—. Y ahora —dijo inclinando la cabeza hacia la pared—, esos dos que alborotaban tanto que vengan a comer. Llega un par de horas tarde, ¿y qué? Ya lo tenéis aquí.

No obstante, Doll no había calibrado bien la situación. Mientras él supervisaba el reparto del pescado caliente, recubierto de rebozado, Roly se acercaba lentamente a Bill. Una palabra imprudente sonó entre ellos demasiado alta, y de inmediato una llama de interés prendió en toda la endeble estructura de la compañía. Hombres a medio vestir se amontonaban uno sobre otro para escuchar. Volvieron a agruparse, los susurros dieron pie a gritos y el espantoso temblor de la histeria resonó entre aquel bullicio. El mal ya estaba hecho.

Tiddy Doll llegó al centro del grupo un segundo demasiado tarde. Los titulares del periódico de la mañana eran demasiado grandes como para que incluso los más lentos no pudieran leerlos. Se extendían sobre la fina página en esa curiosa variedad de tipos de letra que en Inglaterra parece reservarse para las calamidades mundiales o los delitos con violencia vulgares.

UN ASESINO SUELTO ENTRE LA NIEBLA FAMOSO MÉDICO ESTRANGULADO TRES MUERTOS EN UN BUFETE

Un paciente convicto burla el cordón policial y se escapa

Mientras el hombre de Tiddington se quedaba mirando la noticia, la cara se le hinchaba y se volvía feroz bajo su piel traslúcida. Tras haberse identificado con la primera frase, el resto le parecía una mentira increíble, respaldada, cosa que resultaba de lo más alarmante, por la autoridad de la palabra impresa. Les arrancó el periódico, y en un par de zancadas se plantó debajo de la luz, utilizando libremente los hombros mientras los demás forcejeaban a su alrededor.

—«De nuestro corresponsal especial, Londres». —Leía cada palabra con el mismo énfasis, moviendo la cabeza para seguir las letras—. «A una hora ya tardía de la noche pasada, los selectos agentes del renombrado departamento de investigación criminal de Londres tuvieron que confesar que un convicto huido, posiblemente uno de los delincuentes más peligrosos que este país ha conocido, todavía se pasea por las calles cubiertas de niebla de esta ciudad, posiblemente con un cuchillo aún ensangrentado entre las manos. Mientras tanto, en el bufete de unos abogados de la zona oeste, tres personas inocentes, una de ellas un detective de la policía, fueron asesinadas, todas ellas, según dicen los expertos, con la destreza de un profesional y por la misma arma. Esa misma tarde, al otro lado de la metrópolis, en el famoso Guy's Hospital, el sabio al que llaman el Amable Curandero, tan querido por sus poderes de curación, luchaba valerosamente por su vida...». La noticia, que había

tenido que librar una enconada batalla contra el exiguo espacio de que disponía, las leyes contra el libelo y el desacato al tribunal, era una obra de arte en su estilo, pero al hombre de Suffolk en aquel sótano lo decepcionó por completo y le resultó incomprensible.

—¿Apuñalado? —vociferó de repente—. ¿Quién ha dicho que Duds muriera apuñalado?

—No, Tiddy. Mira aquí. Fíjate en las fotos.

Fue Bill quien le quitó las páginas, con unos dedos delicados como los de una mujer y sucios como los de un mono, y las giró para mostrar la reproducción de dos fotos de las fichas policiales. Estaban mal iluminadas y peor impresas, y el resultado era inexpresivo y absurdo para cualesquiera que no fueran los iniciados.

«Si ve a este hombre llame al 999... y escóndase», rezaba la leyenda que había encima de las dos fotos, y debajo, en letra más pequeña, se leía: «Este es el hombre al que busca la policía, Jack Havoc, de treinta y tres años».

Tiddy Doli se quedó rígido y Roly comenzó a parlotear de tan nervioso como estaba.

—Tiddy no lo conoce. Nunca lo ha visto. ¡Es él, Tiddy! Se ha cambiado de nombre como dijimos que haría, pero es él, es el Jefe.

El albino consiguió moverse con esfuerzo.

—¿Qué? ¿Es él? ¿Es ese?

—Sí. El Jefe. Ha cambiado de nombre.

Tiddy Doll levantó la cara: no reflejaba ninguna expresión.

—¡El Jefe! —dijo, aterrado.

—¡Eso es! —Roly zarandeó el periódico como si pudiera sacarle las palabras y meterlas en la mente del otro hombre—. Estaba en la cárcel, tal como nos dijo Duds, pero ha salido y se ha cargado al médico. Todos los polis de Londres lo persiguen, pero no lo han cogido. Es él, ya lo creo. Reconocí su cara en cuanto la vi, aunque la foto no se le parezca mucho.

Asimilaron lentamente la noticia, hasta que por fin la asumieron. La revelación tuvo el efecto paradójico de levantar la moral de todo el grupo, aunque también los desanimó. Desde su rincón oculto, Geoffrey pudo distinguir el cambio en las mismísimas siluetas que perfilaban a los tres que casi eran los únicos que hablaban. Roly dio en el meollo del asunto con su siguiente observación.

—Solo hay un par de líneas que hablan de Duds, y están en la parte de atrás. Duds ya no les interesa. Ahora están concentrados en el Jefe. Las calles están llenas de pasma, pero no nos buscan a nosotros. Cuando llegué había un policía delante de la puerta, el pelirrojo de la napia grande. Me dio las buenas noches como siempre. Estamos casi libres de sospecha. Nadie piensa en nosotros.

—A los otros tres los han rajado —dijo Bill, que leía con más facilidad que el resto y era capaz de mantenerse lo bastante quieto para hacerlo—. Aparecen en la primera página. A lo mejor los polis creen que el Jefe también se cargó a Duds.

Tiddy Doll levantó la barbilla bruscamente.

—Y a lo mejor tienen razón —dijo en voz alta. Había recobrado el dominio de sí mismo, y su poderosa personalidad había entrado en acción una vez más—. Así que el Jefe había estado en la cárcel todo este tiempo. —Había auténtica amargura en su observación, pesar por una ilusión perdida—. O sea, que no tenía el tesoro.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo lo sabes, Tiddy? —Roly se había puesto a la defensiva—. Eso es algo de lo que nunca he estado seguro.

—No, no lo tenía. —Bill estaba pensativo—. Aquí dice que había cumplido los seis años de pena máxima por robo con violencia. Eso significa que debieron de encerrarlo cuando creíamos que había desertado, y eso fue antes de que el comandante la palmara y Tom quedara como está ahora.

Estaban digiriendo aquella información cuando el albino tomó una decisión.

—Pues yo digo que no es el Jefe —declaró, colocando un grueso dedo sobre las fotos—. Solo un bobo diría que conoce al hombre de las fotos. Podría ser una foto tuya, Roly. No hay ningún nombre debajo. Apuesto a que no es él.

Bill soltó una carcajada.

—Sabría que es el Jefe por lo que ha hecho, sin las fotos. —La admiración que había en sus palabras tocó una nota discordante a los oídos de su nuevo líder, y Doll volvió a ponerse encarnado.

—Pues yo digo que no es él —repitió brutalmente—. Yo digo que el Jefe se quedó con el tesoro y ahora vive como un rey, y algún día nos cruzaremos con él. De hecho, está ese otro tipo del periódico que debió de cargarse al pobre Duds cuando lo dejamos, así que lo mejor que podemos hacer es seguir como siempre, coger nuestro dinero y mantener los ojos abiertos.

Cuando acabó, se acordó del obstáculo que se interponía en su alegre programa, y volvió la cabeza hacia el fardo que estaba sobre la mesa de la esquina. Recibió a regañadientes la siguiente idea que se le ocurrió. No le gustaba. Le daba miedo. Pero le vino a la mente y la insinuó entre dientes.

—No hay manera de saber qué podría llegar a hacer un tipo como el que mencionan los periódicos —dijo.

Nadie lo escuchó. En aquel momento algo los distrajo. El prisionero fue el primero en detectar el fenómeno.

Desde donde se encontraba, Geoffrey podía ver todo el oscuro arco del tejado, mugriento y cubierto de telarañas por encima de la línea donde acababa el encalado. Algo ocurría ahora en la rejilla a través de la cual el vendedor había arrojado el periódico de la tarde. Los hierros, perfectamente empotrados en el grasiento lecho de barro, se habían levantado silenciosamente, y a través del oscuro cuadrado habían aparecido un par de piernas. Las cubrían unos pantalones anchos y bien planchados, con un corte muy a la moda en ciertos círculos en la época anterior a la guerra. Los acompañaban unos zapatos de ante y unos calcetines de vivos colores, y encima de ellos se insinuaban los faldones de una americana de *tweed*, gruesa, de color claro y

cara.

Justo debajo de la rejilla, que se proyectaba hacia el callejón que había encima, había una cornisa o saliente en la pared del sótano. Se acumulaban los excrementos de años, pero ofrecía el suficiente espacio como para que un hombre se pudiera apoyar, dándole acceso al sótano que se abría delante de él.

De repente aquel espacio estaba lleno de color y de un movimiento fluido, y una lluvia de polvo y suciedad caía flotando lentamente por la pared encalada.

Todo el grupo que rodeaba el periódico se dio cuenta de la intrusión en el mismo instante. Hubo un momento de silencio, un intervalo de asombro, de tiempo detenido, durante el cual las caras en círculo y vueltas hacia arriba se transformaron en máscaras grotescas, ridículas en su estupefacción. A continuación el hierro de la rejilla volvió a su sitio con un golpe seco, y las dos piernas se proyectaron hacia adelante a la vez, al tiempo que, con la elegancia que pertenece solo a la fuerza, un hombre aparecía ante ellos. Quedó colgando de un brazo de la viga que había delante de la cornisa, y sus pies, enfundados en sus magníficos zapatos, se mecieron inertes a unos dos o tres metros del suelo. La luz le dio de lleno. Descubrió su alegre bufanda y el trozo de camisa de buena calidad que asomaba entre su chaleco y la pretina de los pantalones, donde el vientre se arqueaba para sujetar el peso, y todos los hombres del sótano vieron aquella cara trágica, la frente estrecha, donde en seguida crecían unos toscos cabellos, y una mirada que los observaba con atrevimiento mientras buscaba a los hombres que conocía.

A continuación se dejó caer al suelo ágilmente, y una sonrisa separó su boca ancha y de labios finos de gato, en la que los dientes eran regulares y hermosos.

—Papaíto ha vuelto —dijo, y su voz fue cauta y engatusadora. Solo la sombra que como un ceño revoloteaba por su frente, y la palidez de su cara, blanca como un papel, delataban su fatiga. Su temple bailaba tras sus ojos poco hundidos, burlándose de todo.

Capítulo 10

Una cuchara larga^[3]

El silencio del sótano era absoluto. Nadie respiraba. Desamparado en su rincón, Geoffrey era consciente de la tensión, pero tampoco tenía muy claro cuál era la verdadera causa. No había visto el periódico y no había oído gran cosa del relato de Roly. Levantó la cabeza penosamente en un esfuerzo por ver entre los hombres que rodeaban al recién llegado, pero procuró no emitir ningún sonido.

Dentro del círculo, el desconocido se sacudía el polvo. Lo hacía perfectamente consciente de su público y no obstante sin la menor floritura. Todos sus movimientos eran fluidos y medidos, pero elegantes y fascinantes.

Se tomó su tiempo y dejó que lo contemplaran, perfectamente consciente de que componía una figura digna de verse. Medía poco menos de metro ochenta, tenía los huesos largos y los hombros caídos, con una fuerza fenomenal en el cuello y en los muslos, que quedaban visibles al moverse bajo su elegante ropa de antes de la guerra. Su belleza, y era considerable, residía en las manos y la cara, y en el perfecto dibujo de sus estrechos pies.

Sus manos eran como las de un prestidigitador: grandes, masculinas y bien formadas, los dedos más largos que las palmas, y los huesos muy sobresalientes bajo la fina piel.

Su rostro era extraordinario. Los rasgos eran magníficos, de una belleza convencional y llena de atractivo, la nariz recta y corta, el labio superior también breve y con surcos profundos, la barbilla redondeada y hendida. Los ojos eran demasiado redondos y demasiado inexpresivos, pero de un azul intenso, y las pestañas largas y gruesas. Por lo que se podía ver del pelo castaño que asomaba debajo de su boina negra, algún rizo asomaba a pesar del corte carcelario, y la tez pálida típica de la prisión, que de todos los colores es el más horroroso, no podía destruir la perfección de su piel.

Era un hombre que debía haber sido un muchacho hermoso, aunque quizá no siempre fuese agradable contemplar aquella cara. Algo muy peculiar la echaba a perder, no una expresión, sino algo que formaba parte de la estructura misma. El hombre parecía concebido para la tragedia. El dolor, la tortura y las furias aparecían allí sin ningún tipo de disfraz, y la mirada quedaba repelida al tiempo que experimentaba una violenta atracción. Parecía exactamente lo que era: un hombre peligroso. En aquel momento estaba muy cansado y la cárcel había dejado en él su impronta. Aquellas ropas hechas a medida se las había cosido un sastre con gusto por lo llamativo a principios de los años treinta, pero ahora le quedaban demasiado holgadas, y en su frente, allí donde acababa la línea del pelo, había zonas de caspa.

Pero no había perdido su poder de fascinación. Su magnetismo personal brillaba

como siempre, al igual que en Luke.

Esperó a que los presentes superaran el impacto inicial, y, con la misma tranquilidad con la que había llegado, saludó con la cabeza a las tres personas que conocía.

—Hola, Roly. Hola, Bill. Hola, Tom. ¿Os importa si me siento?

Se dejó caer sobre la caja que estaba junto a la cabecera de la mesa donde Doll normalmente se sentaba, y tras sonreírle al enano, cogió una patata del papel que sujetaba el hombrecillo y se la comió.

—¿Todavía no ha llegado Duds? —Lo preguntó con indiferencia. En cualquier caso no esperó respuesta, y estiró sus largos dedos para coger otra patata, riendo, cuando el enano, que tenía la lengua fuera, le acercó nerviosamente un puñado.

Pero para los que escuchaban, en aquellas palabras había un horror supersticioso. Duds nunca había estado tan muerto. Con una mirada de advertencia dirigida a Roly, Tiddy Doll comenzó a retroceder muy lentamente hacia Geoffrey, mientras el expescador se ponía a perorar nerviosamente.

—No, no ha llegado. Duds no viene aquí, Jefe. Duds no ha estado aquí en su vida.

—¿Que no ha estado aquí? —Ahora Havoc comía más deprisa, no con avidez, sino sin parar, alargando la mano para coger una tras otra de aquellas patatas empapadas en grasa—. No lo sabía. Me lo contó todo de vosotros, claro. Por eso supe dónde buscaros. No está mal este garito que tenéis aquí.

Tenía un acento artificial, bastante más convincente que casi todos los refinamientos del cockney: las palabras pronunciadas con mucho esmero, aunque no siempre correctamente, y como si él las escuchara con placer.

—Todavía no lo he visto. —Hizo una pausa y la boca le formó una sonrisa de una franqueza repentina y aterradora—. He estado de juerga.

A su espalda se oyó una pisada ligera, pero él se volvió tan rápidamente que todos se dispersaron, y Bill, que se le había acercado sigilosamente, retrocedió de un salto y soltó un chillido.

Havoc se rio en su cara.

—Bill, maldito idiota, no hagas eso —dijo—. He estado en tratamiento médico para los nervios tanto tiempo que he empezado a creer que estoy enfermo. Pero tú no lo sabes.

—Pues claro que lo sabemos, Jefe. Es lo que intentaba decirte. Que lo sabemos. Cuando has entrado estábamos leyendo esto.

Bill colocó los restos del periódico de la mañana sobre la mesa, y sus mangas harapientas temblaban como flecos alrededor de su muñeca sucia y delgada. El recién llegado, al ver el periódico en sus manos, se llevó una fuerte impresión. Todos lo comprendieron en seguida, pero nadie lo dejó entrever. El magnetismo de Havoc decayó por un momento, como una corriente eléctrica que se enciende y se apaga. Eso fue todo.

Un momento después Havoc se había inclinado hacia adelante para coger un

puñado de patatas del paquete principal y las había dejado caer sobre los titulares con una actitud de desdén.

—¿Eso? —Miró a su alrededor—. Ya lo he leído. De hecho llevo un periódico en el bolsillo, más limpio y más higiénico. ¿Te acuerdas del sanitario de nuestra compañía? ¿El capitán Miller? ¿Nadie se ha tropezado con él? Supongo que sigue inspeccionando alcantarillas para el Ayuntamiento.

Bill todavía estaba a su lado. Parecía incapaz de alejarse, y sin embargo no dejaba de hacer gestos en esa dirección, justo detrás del oído de Havoc.

—¿Lo has leído todo, Jefe?

—Todo lo que me interesaba. Vete, Bill.

—¿Has leído la última página?

—No. He utilizado todo el periódico para asearme un poco. He tenido que limpiarme una cosa, y cuando acabé lo arrugué y lo arrojé a la entrada de la comisaría.

No era cierto. Nadie le creyó, y no obstante todos quedaron impresionados, como él sabía que ocurriría.

—Deberías haberlo leído, Jefe, porque habla un poco del viejo Duds. Está muerto. Lo han liquidado. Eso dice. Pone su nombre auténtico y todo. Su cuñado lo identificó.

Las palabras del hombre harapiento salieron embrolladas, apenas inteligibles, y él se quedó balanceándose sobre las puntas de los pies, desafiando el peligro.

—¿Duds? —De nuevo presenciaron la misma impresión y decaimiento de su fuerza, de nuevo con la misma extrañeza. Esta vez fue más marcada, y al hombre le temblaron las pestañas. Apartó la comida y le dio la vuelta al periódico. Cuando levantó la mirada, todos se sobresaltaron—. Dios —dijo—, ¡mala suerte! Se ablandó y lo acabó pagando, supongo. —Echó la cabeza hacia atrás—. Y ahora, ¿qué?

El grito los asustó. Todos comprendieron que era un desastre, y si lo era para él, también lo era para ellos. Y fue aún más aterrador porque hasta entonces no se habían dado cuenta de que ya no lo miraban de una manera objetiva. Los había dominado, los había recogido con la mano y se los había metido el bolsillo como si fueran un grupo de chicas impresionables.

En la otra punta, Tiddy Doll, que había estado inclinado sobre Geoffrey, observó la reacción y por una vez no les pegó cuatro gritos.

Hasta entonces había estado sin decir nada, ocupado con su trozo de esparadrapo. Siempre llevaba con él ese instrumento de tortura, pues el enano era propenso a sufrir de vez en cuando escandalosas rabietas, y había descubierto que esa era la manera más fácil de reprimirlo. Doli se había vuelto diestro a la hora de administrarlo rápidamente, e incluso ahora siempre conseguía pillar al hombrecillo por sorpresa. Geoffrey ni se había sorprendido ni había protestado, y un poderoso instinto de autoconservación lo mantenía callado mientras administraba las fuerzas que le quedaban. Otras veces se había encontrado ya en situaciones apuradas, y al menos

ahora contaba con la ventaja de identificarlas en cuanto las veía.

Mientras oía aquellas palabras y el tono que había en ellas, Tiddy Doli se inclinaba un poco más sobre la cama. Geoffrey le oyó contener la respiración y el leve suspiro que emitió cuando no hubo reacción.

—¿Cuándo visteis por última vez a Duds?

La peligrosa pregunta flotó por la habitación, y el albino se dio media vuelta.

—Lo vimos esta tarde —dijo en seguida—. Salió de la estación de la calle Crumb y lo seguimos. Queríamos hablar con él, pero nos dio esquinazo.

Aquella mentira contada con mucha labia salió del rincón donde estaba Tiddy.

—¿No es cierto, muchachos?

Era el líder de siempre reafirmando su autoridad, y todos reaccionaron en seguida, aliviados ante la salida que les brindaba.

—Cierto.

—Nos dio esquinazo.

—La niebla era muy espesa.

—Pero no hablamos con él, Jefe. —Roly no pudo evitar añadir esa información—. Lo vimos una vez en el West End, muy bien ataviado, pero en ningún momento hablamos con él.

—Pues yo creo que lo visteis más veces. —El cansancio comenzaba a asomar en Havoc, como si fuera un boxeador a mitad de combate. Los ojos comenzaban a escocerle, y la cara se le oscurecía de agotamiento. Pero él contaba con muchas reservas—. Duds estaba ocupado, de hecho trabajaba para mí. Ya os he dicho que me tenía al corriente de todo, de manera indirecta, claro, pero me enteré de que Tiddy Doll estaba aquí y del problemilla de Tom.

Sus dientes pequeños y regulares aparecieron en una sonrisa.

—He oído que me habéis estado buscando. Que creíais que «vivía como un marajá».

La estupefacta consternación del grupo le divirtió. Soltó una carcajada, y el alborozo se abrió paso a través del sufrimiento de su cara.

—Siempre has hablado demasiado, Roly. La gente a veces escucha.

—¿Quién nos ha delatado? —La perplejidad de Tiddy Doll destruía su cautela, y en su pregunta se oyó una nota de su bravuconería habitual.

El hombre que ahora estaba sentado a la cabecera de la mesa lo estudió concienzudamente.

—Te llamas Doll y vienes de un poblacho de Suffolk llamado Tiddington —comentó en un tono simpático—. Después de que te rechazaran por motivos médicos de todos los campos de entrenamiento del este, en mitad de la guerra te uniste al campamento dos-barra-cuatro-cero-cero-nueve de Hintlesham, como recadero temporal sin paga. Al cabo de un tiempo, tu buena disposición, tu limpieza y el talento que poseías para la organización consiguieron que entraras en el ejército (solo Dios sabe cómo) e incluso que ascendieras. Cuando acabó la guerra, te echaron en

seguida antes de que nadie se fijara en ti, y estuviste persiguiendo a los oficiales de tu antigua compañía hasta que te denunciaron a la policía civil y se te prohibió la entrada en la zona. ¿Quieres que siga hablando?

Doll era incapaz de pronunciar palabra. Se había quedado boquiabierto. En Tiddington la brujería aún se mencionaba como algo habitual, y la última quema pública por ese delito había tenido lugar no hacía ni ciento cuarenta años, no mucho tiempo según el criterio local.

Havoc había apartado la mirada de Doll y ahora la dirigía a los demás.

—Sois unos pobres idiotas —dijo—, todo el día arriba y abajo metiendo ese espantoso alboroto. ¿Creéis que nadie os ve? Cualquier chaval con dos dedos de frente sabe todo lo que hay que saber de vosotros. No sois ningún misterio.

La concurrencia estaba sobresaltada, pero en conjunto complacida. Es posible que resulte inquietante descubrir que el charco en el que uno se esconde se halla bajo observación, pero al menos hace que te sientas un poco importante. El hombre de Tiddington estaba afectado, pero al menos el orgullo no le escocía tanto. Había algo reciente e importante que aquel ser omnisciente no sabía. Sus gafas oscuras lo salvaron, pues de lo contrario Havoc habría visto como le guiñaba el ojo a Roly.

Aquella momentánea superioridad le otorgó un coraje peligroso.

—Hay un policía delante de la puerta —observó imprudente.

Los ojos vivos y azules de Havoc se posaron en él una vez más.

—¿Y qué?

Doll tembló.

—Pues que está ahí plantado cuando debería estar haciendo su ronda, eso es todo —dijo.

—Lo sé. Le he dado fuego. No estaba seguro de qué acuerdo teníais con él, así que di la vuelta a la calle y entré por el buzón.

Doll no dijo nada, pero se pasó la lengua por los labios. Roly estaba más impresionado. Su cara delgada se había sonrojado y se le veía más joven: se parecía más al soldado que había sido antaño.

—No nos habías olvidado, ¿verdad, Jefe? —dijo orgulloso—. Pensábamos que sí, yo, Bill y Tom. Tom es muy divertido —añadió como una confidencia que se le acabara de ocurrir—. Se quedó un poco lelo, ¿sabes? No creo que te reconozca.

El muchacho alto, que seguía tendido en la cama, levantó la cabeza.

—No te he olvidado —dijo—. Te conozco, Jefe. Sé en qué estado te encuentras. Estás igual que aquella noche cuando regresaste al bote, después de haberlos liquidado.

Aquella frase tan directa y su sencilla inferencia pusieron en perspectiva aquella aterradora situación, como si una ventana acabara de abrirse de par en par. El propio Havoc casi tuvo que cerrar los ojos ante su luz deslumbradora. Bajó la mirada hacia el periódico en el que los titulares todavía eran visibles a través de la grasa, parpadeó y volvió a levantar la vista.

—Pobre Tom —dijo rápidamente, pero el mal ya estaba hecho. Lo miraban con unos ojos iluminados. La enormidad de su delito asomaba lentamente a través de su hechizo y alcanzaba temibles proporciones a medida que sus vistosos harapos iban cayendo. Un momento más y se quedaría sin.

Doll se aferró a esa oportunidad. Se sentó a la mesa y apoyó los codos en ella.

—Escucha, Jefe —dijo—. Supongo que no has venido aquí a buscar a Duds. Supongo que has venido porque te imaginaste que no veríamos el periódico hasta la mañana, y querías descansar un rato tranquilamente. Ya has visto a tus muchachos, y ya has descubierto que saben lo que has hecho, pues al parecer lo saben todo, y ya has visto que serían incapaces de hacerte nada. Has venido aquí porque no tienes otro sitio donde ir. No tenemos gran cosa, pero tenemos cobijo. Y has descubierto que cometiste un gran error al llamar tanto la atención. ¿No sabías que la guerra había terminado? ¿No te habías enterado, encerrado allí? Las cosas han cambiado desde la guerra. Supongo que te ha causado una gran impresión darte cuenta. Eres un fugitivo.

La implacable invectiva era aniquiladora, y la verdad que había en ella era tan evidente que ni el más estúpido podía evitar darse cuenta.

Havoc se recostó en su silla de una manera lenta y elegante. Nadie lo vio hacer ningún otro movimiento, pero cuando sus miradas pasaron de su cara a la mesa vieron que en su mano había aparecido un cuchillo. Se había materializado como por arte de magia, como si hubiera brotado de la nada, asomando entre sus dedos huesudos. Era un arma de combate, de hoja ancha y aún útil, y lo único extraordinario que vieron era que no parecía nuevo.

—Y vuelvo a repetir —dijo sin levantar la voz—, ¿y qué?

Esta vez no se cortó la electricidad, no hubo vacilación. Ahora se controlaba, y también ellos. Estaba casi alegre. Su magnífico físico, tan diferente del de los otros, se volvió algo ostentoso y magnífico, y todo vestigio de cansancio desapareció.

—¿Quién va a hacer el primer movimiento? ¿Tú, Whitey?

Nadie movió una pestaña. Se levantó un aroma de auténtica violencia, de amenaza real, que cosquilleó las fosas nasales con una fuerza que el histrionismo nunca puede igualar. No había duda de que el hombre hablaba en serio. Se sentía muy feliz.

—A lo mejor os gustaría que os hiciera una demostración.

—¡No, Jefe, no, no! —Roly estaba frenético—. No, ya hemos visto tus demostraciones. Déjalo. Tiddy no lo entiende, no lo sabe. Habla por hablar. Estamos contigo, Jefe, naturalmente que estamos contigo. Además, tenemos nuestros propios problemas.

La fatal admisión se le escapó antes de poder impedirlo. Los ojos redondos de Havoc dejaron de pasearse por el grupo y se posaron en él mientras sus manos quedaban inmóviles.

—¿Ah, sí? ¿Y cuáles son esos problemas?

Roly, impotente, apeló a Tiddy Doll, cuyas gafas oscuras ocultaban sus ojos sin

expresión.

El hombre de Tiddington hizo lo que pudo. Permaneció impasible e inmóvil.

—Tenemos nuestros asuntos, como los demás —dijo por fin—. No queremos que la policía se presente aquí en este momento, por ningún motivo, que quede claro, señor.

Lo dijo con la suficiente convicción. El hombre que estaba al final de la mesa quedó impresionado. Observó al albino con curiosidad, la cabeza un poco ladeada, como hacía a veces el propio Luke, con un gesto de ironía en la boca.

—Me han dicho que ninguno de vosotros tiene antecedentes graves —observó por fin—, y no queréis echarlo a perder, ¿eh?

—No es una cuestión de antecedentes, no, ni tampoco de prisiones —dijo Tiddy en seguida—. He escogido a mis hombres, he elegido a los que no me iban a ser una carga. Pero hace poco, un día o dos, tuvimos un pequeño accidente, así que no haremos nada fuera de lo corriente durante una semana o dos. —Titubeó y nadie supo si sus ojos encarnados y ocultos por las gafas observaban la pequeña arma que había en la mesa—. Procuramos no llamar la atención y no meternos con nadie, como hacemos siempre.

Havoc miró a su alrededor con una arrogancia despreocupada.

—Me contaron que eres de costumbres limpias, y te lo reconozco, cabo. No sé cómo lo haces.

Ese elogio intrascendente fue una inspiración, y desvió del tema al albino.

—La misma reina podría comer en este suelo —dijo Tiddy con más entusiasmo del que quizás habría impresionado a la realeza—. Tenemos nuestras reglas y las obedecemos. Tenemos comodidad y buena manduca.

El agotado y atormentado tigre, enfundado en aquel elegante atavío, dejó vagar su mirada hasta un catre vacío que estaba al lado de Tom, pero seguía siendo un tigre. Doll avanzaba a tientas.

—Soy un poco parlanchín, pero no estoy asustado —comenzó a decir con cautela—. Y no digo que a los que estamos aquí nos sobre de esto. —Se dio unos significativos golpecitos en la frente—. En boca cerrada no entran moscas. Pero como puedes ver por ti mismo, Jefe, somos muchos los que cometemos errores.

Había tanta verdad en lo que dijo como tan poco evidente resultaba lo que lo movía a hablar. Aquel grupo nunca había parecido tan poco digno de confianza, ni menos humano. Estaban intimidados y excitados, y contemplaban a los dos hombres como si fueran un espectáculo.

Ahora llegaban ruidos procedentes del mercado, y aunque no entraba la luz, pues la niebla persistía, el arco que conducía al desagüe mostraba una negrura poco menos intensa. Un leve resplandor fluorescente rodeaba el «buzón». La ciudad despertaba y se desperezaba. Muy pronto, alrededor de las mesas puestas para el desayuno, las familias leerían los periódicos y de todas las comisarías de los alrededores más y más agentes, pacientes y perspicaces, estarían de servicio.

Doll tenía los ojos clavados en la mesa. El cuchillo había desaparecido. Las manos del Jefe descansaban sobre el tablero, donde sus dedos tamborileaban ligeramente. Doll no se atrevió a mirar detrás de él, donde estaba la cama del fondo, pero levantó la cabeza cuando se dio cuenta de que los ojos de Roly le lanzaban miradas incesantes. La idea que rondaba aquella astuta mente de campo resultaba tentadora, y la situación, naturalmente, no era menos desesperada de lo que había sido siempre.

Al cabo de un momento señaló las escaleras con la cabeza.

—Esa es la única salida.

Jack Havoc lo observó con interés.

—Lo sé. Ya me lo han dicho. Dos entradas, una salida.

Tiddy Doll apoyó la barbilla en las manos, probablemente para impedir que formaran un puño. Muchos años atrás, en la soleada escuela religiosa de Tiddington, donde el enorme retrete de doce agujeros del jardín y unos parterres de reseda combatían por imponer su aroma, existía un maestro anciano y enjuto que siempre tenía un dicho para cada ocasión. Había uno en concreto que nunca se le había olvidado:

Quien cena con el diablo ha de utilizar una cuchara larga.

Ahora podía ver esa cuchara en su imaginación, o una muy parecida. Era de hierro y colgaba de la cocina de ladrillo en la cabaña de su tío. Aspiró profundamente.

—Estaba pensando, Jefe, que somos suficientes como para que alguien se esconda entre nosotros, incluso por la calle, suponiendo que quieras ir a alguna parte.

—Te funciona la mollera. —Havoc se mostraba condescendiente pero amistoso—. Eso me gusta.

—Pero sería tremendamente arriesgado, suponiendo que no supiéramos lo que estábamos haciendo. —El marcado acento de Suffolk era como una disculpa. No había más negociación. Los dos hombres percibían la tensión y se comprendían el uno al otro extraordinariamente bien.

Havoc se estiró y cuando habló lo hizo imitando de manera consciente al oficial subalterno inglés del campo de entrenamiento.

—Creo que deberíamos celebrar una reunión, cabo, ¿no le parece?

Tiddy Doll suspiró y jugó su golpe maestro.

—Reúna a sus oficiales, capitán —dijo.

Capítulo 11

El plan de Tiddington

Al principio Geoffrey fue el único en darse cuenta de la peculiar maniobra de Tiddy Doll en la mesa de reuniones. El albino colocó las cajas de naranjas con un esmero exagerado, con la idea, al parecer, de asegurarse de que los conspiradores quedarían bien alejados de la tropa al tiempo que conservaban el dominio de la escalera. De hecho, parecía estar disponiéndolo todo para que las conversaciones tuvieran lugar tan cerca del lecho del prisionero que este, maniatado y amordazado, pudiera oírlos perfectamente. Era un error tan extraordinario en alguien generalmente tan cauto que Geoffrey se quedó asombrado, hasta que se le ocurrió la diabólica explicación. Doll probablemente tendría escrúpulos a la hora de eliminar a un testigo no deseado a sangre fría, pero Havoc no tendría ninguno.

El recién llegado seguía sentado a la cabecera de la mesa, pintoresco y solitario bajo el cono de luz procedente de la única bombilla que se mecía en lo alto. Por la manera en que todos lo trataban, podría haber sido un auténtico animal salvaje, fascinante e imprevisible. Cada vez que los olvidaba y se retraía hacia sus propios pensamientos angustiosos, los demás respiraban, pero por lo general era irritablemente consciente de cada movimiento, y la tensión de tenerlo allí era insoportable.

Contempló aquellos nerviosos preparativos con creciente irritación, y, como siempre, fue Roly quien precipitó los acontecimientos. Al observar lo que consideraba un grave error, se puso a gesticular frenéticamente. Havoc lo vio, y en seguida todo el interés de la reunión se centró en la cama que había en aquel rincón.

—¿Qué tienes ahí, cabo? —La suavidad de su voz no engañó a nadie. No pilló a Doll desprevenido. Sabía que tendría que enfrentarse a ese momento, pero no esperaba que fuera tan pronto. En un gesto de sumisión, se inclinó sobre la cama para levantar la manta, y a continuación se alejó rápidamente a la otra punta del cuarto. Rodeó la mesa y se quedó de pie de espaldas al grupo principal, y, colocando las dos palmas firmemente sobre el tablero, se inclinó un poco hacia adelante para hablar como si revelara un secreto. Sus gafas oscuras ocultaban cualquier señal de nerviosismo y su cabeza blanca se movió hacia la cara oscura y dolorida. Solo Roly y Bill se colocaron a su espalda.

—Este es nuestro pequeño problema, Jefe —dijo bajando la voz hasta ser solo un murmullo—. El pequeño incidente del que te estaba hablando. Está fuera de combate, apenas respira. Lleva así dos días y una noche.

La mentira fue como un bálsamo de tranquilidad para los dos hombres a su espalda, por la leve porción de verdad que contenía. Parecía ponerlos a salvo del Jefe, al tiempo que de manera eficaz esquivaban la delicada cuestión de Duds. Su

admiración por Tiddy se convirtió casi en afecto.

—Es cierto —dijo Roly.

—¿Ah, sí? —El airado encogimiento de hombros de Doli le advirtió que no se entrometiera—. Me imagino que puede palmar en cualquier momento, y eso no será bueno para nadie. De todos modos, es inofensivo, Jefe.

—¿Quién es? ¿Uno de vosotros? —Havoc lo dijo como si lo obligaran a escuchar los problemas de unos niños.

Doll vaciló. Como lo habrían expresado en Tiddington, estaba pisando «terreno resbaladizo».

—No —dijo por fin—. No es de los nuestros, y eso es una lástima. Es un tipo al que trajimos aquí cuando estaba totalmente borracho. Llevaba un poco de dinero y lo perdió, y entonces se puso desagradable. Lo zarandeamos un poco y aquí está, y esa es la verdad y nada más que la verdad.

La historia era tan simple que incluso convenció a los dos que sabían que era mentira. A los dos les pareció una verdad mejor que la propia verdad. Havoc no la puso en entredicho, pero le desagradaba la ineficiencia.

—¿Por qué lo tenéis aquí? —preguntó—. Sacadlo y dejadlo en un portal. Con esta niebla no os verá nadie.

—Lo sabemos. —El albino hablaba con humildad—. Íbamos a hacerlo, y es culpa mía si no se ha hecho aún. Me dije que esperaríamos a que recobrará el conocimiento para no tener que transportarlo a peso. Y ahora no parece que vaya a recuperarlo. Además, estamos un poco asustados. No sabíamos si alguien lo echaba en falta.

—Y por eso habéis ido tan temprano a comprar el periódico.

—Eso es, Jefe, eso es. Y por eso vimos tu foto. —Bill daba saltitos de alegría ante aquella historia donde todo parecía accidental—. Te pone los pelos de punta cómo encaja todo, ¿verdad?

Los ojos azules de Havoc clavaron en él una mirada sombría.

—Las cosas han empeorado. —Había superstición en su voz, y también resentimiento—. Hay algo que no me gusta. Empiezo a preguntarme si no será esta maldita ciudad. Es una lástima lo de Duds. Me era de utilidad.

—Nos tienes a nosotros. —Bill se puso celoso y se acercó. Havoc le hizo un gesto despectivo con la mano.

—Tienes razón. ¡Ya lo creo que la tienes! Quieres que nos acerquemos allí, ¿verdad, cabo? —Se puso en pie y cruzó la habitación con un andar arrogante, y todos sus músculos se movieron como los de un animal poderoso e incluso espléndido.

En la oscuridad, bajo la manta, Geoffrey estaba inmóvil. No había podido oír ni una palabra de la explicación de Doll, y no tenía ni idea de qué podía ocurrirle mientras los hombres avanzaban hacia él. Lo único que sabía es que estaba completamente desvalido. Hacía rato que tenía los pies y las manos entumecidos, y aunque eso significaba que las cuerdas ya no le quemaban, los brazos y las piernas le

dolían de una manera terrible, como si nunca más pudiera volver a utilizarlos. La mordaza le causaba náuseas, pero al menos podía respirar, pues la manta, aunque le cubría la cabeza, estaba bastante separada de él.

Se le encogió el corazón cuando todos se sentaron sin prestarle atención. No había subestimado a Doll.

Havoc se sentó de espaldas a la cama, con el albino a la derecha y los otros dos a su izquierda. Delante de él se extendía la amplia superficie del sótano.

—Están callados porque tienen miedo. —La voz de Tiddy Doll sonó al oído del prisionero, tan cerca estaba—. Y con razón, Jefe. Ya ves que no son gran cosa, pero no quiero que estén asustados. Los escogí por su aspecto. Su pinta es lo que nos hace ganar dinero. Son buena gente si sabes manejarlos.

Havoc hizo un gesto de impaciencia y Roly intervino con una voz nerviosa.

—No hace falta que le digas al Jefe cómo son estos hombres, Tiddy. Él siempre ha sabido calar a la gente. Eso lo aprendimos en el ejército. No habrá problemas con ellos, Jefe, siempre y cuando no les falte la manduca.

—A eso iba. —Tiddy le cogió la palabra con firmeza—. Dentro de poco tendremos que pensar en el desayuno. El desayuno es importante para la moral, como solían decirnos. Generalmente vamos todos a un figón que está en la parte de atrás del mercado. Lo lleva un viejo matrimonio y nos esperan. Mi idea es que lo mejor es acudir como hacemos cada día. Nadie se fija en nosotros, pero si no vamos la gente empezará a pensar. ¿Por qué no nos acompañas? Si te cambias de ropa nadie se fijará en ti, y si quieres puedes esconder la cara detrás de un vendaje. Bueno, tampoco sería nada fuera de lo habitual que vinieses con nosotros. Podría ser una salida de reconocimiento, una especie de ensayo.

—¿Qué clase de lugar es? —Su voz delataba que no le parecía mala idea.

—Pequeño —dijo rápidamente Doll—, pero hay tres puertas.

—Hay tanto vapor en el local que no se distingue el otro lado. —Bill soltó una risita afectada. Imitaba cada vez mejor a Havoc—. Nadie te reconocerá allí. Pero ¿vas a confiar en nosotros? Porque a eso se reduce todo.

—A eso iba yo —intervino Doll—. El Jefe sabe juzgar a la gente, ya lo has dicho. Y sabe que tengo razón. Todos sabemos demasiado de ese tesoro que nadie ha mencionado todavía. Durante años hemos pensado en él, hemos soñado con él. El Jefe ha demostrado que sabe que nosotros lo sabemos. «Vivir como un marajá», ha dicho. Bueno, así es como todos queremos vivir. —Hizo un movimiento repentino—. Queremos una parte, Jefe, ¿no, chicos? Queremos una parte.

—Pero si mi idea ha sido siempre que la tuvierais. —Havoc no perdía la dignidad ni cuando cedía terreno—. Puedes ocupar el lugar de Duds, cabo. Siempre he pensado que los hombres que estuvieron allí tenían que compartirlo. El resto...

—No estaba pensando en el resto —dijo Doli, sin levantar la voz—. Harán lo que yo les diga, y yo cuidaré de ellos, igual que hago siempre. Vivirán como amiguetes de los reyes —añadió en un tono sardónico.

—Ya me lo imagino. —Había ironía en el habla arrastrada del Jefe—. Metí a Roly en esto hace mucho tiempo. Él, Bill y Tom estaban conmigo, servían a mis órdenes. Yo los elegí.

—Tienes razón, Jefe. Nunca fuiste de los que dejan a sus compañeros en la estacada. —Roly hablaba de manera vehemente y sentenciosa, y la reacción instantánea del Jefe lo pilló desprevenido.

—Déjate de chorradas. —Una nota de alarma en su arrebató—. Claro que he dejado a muchos en la estacada, y eso es lo que hace cualquiera que no esté mal de la cabeza. Nunca me he dejado engatusar por esas chorradas. Te elegí porque te necesitaba. Y si te volviera a necesitar, volvería a elegirte.

Las palabras se montaron una sobre otra, y el acento ceceante del East End apareció con toda su obsequiosa calidez. Se había convertido en el Pez Gordo, el Hermano Listo.

—No me oís a menudo echarme flores —añadió, hablándoles en confianza—, pero así es como he prosperado, ¿lo veis? Me enfrento a las cosas. Sé que si no fuerais de fiar, no me fiaría de vosotros. Oiréis a hombres hechos y derechos deciros que confían en alguien porque esa persona les ama, o que creen que son dioses cuando en realidad son pequeños dioses de hojalata, o cosas por el estilo. Están locos, ¿no? Se les ha ido la chaveta. Mantén los pies en el suelo. Mira por dónde pisas. Eso es lo que yo digo siempre.

Todo vestigio de agotamiento parecía haberle abandonado. Estaba recuperando toda su energía, al parecer absorbiéndola de los que lo escuchaban en grandes tragos revitalizadores.

—Fijaos en el médico que me sacó de la cárcel sin saber lo que hacía —añadió—. No asumió lo que tenía delante de las narices, y sin embargo lo sabía. Lo sabía, ojo. Un día dijo algo que me dejó patidifuso. Dijo: «Oh, entiendo, Havoc. Usted cree, al igual que uno de nuestros grandes primeros ministros, que el interés nunca miente». ¡Casi me caigo de culo! Lo sabía y sin embargo no podía verlo. Y como es natural tuvo que pagar, ¿no? Lo pedía a gritos. No fue algo personal. Solo le di lo que se merecía.

Solo el hombre de Tiddington entendió lo que estaba diciendo, y no le gustó.

—Tienes más razón que un santo —dijo con cautela—. Siempre que me valga la pena seguirte, te seguiré. Así soy yo, Jefe. Me parece justo.

—Es la pura verdad —dijo Havoc—. Olvídate de lo que es justo.

—¿Conseguiste el tesoro, Jefe? —A pesar de sus esfuerzos, Roly no conseguía mantenerse callado—. Nunca nos lo dijiste. ¿De verdad que viste todo el tesoro?

El cuento inmemorial del tesoro escondido, oro en lingotes y joyas a paletadas ocupando toda una cueva, resplandecía en su mente ridícula en un glorioso tecnicolor.

Havoc chasqueó la lengua.

—Pareces un niño soñando con helados —dijo—. No, naturalmente que no lo vi. Estaba bien escondido. Por eso sigue allí, esperándonos, si conseguimos acudir a

tiempo. Escuchad, esto es lo que ocurrió en la incursión. Cuando hubimos acabado el trabajo, Elginbrodde y yo estábamos solos en la casa. Las órdenes eran que yo tenía que hacer lo necesario, y él verificar que estuvieran muertos. A él eso no le gustó, no era esa clase de hombres. Tenía la cabeza llena de todas esas fantasías que tan poco interesan al mundo. No era un cobarde, pero no tenía lo que yo tenía, y tampoco se esperaba que lo tuviera. Entró en la casa e hizo un reconocimiento. Yo entré en el dormitorio e hice el trabajo mientras él esperaba. Cuando yo salí, él entró. Volvió blanco como el papel, pero tranquilo, como estaba siempre, y me dio el visto bueno. Teníamos que hacer un par de cosas, y cuando estuvieran hechas, las órdenes eran salir en seguida y regresar a la playa antes de que nadie apareciera por la carretera. Había un silencio sepulcral. Se podía oír un motor de gasolina a ocho kilómetros de distancia. Cuando llegamos al pequeño jardín que había detrás de la casa hizo que me detuviera.

Mientras escuchaba, Geoffrey imaginó la quietud de la noche primaveral, el aroma de las hierbas en la pequeña granja francesa, el ruido del mar, tranquilizador y eterno, y detrás de los dos, en el dormitorio todavía cálido, aquella cosa espantosa que había que hacer.

La atmósfera recreada amedrentaba más por el hecho de que a Havoc no le hubiera parecido tan terrible. Era su falta de emoción, la impersonal imagen del horrorizado joven oficial llevando a cabo sus órdenes con un arma perfecta pero insensible, como si fuera un cuchillo vivo, lo que producía ese efecto espantoso.

Havoc seguía hablando.

—Elginbrodde me dijo: «Vigile un momento, ¿le importa, sargento? Quiero echar un vistazo a una cosa para ver si todo está bien». Me dejó allí. Pero en seguida vi dónde se encontraba por el resplandor de su linterna. Había ido a una especie de cabaña de piedra que estaba junto al muro. Yo lo seguí, naturalmente, porque no quería perderme nada. Su manera de hablar había despertado mi curiosidad. Y ahí lo tenía, proyectando su luz sobre la tierra. El lugar estaba tan vacío como un cepillo para las limosnas. Posteriormente me contó que era un almacén para el hielo, una cosa que tenían antes de que se inventaran los frigoríficos para guardar la comida. No era más que un agujero con un desagüe decorado que lo atravesaba, y en un extremo había la imagen de un jardín. No había nada más, así que dije: «Se lo han llevado, señor, ¿verdad?». Él se rio. Solo vi sus dientes antes de que la luz se apagara. Y dijo: «No, está a salvo, gracias a Dios. Nunca lo encontrarán a no ser que caiga una bomba directamente, y entonces poco importará».

—Pero te trajiste algo. —La ansiedad de Roly era patética—. Nos diste a todos un *souvenir*. ¿Te acuerdas, Jefe? Nos diste a cada uno...

—Eso era de la casa. —Su voz era tranquilizadora—. Teníamos que hacer creer a los alemanes que era un robo. Esa era la gran idea. Nadie tenía que saber que había sido una acción del enemigo. Tenía que parecer algo civil. El lugar estaba lleno de cosas bonitas, y eso quería decir que había algo escondido que debía valer la pena

esconder. Lo desordenamos todo y nos llevamos lo que había en las vitrinas doradas de la habitación principal. Elginbrodde cogió algunas cosas para vosotros y arrojamos el resto en el seto. Yo me guardé una o dos, pero íbamos prácticamente desnudos, y teníamos que bajar por aquella maldita pared rocosa.

—Tardasteis mucho tiempo en volver. —El resentimiento de Roly sonó a través de los años.

—Naturalmente que tardamos. Pero así fue como supe lo que tenía que hacer. Si os habéis olvidado de la luna, yo no. En un momento el cielo estaba como un lecho de plumas, y al siguiente aquella maldita lámpara brilló como un reflector, y ahí estábamos Elginbrodde y yo en la cima del acantilado, como un par de faros. Nos tiramos al suelo y nos quedamos allí. Lo único que podíamos hacer era esperar. Elginbrodde no dejaba de repetir que llegaba un coche por el camino. Era el miedo lo que le hacía hablar. Me di cuenta de que podía manejarlo y comencé a preguntarle por lo que había en el almacén para el hielo.

»«¿Qué hay en ese pozo, señor?», le pregunté. «¿La vajilla de la familia?». Negó con la cabeza. No me consideraba un semejante, ¿entendéis? Yo no era más que su subordinado, un objeto que necesitaba para volver sano y salvo. Eso hacía que me hablara como si yo fuese su fusil o algo parecido. «No, sargento», dijo, «lo que hay allí es el tesoro de Santa Deal, y sigue allí. No supe nada de él hasta los veintiún años, o lo habría sacado del país. Pero por entonces era demasiado tarde, y tuve que esconderlo. Soy el último de nuestra estirpe. Ahora solo yo estoy al corriente». Hice todo lo que pude para que repitiera el nombre, pero no lo hizo. A mí me pareció como el tesoro de un barco.

El secreto del tesoro de una familia adinerada transmitido a un huérfano a los veintiún años; el tecnicolor era inapropiado para esa fantasía. Iluminaba el sótano con un resplandor que cautivaba más que el propio brillo de la luna. Roly se había quedado sin habla, y Doll tenía la boca seca.

Procedentes de la calle, los sonidos del mercado comenzaban a descender hacia ellos. Los hombres que había al otro lado del cuarto comenzaban a sentirse inquietos, pero no se movieron. El murmullo de Havoc, convincente después de seis años de soñar, mantenía a su público hechizado.

—Entonces le pregunté qué pasaría si él moría. «En ese caso, ¿se supone que permanecerá allí para siempre?», dije.

—¿Y qué contestó? —Roly estaba temblando.

—Dijo la cosa más sorprendente que le he oído decir a un hombre. Dijo: «Entonces irá a parar al hombre que se case con mi mujer. He dejado instrucciones detalladas en un sobre sellado, e irá a parar a sus manos el día de su boda. Ella sería incapaz de administrarlo sola, pero escogerá alguien como yo, seguro».

Tendido sobre los sacos, con la cabeza a menos de un metro del que hablaba, Geoffrey sintió que el corazón le daba un vuelco, lenta y dolorosamente.

Esa era la clave. Oyó el incrédulo murmullo de los demás, como un farfullar de

otro mundo, pero había reconocido el inconfundible aroma de la verdad en las palabras pronunciadas. Naturalmente, eso era lo que Elginbrodde había hecho. Cuando uno conocía a Meg y al anciano Avril se daba cuenta de que era lo único que podía hacer. Además, era exactamente el paso atrevido, sencillo pero no evidente, que él hubiera dado en circunstancias parecidas.

Aquello le pareció tan asombroso que su propia situación, a pesar de su peligro, quedó temporalmente eclipsada. Elginbrodde había sido un hombre muy justo. Cuanto más cosas sabía de él, más evidente le parecía. Los dos eran parecidos, los dos poseían ese mismo carácter práctico e imaginativo, convencional pero dispuesto a arriesgarse. Todos los celos que Geoffrey había llegado a sentir de Martin alcanzaron su cénit en una llama abrasadora, y murieron del todo como un fuego extinto. De repente se sintió liberado, y en ese momento, de manera misteriosa, Meg se convirtió en enteramente suya.

Mientras tanto, su peligro inmediato se hizo más agudo. Havoc estaba pasando a las cuestiones prácticas.

—Y ahora —estaba diciendo—, no hay que perder la calma. He estado trabajando en ello, y hasta ahora no he hecho absolutamente nada que no quisiera hacer llegado el momento. Tomé la decisión de que actuaría igual como actuamos en la incursión: planificarlo bien, una buena organización y una ejecución sin vacilaciones. Es algo que no falla nunca. Ni ñoñerías, ni miedos, ni testigos. Lo primero que hay que hacer es conseguir el sobre que dejó Elginbrodde. Eso es vital. La incursión fue una misión de máximo secreto. Ninguno de nosotros sabía adónde íbamos, excepto Elginbrodde, y se habría dejado crucificar antes de decirlo. Nos parecía que era Francia, pero podría haber sido cualquier lugar de la costa oeste de Europa. Hemos de conseguir el emplazamiento exacto de la casa y dónde está escondido el material. También habrá documentos legales, papeles que concederán al portador permiso para llevarse las cosas. Elginbrodde habrá pensado en ello. Quería que el nuevo marido de su mujer se quedara con todo sin problemas. Esa era su idea. Una vez esté en poder de esos documentos, la policía extranjera estará de nuestro lado. Nos ayudarán a trasladarlo, si es necesario. Lo queremos todo, ¿no? No nos conformamos con un poquito para cada uno.

Tiddy Doll estaba sentado, inmóvil, la barbilla levantada, las gafas oscuras ocultaban cualquier expresión de sus ojos.

—¿A quién le dio la carta el comandante Elginbrodde? —dijo por fin—. ¿A su esposa?

—No. Ella la habría abierto. Cualquier mujer lo haría. Eso no me preocupaba. Fui a comprobar si se la había dejado a sus abogados.

Era la primera vez que mencionaba esa palabra, y en seguida la atmósfera se puso tensa. Doli se humedeció los labios.

—Ayer por la noche visitaste el bufete a ver si estaba, ¿no?

—Sí. —Aquella voz tan recelosa volvía a arrastrar las palabras—. Esa fue

siempre mi intención. En cuanto visité a un contacto mío y me hube cambiado de ropa, me dirigí al bufete. —Havoc calló un momento, y en la pausa Tiddy Doll hizo algo aterrador. Asomó un pie y dio una patada a la cama en la que estaba echado Geoffrey. Lo hizo de una manera muy sigilosa, pero fue un movimiento muy preciso que pretendía llamar la atención de su ocupante a cualquier cosa que se dijese.

—Fue entonces cuando te los cargaste, ¿no, Jefe? —le apuntó amablemente.

—Sí. No iba a permitir ninguna intromisión, esa fue la regla que me impuse.

Hubo un silencio en la mesa de conferencias, y tras unos largos minutos, Doll habló sin tenerlas todas consigo. Ahora que el sueño que lo había mantenido vivo durante tanto tiempo se había vuelto una realidad, ya no le ilusionaba tanto, y su determinación se arrugó.

—¿Por qué estás tan seguro de que todo está todavía allí después de tanto tiempo, Jefe? —preguntó.

—Porque me está esperando. —La convicción de su tono fue absoluta, y eso los impresionó—. Estoy decidido a encontrarlo. Lo supe nada más oír hablar de él, aquella noche en el acantilado. —Soltó una risita—. Sé que no lo entenderéis, pero os lo voy a explicar. Elginbrodde tuvo que confiar en mí, y probablemente los malditos astros se conjugaron para que así fuera. En primer lugar, tuvimos que hacer el viaje juntos y sabéis que eso es cierto por la manera tan extraña en que ocurrió. Yo era especial, ¿sabéis? Había medio millón de sargentos más en el ejército que podrían haber sido elegidos, pero me buscaron a mí para el trabajo. ¿Sabéis cómo lo hicieron?

Les hizo una seña para que se acercaran más, vertiendo la esencia de su fe en sus oídos conturbados.

—Nunca oísteis hablar de algo llamado Hollerith, ¿verdad? Era una cosa que tenían en el ejército, basada en un invento comercial americano. No os lo puedo explicar, pero era una máquina del tamaño de una habitación grande, como una caja registradora inmensa, según tengo entendido. Ellos decidían las cualidades que se requerían para una misión: que fuera atlético, entrenado para el combate, que hubiera estado metido en un par de líos, temerario, capaz de escalar, que pudiera cargar con alguien que fallase en caso necesario, de veintiséis años, que fuera normal, que no tuviera familia ni esposa, bueno con sus hombres, o cualquier otra cualidad que les pareciera necesaria, incluso el color de los ojos. Luego apretaban todos los botones y aparecía una tarjeta con el hombre y el número. Si eran dos o tres tipos, aparecían dos o tres tarjetas. Te parece magia, ¿no, cabo?

Al hombre de Tiddington le pareció otra cosa. Se pasó la lengua por los labios secos.

—Sigue, Jefe.

—Esa máquina fue la que dio mi nombre —dijo Havoc muy serio—. La mía fue la única tarjeta que apareció, ¿y sabéis dónde estaba yo? Estaba bajo custodia a la espera de que me juzgara un tribunal militar. Era como si por fin hubiera tocado fondo. Pero de repente vinieron a buscarme, todo quedó perdonado, recuperé mi

graduación, me presenté voluntario, me entrenaron y me emparejaron con Elginbrodde. Me necesitaban. Yo era el elegido. Era un momento complicado, ellos estaban en un apuro y yo aparecí.

Se recostó sobre su caja y la cama de Geoffrey tembló un poco cuando la tocó.

—Diréis que eso no significa gran cosa —añadió—. Que no es más que el invento de un científico. Pero el resto sí es importante. Mientras estaba entrenándome con Elginbrodde me tomé la molestia de averiguar cosas sobre él, ¿y sabéis qué descubrí? Que yo conocía a gente que él conocía, y que era un hombre al que siempre podría tener vigilado. Él era el único oficial en todo el ejército cuyos pasos yo podría seguir siempre. Conocía a alguien que era íntimo suyo, ¿lo entendéis? Y también era una de las personas con las que más amistad he tenido nunca. Por eso, en cuanto me habló en lo alto del acantilado, supe que lo que decía era importante para mí, que formaría parte de mi vida para siempre.

Aguardó la reacción de los demás, y cuando simplemente se removieron incómodos en su silla, volvió a reírse.

—Os dije que nunca lo entenderíais. Son cosas que solo entiendes cuando pasas hora tras hora en una celda, como un monje. Pensáis que es una simple coincidencia, pero las coincidencias no existen, solo las oportunidades. Mantén los pies en el suelo y te darás cuenta.

—A mí me parece algo religioso —dijo Bill, y soltó una risita, porque estaba entusiasmado y arrastrado por la emoción que entrecortaba la fluidez de la voz de Havoc.

Este le lanzó una mirada sombría.

—¡Y una porra religión! Ahí es cuando la religión se ablanda. Llámalo la Ciencia de la Suerte, así es como lo llamo yo. Solo tiene dos reglas: estar siempre vigilante y nunca ablandarse. Nunca me aparto de ellas y eso me ha dado fuerza.

—Tienes razón, Jefe, posees una gran fuerza. —Doll hablaba atropelladamente. Sabía que los hombres a menudo estaban un poco raros cuando salían de la cárcel después de mucho tiempo, pero de todos modos estaba asustado—. ¿Has podido vigilar a la mujer de Elginbrodde mientras estabas dentro?

—Naturalmente. Os he vigilado a todos. Si prestas atención, te enteras de más cosas estando en la trena que fuera. Me llegaba toda la información que necesitaba, y daba todas las órdenes que hacía falta. Supe que iba a casarse dos meses antes de que el compromiso se anunciara.

—¿Volver a casarse? —Eso era una novedad para todos, y Roly se echó hacia atrás, con un absurdo horror en su cara de rasgos marcados—. ¿No irás a decirnos que ya se ha casado? ¿Y el nuevo marido no tiene el sobre?

—No. Todavía no sabe nada, pero lo sabrá, y de ahí la prisa. Cuando me llegó la noticia, no pude escapar de inmediato. El médico al que me estaba trabajando mostraba interés, pero no estaba maduro, de manera que se lo dije a Duds, y él se encargó de la maniobra que habíamos planeado si esto llegaba a ocurrir mientras yo

estaba dentro. Era una idea estupenda, y funcionaba de maravilla. Mi contacto esperaba que la boda se pospusiera, pero ahora Duds me ha fallado. Debió de ablandarse o eso no habría ocurrido. Duds era blando. La última vez nos metió en chirona porque fue incapaz de apuñalar a un hombre con el que estaba bebiendo. Tuvimos que esperar a otro, y por entonces la suerte ya había cambiado. No sé qué hizo esta vez. A lo mejor lo pilló el nuevo marido de la chica.

La suerte estaba echada. Geoffrey esperó las siguientes palabras sin aliento a causa de una tremenda punzada de temor. Uno de los tres acabaría cayendo en la cuenta.

Pero cuando Doll habló, todavía estaba pensando en el sobre, ese mágico Ábrete Sésamo que abriría la puerta de la gruta.

—¿Y no estaba en el bufete de abogados? —preguntó pensativo.

—No. Me aseguré. —Havoc sonaba introspectivo, como si buscara un nuevo fallo que explicara su falta de éxito. Unos ojos vivarachos, como de rata, lo observaban desde la otra punta del cuarto. Los hombres llevaban el abrigo puesto y estaban sentados abrazando sus nefastos instrumentos, a la espera del desayuno y del nuevo día.

—De todos modos lo conseguiré —dijo—. Esta noche he probado en otro sitio. En una dirección que me dieron cuando salí. Me la proporcionó mi contacto. La casa del nuevo marido, la que está arreglando para llevar a la chica cuando se casen. Pero no sirvió de nada. Todavía no han acabado de mudarse. En el lugar no había ningún documento. —De repente soltó una carcajada—. Casi me pillan. Vi a un policía fuera, pero me arriesgué y entré. Me dije que con aquella niebla tan espesa dispondría de mucho tiempo, pero debían de estar esperando su llamada, pues aparecieron en tropel y tuve que saltar para poder huir. También había alguien en la casa. Una mujer. Oí los polvos de su maquillaje.

Geoffrey agitó la cabeza. Sus labios se movieron impotentes contra la mordaza.

—No pudo verme —estaba diciendo Havoc—. La mujer estaba en las escaleras y yo en una de las habitaciones. No perdí el tiempo con ella. Y no porque me ablandara. Cuando me di cuenta de que estaba en la casa aparecieron los coches de la policía, y tuve que escabullirme.

—Debía de ser la mujer. —Roly habló en un susurro, como si estuviera él mismo escondido en una casa rodeada—. Debía de ser la propia viuda del comandante. Ahora ya nadie hace de sirvienta, Jefe. Todo eso se acabó mientras estabas dentro.

—¿Qué? —Lo preguntó en un tono de consternación. Lo inesperado de su vehemencia los sobresaltó a todos.

—Era ella —repitió Roly—. Debía de ser ella. Solo con que la hubieras dejado tiesa, habríamos tenido todo el tiempo del mundo —añadió en voz baja.

—No lo sabía. —La voz de Havoc se hizo más aguda—. Os digo que no lo sabía. Me gustó el olor de los polvos de maquillaje, pero no lo sabía.

—Eso no tiene sentido, Jefe, y lo sabes. —La intervención de Tiddy Doll fue

instintiva. Solo él reconocía la superstición de Havoc como lo que era, y arrastró al hombre de vuelta a suelo firme—. Lo que te pregunto es: ¿por qué había un policía delante de la casa del nuevo marido? ¿Acaso ese contacto tuyo del que tanto hablas se chivó a la policía? ¿O uno de la pasma se dio cuenta de que ibas detrás de algo de Elginbrodde cuando estuviste en el bufete? Si es así, a lo mejor ahora lo tienen todo vigilado.

Aquella pregunta directa provocó una respuesta que dejó a todos con los pelos de punta.

—¿Sabes que no eres la primera persona que me dice eso esta noche, cabo?

Tiddy Doll asintió y la luz jugueteó sobre sus gafas negras, subrayando su hermetismo.

—Por eso tus amigos del hampa no te ayudarán, Jefe —dijo con expresión muy seria—. Por eso has acudido a nosotros, que no somos gran cosa. Te volviste loco en el bufete. Ni siquiera llevabas guantes.

—Pues claro que llevaba guantes.

—No los llevabas, y lo sabes. —Tiddy meneaba su cabezón—. Es una costumbre que perdiste en la guerra. Ni se te pasó por la cabeza ponértelos. Esta noche has apuñalado a tres personas en el bufete solo porque te habían visto y podían reconocerte, y sin embargo has dejado tu firma por todas partes. Esta noche no te has ablandado, Jefe, has enloquecido.

Hubo un silencio cuando acabó de hablar. El escalofrío que sintió Havoc al comprender lo que había hecho fue tan intenso que todos lo experimentaron. La impresión que acompañó al descubrimiento lo rozó como una corriente. Tiddy Doll fue implacable.

—Está en todos los periódicos. No has podido leerlo, Jefe, no como lo hemos leído nosotros. —Su tono era petulante y de burla. Intentaba enfurecer a Havoc, azuzándolo, acorralándolo como un torero que tortura al toro.

Todos se dieron cuenta, pero solo el prisionero, impotente detrás de él, comprendió lo que pretendía.

—Ahora tendrás que seguir tu norma, ¿no es así, Jefe? —Doll respiraba fuerte, y sus ojos inexpresivos estaban vueltos hacia aquella cara oscura y desdichada—. Ninguna interferencia, eso es lo que dijiste. Ya que has empezado, tendrás que acabarlo.

—¡Tiddy! —Roly no podía seguir soportando la tensión—. Has perdido la chaveta, muchacho. Cállate, ¿quieres?

—Pero tiene toda la razón. —La voz ya no era engatusadora, y entró en la disputa—. Tiene razón. Debería haber llevado guantes y debería haberme encargado de la mujer en la nueva casa de Levett, quienquiera que fuera. Yo...

—¿De quién era la casa? —Tiddy Doll olvidó cualquier otra consideración cuando el nombre le golpeó en la cara—. ¿De quién has dicho que era la casa?

—De Geoffrey Levett. —La sospecha le estalló a Havoc ante los ojos y se dio

media vuelta, dispuesto a ver algún significado profundo y terrible en la menor de las coincidencias—. Levett. El nuevo marido. Es a quien va dirigido el sobre. ¿Por qué? Habla, cabo. ¿Por qué? ¿Habías oído ese nombre antes?

Capítulo 12

Acción oficial

Mientras tanto, justo encima, en la calle del mercado, la primera cola para el pescado, húmeda como la presa que perseguía, pugnaba por salir del arroyo y subirse a la acera. Era una cola larga e irregular, y se movía lentamente en medio del camino de los carreteros que transportaban sacos a los verduleros, se disculpaban con buen humor y volvían a obstruir el tráfico.

Aquella mañana la niebla era más densa que nunca. Veinticuatro horas de vapores urbanos le habían dado cuerpo y buqué. El frío era inmisericorde.

Las «palabrillas» que tan rápidamente iban a convertirse en una pelea que afectaría a toda la calle comenzaron dentro de una tienda. La propietaria era una mujer recia que se había envuelto con media docena de prendas de punto, todas ellas más o menos visibles, pero seguía teniendo frío y se sentía irritable. Les dijo lo que pensaba a dos hombres que acababan de hacerle una petición educada.

—Ya nos han tomado medidas para el impuesto —objetó—. Estuvieron aquí la semana pasada. Me da igual que sean del gobierno o formen parte de la procesión del maldito alcalde, ya nos han tomado las medidas. Si vuelven a subir los impuestos, yo no puedo pagarlos. Tal como hacen ustedes las cosas, cualquiera diría que Hitler ganó la guerra.

Su poderosa voz resonó claramente a través de la ventana sin cristal. Mientras tanto, a un hombrecillo situado en la cola se le ocurrió la idea de escupir en el arroyo.

—Di Rusia —observó lacónico.

—Ese Jack Havoc no es ningún ruso —observó el pescadero, que medio escuchaba mientras colocaba un trozo de platija sobre un periódico abierto que una anciana le había entregado—. Es un producto nacional, igual que esto. Váyase, señora, y léalo todo junto al fuego. Caliéntese por mí.

En la tienda la mujer seguía gruñendo.

—Estoy harta de funcionarios. Ya estuvieron aquí la semana pasada.

El más alto de los visitantes, una persona delgada y de aspecto afable que había cambiado sus gafas de concha por las que repartía la Seguridad Social, en aquel momento la miraba con preocupación. La posición del señor Campion era delicada. Se había visto obligado a llevar la investigación sin ayuda policial, puesto que todavía estaba medio convencido de que Levett andaba metido en algún turbio asunto propio. Para ello había tenido que conseguir la dirección de la banda por fuentes muy poco oficiales, y ahora que por fin la tenía, resultaba ser muy poco concreta. Había entendido que se entraba en el sótano a través de la parte posterior de la tienda. Ahora lamentaba haber decidido presentarse como perito de la contribución municipal, pero lo que más le preocupaba era la repentina intuición de que obrar con rapidez era de

vital importancia.

Le lanzó una mirada a su acompañante, y el señor Lugg, al que se veía impresionante e inmenso con su impermeable y su sombrero hongo, lo tomó como una invitación a ayudar. Le entregó a la mujer un fajo de viejos impresos de hacienda.

—No me dirá que ahora va a hacerse la difícil, con una cara tan encantadora como la que tiene —comenzó a decir con una galantería un tanto tosca—. Va a ayudarnos, querida, eso es lo que va a hacer.

—¿Ah, sí? —Sonó muy poco convencida—. Deje mi cara en paz. La he tenido toda la vida y no quiero oír hablar de ella. Venga, lárguese. Váyase a medir la tienda de al lado.

El señor Campion tosió.

—Es el sótano, señora —comenzó a decir en tono confidencial—. Las personas que enviamos cometieron un desliz y se olvidaron de anotar las medidas del sótano, así que hemos tenido que volver.

—¡Qué manera de malgastar los impuestos! Dos personas para medir un sótano. No. No les daré la llave. Tampoco es mi casa. Mis inquilinos me dejan la llave cuando se van a trabajar. Ahí está, colgada de la pared. Tóquenla y llamo a la policía. —Se calló y todos se quedaron mirando un clavo grande y pelado que asomaba de los tablones de la pared—. No está... —exclamó—. ¿Quién la ha cogido? —Y se volvió hacia Lugg con una mirada de suspicacia.

El hombre grueso, pillado por sorpresa, aparentó estar muy ofendido.

—Regístreme, señora.

—A lo mejor lo haría si tuviera tiempo. —Los ojos vivaces de la mujer, pequeños y oscuros como los de él, repasaron su enorme volumen con malicioso regodeo—. ¿Qué lleva bajo el impermeable? ¿La cúpula de San Pedro?

—¡Vaya! ¡Mira quién habla! —Con el impacto del insulto, se olvidó de cualquier precaución—. La Margot Fonteyn del Ballet del Covent Garden, supongo.

Fue absurdo. La típica pelea cockney, personal e infantil, que estalla en un instante. El pecho forrado de lana de la mujer se hinchó, se le puso la cara de color ciruela y levantó una mano manchada de tierra para abofetearlo. A continuación se le ocurrió algo mejor y se contuvo. Se inclinó sobre un montón de relucientes naranjas y gritó: «¡Policía!» a voz en cuello.

Ante su profundo asombro, un agente la oyó de verdad. Estaba justo delante de la tienda, a menos de un metro. Además, el hombre estuvo encantado de atenderla, pues mientras tenía lugar la discusión en la tienda, un segundo conflicto, y mucho más ruidoso, había estallado en la cola. Había comenzado con la increíble discusión acerca de la probabilidad de que los países de la Europa del Este estuvieran implicados en la huida de Jack Havoc, y se inflamó cuando una mujer de pelo crespo con un acento instruido y poco sentido del humor se ofendió porque se utilizara con menosprecio la palabra *ruso*. Hablaba muy bien y con una voz sonora, aunque lo que decía no venía mucho al caso, con lo que el pescadero, molesto al oír que le

describían como un «inútil pequeño burgués», un epíteto del que solo acabó de comprender el tono y la primera palabra, arremetió brutalmente contra ella y la tildó de «objectora de conciencia bolchevique manchada de sangre».

Al momento, como obedeciendo una señal, todos los que lo habían oído comenzaron a airear sus vehementes puntos de vista sobre el tema que más les preocupaba, y el policía se acercó en un par de zancadas desde su rincón.

El agente no era ningún joven. Era pelirrojo y ya le raleaba el pelo. Estaba cansado después de una noche larga y fría. Su mera presencia no calmó el alboroto, como debería haber ocurrido, y su advertencia de «Basta, basta, basta» corría el peligro de ser ignorada.

Le alivió, por tanto, que el grito que oyó a su espalda, en un lugar cerrado, lo llamara a cumplir un deber sencillo y relativamente pacífico. Apareció en seguida y entró en la tienda.

—Bueno, bueno, ¿qué pasa aquí? —Su poderosa voz llegó fácilmente hasta la cola, y las palabras, que prometieron interesante diversión, obraron el ensalmo que antes había fallado. El grupo de gritones que rodeaba el puesto del pescado se comportó como un niño llorica que de repente ve un caramelo. Dejaron de meter ruido de repente y lo siguieron apiñados.

La mujer de la tienda se vio un tanto agobiada al ser el centro de atención. Su cólera desapareció y se volvió razonable, aunque exagerada a la hora de justificarse. Sus explicaciones fueron prolijas pero perfectamente claras. Cuando hubo terminado, el agente llevó la mirada desde los funcionarios hasta el clavo.

—¿Qué le hace pensar que la llave se ha perdido? —preguntó plácidamente—. ¿Ya han salido? Yo no los he visto.

Aquel anticlímax fue excesivo. La mujer se llevó la mano al corazón con el fácil histrionismo de las de su pelaje.

—¡Ah, son más de las nueve! ¡Oh, Dios mío, agente, la estufa! Se lo he advertido una y mil veces. Una vez lo vi en el periódico. Toda una familia muerta por la mañana, asfixiada por una estufa de coque como esa.

Tenía un don para la actuación, y proyectó la clara imagen visual con un mínimo de palabras. Su público se quedó sobresaltado y complacido. Todos conocían a la banda, al menos de vista, y la idea de que toda aquella tropa de desechos humanos se hubiera asfixiado por vapores tóxicos y estuviera enterrada en una tumba justo bajo sus pies fue suficiente para que incluso al más displicente se le pusieran los pelos de punta. Hasta el agente quedó impresionado.

—No diga eso, señora, no lo diga —objetó—. Lo más probable es que hayan decidido quedarse en casa. No les culpo, con una mañana como esta.

El señor Champion vio que aquella era su oportunidad.

—De todos modos —dijo con firmeza—, creo que estaría justificado que echara un vistazo, agente. —Y añadió, en el tono confidencial de un servidor del Estado a otro—: Y yo debería medir el lugar, si pudiera.

El agente vaciló. No era un barrio en el que los visitantes fueran apreciados, y aún pasaría unos años patrullando en él. Por otro lado, a sus oídos ya había llegado el susurro que corría entre la niebla.

—Son veinte, tumbados como corderos. Igual que un ataque aéreo. Llame al nueve-nueve-nueve.

—No puedo dejarle entrar —le murmuró a Champion—, pero si me sigue, no creo que pueda impedírselo.

Se dio media vuelta y los dos lo siguieron, mientras la multitud les iba abriendo paso al principio y luego los seguía.

En el sótano, Tiddy Doll acababa de echar atrás su caja y ahora estaba en pie. Havoc se inclinaba hacia él. En sus extraños ojos oscuros había impaciencia mientras esperaban oír alguna nueva coincidencia que lo llevara a probar su aterradora filosofía.

—¿Habías oído ya ese nombre?

Doll estaba sin habla, pero su mente no dejaba de funcionar. El sorprendente éxito de su plan era increíble. El incómodo testigo que había detrás de él ya estaba prácticamente muerto. Pero primero había que superar una pequeña dificultad. Si el Jefe decidía hablar con Geoffrey Levett antes de que lo liquidara, y era muy posible que lo hiciera dadas las circunstancias, seguramente saldría a la luz el espinoso tema de Duds. Observó nervioso a los otros dos, y para su alivio se dio cuenta de que el nombre no les decía nada; aunque lo habían oído hacía poco, no se les había quedado.

Seguía allí de pie, vacilando, buscando la mentira más adecuada, cuando la puerta de la calle se abrió fácilmente bajo el empuje de la gente, y por el pasillo se oyó un retumbo de pies sobre las tablas al entrar todo aquel gentío. Al mismo tiempo, la segunda puerta que había en lo alto de las escaleras se abrió lentamente ante la acometida del aire, y todos los hombres del sótano menos uno se pusieron en pie de un salto y levantaron la vista.

Un policía de uniforme, dos funcionarios con el impermeable reglamentario y un gentío que parloteaba y se empujaba permanecían ahora en lo alto de las escaleras. No hicieron amago de bajar, simplemente se los quedaron mirando desde arriba.

En un primer instante Tiddy Doll sintió que sus brazos quedaban inmovilizados por detrás por unas manos cuya fuerza resultó una revelación. Lo movieron en vilo como si no pesara, y quedó colocado entre Havoc y los recién llegados. Havoc lo utilizaba de escudo, y, de manera despiadada, lo trataría como tal si era necesario. El descubrimiento lo tranquilizó. No perdió la cabeza y estuvo a la altura del momento.

—¿Hola? —Su voz sonó alta, clara y beligerante—. ¿Qué quieren? Nosotros vivimos aquí.

Su plan podría haber tenido éxito, podría haberse salido con la suya. El agente ya estaba farfullando palabras de disculpa, pero la banda no estaba hecha de la pasta de su líder. Cuando pasó el primer momento de estupefacción, la línea que seguía la pared más lejana de las escaleras comenzó a moverse y a flaquear. El enano emitió

uno de sus parlamentos histéricos, y toda aquella chusma irresponsable avanzó hacia la parte central de la habitación como una barricada que se derrumba.

El agente, perplejo ante esa conmoción, se dio otra vez media vuelta. Havoc había perdido el control de la situación. Miraba hacia la rejilla que estaba en lo alto del techo. El salto era imposible, ni siquiera para un tigre, y su pánico se transmitió a Doll como una ráfaga de aire helado. El albino comenzó a gritarles a sus hombres, imponiéndoles su autoridad como había hecho miles de veces. Su voz era como la de un sargento mayor, y la fuerza de su personalidad, tremenda.

—¡A formar! ¡Alineaos! Porque os hayáis dormido no hay que darse al pánico. La manduca seguirá allí. ¿Tenéis los instrumentos? No puedo esperar toda la noche. Venga, rápido.

El enano pasó correteando a su lado, gritando de manera estridente en su excitación. Doll alargó un brazo, cogió al hombrecillo por la espalda de su ropa, lo levantó del suelo y lo lanzó a su espalda, donde estaba Havoc.

—Toma, llévalo a caballo, compañero —dijo a voz en cuello—. Lo perderemos en medio de la niebla si se queda rezagado.

Las manazas lo agarraron, y con un último grito el hombrecillo se vio levantado hacia su posición preferida, muy por encima de la cabeza de sus perseguidores. Doll no podía haberle proporcionado a su líder mejor disfraz, pues naturalmente los ojos de todo el mundo se fijaron en el enano y no en el que lo llevaba a cuestas.

Mientras tanto el hombre de los platillos ya estaba en las escaleras. Doli dio dos zancadas y levantó la vista; sus gafas oscuras miraron a los intrusos sin expresión.

—Íbamos a desayunar —anunció—. ¿Alguna objeción?

El agente, que había permanecido en su sitio tan solo porque la presión de la multitud hacía la retirada imposible, le hizo seña de que subiera sin ofrecer ninguna explicación, y se concentró en abrir paso. Su silueta rematada con casco se apartó lentamente y su voz se dirigió apagada al gentío.

—¡Fuera, por favor! El local está cerrado. ¡Fuera! Dense prisa, dense prisa.

Solo los dos hombres con impermeable no se retiraron, y en aquel momento el más delgado de los dos puso el pie en el primer peldaño para bajar. A Doll no le gustó su aspecto y se dirigió a él desde abajo, desconfiando profundamente de su silencio.

—Vamos a subir, si no le importa —gritó en tono de advertencia. Esperaba librarse de él y mantener la posesión del sótano, pero de nuevo sus propios hombres lo frustraron. Al oír sus palabras, todos los sortearon y subieron las escaleras antes que él—. ¿Qué quiere? —volvió a gritar, y Campion se vio obligado a mirarlo. Justo cuando su mirada abandonó la fila de los que pasaban, el enano, con su cabeza asomando por encima de los demás y sus manitas agarradas a la parte inferior de la cara del hombre que lo transportaba, pasó a su lado entre los demás y salió al pasillo. Doll subió el último a toda prisa. Aquello era un desastre, y solo él parecía darse cuenta. No tenía tiempo para quedarse a escuchar a los intrusos. Nada más descubrir que no eran agentes de paisano, su interés se desvaneció bruscamente. El Jefe iba

muy por delante de él. Solo distinguía la silueta del enano recortándose contra un turbio cuadrado de luz, correspondiente a la puerta que se abría a la calle. Si lo perdía ahora, lo perdería para siempre, y con él, todo lo demás.

Empujó violentamente a Lugg para pasar.

—No puedo ayudarle —dijo mirando hacia atrás—. No puedo hacer nada por usted. —Y salió a la niebla detrás de la banda.

El señor Lugg recuperó el equilibrio con dificultad y se volvió hacia su acompañante. Sus ojos negros estaban todo lo abiertos que la naturaleza les permitía.

—¡Demonios! —dijo—. ¿Qué te parece todo esto?

—De momento, nada. —Campion ya estaba bajando las escaleras—. De momento no me interesa nada, ¿y a ti?

Lugg lo alcanzó cuando llegó abajo del todo. A continuación los dos se quedaron mirando aquella habitación desordenada mientras la estufa agonizante seguía abierta y la luz amarilla aún ardía. La habitual pulcritud del lugar aún era perceptible a pesar del desorden, y la limpieza aromatizada de ácido fénico les sorprendió a ambos. Lugg se echó el sombrero hacia la coronilla.

—El señor Levett no estaba con ellos, muchacho —dijo en voz baja, aunque por ninguna razón específica—. Le he echado un buen vistazo a cada uno cuando pasaba. Menudo circo, ¿eh? Un auténtico zoo musical.

—¿Viste al hombre que llevaba al enano?

—¿El tipo de la boina? No, la verdad es que no, pero no era él. Demasiado alto. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Yo tampoco me he fijado. Eso era lo que quería el albino. Me pregunto por qué. —Campion siguió la hilera de camas, destapando cualquier bulto sospechoso que hubiera entre las sábanas. Actuaba con la peculiar meticulosidad de alguien que teme lo que puede encontrar, pero a pesar de su atención podía pasar por alto el sofá que había en la otra punta. La «mesa de reuniones» y su nido de cajas en las sombras habían sido abandonados en un desorden que ocultaba el fardo envuelto en una oscura manta, y el ingenioso Roly había echado una caja encima.

Tras haberle echado un vistazo a la alcoba y al hueco que había bajo las escaleras, Campion levantó la cabeza.

—¡Geoff! —gritó siguiendo un impulso—. Geoff, ¿dónde estás?

Su voz, tan característica como sus gafas de concha y su tez pálida, resonó por la inmensa habitación en penumbra, todavía cálida por el aliento del grupo que acababa de huir de ella.

Los dos se quedaron escuchando. Por la puerta abierta encima de ellos bajaron flotando infructuosamente el traqueteo del tráfico y las pisadas sobre la acera. Entonces lo oyeron. No fue muy fuerte, un bufido apagado procedente de un rincón. Y a continuación, lentamente, mientras el hombre que estaba en la cama se levantaba con un esfuerzo que desgarraba sus músculos agarrotados, la caja que había encima de él se inclinó, se tambaleó y cayó al suelo.

Capítulo 13

El custodio

En cuanto el señor Champion telefoneó a Meg desde la comisaría de la calle Crumb, donde habían llevado a Geoffrey para que hiciera su declaración, ella se dirigió allí en seguida. Poco antes de las cuatro, en una tarde oscura como la medianoche dominada por la llovizna a través de la niebla, tan desapacible que incluso los londinenses se preguntaban por qué sus antepasados habían construido la ciudad en una marisma, Meg telefoneó a la rectoría y Sam Drummock contestó la llamada.

Por entonces el anciano periodista ya había organizado las cosas. Con la eficacia un tanto teatral típica de su profesión, había reordenado su salita, desconectado todos los demás teléfonos de la casa y la había reconvertido en sala de redacción, centro de información general y oficina de los asuntos familiares.

También estaba escribiendo un artículo para un semanario deportivo que tendría que haber entregado hacía ya bastantes días, y su máquina de escribir portátil, que había presenciado algunos hechos históricos, como la Conferencia de Paz de Versalles, ocupaba el lugar de honor, junto al teléfono y una jarra de cerveza, sobre la mesa de la cocina que su mujer le había prestado muy a regañadientes. Trabajaba como un esclavo, atendiendo a la policía, a la prensa y a los familiares preocupados con la misma lacónica cortesía, sin olvidarse de nada, sin revelar nada y disfrutando muchísimo.

Emily Talisman era su mensajera, su camarera y su público.

Sin ella aquella actuación habría poseído un elemento de tristeza, pero mientras ella permaneciera allí sentada en silencio, sobre un taburete de pianista, con sus largos cabellos recogidos con una redecilla y sus piernas desnudas enroscadas en torno al nudoso pie del taburete, y lo observara con ensimismada devoción, la exasperante tarea nunca perdería su encanto.

Meg estuvo hablando mucho rato. Desde donde estaba sentada, al otro lado de la habitación, Emily pudo oír su voz, chillona y artificial, esa clase de voz que suelen tener los juguetes, pero no captaba las palabras. No le importaba. Observaba a Sam. Este decía muy poco. Estaba espléndido con su camisa sin cuello, los poderosos antebrazos a la vista, la calva reluciente, sentado de cualquier manera, con su cuaderno al lado.

Emily sabía que se trataba de noticias emocionantes porque uno de sus pequeños y rollizos pies se movía de un lado a otro dentro de sus zapatillas rojas, pero por fuera estaba soberbiamente calmado y lacónico.

—Sí —decía de vez en cuando, garabateando frenéticamente con un lápiz grueso como el pulgar—. Sí, ya lo tengo. ¡No me lo creo! ¿Lo dices en serio? Entiendo, sigue.

Era tentador, pero la niña no se movía, de hecho apenas respiraba. Sus ojos como platos nunca se apartaban de la cara de Sam.

—Muy bien —dijo por fin—. Déjanoslo a nosotros. Tranquila, mi gran reina, tranquila. No te preocupes. Es como si estuviera hecho. Se lo diré. Déjasele a Sam. El muchacho está bien, ¿no? Eso es lo que importa. Hay que dar gracias a Dios por ello. Muy bien. En media hora. Adiós, querida.

Colgó, volvió a recostarse sobre la silla, se subió las gafas hacia la frente y miró a la niña. Estaba pensando en algo bastante complicado. Emily reconoció la viva inteligencia que había en el fondo de sus ojos redondos y castaños. Algo le preocupaba. Estaba tomando una decisión importante, como las que tenía que tomar de vez en cuando. Ella procuraba no molestar. El tío Sam siempre acertaba, lo único que necesitaba era que le dieras tiempo. Ella lo quería muchísimo.

Al poco ella lo vio apartar su preocupación y salir de su ensimismamiento para prestarle atención.

—Y ahora, forastero —dijo. Los dos eran grandes lectores de novelas del Oeste, y en momentos de tensión la fraseología de la pradera solía aparecer en su conversación—. Ve a ver a tu abuela y dile que... No. Será mejor que la cosa sea oficial. No queremos accidentes.

Se puso a escribir con una letra grande e infantil, amplificando la nota en voz alta mientras lo hacía.

—La señora Elginbrodde y su joven prometido, acompañados por un par de gerifaltes de la policía, y quizás algunas personas más, aparecerán en media hora. Albert estará con ellos. ¿Entendido?

La muchacha asintió, alargó la manita para coger el papel, con su pelo largo y dorado cayendo sobre sus hombros. Sam sintió su dulce aliento en la mejilla.

—Geoff querrá tomar un baño, y bien caliente. Meg ha insistido en eso. Oh, es una chica estupenda, mi gran reina. Me apuesto una libra a que no han podido hacerla callar. Está cuidando muy bien de su hombre, así que va a ser feliz. Dile a tu abuela que todos tendrán hambre y de camino pregúntale a mi mujer si hay cerveza para todos, porque si no más vale que la abuela salga comprar un poco en cuanto abran los *pubs*. Si no hay dinero en la caja de la cocina, yo tengo. Hagas lo que hagas, no molestes a la señorita Warburton. Ya hemos tenido suficientes problemas. ¿Entendido?

Arrancó la hoja de su cuaderno. En ella se leía la expeditiva leyenda: «Meg, Geoff, policía, Albert, BAÑO. Comida. CERVEZA. Media hora».

—Dale esto a mi mujer junto a mis saludos y dile que es importante. Ah, y, cariño, trae mi cuchilla de afeitar (no la mejor, sino la segunda mejor) y déjala en el baño. La necesitará. ¡Vete ya! Pica espuelas. ¿Qué dices?

Emily se detuvo en la entrada, bailando sobre sus piernas delgadas y en su cara recatada apareció un gesto pícaro. Sus ojos mostraban un cierto embarazo, pero brillaban.

—Yupi —dijo en voz baja, de manera que nadie pudiera oírlo.

—¡Vamos, chica! —vociferó Sam—. Luego vuelve a tu puesto de combate. Tenemos trabajo que hacer. Hay que enviar el texto.

Cuando la niña cerró la puerta, él negó con la cabeza. Su pequeña reina (para distinguirla de la gran reina, que tan bien lo estaba haciendo) era demasiado callada. Sam creía que a causa de la represión, a la que temía como la peste. «Siempre causa problemas», según él. Le quedaba mucho trabajo por hacer, se daba cuenta.

En cuanto se quedó solo, se puso en pie y se dirigió a la chimenea. Encima del marco de azulejos había una pequeña vitrina de vidrio y ébano cuyo aspecto sombrío habitual se veía avivado ahora por un desfile de tarjetas de invitación, recortes de prensa, cartas y papelitos enrollados que sobresalían como una aureola de rizos de papel en una matrona. Estuvo un rato examinando todas aquellas cosas, indeciso, y luego cogió una silla, se subió encima y revisó también la parte alta de la colección. Como sabía perfectamente, había un considerable espacio entre la madera y la pared. Comprobó las cabezas de los tornillos que mantenían sujeto aquel artilugio, encogió sus rollizos hombros y al cabo de un rato regresó a su máquina de escribir.

Al igual que la mayoría de los escritores, había desarrollado su propia técnica para hacer soportable la monotonía de ese abominable oficio, y tras mucho experimentar había escogido un método en el que se gritaba el texto en voz alta a sí mismo y lo anotaba en una taquigrafía muy personal, ilegible para todos excepto para media docena de cajistas videntes con los que había tratado a lo largo de los años. Para sentirse realmente cómodo necesitaba, además, una provisión ilimitada de licor de malta y un público fascinado, por eso se alegró cuando Emily entró furtivamente en la habitación y se colocó silenciosamente sobre la banqueta.

—Trece de enero, mil novecientos veintiuno, punto seguido. El Albert Hall estaba lleno hasta los topes —comenzó, mientras un dedo índice romo centelleaba entre las teclas—. Qué bien recuerdo aquella aciaga noche. Pero de no ser por la presencia de Su Alteza Real (un muchacho delgado al que todos adorábamos), Wilde nunca habría combatido. Algunos, y hay quien debería saberlo, os dirán que el peso de Herman... pero basta ya de eso. Es agua pasada bajo los puentes del viejo padre Támesis, y no nos corresponde a nosotros recordar viejas polémicas. Pero quienes de entre nosotros, cuando nos sentamos aquella noche, henchidos los corazones bajo las blancas pecheras, habíamos creído que después de diecisiete extenuantes asaltos del combate más exigente que ha conocido el boxeo, íbamos a ver a nuestro pequeño gran campeón recogido por los fuertes brazos de mi viejo amigo *Peggy Bettinson*...

—Jack Smith. Tío Sam. ¿Te acuerdas?

—¿Qué? —Sam le parpadeó a la página, tachó el nombre con irritación y puso el otro—. Eh, estoy tonto —dijo consternado—. Dios mío, si esta se me hubiera colado dirían que el viejo Sam está acabado, ellos y todos. Dios mío, Emily, y tendrían razón. Te acuerdas de que te he hablado de esa noche, ¿verdad? Ahí estaba Jack Smith de Manchester, uno de los mejores árbitros...

—Ya lo ceo —pronunció las palabras muy seria—. Sí, siempre me acuerdo de ese trozo.

Se quedaron un momento en silencio, absortos en ese mundo remoto y romántico, ciencia a medias, todo coraje, que era en gran medida creación del viejo Sam y sus colegas, cuya devoción por los héroes, pura e infantil, había rodeado el *ring* del boxeo de una gloria mucho más deslumbrante que los potentes focos del Yankee Stadium o el polideportivo de Harringay. Para Emily, a quien le había llegado de la fuente original, era un reino de caballeridad.

Al final Sam se dio una palmada en la rodilla.

—No hay manera, querida —dijo—. Mi mente está en otra parte. Hay algo que tengo que hacer antes. Pensaba que podría dejarlo pasar un día o dos, porque soy de los que creen que hay que mantener la palabra dada al pie de la letra, y según esta no había que hacerlo hasta «el día de la boda». Pero como siempre decía mi madre, las circunstancias cambian las cosas. Nunca lo olvides, Emily. Hay veces, forastero, en que un hombre tiene que utilizar la sesera. Pásame un destornillador.

Capítulo 14

El corazón lúcido

La historia del «Asesino en la Niebla», que tanto había alborotado a los londinenses a la hora del desayuno, los había dejado consternados y sobresaltados al mediodía, cuando la hubieron digerido. Como no habían arrestado a nadie, el estado de ánimo de la opinión pública cambió rápidamente, y cuando salieron los periódicos de la tarde, la gente estaba francamente inquieta. Por razones evidentes, la policía no había divulgado el relato de Geoffrey. Es decir, para el londinense de a pie el asunto consistía en la persecución por la ciudad de un convicto huido y furioso, con un cuchillo con el que atacaba de manera gratuita e implacable en medio de la niebla. Era de lo más inquietante.

Solo con que la niebla se hubiera despejado, los ánimos se habrían enfriado, pero ahora, al final del segundo día, aquella era la madre de todas las nieblas, más densa, sucia y exasperante de lo que nadie recordaba. Las únicas personas a las que no parecía afectar eran los turistas americanos, quienes inocentemente suponían que se trataba de un fenómeno permanente y asumían la molestia con humor.

Todos los demás se sentían molestos y nerviosos. Por las calles los transeúntes caminaban rápidamente, pegados a las farolas. Los niños volvían corriendo a casa al salir del colegio. Las puertas que nunca se cerraban con llave durante el día ya habían corrido el pestillo a la hora de comer, y a los hombres les alegraba buscar compañía en el club y en el *pub*. En los teatros la recaudación cayó bruscamente y los trenes de cercanías que salían de la ciudad estaban abarrotados a partir de las cuatro. Nadie hablaba de otra cosa. Se criticaba inmerecidamente a la policía y el secretario de Estado habló con Oates varias veces al día.

Scotland Yard reaccionó a su manera. Su organización singular y flexible se desplegó para abrazar la emergencia con resuelta determinación. El comisario jefe Yeo, que estaba a cargo de la División Número Uno de la Fuerza Metropolitana, salió de su acogedor despacho con vistas al río para convertirse en agente de investigación, y Luke, que delegó sus deberes habituales, se convirtió en el segundo al mando. Detrás de ellos, dispuesto a servir y agradeciendo esa oportunidad, estaba la totalidad del magnífico equipo de investigación. Cada departamento trabajaba de manera incansable y experta, comprobaba cada falso informe, cribaba todas las pruebas incoherentes y prestaba una cortés y meticulosa atención a cualquier llamada telefónica.

Hubo muchas a medida que avanzaba la noche, y habría más. Llegaban mensajes desde zonas tan alejadas como Whitby, al norte, y Bath, al oeste. Havoc, o alguien extraordinariamente parecido a él, había sido visto en todas partes, por toda la isla, y la policía escocesa también se hallaba en estado de alerta.

Por una cuestión práctica, la comisaría de la calle Crumb siguió siendo el cuartel general de la investigación, pero la policía mantenía en secreto todo lo relacionado con la plaza Saint Petersgate, y hasta ese momento ningún periodista había descubierto lo que había detrás de la huida de la cárcel. El lugar permaneció desierto, por tanto. Ningún visitante morboso arriesgaba el cuello andando a tientas por las oscuras aceras y no se oía más ruido que el agua goteando de las ramas del árbol de las tulipas.

Dentro de la rectoría el ambiente era curioso. La residencia del anciano Avril poseía una personalidad tan definida y cómoda como la suya. Era un lugar tan lleno de vida y amor que cualquier forma de violencia parecía fuera de lugar y totalmente increíble cuando era observada desde la tranquilidad de dicho hogar. Ahora, sin embargo, se había acercado demasiado como para hacer caso omiso, y toda la casa tenía un aspecto sobresaltado y lastimoso. Amanda lo resumió al afirmar que era como si de repente viera agua filtrándose a través de un techo pintado. Se estaba causando un daño irreparable a algo hermoso, y no había manera de saber cuándo podría repararse.

Ella y Meg estaban sentadas sobre la alfombra que había ante la chimenea de la salita de esta última, todo lo cerca que se atrevían a estar de aquel fuego, y el señor Campion se hallaba de pie junto a ellas, con un codo apoyado en la repisa. No hablaban con total libertad, pues el joven Rupert se mecía en una vieja butaca que había al fondo. Querían deshacerse de él desde hacía diez minutos, pero nadie tenía ánimo para enviarlo al sótano. No estaba muy lejos, solo a dos pisos de distancia, pero en las últimas horas aquellas escaleras se habían vuelto muy largas y solitarias.

—Pero aunque Geoff te hubiera advertido, no podrías haber atrapado al hombre, ¿o sí?

Meg ya le había hecho la pregunta antes al señor Campion, y se le había olvidado la respuesta. Estaba de lo más encantadora, acuclillada sobre la alfombra, sus largas piernas elegantemente dobladas bajo su cuerpo.

—¿Seguro que el inspector Luke se ha percatado de ello?

El señor Campion le sonrió desde detrás de sus gafas.

—El valeroso inspector jefe está que trina, y no es de extrañar —dijo sin darle mucha importancia—. Geoff consiguió llamar nuestra atención, cosa que fue un tremendo esfuerzo dadas las circunstancias, no te quepa ninguna duda. Estaba totalmente agotado cuando lo encontramos, y quitarle la mordaza debió de causarle un gran dolor, pues había barba de un día incrustada en ella. Pero su único pensamiento fue hablarnos de Havoc. No acababa de comprender quién era, por supuesto, y por entonces ya habían desaparecido en medio de la niebla sin que pudiéramos hacer nada. —Le sonrió a Meg—. Yo me sentí muy aliviado. Los días en que Albert se lanzaba al combate en solitario han muerto para siempre. Havoc es cosa de la policía, y no les va a ser fácil, pero al final habrá medallas y ascensos para todos. Geoff estaba animado, más que yo. Le irritó muchísimo perderlos. Tiene algo,

tu prometido. Ahora me preocupa menos que antes que abandones la familia.

Ella le lanzó una sonrisa fugaz y amable, pero en seguida regresó a los temores que la rodeaban.

—Bendito seas, querido. Solo estaba pensando. Supongo que no ha sufrido ningún daño sin que lo sepamos. Ya llevan mucho rato con él.

—Lugg es siempre concienzudo —intervino en seguida Amanda—. Su tratamiento para reavivar cadáveres es lento, y si Sam le ayuda puede que tarden un poco más. Creo que fingen ser entrenadores de un boxeador. Sam ha preparado el cuarto de baño. Nunca había visto nada tan profesional. Le harán muchísimo bien, siempre que no pierda los nervios antes y los eche a patadas. Pero ya no creo que tarden mucho, porque ahí llega Luke.

Su manita morena tocó el hombro de la joven.

—Está bien, querida. Ahora ya está bien.

Meg le lanzó una mirada furtiva. Le lloraban los ojos sin poder evitarlo.

—Soy una idiota —dijo a modo de disculpa—. Es el alivio, supongo, la reacción y todo eso, pero creía que lo había perdido, y hasta ese momento no me di cuenta de cuánto lo necesitaba. —Se apartó los cabellos rubios de la cara con dos dedos y apeló a ellos directamente—. Todo este asunto me parece una completa locura. Un hombre que está en la cárcel planea que otro se haga pasar por el pobre Martin para impedir que me case con Geoff. Y como la cosa no funciona, se escapa y hace todas esas cosas horribles. Es un maníaco, eso lo entiendo, pero eso tampoco es ningún consuelo. La locura, cuando la ves, es la cosa más terrible del mundo.

—Yo no creo que esté loco —dijo Amanda, y su marido, al ver su cara seria en forma de corazón, se dijo que tenía el mismo aspecto que la primera vez que la vio, muchos años atrás, en la deslucida sala de estar de The Mili, en Pontisbright. Tenía ese mismo aire de franca sabiduría infantil—. Solo quiere el tesoro. Puede que eso no esté bien, pero no es locura.

—Pero querida, es imposible que haya ningún tesoro —dijo Meg con una expresión de impotencia—. El pobre Martin nunca tuvo ningún tesoro. Su familia había sido rica, pero lo perdieron todo en la Primera Guerra Mundial. Me lo contó antes de casarse conmigo. Seríamos más pobres que las ratas, dijo, hasta que acabara la guerra y él pudiera ponerse a trabajar.

—Un matagigantes —farfulló el señor Campion—. Parece como si estuviese hablando Geoff.

—¿Verdad que sí? —Por un momento pareció divertida—. Pero ¿es que no te das cuenta de que este asesino está cometiendo un terrible error? Es posible que Martin le dijera algo y que el otro lo malinterpretara completamente. Todos estos años ha estado dándole vueltas, y ahora corre furioso por la ciudad como un tigre devorador de hombres, que mata de manera implacable, y todo para nada. No me lo puedo quitar de la cabeza. Me imagino a Geoff tendido allí sin poder hacer nada, y solo con que ese hombre hubiera imaginado quién era... —Su hermosa voz tembló sin que

podiera controlarla, y Amanda miró su espalda. Rupert no estaba escuchando. Se hallaba absorto en sus propias preocupaciones, una de las cuales era su incapacidad para asentar la cabeza firmemente sobre el respaldo de la enorme butaca y conservar al mismo tiempo el control de su peso. O sus piernas eran demasiado cortas o la butaca demasiado alta. Su otro problema era más serio. Aquella tarde la señora Talisman había dejado escapar una información adulta de lo más alarmante. Había dicho que en la Biblia se afirmaba que los pelos que cada uno tiene en la cabeza estaban numerados, y desde entonces Rupert se había visto consumido por la ansiedad, preguntándose si el calvo señor Lugg lo sabía. Caso de que no fuera así, la discrepancia entre su cabeza y la cifra que constaba en el libro iba a convertirse en una terrible incomodidad para él, o en algo aún peor. ¡Pobre señor Magers! Cuando llegara al cielo tendría que escribir «Ninguno» y explicarlo lo mejor que pudiera. Sin embargo quizá se podría hacer algo. Incluso ahora, aunque no quedara mucho tiempo. Solo con que pudieran pasar un rato largo juntos, Rupert podría transmitirle la noticia y entre los dos planear algo.

Vio que su madre lo miraba con preocupación y le dirigió una sonrisa tranquilizadora. Ella debía de estar aún más preocupada que él, así que había decidido no contárselo. Ya intervendría si la situación se volvía desesperada.

Meg observó aquel intercambio de miradas y se puso en pie de manera impulsiva.

—Querida, estoy hablando de más. Lo siento mucho. Perdóname. Creo que subiré y llamaré a la puerta. Si Geoff aún tiene arcadas, tendrá que aguantarme. Después de todo, eso es el matrimonio, ¿no?

—Pero no es romántico —dijo el señor Campion mientras la puerta se cerraba detrás de ella—. Es extraordinario como siempre acabas pagando por tus pecados, Amanda. Mi generación temía al romanticismo como al demonio, y ahora se me aparece de repente, peligroso y con todo el encanto de lo que nunca has probado. Esta noche me gustaría envolveros a los dos en algodón y enviaros al campo. ¿Te importaría?

Los ojos serenos de Amanda parpadearon en dirección a él.

—¿Asustado?

—Un poco. Luke no está muy contento. Geoff dice que Havoc tiene un contacto fuera en quien confía, pero no admite haber oído nada que pudiera relacionarlo con esta casa.

Amanda frunció el ceño.

—¿Quién? —Formó la pregunta con los labios, más que pronunciarla.

Campion negó con la cabeza.

—Dios sabrá. No me lo imagino. En esta familia no hay más que olor de santidad, y esas cosas siempre emanan un hedor inconfundible. De todos modos, «por el picor que hay en mis dedos sé que la infamia se aproxima^[4]». Permíteme que os envíe a los dos a casa.

—¿Te quedas?

—Sí, creo que me quedaré por aquí. Geoff y su hermosa prometida me caen bien. Ella es una belleza impresionante.

—Yo también lo creo. —Amanda habló con un ronroneo de auténtico reconocimiento—. Tiene una elegancia tan exquisita, y además está enamorada, se le nota en cómo responde. Debería llevar un rótulo que dijera «tratar con cuidado». ¿Crees que él la hará feliz?

—Sí que lo creo, ¿tú no? Es de esa clase de hombres fuertes en quienes puedes apoyarte. E inflexible también. Si ha de escoger entre ella y los demás, no lo dudará ni un momento. Puede que guarde algún oscuro secreto, es cierto. Pero ¡está decidido a proteger a los suyos y le deseo buena suerte! ¡Oh, pero hay algo que no me gusta! ¿Queréis ir de una vez? Una vez hayáis salido de Londres ya no estaréis en medio de la niebla.

Amanda se volvió hacia su hijo.

—¿Qué me dices si esta noche nos vamos al campo con Magers?

—¿Podemos ir él y yo solos? —Su entusiasmo sorprendió y molestó un poco a sus padres—. ¿Cuándo podemos ponernos en marcha?

La madre se volvió hacia Campion.

—Eso zanja la cuestión. Me quedo contigo.

Rupert rodeó el cuello de su madre con una mano, y sus cabellos se mezclaron con los de ella hasta que solo hubo un penacho pelirrojo.

—Puedes venir si quieres, mamá —dijo él—, pero Magers y yo tenemos que hablar, eso es todo.

Ella le susurró al oído.

—Preferiría quedarme con el jefe.

—Bien. —Rupert se sintió tremendamente aliviado—. Quédate con ella —le dijo a su padre—. ¿Podemos irnos ahora Magers y yo?

El señor Campion bajó la mirada hacia él. Estaba impresionado por la intensidad de su propia emoción, y la temía más que ninguna otra cosa que hubiera conocido. Ahí estaba una mitad de su vida, de hecho más de la mitad, con un metro veinte de estatura y tan alegre y confiado como si el mundo estuviera hecho de pastel de manzana.

—No veo por qué no —dijo—, en cuanto baje de atender al señor Levett. Ve a recoger tus cosas. Tray, como buen perro que es, ya debe de dormir en el coche, supongo. Dile adiós a tío Hubert si ya ha vuelto. Si no, no te preocupes; habrá ido de visita. Sé todo lo inteligente que puedas en el camino de vuelta casa. No intentes asustar a Lugg mientras conduce.

—No lo haré. —El muchacho se había quedado inesperadamente serio—. Desde luego tengo que recordarlo. Adiós, papá. —Le estrechó la mano muy circunspecto y se dirigió a Amanda—. La señora Talisman ha dejado mi abrigo en un colgador que está a más de veinte metros de altura —aventuró en tono de disculpa, e hizo ademán de intentar ayudar a levantarla.

—Iremos a buscarlo —dijo Amanda—. Y también te convendría comer algo. Vamos.

Rupert se alejó, bailando junto a ella sin mirar atrás.

Cuando se quedó a solas, al señor Campion le pareció que la habitación había perdido luminosidad. Se sentó junto al fuego y sacó un cigarrillo. Tal como había dicho, no le gustaba la situación. Havoc, Doll y los tres hombres que habían participado en aquella incursión en Francia se habían desvanecido por completo.

A los demás los habían detenido uno tras otro. Casi todos eran personajes patéticos, incapaces de ayudar y demasiado asustados para intentarlo. La única dificultad para la policía era su abundancia. Pero los cabecillas se habían desvanecido como si la tierra se los hubiera tragado, y eran presas difíciles, cinco hombres experimentados e impulsados por un sueño, liderados por algo afortunadamente insólito en la rutinaria historia del crimen.

Creía ser capaz de comprender a Havoc, no quería subestimarlos. Oates había tenido razón, como casi siempre, el muy sinvergüenza. Aquel sujeto era una rareza, un hombre auténticamente malvado. Amanda lo había visto. No era un lunático, ni un desgraciado marcado por la enfermedad o las circunstancias, sino una bestia mucho más escasa y peligrosa, el canalla que aparece de vez en cuando en cualquier rebaño.

Campion estaba inquieto. El viejo aroma del mal, acre y poderoso como el hedor de la fiebre, le llegaba a través de aquel bondadoso hogar, profanándolo a su paso.

No se podía quitar de la cabeza el último recado que Luke le había mandado justo antes de que abandonaran la calle Crumb. Le horrorizaba. Un barquero había pescado al enano del Támesis cubierto por la niebla justo antes del crepúsculo. No habían podido salvarle la vida, pero al hombrecillo le habían roto la mandíbula antes de meterlo en el agua para que no pudiera decir nada aun en el caso de que viviera, pues no había ninguna prueba de que supiera escribir.

Campion encogió sus hombros delgados en un gesto de impotencia. Aquella bestia era un malvado. No le gustaba ver a la policía armada con fusiles, pero en aquel momento no les habría hecho ascos.

Apartó su mente de todo aquello y se puso a pensar en Amanda, que había decidido quedarse fuera cual fuera la decisión del muchacho. Se lo había leído en la cara. Ahora que Rupert ya no era ningún niño, su lealtad volvía a estar principalmente con su marido, y de nuevo eran compañeros. Ella cuidaba de él, y él debía cuidar de los tres. No todos los matrimonios eran iguales, pero el suyo era así.

Se puso a hacer conjeturas sobre Meg y Geoffrey cuando le interrumpió la repentina llegada del propio Geoff.

El masaje lo había recuperado de manera extraordinaria, aunque aún se veían en él trazas de la experiencia. Pero de todos modos, su aspecto general bordeaba lo estrafalario, pues solo cubría su desnudez con un albornoz deportivo que le había prestado Sam. Aquella prenda le quedaba un poco corta, pero cualquier deficiencia quedaba eclipsada por la pródiga exhibición de cabezas de caballo coloreadas,

herraduras y máscaras de zorro. No obstante, parecía indiferente a la ropa que llevaba, o a la que no llevaba. Su cuerpo fuerte y recio estaba tenso bajo la seda, y su barbilla asomaba beligerante. Un observador menos perspicaz habría creído que estaba enfadado, pero Champion, tras observarlo con atención, le diagnosticó una experiencia emocional insólita, y las primeras palabras de Geoffrey le demostraron que tenía razón.

—Así que está aquí —dijo aliviado—. Mire, esto es algo terrible. ¿Qué sabe acerca del asunto? No veo por qué nadie iba a saber algo excepto usted, así que tendrá que apoyarme si el inspector empieza a quejarse. —Tenía una mirada dura y sombría, y la mano le tembló un poco al sacar dos hojas dobladas del bolsillo del albornoz y entregárselas—. Tenga, aquí tiene una carta de Martin Elginbrodde.

Campion se incorporó.

—¿De verdad? ¡Eso es algo extraordinario! ¿De dónde la ha sacado?

—De Sam. ¿Puede creerlo? —Geoffrey lo miraba apelando directamente a él—. La tuvo siempre. Dice que su intención era entregármela después de la ceremonia, tal como le prometió a Elginbrodde que haría, pero que esta tarde Meg le dijo por teléfono algo que le dio una pista, así que se puso a buscarla y la encontró. La había tenido escondida detrás de la pequeña vitrina que hay sobre la repisa de la sala. La metió allí detrás porque supo que estaría a salvo, y allí la dejó.

Lanzó una repentina carcajada y se sentó al otro lado de la chimenea.

—Debería haberlo imaginado —dijo—. Él era la persona más obvia, o al menos eso creo. Es a quien yo se la habría entregado. Léala, Champion. Es lo que Havoc está buscando. Tiene toda la razón. Incluye un par de notas para que las lleve a las autoridades locales, tal como Havoc explicó.

Cuando el señor Champion desdobló las hojas, aquella voz grave y agradable siguió hablando, ahora un poco ronca.

—No se la he enseñado a él. Él no me ha pedido leerla, y yo no pensé que debiera enseñársela, por si le rompe el corazón. Ya lo verá. Debió de escribirla antes de la incursión, y es evidente que todavía pensaba en la carta cuando habló con Havoc en el acantilado. Está dirigida al señor don... dos espacios en blanco, y señalada con la palabra *personal*.

Campion comenzó a leer. La letra era pequeña y masculina, más propia de un hombre de acción que de un escritor, y el estilo le impactó profundamente: su sinceridad cándida y vigorosa cayó sobre él con la fuerza de su personalidad.

Visitor's Club, Pall Mall, SW1.

4 de febrero de 1944

Querido señor:

No se me ocurre otra manera de dirigirme a usted, pero espero que comprenda que no pretendo ser tan formal como se deduciría de este encabezamiento. Mi

predisposición hacia usted es de lo más favorable. Si le llega esta carta, yo no estaré en este mundo, sino, si entiende lo que le digo, donde espero que Dios me lleve. Meg es una persona tan espléndida que merece una vida de verdad con un hombre que esté loco por ella. Sé que usted estará (borrado), o de otro modo ella no se casaría con usted. Por favor, comprenda que me doy cuenta de que mi intrusión en su vida en este momento es «excesiva», por decirlo de una manera suave, pero hay algo que tiene que hacer.

En el antiguo almacén para el hielo del jardín de la casa de Sainte-Odile-sur-Mer (Meg conoce el lugar, que no puedo dejarle a ella porque no es mío, pero el contenido lo será, y eso es lo que le he dejado) estaba el tesoro de Sainte-Odile. Es para que Meg haga con él lo que se le antoje, siempre y cuando procure que esté a salvo. Estados Unidos no sería un mal lugar, tal como parece que va el mundo. Si es usted pobre, naturalmente haga que lo venda. Cualquiera que pague mucho por él obviamente lo pondrá a buen recaudo. La seguridad es todo lo que importa. Si yo desaparezo, y seguro que lo he hecho si lee esta carta, nuestra familia de Sainte-Odile tampoco existirá, así que alguien tiene que hacerse cargo.

No le confío a Meg la labor de hacerse con él por sí misma, ni tampoco a su querido padre, el cual, como ya sabrá ahora, no es exactamente un hombre de mundo. Y ello porque, caso de que la casa aún esté en manos enemigas, o Francia se halle en un estado de agitación, el trabajo sería demasiado peligroso para ellos. Y también les preocuparía, cosa que tampoco quiero. Lo mismo se puede decir de Sam. Es un tipo de fiar y la persona más amable y honesta del mundo, pero esto podría ser un asunto delicado. Ignoro lo que puede haber ocurrido, ya ve. Eso es lo que resulta más preocupante. Para serle franco, no me imagino a Sam manejando este asunto, pero le confiaré esta carta. Comprenderá por qué. Es la persona más de fiar del mundo, y con él sé que la carta le llegará solo a usted.

Le endoso esta tarea porque soy lo bastante engreído como para creer que usted será el mismo tipo de persona que yo, y no tendrá ningún reparo, sino que simplemente irá allí y lo cogerá en cuanto la cosa parezca posible (no lo es en las presentes circunstancias, como usted comprenderá. Cuento con que las cosas hayan cambiado, e incluso quién sabe si mejorado). Las ancianas de los alrededores de Sainte-Odile solían decir que «Una mujer que ama de verdad ama siempre al mismo hombre». (No se lo he puesto en francés porque puede que usted no lo comprenda; si lo habla, por favor perdóneme, pero es vital que comprenda exactamente lo que estoy diciendo). Tal como yo lo entiendo, lo que quieren decir es que una mujer solo ama de verdad al mismo tipo de hombre toda su vida, así que mi suposición es que usted y yo somos bastante parecidos en las cosas importantes. Espero que esto no le ofenda. Como estoy a punto de salir para una misión peligrosa, me resulta un gran consuelo.

No se preocupe. El tesoro es fácil de transportar, pero hay que llevarlo con mucho cuidado. En un trozo de papel aparte le contaré en qué lugar preciso del almacén para el hielo está. No sé por qué lo hago, solo porque me parece más

seguro. Lo escondí yo mismo, por eso puede que todo parezca un poco raro. Vaya con mucho cuidado cuando entre.

Naturalmente me doy cuenta de que a lo mejor todo esto es una pérdida de tiempo. Es posible que se lo hayan llevado o que una bomba haya impactado directamente en la casa. Si es así, olvídelo; ya no tiene remedio.

Pero en ese caso, no le cuente nada a Meg. Nunca le he contado nada de este asunto, y es por esta razón. Después de todo, si ya no puede ayudar lo único que hará será preocuparse, y creo que ya se ha preocupado bastante.

Si la guerra ha terminado de manera satisfactoria, puede que todo sea bastante sencillo. Solo en el caso de que sea así, le incluyo algunas cartas para unas cuantas personas que podrían serle de ayuda si todavía están por allí.

Eso es todo. Por favor, vaya y cójalo en cuanto le parezca viable, y entrégueselo a Meg.

Dele un cariñoso saludo a Meg, pero no le diga que es de mi parte. Como comprenderá perfectamente (si es usted como yo espero), ahora que estoy muerto prefiero que me dejen descansar. Lo dejo en sus manos, amigo.

Buena suerte, de parte de otro hombre con suerte, y se lo digo en serio.

Muy atentamente,

Martin Elginbrodde

Comandante

El señor Champion se quedó mirando la firma unos segundos antes de volver a leer otra vez la carta. La habitación estaba en silencio. Geoffrey se había quedado mirando el fuego.

Cuando completó la segunda lectura, Champion le entregó la carta. Tenía la cara pálida e inexpresiva, y los ojos ensombrecidos detrás de las gafas. Geoffrey la cogió y se la intercambió por una tercera hoja.

—Esto es lo que había adjunto. Será mejor que lo vea.

Mientras Champion leía la única línea que había escrito en letra perfecta, levantó las cejas.

—Extraño —farfulló—, pero muy claro. Sí, entiendo. ¿Qué va a hacer ahora?

Levett aplastó aquellas finas hojas hasta formar tres bolas apretadas y las arrojó una tras otra sobre los carbones al rojo. Unas llamas azules saltaron de la nada para devorarlas. Cuando pasaron de negras a blancas, habló.

—Después de todo, era una carta personal —dijo, y sus ojos tímidos se encontraron con los de Champion durante un instante—. No veo a ningún grupo de funcionarios suspirando por cogerla, ¿y usted?

El señor Champion no habló en seguida. Estaba pensando en lo sorprendente que era aquel hombre. Justo cuando uno pensaba que lo conocía, se encontraba con nuevas profundidades. Durante aquel día había llegado a apreciarlo enormemente, pero no había sospechado esa sensibilidad. Se dio cuenta, y eso le impresionó, de lo

acertado que había estado Martin, de lo lúcido que había sido el corazón de Meg.

—Estoy de acuerdo —dijo en voz alta—. ¿Y ahora?

—Ahora vamos a comer algo e iremos a buscarlo en seguida, tal como pide en la carta. —Geoff volvía a ser el de siempre, enérgico, determinado y capaz como el que más—. No tiene sentido que nos demoremos. Eso sería buscarse problemas. Pondremos al corriente a la policía y nos iremos los cuatro, usted, Amanda, Meg y yo. Esta noche conduciremos hasta Southampton, con niebla o sin ella, cogeremos el primer barco hasta Saint Malo, y nos llevaremos el coche para luego bajar por la costa. Mi impresión es que si Meg se marcha de aquí ahora mismo todo el mundo estará más seguro, y como es algo que hay que hacer, vamos a hacerlo sin demora.

Cuanto más consideraba la propuesta el señor Campion, más le gustaba. Le había dicho a Amanda la verdad al expresar que le parecía que Havoc era «cosa de la policía». No había ningún misterio concerniente a su culpabilidad. No era más que alguien al que había que atrapar y matar, y a Campion no se le daban muy bien los deportes sangrientos.

En cuanto a las chicas, Geoffrey tenía razón. Cuanto más se alejaran del escenario de aquella cacería, mejor. Miró su reloj.

—Luke ya debería haber llegado —observó—. Vístase y hablaremos con él. Si creo conocerlo bien, estará fascinado. Por cierto, ¿qué espera encontrar, exactamente?

—No tengo ni la menor idea. —Geoffrey se puso en pie, y exhibió un aspecto robusto y espléndido, como el hombre que sustenta la pirámide humana en el circo—. Cualquier cosa. Es algo frágil y voluminoso, es todo lo que se sabe. Un candelabro de cristal, quizá, o incluso un servicio de té. Algo a lo que tenían mucho aprecio cuando Elginbrodde era niño. Las familias poseen los tesoros más extraordinarios. Mi abuela prefería que un niño se muriera de hambre antes que vender un reloj que a lo mejor era un adefesio. Pero eso no importa. La cuestión no es el valor intrínseco de la cosa. La cuestión es que era su tesoro y quería que Meg lo guardara y lo tuviera a salvo. El valor es muy relativo. Lo pensé cuando me tenían atado, mientras escuchaba a ese atajo de matones enloquecidos. Hitler codiciaba el mundo de hoy día. ¡Bueno, Campion, fíjese en lo que se ha convertido el mundo hoy día! No, seguramente encontraremos un busto de Minerva o un juego de accesorios para chimenea, y dadas las circunstancias arriesgaría mi vida para dárselo a Meg. Tengo que hacerlo. Ahora está en mis manos. Vamos, ¿no me diga que está usted pensando en doblones de oro?

Campion se rio.

—No —dijo—, no exactamente. Aunque puede que esa idea se le ocurra a Luke, y no querría desilusionarlo. No es ningún optimista soñador, pero tiene que cazar a esos tipos y conseguir que los ahorquen, y sería algo compasivo dejarle compartir el sueño de esos tipos el mayor tiempo posible. Por el momento, Havoc está cuando menos creando una tragedia. En cuanto se convierta en una tragicomedia... —Se encogió de hombros y no acabó la frase.

Geoffrey lo observaba con curiosidad. Él también encontraba en su nuevo amigo

más de lo que había esperado.

—Exacto —dijo—. Nos dejará marchar, ¿verdad?

—Eso creo. Se trata de un procedimiento bastante ortodoxo. Fase uno, recuperar el botín. Su única inquietud, por lo que se refiere a usted, es que podría estar protegiendo a alguien. El contacto de Havoc.

Expresó la sugerencia a la ligera, pero su mirada fue inquisitiva. Geoffrey lo miró a los ojos sin titubear.

—No creo estar protegiendo a nadie. Ya se lo dije. Havoc mencionó un contacto, pero no sugirió que fuera nadie de la casa. ¿Y quién iba a ser? ¿Le preocupa la seguridad de mi futuro suegro?

—No. La verdad es que me parece que eso sería presuntuoso. Ya hay quien se ocupa de tío Hubert. Muy bien, pues, le veo abajo en cuanto sea posible. Naturalmente, tengo que preguntarle a mi mujer.

—Yo ya se lo he dicho a la mía. —Geoffrey hablaba tan alegre y confiado como el propio Rupert—. Me la encontré en las escaleras y le dije que preparara una bolsa de viaje. Irá como el rayo si Amanda también va, pero si no, naturalmente tampoco la dejaré ir. En eso estamos todos chapados a la antigua. Le veo en cinco minutos.

Los llamativos faldones de su albornoz desaparecieron por la puerta, y Champion se quedó sonriendo. Decidió que Geoffrey «daría la talla». Le había gustado el comentario sobre los accesorios para chimenea, y no dudó de que el muchacho había hablado en serio. Si el tesoro resultaba ser la baratija más vulgar, seguiría honrándolo. Champion ya podía ver un juego de accesorios para chimenea colocados en un joyero cinco veces más valioso, empotrado en la pared de la sala, un adefesio que le daría algo en que pensar a Geoffrey durante el resto de su vida. Era de esos hombres viriles, un triunfador de esos que hemos visto alguna vez a lo largo de la vida.

De todos modos, un momento después frunció el entrecejo en un esfuerzo infructuoso por recordar. Desde que oyera el relato por primera vez aquella tarde, no había dejado de hurgar en el inmenso batiburrillo de información miscelánea al que debía su fama, en busca de algo que hubiera olvidado. En alguna parte, en algún momento, quizás en alguna vieja guía, o entre las reminiscencias de las fabulosas *grandes dames* que habían poblado su infancia, había oído hablar antes del tesoro de Sainte-Odile.

Capítulo 15

Pobre gente

Una paz antinatural se había posado sobre la casa cuando aquella noche, ya tarde, Luke se sentó en el estudio en compañía del canónigo Avril. Los dos coches habían partido un rato antes. Rupert y Lugg, con el perro roncando entre los dos, estaban ya de camino hacia el santuario de los caminos de Suffolk, mientras los cuatro buscadores del tesoro tanteaban a través de la niebla en dirección contraria, en su intento de coger el primer barco que partía de Southampton hacia Saint Malo.

La rectoría estaba tranquila sin ellos, aunque de ningún modo vacía. El sargento Picot se hallaba apoltronado en una silla de respaldo duro en el pasillo de la parte delantera, mientras en el sótano dos de sus hombres hacían la ronda cada media hora. En el interior de la casa, Sam seguía trabajando en el artículo que debía estar en la mesa del editor por la mañana. Emily y sus abuelos dormían en los dos pequeños dormitorios que había pasada la cocina, y, en el elegante dormitorio de Meg, la señorita Warburton, a la que habían convencido para que abandonara su casa por la noche, se cepillaba sus cabellos lacios delante del espejo.

En el estudio, caldeado y de una atmósfera azulada a causa del humo del tabaco, el fuego de carbón crepitaba suavemente a medida que la ceniza blanca caía, y resultaba audible en el silencio que se había formado entre los dos hombres. Luke estaba en el escritorio. El canónigo había insistido en que lo ocupara para poder desplegar con comodidad aquellos trocitos de papel en los que tomaba sus notas. Avril solía perder sus propias notas, a menudo en el púlpito, y comprendía perfectamente que podía llegar a ser un auténtico fastidio. El inspector jefe agradeció sus razones, pues se había propuesto comprender cada ínfimo detalle de aquel hombre.

Tal como Champion había reconocido la primera vez que lo vio, Charlie Luke estaba destinado a convertirse en uno de los mejores policías. Poseía la cualidad primordial que aparece en todos los gigantes de su profesión, y que es muy distinta de cualquier otro mérito que puedan exhibir. Contaba con esa inquebrantable constancia que solo deriva de un interés casi antinatural. El hombre era un interrogante con patas y perseguía a su presa con la apasionada paciencia de un devoto en busca de la salvación. Después de treinta y seis horas sin dormir, sus ojos, rodeados por una orla roja, brillaban como los de un pájaro.

El sargento Picot y sus hombres se habían pasado el día recabando información en la plaza Saint Petersgate, aunque no habían sacado en claro gran cosa. Luke había digerido las notas que le habían entregado y ahora trabajaba en ellas. Llevaba ya un buen rato hablando con el canónigo de Jack Havoc, consumiendo deliberadamente aquellos preciosos minutos, poniendo todo lo que tenía en la labor, avanzando a

tientas, vigilando como un gato, dejando que su intuición le llevara donde la inteligencia no llegaba.

El canónigo Avril estaba escuchando. Permanecía sentado en una vieja silla, con sus torpes dedos entrelazados delante de su chaleco negro. Parecía un hombre sabio y bondadoso, pero no había manera de saber lo que pasaba detrás de sus ojos serenos. Luke se dijo de pronto que ojalá nunca tuviera que jugar con él al póquer. Lo intentó de nuevo.

—Normalmente, señor, conocemos a esos tipos como si fueran nuestros hermanos. —Extendió la mano izquierda y la cerró como si contuviera otro puño—. Conocemos a sus familias y aunque no se puede decir que los amemos, mantenemos una estrecha relación con ellos. Havoc es una excepción. No sabemos nada de su vida antes de su primera condena en 1934. Tenía dieciséis años, o eso dice, y eso parece ser todo lo que le sacaron. Tampoco su verdadero nombre, naturalmente.

—¿Ah, no? —El anciano no pareció sorprendido, simplemente interesado.

—A mí no me parece muy normal. ¿Y a usted? —Luke apeló a él—. Es como muy rebuscado^[5]. Yo diría que se lo inventó, al igual que haría un niño para dárseles de importante. Al parecer, nosotros lo aceptamos. Supongo que no nos quedó otro remedio. Sea como fuere, entró en el reformatorio de Borstal con el nombre de Jack Havoc, y como Havoc, J., aparece en los archivos de la policía. Dijo que procedía de ninguna parte, nadie se presentó a reclamarlo y desde nuestro punto de vista su vida comenzó entonces.

Como Avril no dijera nada, Luke extendió las manos hacia él.

—Todo lo que sé de él es lo que he podido sacar de los archivos. No figuró en ninguna lista de sospechosos durante cinco años porque estaba en la cárcel, y anteriormente anduvo desaparecido, probablemente en el ejército. Es la primera vez que tengo que vérmelas con él y lo más sobresaliente, desde mi punto de vista, es que, según la información que me han pasado, ha sido capaz de desaparecer en dos ocasiones anteriores igual que lo ha hecho ahora.

El canónigo asintió con su cabeza de cabellos grises y alborotados.

—Entiendo —dijo, como si se estuviera convenciendo a regañadientes—. Usted cree que debe de tener amigos entre personas con las que la policía... no está a partir un piñón. Entiendo.

—Es evidente, ¿no le parece? —El cansancio revelaba la fuerza vital del inspector jefe, y las palabras salieron como bombeadas, brillantes y vivas como la sangre de una arteria—. ¿Dónde consiguió el traje que llevaba? El señor Levett dijo que era hecho a medida, y eso es algo que él debería saber. ¿De dónde lo sacó Havoc tan rápidamente? ¿Quién se lo preparó? ¿Quién le estaba esperando para facilitarle la huida? —Hizo una pausa, con la cabeza ladeada—. Es significativo —prosiguió al fin — porque la única persona que conocemos que estuvo en comunicación con él mientras estaba en la cárcel es una anciana de Bethnal Green que tiene una casa de huéspedes en la que él estuvo alojado. La conocemos perfectamente, y en cuanto nos

enteramos de su huida comenzamos a vigilarla, pero Havoc no apareció por allí, y los contactos de ella están vigilados desde entonces. No ha sido ella. ¿Quién, entonces?

Se recostó en su silla y puso las manos detrás de la cabeza.

—Naturalmente —añadió con desarmante humildad—, a pesar de todo la policía no siempre es tan concienzuda. Esa mujer tiene dos hijas que trabajan en diferentes tiendas del West End. Aunque no hemos perdido de vista a la madre, pues se sabía que se carteaba con un convicto, nadie se molestaba en vigilar a las hijas. Y eso que viven en la misma casa. Cualquiera ha podido mantenerse en contacto con Havoc a través de una de ellas. Las dos mujeres son unas caraduras. Hoy las han interrogado, pero no dicen nada. ¿Por qué iban a hablar?

Avril suspiró.

—Dieciséis años, y nadie fue a reclamarlo —dijo lentamente—. Eso debió de ser terrible.

Había hablado en el mismo tono calmado de antes, pero el dolor que transmitió fue tan intenso que Luke perdió totalmente el hilo de la conversación. Había tomado la decisión de escuchar el punto de vista contrario, y esperaba oír hablar sobre los sufrimientos de una familia respetable cuando uno de los hijos la traiciona. Ese era el aspecto más atractivo para su imaginación, y se había preparado para rebatirlo sin mucho entusiasmo. Ahora se sentía doblemente desconcertado.

—Probablemente, señor —añadió amargamente—, pero ese hombre tampoco me parece un ejemplo de chaval adorable. Él y otros dos robaron la furgoneta de una lavandería, atropellaron a un cartero, mutilándolo de por vida, y le robaron la saca, abandonándolo en la carretera. Luego estrellaron el vehículo mientras se peleaban por el correo. Uno de esos brutos murió en el acto, el segundo quedó gravemente herido y Havoc fue arrestado mientras intentaba escapar. En la investigación se descubrió que el joven herido había conocido a Havoc aquella misma tarde, y los padres del difunto tampoco pudieron identificarlo. Había arrancado cualquier cosa que permitiera identificar su ropa, fíjese, o sea, que ya sabía lo que se hacía. Eso fue en mayo del treinta y cuatro, en Ilford.

Acabó de relatar aquella historia con cierta despiadada satisfacción y observó al anciano con aire expectante.

Avril no dijo nada. Hundió la barbilla en el pecho y su mirada ausente se clavó en la madera lustrosa de la base del escritorio. Luke estaba seguro de que el canónigo no estaba al corriente de todo aquello, pero no adivinaba qué efecto le había producido. Prosiguió con mucha cautela.

—La señora Cash —dijo—, la mujer que presta dinero. Habíamos depositado muchas esperanzas en ella, ¿sabe?

—Ah. La americana de *sport*. Ya me imaginaba que lo habrían pensado. ¿Y adonde les ha llevado? —La directa inteligencia de Avril resultaba reconfortante.

—No muy lejos —admitió Luke—. Su historia, cuando Picot la interrogó a solas, fue que un comerciante le pidió que se la consiguiera, punto que fue confirmado por

el hombre. Dice que Duds entró en su tienda de la calle Crumb y le pidió si podía conseguirle una americana o un traje viejos de Martin Elginbrodde, y le dio la dirección. Le explicó que era actor y que tenía que encarnar a su antiguo oficial en una cena. El comerciante no vio ningún mal en ello, y sabía que la señora Cash, con la que a veces tenía trato comercial, vivía en esa plaza, así que fue a verla. Eso es lo que cuenta. No hay quien lo saque de ahí.

Avril asintió.

—Ingenioso —dijo de manera inesperada—. La señora Cash no está implicada.

Charlie Luke lo miró con curiosidad.

—Tengo entendido que usted la conoce desde hace mucho tiempo, señor. Ella le dijo a Picot que desde hacía más de veinticinco años.

—Veintiséis —asintió el canónigo—. Mi esposa me convenció de que le permitiera vivir en esa casita hará veintiséis años en otoño.

—Era viuda y tenía un hijo, un muchacho. ¿Es esto cierto?

Luke, que habitualmente no hablaba de manera tan afectada, esperó que sus palabras no hubieran sonado demasiado trascendentes.

—Del todo. ¿Se lo contó ella?

—No. Me lo contó la señora Talisman. No hemos molestado a la señora Cash desde ayer por la noche. Le hizo una declaración completa a Picot y le permitió inspeccionar la casa, cosa que no tenía por qué hacer. Desde entonces simplemente mantenemos vigilado el lugar, al igual que vigilamos toda la plaza. Tampoco es muy fácil, con este tiempo. Hoy no ha salido.

—Eso me ha dicho. Al parecer se ha resfriado.

Luke se incorporó.

—¿Eso fue cuando la visitó esta tarde? —Estaba molesto. Se había estado guardando ese detalle y ahora el anciano se le había adelantado. Avril pareció un poco sorprendido por su tono.

—Naturalmente —dijo—. Ha sido la única vez que la he visto hoy.

—¿Le importaría decirme por qué fue a visitarla?

—En absoluto. Le pregunté si le importaría venir y buscar las actas de la última reunión del Comité Educativo Diocesano. Dijo que no podía. Que estaba resfriada.

Luke se lo quedó mirando sin expresión. Se dijo que lo único que sabía con certeza de aquel hombre era que no le mentiría. De eso no tenía la menor duda.

—Entiendo —dijo por fin—. No había pensado en ello. Supongo que, como ocurre con todo el mundo, su trabajo tiene que continuar pase lo que pase a su alrededor.

El anciano le sonrió.

—Debería ser así —asintió—, pero una parte de ese trabajo es bastante trivial, ¿sabe? A lo mejor no sería mala idea subir el precio del papel. Esos impresos que nos enviamos el uno al otro me recuerdan un antiguo juego de mesa al que llamábamos «Consecuencias», solo que los resultados eran mucho más humorísticos, o eso

pensábamos.

Luke sonrió. Aquel hombre le caía bien.

—Así que la señora Cash está resfriada —dijo—. Me pregunto si estará levantada. ¿Notó si tenía mala cara?

—Me temo que no. La entrada estaba bastante oscura.

—Lo sé. Y no se quedó ni un minuto. Es lo que he oído. —Luke olvidó el incidente y volvió al meollo del asunto—. Y ese hijo suyo —comenzó a decir sin levantar la vista, aunque subiendo y bajando la mano como si calculara la altura del muchacho—, ¿recuerda usted exactamente cuándo murió?

Avril se lo pensó.

—El año no —dijo por fin—, pero fue justo después de la Epifanía... a primeros de enero. Yo estaba en cama con gripe y el funeral se retrasó.

—Eso es lo que me han dicho. —Luke no parecía muy convencido—. La señora Talisman dice que fue en enero del treinta y cinco. El chico tendría catorce o quince años, pero estaba bastante crecido. —Ahora que estaba a punto de poner a prueba la única teoría defendible que se le había ocurrido, su endebles lo dejó consternado, aunque prosiguió resueltamente—. Mi información es que el niño murió en el campo, donde llevaba ya algún tiempo, que luego llevaron el cadáver a la casa de la madre y que permaneció allí una noche antes de que lo trasladaran al cementerio de Wilsford. Usted estaba en cama, pero su esposa, la difunta señora Avril, entró a ver a la madre en su nombre. Y ahora, señor, esta es la única pregunta que he de formularle. La señora Talisman está segura de que cuando la señora Avril regresó, le mencionó que había visto el cadáver. El niño había cantado en el coro de la iglesia, así que ella lo conocía bien, y dijo que lo había visto muerto. ¿Se acuerda usted de ese episodio?

Avril levantó su delicada cabeza.

—Sí —dijo—. Mi pobre Margaret. —La cara le cambió solo un momento. El dolor apareció y pasó como la sombra de una hoja al viento, pero su intensidad fue tan grande que Luke, todavía joven, se quedó consternado al descubrir que podía existir.

El inspector jefe se quedó desconcertado. Sus mejillas se ensombrecieron, y se maldijo por entregarse a teorías sin fundamento. No deseaba torturar a su nuevo amigo, cuyo pesar por su difunta esposa era evidentemente muy hondo. Archivó por completo su teoría de «la sustitución del niño». Desde el principio había sido una esperanza vana. Se le había ocurrido cuando Picot le había dicho que la señora Cash era una persona insensible. Algo conocía de la insensibilidad de ciertas mujeres, y se le había ocurrido que una viuda egocéntrica, que ganaba dinero de una manera turbia bajo una apariencia de gran respetabilidad, a lo mejor habría preferido que sus vecinos creyeran que su hijo estaba muerto antes de permitirle que se convirtiera en un peligro permanente para ella, sobre todo si eso le daba libertad para hacer lo que pudiera por él en secreto.

La maniobra de sustitución no habría sido fácil, pero tampoco imposible para una

mujer con la que mucha gente empobrecida estaba en deuda, pensaba el inspector jefe. Era un barrio peculiar. En él el inspector incluso había conocido a algunos empresarios de pompas fúnebres bastante turbios.

Lo que más le había interesado habían sido las fechas. En mayo un muchacho había sido enviado al reformatorio de Borstal y casi en la misma fecha otro muchacho había sido «enviado al campo porque tenía un carácter difícil», y en enero había muerto. No obstante, si la señora Avril había visto realmente el cadáver del niño, entonces no había más que hablar.

Cogió las fotografías oficiales del hombre en búsqueda y captura, que estaban delante de él en el escritorio. No eran buenas. La señora Talisman no había podido escoger entre muchas, y Picot no la culpaba. La cara era inexpresiva y sin vida.

Luke le acercó la ficha a Avril, quien le echó un vistazo y se la devolvió con un gesto serio.

—Este es el pájaro que buscamos, señor.

—Y cuando lo cojan, ¿qué harán con él? —Por primera vez, una mueca de rebeldía se había colado en la comisura de la boca del anciano. En su tono había un atisbo de amargura—. Juzgarlo, encerrarlo durante tres semanas y finalmente ahorcarlo, supongo, pobre tipo.

El epíteto hirió en lo más vivo al insobornable perro pastor que había en Luke, y la cólera, descarnada y extrañamente cándida, resplandeció súbitamente en sus ojos almendrados.

—Ese hombre —explotó— ha matado a un médico que intentaba ayudarlo, a un conserje que tenía edad para ser su padre, a una mujer inválida que estaba en la cama y a un muchacho que daría la mano derecha por tenerlo ahora aquí conmigo. Hoy he tenido que ir a ver a la madre del muchacho y no he podido mirarla a la cara. —Estaba tan furioso que le faltaba poco para llorar, pero consiguió controlar su inmensa y ruidosa maquinaria y mostrarse impresionante en su contundencia—. Ese hombre es un asesino furioso —prosiguió brutalmente—. Acuchilla a diestro y siniestro como si la vida humana no tuviera ningún valor y ninguna de las pobres criaturas que se interponen en su camino tuviera derecho a existir. ¿Y todo para qué? Por un tesoro enterrado sacado de un libro de cuentos, que a lo mejor no resulta ser nada más excitante que una botella de ginebra. No tiene derecho a la vida. No hay lugar para él en este mundo. Naturalmente que lo colgarán. Cielo santo, señor, ¿usted no lo colgaría?

—¿Yo? —El canónigo se recostó en su silla asombrado. Había observado la furia de su interlocutor con un gesto de honda aprensión que generalmente reservaba para cuando tenía que contemplar alguna operación dolorosa pero habitual, quizá la extracción de una muela. Sentía lástima por esa persona, pero no compartía el dolor—. ¿Yo? —repitió—. No, muchacho, no. Yo no habría sido un buen juez. Es algo que he pensado a menudo. Debe de ser un trabajo terrible. Piénselo —añadió mientras Luke se lo quedaba mirando—. Por mucho que un juez esté protegido por la

experiencia y la lógica de la ley, debe de haber veces (sé que no muchas, o no tendríamos jueces) en que hay que responder a la misma terrible cuestión. No planteársela, ya ve, sino contestarla. De vez en cuando tiene que decirse: «Todo el mundo coincide en que este color es el negro, y mi razón también me lo dice, pero en el fondo de mi alma, ¿lo sé?».

Los ojos con los que se encontró Luke mostraban una franca consternación ante esa perspectiva.

—Debe de ser un momento temible —dijo Avril—. Es tanto lo que depende de él. Si no considerara su propia posición sería inhumano, y naturalmente ninguno de nosotros lo es. Yo habría fracasado irremediabilmente, ¿y usted?

Charlie Luke no hizo ningún comentario. No se le había ocurrido que tendría que considerar alguna vez esa cuestión. Se dijo que era como si aquel viejo canónigo le hubiera empezado a hablar en griego.

—Bueno, jefe —dijo—, ¿qué haría usted?

—He estado pensando en ello todo el día. —Avril habló con aire ausente y se quedó contemplando el fuego extinto que silenciosamente se convertía en ceniza. En su cara plácida se veía la expresión llena de autoridad pero a la vez retraída que solo aparece en los hombres cuando están entregados a su labor especializada. Detrás de aquella cabeza desgredada la oscura vitrina formaba un tapiz de color apagado, pero al cabo de un instante, a medida que el silencio se prolongaba, Luke sintió que ese escritorio inquisitorial se había convertido gradualmente en un pupitre escolar. Finalmente el hombre se movió y su encantadora sonrisa rompió el hechizo.

—El mío es un trabajo muy técnico —dijo en tono de disculpa—. Creo que no puedo decirle nada que le sea de gran ayuda, excepto lo siguiente, si me perdona una gran impertinencia. No se me ocurriría mencionarlo en circunstancias normales, pero como entra dentro de mi competencia y puesto que es posible que usted lo haya pasado por alto, a lo mejor le resulta de una ayuda inestimable. Ojo con la cólera. De todos los obstáculos es el más difícil de eliminar. Pero es el alcohol del cuerpo, y lo peor que tiene es que embota las percepciones.

Lo dijo con tanta seriedad y con una buena voluntad tan evidente que resultaba imposible ofenderse, y Luke, que ya las había visto de todos los colores, se llevó un susto de muerte. Los ojos con los que se encontró eran tan sagaces como los del subinspector.

Avril se puso en pie.

—Debería comer algo antes de marcharse —dijo—. Este país parece decidido a expiar sus pecados instituyendo una cuaresma permanente, pero debe de quedar algo en la despensa. Bajemos a echar un vistazo.

Luke rechazó el ofrecimiento con verdadero pesar. Y no solo porque estaba hambriento. Avril le caía bien, y le habría encantado que le siguiera sorprendiendo. Pero tenía trabajo esperándolo en la calle Crumb. Al poco se alejaba a través de la niebla, todavía sin tener muy claro qué advertencia había pretendido darle el

canónigo con aquella última e inverosímil frase.

No le parecía que sus percepciones estuvieran embotadas, y no podía imaginarse en qué podía haberse equivocado, pero siempre estaba dispuesto a admitir que podía haber pasado por alto algo importante. El hecho de que hubiera ocurrido no era culpa suya. A nadie se le había ocurrido decirle que el canónigo nunca utilizaba la palabra *pobre* para describir a un hombre o una mujer simplemente porque ya no estuvieran vivos. Esa costumbre, en alguien de su profesión, le habría parecido ilógica o grosera.

Todos los que vivían bajo su techo estaban tan al corriente de ese hecho que al anciano no se le había ocurrido explicárselo a Luke. Cuando tío Hubert calificaba a un ser humano de pobre, pretendía transmitir que, por accidente o con intención, había hecho algo malo.

Capítulo 16

Misión

Cuando el canónigo Avril se aseguró de que la puerta principal estaba cerrada con llave, cosa que le pareció un tanto divertida al sargento Picot, que estaba sentado delante de ella, se fue a la cama, o habría ido la cama de no haber sido porque la señorita Warburton apareció en su camino con un vaso de leche humeante en la mano.

La mujer iba en batín, y estaba tan decidida a no sentir ningún tipo de vergüenza que habló con una frivolidad muy adecuada a las circunstancias.

—¡Por fin te encuentro, don juerguista! —proclamó con una voz estruendosa—. Levantado hasta las tantas, de cháchara con la policía. Toma, coge esto y bébetelo todo. Te he puesto algo para dormir, pues si no pasas una buena noche mañana estarás como un trapo, y cualquiera sabe lo que nos traerá, después de lo que hemos pasado hoy.

Avril bajó la mirada hacia la cara amable y poco agraciada de la mujer, suavizada ahora con un arrebol de juventud tardía, y le sonrió con enorme cariño. Ninguna de sus hermanas se le parecían en lo más mínimo, pero Avril deseó que hubieran sido como ella. ¡Querida «Decimal»! Se portaba tan bien con él.

Le agradeció la leche con un gesto serio, aunque no tuviera intención de bebérsela, y se la llevó con mucho cuidado a su dormitorio, que se hallaba en la planta baja, justo detrás de la salita, mientras ella permanecía apoyada en el marco de la puerta, muriéndose de ganas de chismorrear, pero sin atreverse a entrar.

—Hubert —dijo en un tono enérgico—, supongamos que este asesino se presenta aquí en busca de la carta de Martin. Bueno, sé que lo cogerán en seguida. La casa está atestada de detectives. Pero... bueno, no será muy agradable, ¿verdad?

—¿Para quién? —El canónigo no podía resistir la tentación de tomarle el pelo, ahora que ella aparentaba tanta mundología.

—¡No me vengas con esas! —De repente parecía que tuviera diez años, y él once—. Sé que soy anticuada en estas cosas, pero en los periódicos todavía no se ha mencionado lo ocurrido en Saint Petersgate, ya lo sabes, y yo me alegro mucho. Además —añadió con la perspicacia de los que no tienen ninguna imaginación—, podría matarnos a todos.

—Ese hombre no se presentará aquí. —El canónigo habló con una autoridad absoluta, pero ella se resistía a dejar el tema.

—¿Cómo lo sabes?

Avril frunció el entrecejo. Se preguntaba qué diría la mujer si le explicara que él sabía que Havoc no se presentaría en aquella casa porque él mismo, Avril, lo había dispuesto todo para que así fuera. Se imaginaba que su cara cambiaría exactamente

igual que la de la señora Cash aquella tarde, cuando él había llamado a su puerta y formulado la inaudita petición de que fuera a su casa a buscar unos papeles que había extraviado.

Aún podía ver aquel gesto, primero de incredulidad y luego de miedo, en aquel semblante ancho y descarado, y aún se le retorció el alma al recordar la sonrisa ladina que había sucedido a ese gesto y oía de nuevo las abominables palabras.

—No, canónigo. No saldré. Estoy resfriada. Pero no tiene de qué preocuparse. Confiaremos en su palabra. No hay nada que leer en la rectoría.

La velocidad con la que había interpretado su petición, y su rápido diagnóstico de que él la formulaba por debilidad, todavía lo tenían escandalizado.

También lo llenaba de dudas. ¿Había hecho esa jugada el canónigo porque intuía más de lo que admitía ante sí mismo y temía por los que vivían bajo su techo? ¿O de manera subconsciente había sabido que iban a tender una trampa en la rectoría y no podía soportar que ni siquiera el animal más salvaje se metiera en ella? ¿O simplemente había obedecido a un impulso tan fuerte que podría haberse denominado compulsión? Lo cierto es que no lo sabía. No había tenido ningún plan en mente, de eso estaba seguro, pues ahora que se paraba a pensarlo, la carta estaba en la casa en aquel momento, aunque él no lo había sabido. La idea de dar un paso tan extraordinario se le había ocurrido sin ningún motivo oculto en cuanto oyó la historia de su sobrino, y la llevó a cabo sin más dilación, diciéndole a Campion que tenía que salir a hacer una visita. No fue hasta después de la reacción de la señora Cash que se quedó sorprendido de sí mismo y de ella.

La señorita Warburton soportó el silencio del canónigo, pero malinterpretó su expresión.

—Vaya, estás preocupado, ¿verdad? —dijo con inquietud—. Por eso quiero que duermas. Bébetelo. Además, supongo que leerás un poco. ¿Qué pensabas leer esta noche, Hubert?

El canónigo estuvo a punto de decirle que *Las aventuras de Sherlock Holmes*, pero desistió porque eso no habría sido muy amable. La señorita Warburton tenía en común con muchas respetables damas de su edad que le fascinaba lo que ella se complacía en denominar la «Teoría de lo Correcto», y él sabía que la mujer estaba impaciente por descubrir cómo enfocaría el problema de Havoc desde un punto de vista profesional.

La teología y la moral cristianas, se dijo un tanto sombrío el anciano canónigo, todo muy bien empaquetado en grandes e infinitos libros. Ojalá fuera cierto. Ojalá cualquiera pudiera decirle cualquier cosa a otra persona. Ojalá lo que te dijeran los demás te hiciera más sabio.

—Cuéntamelo, Hubert —dijo la señorita Warburton con mucha dulzura.

—Mi querida muchacha —dijo él muy seriamente—, si tuvieras delante a un médico con un paciente del que incluso tú, como observadora inexperta, pudieras decir que está a las puertas de la muerte, ¿qué te parecería que ese estúpido médico se

fuera corriendo a su biblioteca y se pusiera a leer?

La mujer no entendía nada.

—Ah, ¿te refieres a que sabes lo que hay que hacer con él? Entonces ¿por qué no me lo dices?

—Lo que quiero decir es que no lo sé —dijo el anciano Avril, sacudiendo con vehemencia un dedo delante de la cara de la mujer—, y que si lo he sabido, no será porque lo haya leído, sino porque cuando lo lea, o lo oiga, o lo tenga ineludiblemente ante mis narices, será porque ha complacido al Todopoderoso empotrar esa realidad dentro de mi obtuso e indigno cráneo. O, si lo prefieres, la vida me habrá hecho dar tantas vueltas que el ojo que se precisa para ver ese hecho estará justo enfocado sobre él. Y eso es todo lo que te puedo decir, querida mía. Y ahora vete o pillarás un resfriado. El salmo ciento treinta y nueve es el que tanto temes. Buenas noches.

El canónigo empezó a quitarse la chaqueta y ella salió corriendo en seguida, como él sabía que haría. Cuando se quedó a solas en aquel dormitorio pequeño y oscuro que había sido la salita privada de su esposa cuando utilizaban toda la casa para ellos, cubrió el vaso de leche con un libro para evitar bebérsela de manera inadvertida. No quería dormir. No era momento de embotar las percepciones con ninguna droga, cólera o aspirina. Acababa de ver como la cólera obstruía el entendimiento de Luke. Le gustaba Luke. Un buen tipo, reflexionó; todavía le faltaban tablas, por supuesto, pero un tipo sólido, astuto y digno de aprecio. Qué increíblemente cerca había estado de la verdad... suponiendo, claro, que fuera verdad.

Avril no lo sabía. De haberlo sabido, quizá su deber habría sido contarlo. No estaba del todo seguro acerca de ese último punto, pero se sentía razonablemente seguro de que su corazón le habría guiado de manera acertada de haber surgido la ocasión. De hecho, no lo sabía, y presuponer ese conocimiento habría sido una maldad.

Se acordaba de su querida Margaret, con aquellos ojos tan grandes, y tan parecidos a los de Meg, aunque no tan inteligentes, sollozando su confesión el tercer día de su última enfermedad, cuando los dos sabían cuál sería el desenlace. ¡Qué historia tan estúpida y errática le había contado! Los cambios en el valor del dinero durante la Primera Guerra Mundial la habían pillado por sorpresa. La hermana soltera y mandona de Avril, que había manejado sus asuntos monetarios hasta que murió, no había visto con buenos ojos sus despilfarros, con lo que Margaret había pedido prestado. Había sido una suma de dinero nimia, y esa mujer, Cash, le había hecho pagar mucho, no solo en dinero sino en sufrimiento. Avril se puso muy serio al recordarlo, y solo se relajó al comprender que, felizmente, no le correspondía a él juzgar.

De todos modos, en aquel momento se había enfadado. Su enfado había embotado sus percepciones y había pagado por ello. Y todavía seguía pagando. No recordaba qué fue lo que su mujer dijo exactamente mientras sollozaba sobre su

hombro, con el miedo a la muerte acechando en su mente dulce y estúpida. ¿Le había dicho que en realidad había visto a otro niño en el ataúd abierto, o simplemente que le habían dicho que dijera que había visto al muchacho sin haberlo visto? Avril no sabía decir. Todo lo que recordaba era el dolor de Margaret.

A partir de ese momento había expulsado a la viuda Cash de su universo. No se le había pasado por la cabeza vengarse echándola de la casa. No era tanto que estuviera por encima de esas cosas como que jamás se le pasó por la cabeza. Para él, la amonestación más severa que podía hacerle a alguien era cortar totalmente con él, expulsarlo de su corazón, evitarlo, de hecho, como si fuera el mal. No se trataba de un acto disciplinario, sino de autoprotección. La señora Cash debía de haber observado en él cierta frialdad, pero eso era todo. Él no intentaba evitarla y cuando ella se arrodillaba en la iglesia ante él, el canónigo la incluía en su bendición, pues no haberlo hecho habría resultado presuntuoso, dado que en la casa de Dios no era más que un siervo.

Pero mientras lo recordaba, con la camisa aún a medio quitar, sentía como la cólera crecía otra vez en su interior. Eso lo aterró y rápidamente se puso a rezar para que eso no ocurriera y embotara su discernimiento. Avril solo tenía una oración que utilizaba aquellos días en privado. Había alcanzado esa fase en su desarrollo en la que le parecía que unas pocas líneas contenían el máximo absoluto que, desde un punto de vista puramente personal, se atrevía a pedir a su Creador. A medida que se iba quitando la ropa, plegando cuidadosamente cada prenda tal como le habían enseñado sesenta años atrás, la repitió, extrayendo de cada palabra exacta una sensación de bienaventuranza.

—Padre nuestro...

Cuando llegó a la parte que aquella noche le resultaba más importante, hizo una pausa y la repitió dos veces.

—Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal.

Eso fue todo. No quería decir nada más. Y no nos dejes caer en la tentación, pues de eso ya tenemos bastante en nuestro interior, y debemos resistir lo mejor que podamos. Mas líbranos del mal, apártanos de él, escóndenos. Cobíjanos de esa contaminación de la muerte.

Esa fue su oración, pero aquella noche no iba a ser respondida. Se dio cuenta de ello al descubrir que se acababa de poner sus gruesas zapatillas, las que tenían la suela de cuero. Aquella noche se estaba preparando para moverse.

Se le ocurrió que los psicólogos podrían explicar aquel fenómeno y decirle que su subconsciente estaba planeando hacer algo ante lo que su mente superior y ordinaria retrocedía. ¡Qué divertido era todo aquello! ¡Qué disciplina tan encantadora! Recobró la compostura. Ahí estaba, como siempre, adentrándose a hurtadillas en el lujo del intelectualismo ocioso, holgazaneando, preparándose para estar en otra parte ahora que estaba a punto de presentársele una nueva tarea, y la sentía tan inminente.

Se puso la bata para subir al cuarto de baño. Era todo un viaje llegar a la primera

planta. Meg, a quien le encantaban ese tipo de prendas, le había cosido una bata a partir de una fórmula encontrada en los archivos de un monasterio del siglo XIII. Las instrucciones habían sido fáciles de seguir: «De una recia lana negra cortar cuatro partes iguales, cada una de la estatura del hermano de la nuca a los talones, y de una anchura que le cubra los hombros de codo a codo. Que la primera le cubra el pecho izquierdo y la segunda el derecho, y que la tercera le cubra por detrás. A continuación la cuarta pieza se doblará en tres, y la primera se utilizará para el brazo izquierdo, la segunda para el derecho, y la tercera y última para la cabeza. Así quedará cubierto, y un metro de cuerda le rodeará la cintura».

Avril había considerado que lo de la cuerda era un tanto teatral, y utilizaba un cordón de pijama, pero la simplicidad y el calor de la prenda le agradaba, y en su casa todos estaban acostumbrados a encontrarse con aquella figura ataviada con un hábito caminando por los pasillos llenos de corrientes. El desdichado sargento Picot, sin embargo, no había sido advertido, y se llevó el susto de su vida cuando, al volverse por algún sonido, vio a un «monje negro» detrás de él, al pie de las escaleras. El canónigo llevaba el vaso de leche. Le preocupaba mucho no herir los sentimientos de Dot, cosa que ocurriría si ella encontraba la leche sin tocar por la mañana, y se estaba preparando, con cierto sentimiento de culpa, para tirarla. El violento sobresalto de Picot al verlo, sin embargo, le pareció una clara muestra de unos nervios demasiado tensos y le entregó el sedante aliviado y encantado de que le aprovechara a alguien.

El sargento no solía beber leche, pero no había comido nada desde el almuerzo, ya tarde, y le esperaba una noche fría y larga. Lo consideró una gran amabilidad por parte del anciano. Había esperado que aquello tuviera un sabor desagradable, y no le sorprendió que así fuera. Lo apuró hasta el fondo, ignorante de que la señorita Warburton había añadido dos de los barbitúricos que su médico le había recetado después de su último ataque de gripe. Con uno dormía como un tronco, pero ella había puesto dos porque quería que Hubert pasara una buena noche. Cuando Avril regresó del cuarto de baño, Picot dormía pacíficamente en su puesto de vigilancia.

En cuanto estuvo de vuelta en su habitación, totalmente ignorante de lo que había hecho, siguió en vela, esperando algo, aunque no sabía el qué. Era perfectamente consciente de su estado de ánimo. Un humor que raramente se apoderaba de él, quizá solo cuatro o cinco veces en toda su vida, y siempre precediendo a alguna experiencia en la que había desempeñado un papel importante, aunque no especialmente personal. Su principal característica era una extraña sensación de paz absoluta.

Durante un fugaz instante lo percibió con toda claridad, y comprendió que él no tenía existencia, ni voluntad, ni más responsabilidad que la obediencia. Era vivamente consciente de dejarse llevar por la gran corriente de la vida. La sentía por encima y por debajo de él, cobrando velocidad, moviéndose más y más deprisa hacia unos rápidos desconocidos. Casi podía oír las oscuras aguas y sus rugidos. Pero él estaba muy tranquilo, se sentía muy pequeño, pero despierto y preparado para cumplir su propósito, y lo único que temía era que se le pasara la oportunidad en

cuanto llegase. Lo más extraño era que no estaba asustado. Eso lo había aprendido de la experiencia. Con el peligro llegaba el valor.

Los momentos de claridad pasaron y de nuevo se convirtió en un viejo preocupado que se preparaba para irse a la cama. El reloj de su estantería dijo que eran la una y diez. La casa estaba en silencio y el único ruido que le llegaba del exterior era el distante retumbo de los trenes que cambiaban de vía en la terminal.

Apartó la cubierta de la cama, distinguió el bulto de la botella de agua caliente bajo las mantas, y a continuación, tras apagar la luz, fue a tientas hasta la ventana para descorrer las cortinas. La ventana daba a la escalera de piedra que quedaba entre la casa y la iglesia, y como se hallaba en la planta baja, le habían adosado, al construir la casa, unos finos barrotes de hierro en la parte exterior. Avril siempre recorría las cortinas porque le gustaba que el sol lo despertara y siempre apagaba la luz antes de hacerlo. Era un hábito de los años de la guerra que nunca había corregido.

El cuadrado de luz gris, de franjas atigradas por culpa de los barrotes, lo llenó de satisfacción. Le pareció que por fin la niebla se estaba levantando. Escrutó para ver si había estrellas en el familiar triángulo de cielo que quedaba justo encima del alto muro, delimitado por la aguja. No vio ninguna. Pero por primera vez en días el triángulo era visible, un gris más claro que el resto. Mientras miraba, por el rabillo del ojo captó otra cosa. Fue algo insignificante y muy breve, y cuando dirigió la mirada hacia allí había desaparecido, pero en seguida supo lo que había sido, y de repente experimentó un gran temor.

Había captado un parpadeo de luz, rápido como el destello del ala de un martin pescador y del mismo color azul, en lo alto de los muros grises que tenía delante. Una luz procedente de la iglesia, quizás el haz de una linterna, había cruzado la ventana oriental, reflejándose en la túnica azul del santo del vitral, que rezaba allí de manera eterna. Avril se quedó paralizado.

Ahora que veía los rápidos, ahora que aparecía esa pauta, la prosaica realidad de su situación se alzaba ante él con total certidumbre, y supo, con la misma claridad que si alguien acabara de informarle de ello, todo lo que, tal como podría haberle dicho un psicólogo, su subconsciente había sabido todo el tiempo.

Supo, por ejemplo, que cuando la señora Cash le enseñó al sargento Picot su pequeña casita, debió de haberle enseñado el diminuto jardín trasero, donde estaba la puerta de la carbonera. No era probable que ni siquiera un sargento tan meticuloso como ese la hubiera abierto, pues, situada como estaba a la altura de los mismísimos cimientos del sagrado edificio, debió de parecerle de muy poca profundidad. Y de haberla abierto, Avril se dijo que era improbable que hubiera mirado más allá de su pequeña provisión de combustible, en dirección a la puerta que había detrás.

Veintiséis años antes le había dado permiso a la señora Cash para convertir la entrada de servicio a la cripta en una carbonera. La entrada se había construido para comodidad del sacristán original, el cual, en épocas de más abundancia, había vivido

en aquella casita, y quedaba profundamente empotrada en el grueso muro. Como casero, Avril había pagado en persona esa reforma, y en aquel momento se había estipulado que la vieja puerta de la parte de atrás permaneciera cerrada con llave y que esta se entregara a Talisman.

Ahora acababa de darse cuenta de que aquello no se hizo nunca. A la luz de lo que sabía ahora acerca de todas las personas afectadas, estaba seguro. La vieja entrada debía de haber permanecido abierta, y la cripta, que ahora nunca se utilizaba con intenciones ilícitas, habría permanecido abierta para que la señora Cash entrara y la utilizara a su antojo.

Siguió pensando en los hombres desconocidos y en su escondite. Era tan sencillo, tan práctico. Debían de haberse acercado desde la propia iglesia, entrando no desde la plaza, fuertemente vigilada, sino desde la avenida que había detrás. El edificio permanecía cerrado con llave cuando no se utilizaba, pero había una losa suelta en el dintel, junto a la pequeña puerta de la sacristía, y debajo de esta, Talisman había guardado la llave al menos desde el final de la Primera Guerra Mundial.

El hombre que se hacía llamar Havoc habría estado al corriente de esa llave, y una vez en la iglesia era sencillo para cualquiera que conociera el camino bajar a la cripta desde dentro.

Avril, que estaba solo en la oscuridad, comprendió que Luke nunca le habría creído si le hubiera revelado todos esos hechos pertinentes antes de haberlos ensamblado en su mente. No obstante, era cierto. Hasta ese momento no se le había ocurrido que ninguno de ellos tuviera algo que ver con el otro. Generalmente no era tan obtuso.

Avril aceptó su propia estupidez como un misterio que habría que explicar. En medio de la extraña paz en que estaba sumido, sus inusitadas carencias intelectuales parecían ser tan solo partes de algo mucho más grande e importante. Esperó, y al poco comprendió la razón de su visita a la señora Cash de aquella tarde. Naturalmente, al comunicarle a ella, y a través de ella al hombre que estaba tras ella, que la carta de Martin no estaba en la rectoría, también le había comunicado que sabía dónde estaba.

Avril sabía dónde la buscaría el muchacho. Sin duda ahora estaba allí, rebuscando en la vieja carpeta negra que el canónigo guardaba bajo el atril, en su púlpito. Debía de haberse dicho que de madrugada podía mirar sin arriesgarse, pero la linterna lo había traicionado y Avril lo había visto.

De repente, con su mente consciente pero tan arredrada como lo había estado toda la noche, Avril levantó la cabeza para ver dónde le llevaba la corriente, y se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer.

—No —dijo en voz alta en la oscuridad—, no, eso es una locura. —No obstante, en cuanto comprendió lo que se le exigía supo que debía someterse. Toda su debilidad humana, su casuística y su sentido común se alzaron para traicionarlo y apartarlo de su tarea.

Se convirtió en una discusión entre los dos Avrils, que tuvo lugar de manera cortés pero vigorosa, como si fueran dos hermanos de avanzada edad que hubieran vivido juntos mucho tiempo.

—Mi querido amigo —objetó de manera razonable el prudente prelado que había en él—, este es uno de esos casos en los que ningún ser humano debe interferir. Si bajas e intentas hablar con ese desdichado tú solo en plena noche, te matará igual que ha matado a otras cuatro personas, y será un suicidio por tu parte y un asesinato por la suya. No temes especialmente la muerte, pero si mueres, ¿quién lo padecerá? Todos los que amas: Meg, Sam y su señora, que tendrán que encontrar un nuevo hogar, pues no es probable que quien te suceda en el cargo siga alojándolos. William y la pobre Mary Talisman y Emily, ¿adónde irán? Y Dot. La querida Dot. Se quedará sin una razón para vivir, y a mi triste y demasiado confiada alma, ¿de qué le serviría?

—No lo sé —replicó el Avril esencial, el que se alegraba de manera mecánica y no tenía más existencia que obedecer—. Solo sé que así se han dispuesto los acontecimientos y que no tengo elección.

—Escucha —dijo el hombre práctico que había en él—. Telefona a Luke. Hazlo ahora. Él es el profesional, es su trabajo. Cuéntale todo lo que sabes, encomienda tu alma al Todopoderoso y vete a la cama. Si quieres hablar con el otro muchacho, ya lo harás cuando esté en la cárcel. De ese modo te protegerás a ti y también a él. ¿Quién eres tú para guiarlo hacia tan monstruosa tentación?

—Te repito que no lo sé —dijo el Avril desnudo—. Yo no pregunto. Pero si ese hubiera sido el camino, habría sabido lo que sé ahora cuando estaba hablando con Luke.

En ese momento su sentido del humor, que ya comenzaba a estorbarle, comenzó a reír.

—Hablas como un tonto —observó—. No seas necio, Avril. Telefona a Luke.

—Lo llamaré cuando vuelva.

—No volverás —dijo su sentido común—. ¿Por qué diantres te iba a perdonar la vida a ti, de entre todos? Te odiaba y te temía a pesar de todo lo que hiciste por él, y eso que entonces era un niño. ¿Por qué diantres iba a escucharte ahora? Eres la última persona que podría tener influencia sobre él. ¿Te acuerdas cuando lo pillaste solo en la iglesia burlándose del servicio, y como, después de haberle observado y cerciorarte de que no era una travesura inocente sino un sacrilegio deliberado, le diste una buena azotaina? Ese chico es de la piel del diablo. Ya lo era de pequeño. Líbrate de este cáliz mientras puedas. Hay un teléfono en esta misma habitación, y está puesto para que te salves. Utilízalo. Ni siquiera tienes que recordar el número. Pregunta por la policía y sigue preguntando hasta que te pongan con Luke.

Mientras permanecía allí indeciso, su razón ganó astucia.

—Al menos toma alguna precaución —dijo—. Habla con Luke y dile que se reúna contigo en la iglesia dentro de media hora. Puede que llegue antes, pero eso no será culpa tuya. Deja el resto a la Providencia, pero telefona ahora.

Avril se acercó al teléfono en la oscuridad. Era una extensión del que había en el vestíbulo, y lo habían instalado durante la guerra como precaución ante los ataques aéreos. Avril se sentía muy atribulado y descolgó el auricular muy a su pesar.

El completo silencio que se oyó en la línea lo reconfortó. Naturalmente, él era la única persona de toda la casa a la que Sam había olvidado informar de su nueva instalación y no tenía ni idea de que el sistema de abajo estaba desconectado.

Tomó el silencio como una confirmación. Marcó, pero no hubo señal de respuesta, suspiró y colgó.

—Ya ves —dijo para sí—. Yo tenía razón. Ya me lo imaginaba.

Salió en silencio de la habitación y recorrió el pasillo.

Los ronquidos de Picot se oían por todo el vestíbulo y el canónigo salió sin hacer ruido para no despertar a aquel hombre agotado. La niebla se disipaba rápidamente y ya se veía el tulipero que había en la plaza. No se distinguía a nadie. El detective apostado fuera había entrado en la cocina en ese momento para llamar a su compañero y por primera vez en aquella noche no había moros en la costa.

Avril ignoraba todo aquello. Caminó como un niño entre las dificultades, subió la escalera hasta la avenida, rodeó el alto muro hasta la puerta de la iglesia, cruzó el patio adoquinado sin tropezar en medio de la oscuridad absoluta y llegó hasta la puerta de la sacristía.

No estaba cerrada con llave. Se abrió con el sigilo de unos goznes recién lubricados y accedió a la oscuridad de su interior. Estaba helado y el corazón le percutía con fuerza, pero en lo más profundo de sí se sentía muy tranquilo, muy feliz, totalmente en paz.

Su larga bata rozó la carpintería de la pared. Empujó la puerta interior y se adentró en la neblinosa oscuridad del gran edificio, donde flotaba el aroma seco y agradable a papel y flores, y tras detenerse miró a su alrededor.

—Johnny Cash —dijo, exactamente con la misma voz que había utilizado muchos años antes—, sal.

Capítulo 17

En la escalera

El haz de la linterna de Havoc atravesó la oscuridad como un cuchillo y encontró a Avril en el pasillo lateral. Por un instante se quedó allí temblando, paralizado, y el anciano, recordando por una vez en su vida que llevaba su batín, apartó la capucha y dejó que la luz se demorara en su cara.

—Vamos, muchacho —dijo en ese tono ligeramente de maestro de escuela que utilizaba siempre que quería que algo se hiciera rápidamente—. Ahí no hay nada de lo que buscas.

La acústica de Saint Peter's of the Gate había sido siempre un problema, y aquella noche, con el edificio vacío, los ecos se apoderaron de la voz y proyectaron el sonido hasta el techo, donde rebotó y volvió a caer.

—Buscas... —canturrearon apagados—, buscas... buscas... buscas...

En cuanto hubo hablado y su voz fue reconocida, el haz de luz se apartó de él y se apresuró a explorar las entradas una tras otra. Fue una serie de miradas sobresaltadas en busca de una trampa, pero las puertas lisas, forradas de un paño rojo, permanecieron inmóviles y el silencio fue absoluto.

Mientras tanto, durante uno de los destellos de luz, Avril había observado un banco que estaba su lado. Lo alcanzó a tientas y se sentó, cruzando los brazos sobre el regazo. Su cuerpo tenía miedo y su temblor lo avergonzaba un poco, pero su mente estaba en paz, aliviada y extraordinariamente alegre. En la iglesia se sentía como en su casa, así había sido siempre, y al poco se aclaró la garganta con un sonoro «Ejem» como los que soltaba antes de una letanía.

—¡Cállese! —El susurro fue el sonido más violento que aquel viejo edificio había oído en su interior. El haz de la linterna se apagó de manera gradual y en la oscuridad hubo un correteo, pisadas ligeras sobre la madera pulida y luego de nuevo el silencio.

Aquello pareció alargarse unos segundos de más y el haz de luz reapareció para volver a repasar las entradas. Saltaba de una a otra suspicazmente, se demoraba, se apartaba y reaparecía en el mismo lugar sin encontrar nada. El edificio permanecía silencioso y abandonado.

La leve risa, cuando llegó por fin, denotó tanto alivio que fue casi alegre. Sorprendió a Avril porque estaba muy cerca de él, pero aunque le caía el sudor por la frente, no se sintió alarmado.

—Está solo. —Había incredulidad en el susurro, pero también regocijo.

—Naturalmente que estoy solo —dijo Avril con irritación, y cosechó la única recompensa del que suele decir la verdad.

—Sin embargo, ha telefoneado. Los ha puesto sobre aviso. —El hombre dejó de susurrar, aunque hablaba en voz muy baja. Dicha voz era más madura de lo que Avril

recordaba, pero seguía suscitando en él la misma desazón de siempre. Era una voz falsa. Toda la verdad que había en ella quedaba oculta de una manera bastante vulgar.

—No —dijo, agradeciendo a su suerte haberle impedido cometer ese error y poder dar así esa respuesta—. No. Nadie sabe que tú y yo estamos aquí.

—Es usted un bobo. —El monstruoso adjetivo fue tan impuro que no llegó a la conciencia de Avril. O bien sus oídos lo rechazaron o no lo creyó. Le hizo sitio a su lado en la oscuridad.

—Ven y siéntate —dijo.

No hubo respuesta inmediata, solo un ligero movimiento tan inaudible que podría haber sido poco más que el correteo de una rata sobre las baldosas, y cuando la voz volvió a hablar estaba justo detrás de él.

—Prefiero ponerme aquí. —Y entonces, en el idioma artificial de listillo que el canónigo encontraba tan desagradable, añadió—: ¿Qué le ronda por el caletre, padre? ¿Supongo que no me vendrá con la perorata del hijo pródigo?

Lo peor del carácter de Avril se rebeló ante aquellas palabras y podría haber fracasado ante aquel primer obstáculo, pero no perdió la calma ni se le embotaron sus percepciones. A través del aroma del papel y las flores le llegó el olor que todo animal, humano o no, reconoce la primera vez que lo asalta. Avril olió el miedo.

Y con el miedo le llegó la imagen del muchacho tal como lo recordaba a los quince años, tal como lo había visto bajo las marcadas sombras y la poco reveladora iluminación de las fotos de la policía. Volvió a ver el mismo desfigurado sello de la tragedia en aquella cara joven, aquel labio superior escaso y los ojos inexpresivos, azules como genciana pero sin nada detrás.

Era un fugitivo. El horror de la realidad eliminaba cualquier otro pensamiento en su mente.

—Debes de estar cansado —dijo Avril.

El murmullo en la oscuridad fue demasiado flojo para que lo oyera. Comprendió el asombro, la desconfianza y la creciente cólera, no en sí mismo, sino detrás de él. El hombre estaba muy cerca.

—¿A qué está jugando exactamente?

La pregunta le alcanzó apenas, de tan floja, pero su amenaza resultó inconfundible.

—Mamá dijo que cuando esta tarde vino a verla usted lo sabía, y me juró que nunca se chivaría. No nos arriesgamos. Hicimos que nos consiguiera otro escondite. Pero yo regresé porque me acordé de que usted solía esconder cosas aquí.

—Esconder no —objetó Avril—. Guardar.

—Cállese. ¿Dónde se cree que estamos, en medio del bosque? ¿Qué pretende, viniendo a encontrarse conmigo a solas?

Avril no contestó porque no tenía respuesta. Toda la inteligencia mundana que poseía, y nunca había sido mucha, le formulaba la misma pregunta. Se daba cuenta de la soledad y el peligro, pero los apartó y dejó de temblar. Eso le alegró, pues sintió

una mano sobre los hombros, buscándolo a tientas, averiguando dónde estaba exactamente.

—¿Es usted mi padre?

La pregunta surgió bruscamente de la noche. A Avril no se le pasó por alto la enormidad de todo lo que implicaba, pero no lo escandalizó. El pecado humano en cualquier forma, real o imaginaria, nunca lo escandalizaba. Era la fuerza más poderosa del canónico. Toda su atención se concentraba en procurar no herirlo.

—No —dijo, y sonó muy natural, incluso pesaroso—, no soy tu progenitor. Soy, o debería ser, tu padre espiritual, supongo. Soy el sacerdote de tu parroquia. Al parecer no con mucho éxito, en tu caso. El hombre que te engendró murió, pobrecillo, en medio de una riña de taberna. Tu madre quedó viuda y al poco tiempo mi esposa le encontró la casa donde vive ahora para sacarla del barrio donde ocurrió la tragedia.

—Y supongo que luego se le pagó por ello. —Hubo amargura en su desdeñosa respuesta. El muchacho estaba decepcionado no solo porque estaba convencido de ello, Avril lo sabía bien, sino porque había estado buscando una razón que explicara la caridad del canónico con él, y esta no respondía al motivo vergonzoso que él había elegido.

—Supongo que sí —dijo Avril con tristeza—. En aquellos días la respetabilidad parecía importar muchísimo.

—¡Como si yo no lo supiera! Mamá estuvo a un pelo de enterrar un ataúd vacío por culpa de la respetabilidad. Consiguió que uno de sus clientes lo arreglara. Piénselo, toda una procesión funeraria, que cuesta su dinero, y todo lo que logró fue que yo la controlara. Eso no se le ocurrió.

—Tengo mis dudas. Era ella la que te controlaba, aunque solo fuera de ese modo.

—Cierre el pico. Mire, no tengo mucho tiempo. Para mí este no es un lugar seguro y me está haciendo perder el tiempo.

La mano apretaba el hombro de Avril, y el hedor del miedo lo rodeaba.

—¿Por qué está aquí? ¿No estará intentando salvar mi alma, por casualidad?

—Oh, no. —Avril soltó ese medio gruñido medio risa que le salía cuando se divertía de verdad—. Mi querido muchacho, yo no podría hacer eso. Cada uno es responsable de su alma de principio a fin. Nadie más puede interferir en ello. —La idea le pareció interesante, y a su pesar emprendió una pequeña digresión intelectual, aunque supiera perfectamente lo absurda que resultaba—. ¿Qué es el alma? —preguntó—. Cuando yo era niño pensaba que era una especie de judía fantasmal en forma de riñón, no sé por qué. Ahora la considero el hombre con el que estoy cuando me hallo a solas. No creo que ninguna de las dos definiciones satisficiera a los teólogos.

—Entonces, por amor de Dios —dijo la voz desesperada que había a su espalda—, ¿por qué demonios ha venido?

—No lo sé —dijo Avril, y prosiguió con esfuerzo, expresando la verdad con toda la claridad que pudo—. Lo único que puedo decir es que, en gran medida en contra

de mi voluntad, me vi obligado a hacerlo. A lo largo del día de hoy, las más nimias circunstancias han conspirado para traerme aquí. Sé que cosas parecidas han ocurrido antes, y creo que si no he sido engañado por alguna estupidez o debilidad mía, acabaré comprendiendo el motivo.

Para su asombro, aquella explicación, que a él le sonaba totalmente inadecuada e insatisfactoria, pareció ser comprendida por su interlocutor, al que oyó contener el aliento.

—Eso es —dijo Havoc, y su voz fue natural—. Eso es. Lo mismo me ha ocurrido a mí. ¿Sabe lo que es eso, viejo charlatán? Es la Ciencia de la Suerte. Siempre funciona.

Ahora fue Avril el que comprendió, lo que le causó un susto de muerte.

—La Ciencia de la Suerte —dijo cautamente—. Siempre estás alerta, ¿no? Eso requiere mucha disciplina.

—Naturalmente que sí, pero vale la pena. Me fijo en todo, constantemente. Soy de los afortunados. Tengo ese don. De niño lo sabía, pero no lo comprendía. —El murmullo se había intensificado—. La última vez, cuando estuve solo mucho tiempo, lo vi con toda claridad. Observo a la espera de cualquier oportunidad y nunca me ablando. Por eso tengo éxito.

Avril se quedó en silencio unos momentos.

—Es la moda —dijo al fin—. Supongo que has estado leyendo a los franceses. O no, no, puede que no. Qué idea tan absurda.

—Deje de parlotear. —La voz, despojada de todos sus disfraces, era desagradable e inocente—. Siempre parloteaba. Nunca decía nada a las claras. ¿Qué sabe usted de la Ciencia de la Suerte? Vamos, dígamelo. Usted es el único que lo ha comprendido. ¿Había oído hablar antes de ella?

—No con ese nombre.

—Ya me lo imagino. Ese nombre se lo he puesto yo. ¿Cuál es su verdadero nombre?

—La Búsqueda de la Muerte.

Hubo un silencio. Curiosidad, miedo, impaciencia, todo ello creció detrás de Avril. Podía percibirlo.

—¿Es algo conocido, entonces?

—Tú no lo has descubierto, hijo mío.

—No, ya me imagino que no. —Ahora vacilaba. Era un tigre roto y debilitado, pero seguía siendo inquisitivo—. Usted lo ha entendido, ¿verdad? Tienes que observar a la espera de tu oportunidad y nunca ablandarte, ni una vez, ni un minuto. Ni siquiera ablandarte de pensamiento. Una vez lo has hecho, lo estropeas todo, pierdes tu lugar, y todos se ponen en contra tuya. Lo he demostrado. Sé realista y llegas en seguida a cualquier parte, todo cae por su propio peso, todo es fácil. ¿Es eso?

—Eso es —dijo humildemente Avril—. Es más fácil caer que remontar. *Facilis*

descensus averno. Eso lo dijo alguien hace mucho tiempo.

—¿De qué está hablando?

—De la Ciencia de la Suerte. —Avril inclinó la cabeza—. La escalera tiene vueltas, la viña trepa retorcida, el río avanza serpenteando. Si un hombre observa puede ver la pauta y puede seguir un camino u otro.

—Entonces ¿lo sabe? ¿Y por qué es usted blando?

—Porque no quiero morir. Un hombre que se arroja por una escalera en espiral por la que suben sus semejantes puede que hiera a algunos, pero, mi querido amigo, eso no es nada en comparación con el daño que se hace a sí mismo, ¿o no?

—¿Está usted loco! Ha dado usted con algo importante, igual que yo, y no quiere aprovecharse.

Avril se volvió en la oscuridad.

—Mal, sé tú mi bien^[6], eso es lo que he descubierto. Es el único pecado que no puede perdonarse, porque cuando ha terminado contigo ya no estás allí para recibir el perdón. En tu viaje sin duda llegas lejos. Es natural, no tienes oposición. Pero su único destino es la muerte. El hombre que está contigo cuando estás solo muere. Cada vez le contentan menos cosas. Si obtienes el mundo, no puedes darle nada que le satisfaga. Al final no habrá nadie contigo.

—No le creo.

—Me doy cuenta —dijo Avril—. Supongo que habías llegado a Sainte-Odile...

—¿Adónde? —El repentino entusiasmo no le sirvió de advertencia al canónigo, que siguió hablando.

—Sainte-Odile-sur-Mer. En inglés, Saint Odile on Sea. Un pueblecito al oeste de Saint Malo. Suponiendo que hubieras llegado allí y descubierto un tesoro digno de un rey. ¿Crees que te habrías convertido en otra persona? ¿Crees que ese niño cansado e insatisfecho que está contigo cuando estás a solas no seguiría contigo? ¿Qué podrías comprarle para hacerlo feliz?

Havoc no lo escuchaba.

—¿Ese es el nombre de la casa o del pueblo?

—De los dos. Pero te lo puedes sacar de la cabeza. Geoffrey Levett ha ido allí esta noche.

—¿De verdad? ¿Por mar?

—Sí. Pero la niebla se está levantando. Llegará allí mañana o pasado. —Avril soltaba la información con impaciencia—. Debes olvidarte de eso. Se ha terminado. Los puertos están vigilados y a ti te persiguen, muchacho. Esta es tu última oportunidad de pensar en ti.

Havoc soltó una carcajada.

—¡Ya lo he pillado! —dijo—. La Ciencia de la Suerte ha vuelto a hacerlo. ¿Ve como ha funcionado? Por eso he vuelto, ¿se da cuenta? ¿Ve lo que estamos haciendo, usted y yo?

—Estamos pasando por la escalera —dijo Avril—, bastante cerca del pie. —Y

suspiró.

—Déjese de monsergas. —Volvió a ponerle la mano en el hombro—. No quiero oírlos. Se equivoca. Me ha dicho lo que quiero saber y he venido a oírlo. Ni siquiera sabe por qué ha venido.

—Sí que lo sé. —Avril se mostraba tranquilo y obstinado—. He venido a decirte algo que quizás es más evidente para mí que para ninguna otra persona a la que puedas conocer.

—Ha venido a decirme que me ablande. Y yo diría que sí. Viejo bobo. Váyase la cama y...

Su voz se apagó repentinamente. En el silencio, el escalofrío fue tan intenso que resultó doloroso. Muy por encima de ellos las espectrales figuras de los vitrales habían comenzado a cobrar forma a medida que la luz matinal comenzaba a entrar por ellos.

Los largos dedos se cerraron en torno de los huesos de los hombros de Avril y la temblorosa fuerza del hombre estremeció todo su cuerpo.

—Mire. Júrelo. Júrelo sobre cualquier cosa, lo que quiera. Jure que no dirá nada.

Avril comprendió la tentación que se le presentaba.

—Sabes tan bien como yo —dijo en tono cansino— que para los que estamos siempre alerta no puede haber giros a medias. Yo puedo jurártelo, y tú me dejarás ir, pero en cuanto me haya ido, ¿qué pensarás? ¿Te sentirás seguro o pensarás que te has ablandado? Y si lo haces y acabas mal en ese mismo momento, le echarás la culpa a ese acto, y bajarás la escalera creyéndolo. Eso no sirve, John. Ha llegado el momento en que debes dar media vuelta o seguir tu camino.

—Bobo, más que bobo, ¿qué está haciendo? ¿Eso es lo que quiere? ¿Eso es lo que me está pidiendo? —El muchacho lloraba en medio de su fatigada rabia y las lágrimas caían encima de Avril. El anciano percibió el dolor que había en ellas y no pudo hacer nada para consolarlo.

—Deseo enormemente seguir con vida —dijo—. Muchísimo. Mucho más de lo que habría creído.

—Pero lo ha hecho, lo ha hecho, ha sembrado la duda en mi mente. No me atrevo. Lo sabe. No me atrevo a ablandarme.

Avril se inclinó hacia adelante para apoyar la cabeza en las manos. Su resignación era completa.

—No puedo ayudarte —dijo—. Nuestros dioses están en nuestro interior. Elegimos nuestras propias compulsiones. Nuestras almas son cosa nuestra.

Había llegado al final de su secreta plegaria cuando la linterna se iluminó y el cuchillo le golpeó.

El hecho de que lo sintiera fue significativo. Por primera vez la mano de Havoc dudaba y por culpa de ello había perdido parte de su destreza.

Capítulo 18

La rueda gira

Treinta y cinco horas más tarde, por la mañana, cuando el sol brillaba a través de las ventanas recién limpiadas de su despacho con su medida habitual, como si la niebla de Londres nunca hubiera existido, Charlie Luke estaba sentado en su escritorio de la calle Crumb y consideraba la situación con ese total desapego que trae el agotamiento.

Treinta y cinco horas. Dos noches y un día. Treinta y cinco horas de trabajo apresurado e incesante, de una histeria pública creciente, de simpatía y censura confusas por parte de una prensa excitada, de angustia en las altas esferas, la cual había pasado de molesta a quejosa, y nada, ni una pista, ni un indicio útil.

Havoc, Tiddy Doll, los hermanos y Bill se habían desvanecido de nuevo como si se los hubieran tragado las alcantarillas.

Aquella mañana Stanislaus Oates y el subinspector estaban reunidos con el ministro del Interior. El comisario jefe Yeo se hallaba en el hospital Great Western, a la espera de poder entrevistarse con el canónigo Avril. El anciano llevaba fuera de peligro desde la medianoche y se esperaba que pudiera decir alguna palabra en cuanto despertara.

Ese pobre bobo. Luke se decía que podía comprenderlo y quizás algún día sería capaz de perdonarlo. Sam Drummock había salvado la vida de su viejo amigo. Había bajado sin hacer ruido a una hora muy temprana con la intención de llevar su artículo sobre boxeo a la calle Fleet, y se había encontrado a Picot dormido, la puerta de entrada con el pestillo descorrido y con que en la cama de Avril no había dormido nadie. Los asustados habitantes de la casa habían tardado veinte minutos en encontrar al anciano en el suelo de la sacristía, en el lugar donde había quedado tendido tras dar algunos pasos antes de que la pérdida de sangre le hiciera doblar las piernas. El alcance de la herida fue uno de esos milagros que Luke decidió que nunca comprendería. Por qué un hombre de la habilidad de Havoc de repente fallaba por centímetros, impactando contra la clavícula, o por qué, sabiendo probablemente que había fallado, no le había dado otra cuchillada y acabado con él por completo. Tampoco había sufrido neumonía. Eso solo pudo obedecer a que Dios cuidaba de los suyos, imaginó.

—Y lo más sorprendente es que ha habido poca pérdida de calor corporal —había dicho el médico—, como si el organismo casi no hubiera sufrido.

Luke apartó su exhausta mente del tema, y, aunque en aquel momento estaba solo, hizo un gesto como de arrojar una bola de papel arrugada por encima del hombro hacia la papelería.

Estaba dispuesto a apostar a que Yeo no le sacaría nada a Avril de manera

voluntaria y conocía demasiado bien el Código Penal para alimentar muchas esperanzas de sonsacarle gran cosa. Página 483: «mientras que si nos atenemos a la ley el privilegio no existe, a los pastores de la Iglesia no se les exigirá...». No era ese el caso que les ocupaba, naturalmente, pues nadie imaginaba que hubiera habido ninguna confesión de por medio, aunque se le aproximaba bastante si el anciano no quería hablar, y no querría, Luke estaba seguro de ello. Además, ¿qué noticias podría contar? Havoc había sido su atacante. Sus huellas estaban por toda la iglesia. En cuanto a lo demás, Luke tampoco imaginaba que aquel sujeto se hubiera puesto a charlar con el anciano antes de atacarlo, por no hablar de decirle adonde se dirigía.

Luke había estado trabajando. Cuando se sentó, la cabeza apoyada en las manos, reflexionó que bien podrían poner sobre su lápida: «Bobo pero concienzudo. R.I.P.». Había puesto la iglesia patas arriba, y había peinado la cripta, que mostraba trazas evidentes de haber sido ocupada recientemente, hasta el último rincón. El desdichado sargento Picot, todavía tambaleándose un poco a causa de la droga (¡eso sí que había sido el colmo de la mala suerte!), había encontrado la salida a través de la carbonera de la casa.

Mientras Luke seguía mirando con los ojos enrojecidos todas las notas que había delante de él y analizaba todos los puntos, su lenguaje subido de tono iba coloreando la sombría lista.

La señora Cash estaba en una celda del piso de abajo, detenida por complicidad. Se había negado a hablar durante todo el día de ayer, y Luke le concedía hasta la hora cero, justo antes del almuerzo, para volver a intentarlo. ¡Estaba resultando ser una tipa dura de pelar! Cuando pensaba en ella, sus ojos almendrados se ensanchaban y había un brillo de involuntaria admiración en sus profundidades. «No lo sé. No puedo ayudarle. Averígüelo usted mismo». Eso era todo lo que había respondido a cada pregunta, igual que los gánsteres de las películas. Tampoco era una mala respuesta, concedió, solo que allí no había ningún abogado listillo que aportara ningún recurso de *habeas corpus*, con lo que la señora podía quedarse allí sentada mientras la policía solicitaba que permaneciera en prisión preventiva durante una semana o dos.

Luke no creía que la mujer fuera a venirse abajo de momento, si es que llegaba a derrumbarse. Había algo muy resistente en aquella cara aplanada y vivaracha, en aquellos ojos inteligentes. Luke tampoco estaba seguro del todo de que no hubiera algo de verdad en su teoría de la sustitución del niño, después de todo. La señora Avril podía haberse equivocado. Sin duda había algo que debía explicar el notable valor de aquella pérfida mujer que estaba en la celda.

Luke suspiró. Todo aquello no le llevaba a ninguna parte. Rutina, eso era todo. Bueno, la cosa avanzaba sin prisa pero sin pausa, a pesar de lo poco que ayudaba la opinión pública. Aquella mañana se necesitaban dos hombres, a los que hubiera podido utilizar para algo mejor, para controlar el tráfico de la plaza Saint Petersgate. Por suerte, Sam Drummock tenía maña con los periodistas, y también la señorita Warburton, cuando consiguieron arrancarla del hospital, mostró mucho sentido

común. Dio gracias a su suerte de que los otros cuatro no estuvieran de por medio, y se permitió pensar unos momentos en ellos y en su búsqueda del tesoro.

Esperaba tener noticias suyas de un momento a otro. Su travesía se había topado con algunas demoras. Eso era todo lo que sabía hasta ese momento. Y en cierto modo era curioso, porque él les había teleografiado y sin embargo Meg Elginbrodde no había telefonado preguntando por su padre.

Regresó a la lista. «La casita». Menos arrancar el papel de las paredes, habían rebuscado en todas partes. El uniforme carcelario de Havoc, o lo que quedaba de él cuando lo sacaron del fondo de la caldera, había ido a parar al laboratorio de la Policía Científica de Hendon. Aportaría pruebas suficientes para tener a la señora bajo custodia. Luego estaban los libros de cuentas. Eran la única esperanza. Eran en total treinta y cuatro volúmenes negros, pequeños y gruesos, ocultos bajo un tablón suelto del dormitorio. Picot los había llevado a la comisaría dentro de una maleta prestada, y cuatro hombres expertos habían pasado casi todo el día anterior estudiándolos.

A las seis de la tarde le llevaron una lista, trescientos doce nombres y direcciones de hombres y mujeres que todavía tenían razones de peso para titubear a la hora de negarle un favor a la señora Cash.

Las cejas del inspector jefe se alzaron varias veces sobre su oscura frente mientras la leía. De repente resultaron evidentes pequeños detalles que lo habían desconcertado acerca de algunos de los residentes más respetados de su distrito. Un intento de suicidio que nunca comprendió, ahora le parecía casi razonable. Uno de sus hombres, ahora de permiso, tendría que presentarse y dar algunas explicaciones.

La propietaria de la casa de huéspedes que había visitado a Havoc en la cárcel aparecía en un lugar prominente de la lista, pero el favor que le había hecho a la señora Cash ya había sido investigado, de manera que su nombre podía eliminarse.

Eso reducía la lista a trescientos once, y, justo después de las siete, cinco agentes escogidos, y no podía prescindir de tantos, salieron de la calle Crumb para visitarlos e interrogarlos a todos. Todavía seguían trabajando y hasta ese momento ninguno de sus informes, que habían llegado a intervalos de tres horas durante toda la noche, había aportado nada que fuera de ayuda. Era un trabajo lento, pero había que hacerlo. Al final el resultado justificaría la tardanza.

Tardanza. La palabra rondaba por la mente de Luke. Era la tónica de toda investigación. Desde el principio todo aquel caso había estado rodeado de una cualidad perversa. A cada paso habían surgido obstáculos, y aunque en vista de la situación aquello era inevitable, todo se estaba demorando. Al parecer nada ni nadie podía acelerarlo. Tal como habría dicho su abuela, era como si el demonio hubiera tomado cartas. Soltó un gruñido. Esta sí que era buena. El subinspector no creía en el demonio.

Mientras tanto había mucho que hacer. En su escritorio se amontonaban una lista de casos. Estaban los memorándums confidenciales de la Brigada Móvil, que

contenían noticias e información de los confidentes. Por lo que se contaba, la fraternidad no pensaba ayudar a Havoc. Al hampa nunca le había gustado y ahora lo consideraban dinamita.

Había copias de todos los telegramas más esperanzadores de las comisarías de todo el país, informándole de personajes sospechosos a los que habían observado o detenido. Había detalles de todos los robos de coches que se habían denunciado en la Metrópolis en los últimos tres días. Había siete «confesiones» de buena fe de gente que ahora estaba detenida debido a los informes médicos acerca de su salud mental. Y estaba la teoría enormemente ingeniosa de que el asesino era un político muy conocido que se hacía pasar por Havoc (el cual había sido su primera víctima), que había propuesto con toda seriedad un experto demasiado eminente para rechazarlo directamente.

El laberinto de papel escrito se amontonaba delante de los ojos de Luke, que llevaban todo el día escociéndole. Parecía las montañas Blue Ridge. Lo examinó todo concienzudamente y tomó un dulce de azúcar de cebada.

Andy Galloway, su secretario, un joven concienzudo que había servido en la RAF, lo había estado alimentando con esos dulces durante días en la creencia de que eso impediría que se derrumbara. Luke calculó que debía de haberse comido casi dos kilos de dulces y se preguntaba a quién le estaba robando la ración.

Su mente se desvió del problema principal durante un segundo, pero durante esa pequeña pausa la rueda siguió girando y de repente la larga marcha de los acontecimientos comenzó a acelerarse.

Al extender la mano, los papeles que se amontonaban en el lado derecho del escritorio cayeron y aterrizaron lentamente en el suelo. Se lanzó a por ellos, pero una hoja lo esquivó y tuvo que meterse bajo una silla para cogerla. Mientras volvía a colocarla con el resto, le echó un vistazo y hubo un párrafo que llamó su atención. Era la respuesta a una pregunta que le había formulado al sargento Branch mientras le informaba acerca de los compañeros de Havoc.

Y lo que le había preguntado Luke era por qué dos pescadores habían pasado la guerra en infantería, cuando a todos los hombres de ese oficio se les había dado órdenes directas de alistarse en la marina. Era una cuestión de poca monta, y además el sargento Branch había estado muy ocupado. Después de muchas dificultades había identificado a los dos hombres como Roland y Thomas Gripper, de Weft, cerca de Aldeburgh, Suffolk. El párrafo del informe que había captado la atención de Luke decía simplemente:

Al dejar la escuela los dos hermanos comenzaron a trabajar con su padre, Albert Edward Gripper, que poseía un barco de pesca, y trabajaron con él hasta 1937 (diciembre), cuando él fue acusado y condenado por diversos delitos relacionados con el transporte de bienes de contrabando. Fue condenado a doce meses de cárcel y una multa considerable. Al parecer hubo que vender el bote para pagarla y

posteriormente los hermanos abandonaron el distrito. Las pruebas indican que eran dos personas simples e ignorantes, que habían pasado casi toda su vida en el mar y parece posible que consideraran que era más seguro negar haber tenido nada que ver con el oficio de la pesca, de ahí que sirvieran en infantería poco después de que estallara la guerra. El padre murió en 1940, pero la madre y una hermana todavía viven en Weft.

Cuando el inspector jefe terminó de leer, sonó el teléfono privado de su escritorio y le llegó la voz grave del comisario jefe Yeo.

—¿Charlie? Bien. El canónigo Avril habló con Havoc y le contó: (a) que el nombre del lugar donde estaba escondido el tesoro era Sainte-Odile, cerca de Saint Malo; y (b) que Geoffrey Levett había ido a por él. Eso es todo. Nada más hasta el momento. El canónigo está muy débil, pero dicen que vivirá. Yo llegaré dentro de media hora, pero quería darte esa información en seguida. ¿Tienes alguna novedad? ¿No? Muy bien, sigue con ello. Adiós.

La mano de Luke seguía en el auricular y en su cara se veía todavía una expresión de incredulidad cuando apareció Picot, tan excitado como nunca lo había visto.

—Jefe —exclamó mientras daba una palmada sobre la lista de casos del escritorio—, se ha encontrado una pequeña furgoneta abandonada en Tollesbury, cerca de Essex. Se informó del hallazgo ayer a las diez de la noche y se ha descubierto que pertenece a una familia llamada Brown, que posee una pequeña panadería cerca de Barrow Road. Todos están en casa. Sin la furgoneta no pueden repartir el pan y sin embargo no habían denunciado la desaparición. La señora Brown, la propietaria de la panadería, aparece en los libros de la señora Cash. Le debe trescientas libras.

Luke se lo quedó mirando.

—¿Tollesbury? ¿Cuál es la ciudad más cercana?

La sólida cara de Picot se sonrojó de decepción.

—Tiene que conocer Tollesbury, jefe. Todo el mundo conoce Tollesbury.

—Nunca había oído hablar de ella. —Luke profirió dicha blasfemia con total inocencia.

—Pero si está muy cerca de Londres —protestó enérgicamente Picot—. Es un lugar maravilloso. ¡Tiene que conocer Tollesbury! Yates, ostras, barcos de pesca...

El cuerpo encorvado de Luke se puso tenso.

—¿Está en la costa?

—En el estuario. Justo en la marisma, a unos sesenta y pico kilómetros de Londres. Está lleno de barcos de altura, todos ellos en medio del río, bastante apartados del pueblo, y los botes están tirados en el barro sin nadie que se ocupe de ellos. Si cualquiera deseara robar una embarcación sería el mejor lugar de la tierra donde hacerlo sin que te cogieran. Jefe, suponga que esos tipos están intentando repetir la incursión.

Charlie Luke, el londinense, para quien todo el tráfico marítimo resultaba un

misterio impenetrable, se lo quedó mirando estupefacto, y Picot vaciló, intentando encontrar alguna manera de transmitir la desolación de la vasta extensión gris de marisma, cielo y mar donde en noviembre los gansos negros y las grandes gaviotas atlánticas parecen ser los únicos habitantes.

—A los de por allí no les preocupa —prosiguió—, porque sin conocer los cenagales necesitas Dios y ayuda para salir del puerto. Pero cualquier pescador de la costa este conocería las rutas como la palma de su mano.

Luke se frotó los ojos, uno de sus gestos más ingenuos y campechanos.

—Espera un momento —dijo—. Ayer por la mañana temprano hubo unas tres horas en las que no se paró a ningún coche en la carretera de circunvalación de Southend. Hubo un tremendo choque entre dos furgonetas de reparto de leche y un autobús nocturno, y todos los hombres disponibles tuvieron que acudir. No es posible que Havoc tuviera tanta suerte.

—Hasta ahora ha tenido todos los ases en la mano. —Picot se acordó de la leche que se había tomado en casa del canónigo.

Luke todavía parecía perplejo.

—¿Hay alguien ahí que haya perdido un bote?

—Todavía no se ha denunciado nada, señor, pero es pronto. La gente tiene que dormir, los que no son como nosotros, quiero decir. No creo que hasta pasadas doce horas o así nadie se dé cuenta de la desaparición de un bote, y aunque así fuera, pensaría que se les soltaron las amarras.

Luke estiró el brazo. Como en casi todas las demás profesiones, la única manera cierta de sortear los trámites burocráticos en cuestiones policiales era hablar por teléfono en privado con un viejo amigo de otro departamento.

Una vez más tuvo suerte. El comisario Burnby, de la corporación local de Essex, había hecho la ronda con Luke en aquellos días lejanos en que los dos estaban dispuestos a enderezar el mundo a la más mínima oportunidad, y al cabo de unos minutos, a pesar de lo intempestivo de la hora, la recordada voz hablaba arrastrando las palabras al otro lado de la línea.

—Qué hay, Charlie, ¿cómo estás? Así que has extraviado a alguien en la niebla. Hay que ver hasta dónde pueden llegar, ¿no? No te preocupes, hoy el día está aclarando. ¿Qué? ¿Un bote en Tollesbury? Eso sí que es raro. Acaba de llegarme ahora mismo. Hace un momento. ¿Qué pretendes? Confiesa.

Luke dedicó unos preciosos momentos a explicárselo con claridad, y la otra voz se dejó de bromas en seguida.

—Podría ser —dijo en tono enérgico—, podría ser perfectamente. Puede que hayas dado con algo. Hay un barco de pesca de dieciocho toneladas, el *Marlen Doreen*. Aquí está: motor diésel Lister y lleno para una semana, pertrechos a bordo, es posible que la escotilla quedara sin cerrar (y si no tampoco tendría importancia, pues dos muchachas podrían levantarla a peso), el propietario es el señor Elías Pye. La última vez que vio la embarcación fue antes de las once de anteayer, en el Fleet.

Su hijo la echó de menos ayer por la tarde a eso de las tres. Hasta el alba de esta mañana pensaron que quizá se le había enredado el ancla. Lo estuvieron pensando y al final lo notificaron a la policía de Tollesbury hace una hora. Los de aduanas ya han sido informados. ¿Deseas algo más? No siempre podemos actuar así, o sea que aprovecha.

Luke mencionó la camioneta.

—¿Llamarían la atención cinco desconocidos en esa marisma tuya? —añadió.

—No en una mañana de noviembre si saben adónde van y conducen directamente hasta Woodruff, donde está el almacén de yates. Los propietarios y sus representantes siempre están subiendo y bajando por esa carretera. —La voz de Burnby no se había acelerado, pero parte de la creciente agitación del propio Luke se reflejaba en su manera de hablar—. Charlie, yo he visto esa furgoneta. He ido allí esta mañana por otro asunto. Por eso he llegado tan tarde. Ha sido una suerte que me telefonaras. Era la furgoneta de un panadero, y estaba bastante vacía, exceptuando una cosa que nuestra gente encontró en el suelo. Me lo enseñaron, pero no le dimos demasiada importancia. Era un vidrio oscuro de unas gafas. Entonces no nos dijo nada, pero ahora me has hecho pensar. Creía que no era más que el cristal de unas gafas de sol, pero nuestro agente me enseñó que era una lente de verdad. Naturalmente he visto tu circular. ¿No llevaba gafas oscuras uno de esos cinco?

Charlie Luke se animó con tanto ímpetu que se quedó sin aliento. Había llegado la suerte. Lo supo con la misma certeza que la mano del lechero sabe que ya se ha formado nata en la leche. A pesar de todas las demoras que lo habían acosado hasta ese momento, en el último cuarto de hora había recibido una amplia compensación y todos los detalles surgidos hasta ese momento habían encajado para formar rápidamente un dibujo comprensible.

Burnby seguía hablando.

—Haré que comprueben las huellas dactilares de la furgoneta y te las mandaré para asegurarnos. Mientras tanto haré salir a la policía marítima. En estos momentos el *Mañeen Doreen* estará embarrancado en un cenagal, eso te lo seguro, a no ser que esos que persigues sean gente de mar.

—Dos de ellos lo son. Son gente de Suffolk, nacidos en Weft.

Luke oyó un silbido al otro lado del teléfono.

—Eso lo cambia todo. Llevan dos tripulantes. ¿Adónde se dirigen? ¿Lo sabes?

—A Sainte-Odile, cerca de Saint Malo.

—Ya habrán llegado.

—¿Qué?

La violencia de la exclamación provocó que el policía rural se pusiera a la defensiva.

—Bueno, es poco después de la una, ¿no? Y deben de haber salido con la marea ayer por la mañana. La marea alta era a las diez y diez de la mañana. Todo les ha salido rodado, caramba. Eso les da, déjame ver, veinticuatro, veinticinco, veintiséis

horas aproximadamente. Sí, eso es. Si no les abandona la suerte y no encallan ya deberían haber llegado, o están a punto de hacerlo.

—¿Estás seguro de eso, Len? Es importante.

—Eso creo, Charlie. Yo hago un poco de vela cuando puedo, ¿sabes? Por aquí es el deporte más usual. Saint Malo desde Tollesbury Flete, sí, veintiséis horas con suerte si conocen el camino, y si son pescadores lo conocen. Es una embarcación pequeña. No creo que tengan que rodear Golmers Gat, podrían acortar por Spitwee y Burrows Swatch y atravesar los bajíos hasta Margate. Y luego frente a los Goodwins. El tiempo es ideal desde que se disipó la niebla, y esa barca lleva vela y también motor diésel, así que puede ir deprisa. Según lo que hayan utilizado, puede que ya estén allí.

Hizo una pausa, y a medida que el silencio se prolongaba rio en tono de disculpa.

—Bueno, ya tienes muchas cosas en qué pensar, así que no te entretengo. Te deseo lo mejor. Hazme saber si quieres algo más. Les voy a meter prisa a los de aduanas y les echaré un vistazo a las huellas. Adiós.

Luke colgó. Pocas veces los acontecimientos iban más deprisa que su velocidad mental, pero ahora, en lugar de estar a la altura de las circunstancias, se encontraba aturdido.

—La policía francesa —le dijo al sobresaltado Picot—. Llama por radio a la policía francesa. Aquí tienes los detalles. Mientras yo los anoto ponme con el comisario jefe Yeo, que está en el hospital Great Western, y toca el timbre para que venga Andy.

Le guiñó un ojo a la ventana, que ahora mostraba un cuadrado de cielo límpido, y su cara comenzó a brillar de nuevo a medida que los fuegos de su energía se volvían a poner al rojo vivo.

—Un día bueno y despejado, Len, viejo... —murmuró—, bastante bueno para volar, ¿no te parece?

Capítulo 19

El misterio de Sainte-Odile-sur-Mer

—Si uno no se empeñara tanto en no blasfemar —dijo la señora del Citroën con todo su empeño en exhibir su mejor inglés—, comentaría que el demonio ha tomado parte en esto, ¿no creen?

Desde el asiento delantero del Talbot, Meg Elginbrodde puso una cortés sonrisa de asentimiento, y por tercera vez ambas mujeres regresaron al silencio y contemplaron las pequeñas olas que retrocedían lentamente desde la carretera.

La tarde de noviembre era tan suave como si fuera de principios de otoño. En la quietud iluminada por el sol, la campiña se extendía como un manto salpicado de púrpura y verde, con suaves toques dorados bajo un cielo color perla.

Geoffrey, que había estado dormitando al volante, encendió otro cigarrillo mientras aguardaban en la parte delantera de la creciente línea de tráfico a que bajara la marea para poder pasar.

—Me siento como si jugara en un balancín —comentó volviendo la cabeza hacia Campion y Amanda, sentados en la parte trasera.

Amanda rio y asintió en dirección a la oscura colina en forma de cuña que se alzaba delante de ellos al otro lado del mar.

—De todos modos, podemos verla —dijo—. Nunca pensé que lo consiguiésemos. He viajado sin esperanzas. Despierta, Albert.

—¿Por qué? —preguntó el señor Campion, y no fue una pregunta absurda—. Todos los vehículos (¿un vapor es un vehículo?) en los que he puesto el pie en los últimos dos días y dos noches se han quedado parados en seco durante una o dos horas justo cuando su objetivo estaba a la vista, así que he desarrollado la habilidad de quedarme dormido, podríamos decir, en defensa propia. Lo que más me asombra, si me perdonas, Meg, es por qué tú, al igual que las autoridades, nos habéis explicado todo lo referente a este pueblo, sin duda encantador, pero os habéis olvidado de mencionar que era una isla. Yo entendí que se trataba de Sainte-Odile-sur-Mer, no *sous-Mer*. No refunfuño porque sea uno de esos bobalicones, pero, puramente como una cuestión de interés académico, ¿qué te indujo a olvidarlo?

Meg no volvió la cabeza, estaba prácticamente hundida en el cuello de su abrigo de viaje.

—Cuando yo estuve aquí no era una isla —dijo—. Solo ocurre cuando la marea está alta.

—Que es dos veces al día —murmuró Geoffrey apretando la mano de Meg, que yacía entre ambos—. ¿Te sientes más feliz, hermosa?

—Mucho. —Meg le sonrió. Tenía los ojos tan vivos como su gorrito azul, alegre en contraste con el forro de piel de su abrigo de *tweed*—. Soy feliz desde ayer por la

noche. De repente, a eso de la medianoche, me pareció que todo iba bien. Siento haber armado tanto alboroto. Fue porque el barco llegó muy tarde después de toda la demora del principio, supongo. Y yo quería continuar.

—No querías seguir, y lo sabes —dijo Amanda—. Querías volver. Creo que Geoff fue muy prudente al no esperar en Saint Malo. Naturalmente el problema con el neumático en Les Oiseaux fue completamente imprevisible.

—Y durante algunas horas, irremediable —murmuró Champion—. Vámonos a vivir a Les Oiseaux, Amanda. Allí no hay papeleo, ni policía, ni garajes, ni alcantarillas, ni farolas, ni correos. Probablemente no hay ni guerras. Buena comida, sonrisas de felicidad, y siempre te espera un día largo y agradable. En este momento Londres, París y Nueva York podrían haber volado por los aires. No nos habríamos enterado. Qué maravilla si siempre fuera así.

—Eso es la edad —dijo su esposa—, o probablemente esa segunda tortilla. ¿Qué diantres te hizo comer dos?

—La glotonería —dijo simplemente Champion, y la mujer del Citroën, que había estado siguiendo la conversación con creciente dificultad, abandonó desesperada y emitió un grito cuando su marido soltó el embrague.

Geoffrey acabó por despertarse.

—Se cree que nos va a adelantar, ¿no? —murmuró—. Cuando Francia avanza, ¿Inglaterra vacilará?

Campion abrió un ojo.

—Con la suerte que tenemos, cuando estemos a mitad de camino ya habrá vuelto a subir la marea —observó—. ¿Dónde vamos primero? ¿Al pueblo o directamente a la casa?

—Oh, a la casa. —Meg se volvió hacia él—. Por favor. Es muy tarde, casi las dos. Si no vamos en seguida, oscurecerá. Al llegar, la carretera se bifurca, y el pueblo queda más abajo, al oeste. Si cogemos la carretera que sube la colina hacia el este estaremos en diez minutos.

La respuesta del señor Champion, referente a lo aventurado de las profecías cuando estaba en juego su suerte, quedó ahogada en un histérico alboroto de bocinazos a su espalda, mientras un coche negro atravesaba el tráfico a toda velocidad, rozaba el guardabarros del lado del conductor y se zambullía en el agua somera como un pato, arrojando una estela de agua a cada lado. Geoffrey se lo quedó mirando con interés.

—¿Habéis visto eso? —dijo—. Los valerosos gendarmes. Muchísimos. La policía, ¿es que nunca podemos librarnos de ellos? ¡Ya han cruzado, por Júpiter! Sí, allá van, por la carretera que baja hacia el oeste. Nosotros vamos al este, ¿verdad, querida? Muy bien, pues adelante. Con decisión. —Aceleró el motor y a continuación el pesado coche se adentró suavemente en el agua.

Cuando salieron al otro lado, la carretera se bifurcaba y comenzaron a ascender lentamente la más estrecha, dejando que el resto del tráfico siguiera la principal hasta el pueblo.

La colina subía empinada entre altos setos dorados por el efecto del sol. El aire era sereno y transparente, solo alterado por el zumbido de un pequeño avión de reconocimiento plateado que cruzaba el cielo a poca altura. Descendió en picado y a continuación volvió a remontar.

—¿Qué está haciendo? —murmuró Campion, pero nadie lo escuchaba y el viaje era tan agradable que volvió a cerrar los ojos. Meg iba muy erguida en el asiento, mirándolo todo con avidez.

—Es por aquí, Geoff. Una verja blanca. Has de entrar y conducir un buen rato hasta llegar a la casa, yo diría que poco más de un kilómetro. Sí, es por aquí.

Abandonaron la carretera y se internaron en un camino que cruzaba un amplio prado, pelado y desolado. La escasa hierba brotaba en matas en aquel suelo pobre, y era más gris que verde. No había dónde refugiarse, ni ningún árbol que interrumpiera el arco de tierra que se dibujaba contra el cielo. La casa apareció de repente, y con ella el mar verde oscuro y la línea quebrada de la costa, orlada de espuma, que se extendía hasta el horizonte por los dos lados.

Era una pequeña casa de piedra, achaparrada y sólida como un castillo, con una única torreta y un muro alrededor que habría resistido un asedio. Hasta que no la tuvieron casi delante les pareció un lugar cuidado y en buen estado, pero en cuanto cruzaron el arco que conducía al patio delantero, vieron que estaba abandonada y que necesitaba una buena reforma. No había cristales en las ventanas y la hierba había brotado a través de la grieta que hendía la piedra delante de la puerta de entrada tachonada de clavos.

Subieron en silencio. La alegría de un momento atrás vaciló ante aquella repentina imagen de desolación. La casa estaba muerta, era una víctima, y puesto que la muerte no tenía más dignidad que la que los vivos pueden otorgarle, su descuido armazón era feo y patético.

—Odio esta parte —dijo Meg, a la que se veía joven y triste a pesar de la sofisticada jactancia de su prenda de cheviot forrada de visón, un regalo de boda—. Pasemos por aquí.

Sus piernas esbeltas enfundadas en seda, aparentemente demasiado frágiles para sus botas, la condujeron al otro lado de un pequeño patio, hasta una puerta que se abría en el muro. Apoyó el peso contra ella y esta se abrió con un crujido, arrastrando un poco de hierba seca. Esta conducía hasta la ruina de lo que antaño había sido un cuidado jardín, que descendía en pendiente hasta el borde del acantilado y allí quedaba cercado por una tapia en la que ahora había muchas brechas. Contra toda lógica, el lugar parecía extrañamente asfixiante, así que las grietas en la mampostería, a través de las cuales resplandecía el mar peligrosamente, eran bienvenidas.

Amanda olfateó el aire.

—Romero —dijo—, y boj, y ¿qué es eso? Ah sí, ajenjo. Ahí está. Es eso plateado. ¿Lo hueles? Oh, Albert, este jardín debía de ser encantador.

El señor Campion rodeó con un brazo sus hombros envueltos en pieles y acercó

los labios a su oreja.

—Y ahora es como una muela vieja y horrorosa, una de esas grandes muelas del juicio negras, ¿no te parece?

—Qué cosa tan horrible y desagradable —dijo Amanda—. Mira, han encontrado el almacén para el hielo. ¿De verdad que es eso?

Meg y Geoffrey, que iban delante, se habían detenido ante un pequeño edificio de piedra que sobresalía en el ángulo del muro principal. No era grande y estaba construido dentro de una hondonada, de manera que poco más de la mitad de las paredes y el techo cónico quedaban visibles entre la maleza que lo rodeaba. Los dos entraron mientras Amanda hablaba, y ella y Albert los siguieron.

El interior fue una sorpresa, pues había luz. La totalidad de un rincón se había derrumbado con parte del muro exterior, de manera que ahora había una ventana de contornos irregulares, más o menos a la altura del pecho, que daba al mar por encima del acantilado. El efecto era inesperadamente encantador. El cielo y el mar se fundían en el horizonte, y el sol de la tarde, asomando de las aguas ambarinas, doraba la superficie, vetada de sombras violetas y columnas de espuma.

Un pequeño barco anclado, con las velas rojas plegadas, cabeceando a lo lejos, destacaba solitario en medio de la marina. A esa distancia no era más grande que una caja de cerillas, y el nombre, dos palabras pintadas llamativamente en blanco sobre su costado oscuro, resultaba ilegible.

—¡Qué preciosidad! —Por un instante la fulgurante visión, tan inesperada y hermosa, absorbió la atención de los cuatro, y Meg dijo encantada—: También hay humo. Un poco de humo en el horizonte. ¿No lo veis? Por lo demás, la embarcación está completamente sola.

Geoffrey se rio.

—El primer signo de vida desde que giramos hacia el este —dijo—. Da gusto verlo. Creía que habíamos llegado al fin del mundo. Y ahora, Campion, el gran momento.

Se miraron el uno al otro, y por primera vez desde que comenzara el viaje admitieron ante sí mismos la tristeza y el absurdo de la búsqueda. Todos excepto Meg habían rebasado ya la primera juventud y el patetismo de ese pequeño legado oculto en aquella tumba medio en ruinas los conmovió a los tres. Solo Meg estaba radiante.

—Dices que son accesorios para la chimenea, y tú algo olvidado. Y tú, Amanda, dices que es una cristalería que no tiene precio —dijo Meg, mirando primero a uno y luego a otro—. Pero yo digo que, sea lo que sea, es mío, y lo querré muchísimo. Y ahora, Geoff, basta de secretos, estamos solos. ¿Qué tenemos que hacer? ¿Levantar el suelo?

—No. —Levett había cruzado la piedra hasta el borde del desagüe por donde el agua había corrido antaño, y contemplaba la contumaz figurita de jardín de cemento victoriana que montaba guardia enmohecida. Era un objeto grande y tosco que nunca había sido hermoso, ni siquiera agradable. Se trataba de una insípida pastora,

demasiado inverosímil para ser creíble, sentada sobre el consabido tocón y sosteniendo en su mano desproporcionada una jarra muy pequeña. Su falda ancha era grande como un barril y casi de la misma elegancia, y puesto que ahora estaba medio desmoronada y al desconcharse la pintura había quedado moteada, ya no era, tal como podría haber señalado el propio Lugg, «ningún ornamento».

—Ahí está, sea lo que sea —dijo Geoffrey—. La posdata simplemente decía: «El tesoro está escondido dentro de la estatua». Campion, creo que lo mejor será que la tumbemos para poder ver la base. ¿Lo intentamos?

Los dos hombres, muy sólidos y corpulentos gracias a sus abrigo, cogieron la figura por la cintura y la espalda y la volcaron lentamente. Era pesada, pero se hallaba sobre un pedestal demasiado pequeño para ella, y la pared del desagüe la recibió mientras la bajaban al primer intento, muy suavemente, hasta las losas cubiertas de musgo. Allí se quedó, deforme y ridícula. La base plana del tocón y la falda en forma de barril formaron una O de perímetro quebrado, una especie de concha de ostra.

Que habían encontrado el escondrijo les resultó evidente en seguida. El molde original había sido hueco, pues el contorno de cemento de la parte interior quedaba claramente marcado, pero por dentro lo habían rellenado de manera inexperta, y había un pliegue de tela, quizás un trozo de manta, apenas visible dentro de la masa blanca. Campion lo intentó con la uña y dejó una ligera marca.

—Está blando, pero no lo suficiente —dijo—. Creo que necesitamos una ayuda experta, pues la cosa es muy frágil. Todavía no son las tres. ¿Qué os parece si bajamos al pueblo y vamos a ver al albañil? No creo que podamos sacarlo sin herramientas.

—¿No hay ninguna en el coche? —Lo dijo Meg, con las mejillas arrojadas y los ojos bailándole, tal como debió de verla Elginbrodde cuando ella aún no había cumplido los veinte años.

—No. —Geoffrey entrelazó el brazo con el de ella posesivamente, y su virilidad resultó agresiva en aquel reducido espacio—. No, Albert tiene razón. Es algo delicado. La carta recalca ese detalle. Ten paciencia, cariño. De nada sirve haber recorrido todo este camino para luego romperlo. Bajemos al pueblo. Tú y Amanda podéis ir a ver si hay habitaciones en el *pub* mientras nosotros buscamos a los albañiles. Creo que quizá sería más fácil moverlo... ¿Qué ocurre, Amanda?

—Nada. —Amanda volvió a asomar la cabeza al interior del edificio—. Me ha parecido haber oído algo, pero solo ha sido la puerta al moverse. Pues qué, ¿bajamos al pueblo?

—Id vosotros tres. Amanda se encargará del hotel, Geoff puede ir a buscar a las autoridades y Albert ver si encuentra a un albañil. Deja que me quede. —Meg hablaba con mucha seriedad y había desentrelazado el brazo del de su prometido.

—No me parece buena idea —dijo Amanda en seguida—. Lo único que conseguirás es pillar un resfriado, eso si no te caes por el acantilado.

—Pero me gustaría quedarme con mi tesoro. ¿Te importa, Geoff? Para mí

significa mucho. ¿Te importa?

El señor Champion no se interpuso. En esas cuestiones era perro viejo. Sus ojos claros se posaron en la mirada de Geoffrey, donde una fugaz llama de celos prendió y se extinguió avergonzada.

—Haz lo que quieras, querida —dijo por fin Levett un tanto incómodo—. Quédate si quieres. Así volveremos antes.

—Eso es lo que yo pensaba. —Estaba feliz como una niña—. Me quedaré aquí sentada contemplándolo y preguntándome cuál puede ser el misterio de Sainte-Odile. Daos prisa o me moriré de curiosidad.

El Sagrado Misterio de Sainte-Odile. El procesador privado de la mente del señor Champion se puso lentamente en movimiento. Tenía diez años y estaba detrás de su imponente madre en la iglesia de la colegiata de Villeneuve, sobre el puente de Aviñón, esforzándose por traducir las frases de erres francesas que salían de la boca del guía oficial.

«Esta obra de arte milagrosa sin lo-que-sea única en el mundo a excepción de su hermana (esto debe de ser un error) en la custodia veneradora de la familia de uno de los más importantes caballeros de Francia. Lo llaman el Misterio, el Sagrado Misterio de Sainte-Odile-sur-Mer».

—¡Caramba! —dijo con repentina excitación—. Esto va a ser interesante. Hagamos lo que sugiere Geoff. Traeremos una camioneta para transportar ese trasto al hotel. Te dejaremos a ti para que te las arregles con ellos, Amanda. Tú, Meg, quédate aquí, ya que así lo deseas, y procuraremos tenerlo todo solucionado en media hora.

—Querido, eres muy amable.

—¿Seguro que quieres quedarte aquí?

—No seas tonto. Vuelve pronto y veremos lo que es.

—De acuerdo. Veinte minutos. No te acerques demasiado al agujero de la pared.

—No te preocupes.

Meg se sentó en el pedestal vacío y colocó la manga forrada de pieles sobre la base de la estatua. Había una calma deliciosa. Oyó claramente como el coche se ponía en marcha y escuchó el sonido del motor apagándose suavemente hasta que se perdió en medio del gruñido más profundo y acariciador del mar. El sol todavía brillaba y las lejanísimas vetas de oropel sobre el agua se habían transformado en un dorado más intenso. La barca seguía allí, pero una de las velas se veía ahora distinta. Meg la contemplaba entrecerrando los ojos, esperanzada. A lo mejor iba a desplegarla, como si fuera una mariposa roja.

Había otro barco, también muy lejano y del tamaño de una cucaracha. Era oscuro y una larga cola de espuma blanca daba fe de su velocidad.

El rugido de un avión que volaba muy bajo sobre el jardín echó a perder el momento, cosa que la molestó un poco.

Pasó un dedo alrededor del relleno de yeso del molde y se acordó de Martin con

mucha ternura, pero sin pesar. Su proceso de duelo había terminado. Martin había sido un hombre alegre, amable, valiente, y se había integrado en el tejido de la vida de Meg, que para él era mucho más rico.

Meg estaba impaciente por descubrir su nueva responsabilidad y mientras frotaba el yeso con indolencia, se desprendió un disco en la superficie, revelando una profunda fisura. Estaba tan interesada en sus posibilidades que no oyó el tenue susurro en los arbustos de boj fuera en el jardín. Para cuando hubo abierto su bolso y extraído una lima de uñas, nada podría haberla sacado de su ensimismamiento.

El frágil instrumento de acero hurgó en aquel punto débil con cautela, y de repente se desprendió un buen trozo de aquella mezcla seca y pulverulenta, mostrando un bulto cubierto de algo que en algún momento debió de ser una manta. Sintióse muy culpable, pero incapaz de resistir la tentación, siguió hurgando y muy pronto había formado una cavidad de casi treinta centímetros de profundidad, lo bastante ancha como para meter la mano.

Estaba tan emocionada que los pasos que oyó a su espalda fueron simplemente bienvenidos y al volver la cabeza divisó un jersey azul y una boina oscura recortados en el luminoso vano de la puerta.

—*Bonjour* —dijo cortésmente, y regresó a su labor sin mirarlo—. *Qu'il fait beau. Est-ce que...?*

—Hable inglés.

—¿Inglés? —dijo—. Qué suerte. Ojalá hubiera aparecido antes.

Había roto otro trozo de yeso y estaba absorta ensanchando el agujero lentamente. La voz del hombre había sonado ronca, pero no le había causado ninguna honda impresión. No había revelado ninguna fuerza dominante.

—¿Trabaja usted aquí? O no, supongo que está pescando. ¿Es ese su barco?

Mientras hablaba se desprendió otro fragmento de yeso. Meg lo colocó cuidadosamente a su lado y metió la mano para sacar más, charlando aún con la espontánea simpatía de su edad.

—¿No parece todo maravilloso desde aquí?

Havoc no se movió. Había dormido una hora en el bote, pero no más, y ahora sentía la tierra alzándose bajo sus pies, como los costados de un inmenso animal, vivo e irresoluto. Estaba casi agotado, prácticamente no podía más. El esfuerzo final del acantilado había agotado sus fuerzas, pero había conseguido llegar.

Apoyó una mano en la jamba de la puerta, habló y se quedó asustado por la falta de vida de su propia voz.

—¿Qué está haciendo? —La pregunta era ridícula. Se daba cuenta de lo que hacía y no se le pasó por alto su importancia. No esperaba que ella respondiera. Encontrarla allí había sido tan irreal para él como lo había sido cualquier otro suceso fortuito desde que regresara a la iglesia la noche anterior y el anciano le hubiera dicho lo que quería saber sin ni siquiera tener que preguntárselo.

Desde aquel momento la Ciencia de la Suerte había dejado de ser un culto que

había seguido afanosamente, una mera serie de oportunidades que podía aprovechar o dejar pasar. A partir de entonces se le había revelado como una fuerza que lo había arrastrado sin ni siquiera su connivencia. Había sido un torbellino de pesadilla en el que todo quedaba absorbido sin perder la cualidad esencial de la pesadilla, que es el miedo. La secuencia de acontecimientos se había sucedido como un sueño, y en su agotamiento se lo había parecido. Recordaba a la anciana de la panadería, ocultándolos en el cobertizo donde estaba la furgoneta. Se acordaba de Roly guiándolos, de las carreteras desiertas en las que nadie los había detenido, el barco ya a flote en la orilla del mar lamido por las olas. Todo atravesó su mente como los detalles a cámara lenta de una caída, o de un accidente de coche, suave, irrevocable, definitivo.

El momento de locura había tenido lugar cuando Tom saludó el *Marlene Doreen* con un grito de reconocimiento, con esa descomedida fe en la que había perseverado a pesar de las furiosas discusiones con su hermano. Era el mismo tipo de barco que tenía su padre, eso era todo, pero Tom creía que él y su hermano podrían manejarlo. Sobre esas tersas planchas parecían más altos y se convertían en hombres diferentes.

Allí estaban ahora, todavía sentados y esperando a que regresara, esos malditos idiotas; felices, confiaban en él, aun cuando Bill, mareado como un perro en la proa, los insultaba penosamente por su estupidez.

Todavía seguirían allí sentados cuando apareciera la lancha de la policía. Por lo que Havoc había oído, los polis franceses llevaban fusiles en casos como ese. No obstante, de una manera u otra todos estarían bastante ocupados durante un tiempo razonable. La vieja Ciencia seguía funcionando. La Suerte estaba con él: no podía equivocarse.

Pero todavía había que pensar en Doll. Havoc lo había visto tirarse al agua mientras él aún jadeaba escalando el acantilado, pues la ascensión se había vuelto mucho más penosa desde la última vez que la superara. Doll había olfateado el peligro y había ido tras él. El muy bruto era astuto y no le faltaban agallas, el tesoro lo tenía obsesionado. Pero nunca llegaría a la cima. Ahora debía de estar en algún lugar de la ascensión, quizá debajo del segundo saliente, agarrado allí, como una babosa blanca con una cabeza negra. Tiddy Doli con un solo ojo y unas zapatillas de baile de charol.

La respuesta de Meg a su pregunta lo cogió totalmente por sorpresa. La mujer era un obstáculo tan insignificante que se había olvidado completamente de su existencia. El sexo hacía mucho que había dejado de interesarle, y su frágil belleza, elegantemente envuelta en pieles y lana, no le causaba la menor impresión. Igual le hubiera dado que fuera un saltamontes posado en la entrada de la cueva de su tesoro.

Pero al oír su voz se acordó de cuando era niño, y le evocó otra voz clara e infantil, con un acento irritantemente mejor que el suyo. También recordó aquel aire de ensimismamiento que ofendía su orgullo entonces y que ahora que ella debería haber comprendido el peligro que corría le parecía increíblemente ridículo.

—Intento sacar algo muy frágil de aquí dentro sin romperlo —estaba diciendo ahora Meg—. Es algo que he heredado, pero no sé lo que es. Tengo que sacarlo de este envoltorio, ¿lo ve? Todavía está muy fuerte, o a lo mejor es que es muy pesado. ¿Le importaría intentarlo? Vaya con mucho cuidado.

Havoc se abalanzó hacia adelante, tambaleándose al soltar la jamba. Estaba mucho más débil de lo que había pensado. Pero qué importaba. Para él todo había acabado, ¿o no?

Havoc vio la expresión horrorizada de Meg cuando la luz entró por la brecha de la pared y lo alcanzó, y su primer pensamiento fue que lo había reconocido de la infancia. Pero su exclamación disipó aquella halagadora ilusión.

—Cielo santo, ¿se encuentra bien?

El interés de Meg le recordó a Avril, cosa que lo enfureció.

—Parece usted muy enfermo. Por favor, no se moleste con esto. Los demás volverán en seguida. No tiene la menor importancia. Lo lamento muchísimo. No me di cuenta. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Quítese de en medio. —Todo su poder se había agotado. Se dio cuenta y apartó de sí ese pensamiento al mismo tiempo que apartaba la mano que Meg había tendido para sujetarlo.

Por lo que respecta a Meg, el hombre tenía un aspecto tan cadavérico, la piel estaba tan pálida bajo la barba de tres días, los huesos le asomaban de tal modo por los hombros del jersey, y los ojos estaban tan apagados en el interior de sus órbitas agrietadas que en aquel cuerpo no vio ningún tigre.

Se apartó del pedestal y él se dejó caer junto a este. Introdujo la mano en la cavidad que ella había formado. Forcejeó febrilmente y sus poderosos dedos rompieron el yeso y lo fueron echando al desagüe. El estímulo de tocar aquel escondite largo tiempo buscado avivó las cenizas de su energía, y ella lo observó fascinada, atraída por aquella exhibición de fuerza.

El núcleo duro del descubrimiento, un bulto envuelto en varias capas gruesas de manta empapada de cemento, comenzó a tomar forma gradualmente. Parecía ser más o menos cilíndrico, de un metro y medio de largo y con una base de poco menos de sesenta centímetros. Antes de despejar el extremo interior, por dos veces había intentado sacarlo por la fuerza, pero se le resistía, y de nuevo siguió rascando y sacando yeso febrilmente. Lo cubría un polvillo blanco, y el pelo y el jersey azul que Havoc había encontrado en el armario del *Marlene Doreen* se habían convertido en un gris apelmazado.

Meg lo observó ahora con desconfianza. No tenía miedo de él, sino por él, y la alegró oír el vago zumbido de actividad que lentamente se iba haciendo más perceptible desde tierra adentro y desde el mar. Ella poco sabía de enfermedades, pero el hombre tenía muy mal aspecto, se dijo.

Por el rabillo del ojo Meg distinguió una rociada de agua extendiéndose delante del paisaje y se volvió demasiado tarde para ver la embarcación que había dejado

aquella estela. El barco con las velas rojas ya no era visible. Después de todo, debía de haber abierto las alas.

—Su barco se ha movido —dijo Meg—. ¿Lo sabía? A lo mejor puedo verlo si me coloco en un sitio mejor.

—No es mío. Tire de aquí.

Su voz volvía a ser imperiosa y la sorprendió tanto que obedeció de inmediato. Meg se metió en el interior del desagüe y agarró donde él le indicaba.

Al moverse le llegaron, muy tenues y lejanos, procedentes del mar, una serie de bruscos chasquidos, seguidos de un largo grito incorpóreo parecido al de un ave marina. Fue un ruido apenas audible, un tono levemente más agudo que el incesante y soporífero murmullo de las olas. Havoc lo oyó, pero sus manos no vacilaron. Fusiles. Eso le parecieron. El pálido torso de Doll debía de haber sido un maravilloso blanco.

El incidente le había pasado completamente por alto a la muchacha, comprendió Havoc. La Ciencia no titubeaba, la Suerte se mantenía. Podía sentirla extendiéndose ante él.

Al final el bulto se movió.

—Tire —ordenó Havoc—, ahora. —Y de nuevo—: Tire.

Havoc comprendió que ella tenía tanta fuerza como él, y eso le molestó durante un momento. Era raro encontrarla en una chica. La masa medio descascarillada se deslizó hacia adelante sobre el polvo resbaladizo.

—Tire —repitió sin darse cuenta de que susurraba—. Tire.

—No. Mire, está atascada. Allí. ¿Lo ve?

Meg tocó un lado de la abertura original.

—El material de la base es más duro que el resto. Aquí es un poco irregular, eso es lo que le impide salir. Espere un minuto.

Meg intentó sacarlo con su ridícula lima.

—Lo que necesitamos —dijo cortando las palabras mientras se esforzaba inútilmente—, lo que necesitamos de verdad es un buen... cuchillo... y fuerte.

Meg no lo miraba y de todos modos, incluso bajo su máscara de yeso, la cara de Havoc no cambió. Se palpó bajo el jersey. Sus dedos encontraron la funda de siempre y suspiró cuando el mango del cuchillo se acomodó en su mano.

Meg rio en voz alta al ver la hoja sobre el cemento.

—Ya he dicho que tenía usted suerte. —Su voz sonó alegre, como la de un niño.

—Tengo suerte —dijo él, y golpeó con el cuchillo.

La masa de yeso y la reluciente hoja de acero se partieron al mismo tiempo, y juntas cayeron para unirse con los demás restos.

—¡Vaya! —Meg lo sentía por su pérdida—. Lo siento.

Havoc no la oyó. Estaba escuchando el ritmo de los motores de gasolina, todavía demasiado lejanos para ser nada más que un ruido de fondo en la brisa que procedía del valle. Arrojó el mango inútil a su espalda y cogió el bulto con las dos manos.

—¡Vaya con cuidado, por favor, vaya con cuidado! Es muy, muy delicado.

Meg se inclinó hacia adelante para ayudarlo, y él se lo permitió, porque sabía que aquello debía de ser demasiado pesado para que él pudiera levantarlo solo. Juntos lo colocaron suavemente sobre las losas recubiertas de musgo.

El rugido de un motor de avión, más fuerte que el del pequeño aparato de reconocimiento plateado que habían oído a primera hora de la tarde, descendió en picado a través de todos los demás ruidos que convergían en el almacén para el hielo. Su orgulloso estruendo mientras comenzaba a dar vueltas sobre los tersos pastos de la cima de la colina ahogaba los motores que se oían en el valle y los gritos procedentes del mar. Ninguno de los dos que estaban en aquella cabaña del jardín lo oyó. Las mantas endurecidas que rodeaban el bulto se habían podrido y se separaron fácilmente de la estructura principal, que quedó sólida e indiferente ante ellos.

Era un cofre de madera construido partir de la sección de un solo tronco de olmo, blanco y marcado por el tiempo y los gusanos, pero rodeado por unos aros de metal como si fuera un tonel. Por un momento su impenetrabilidad fue excesiva para el hombre y sus manos temblaron sobre la nudosa superficie con espantosa impotencia.

—Se abre aquí. Mire, hay un gozne y un cierre. —La voz de Meg le llegó a Havoc sin ninguna personalidad, como si fuera la voz de la propia Ciencia, y con la misma irrealidad la vio inclinarse sobre la caja y oyó el suave gemir de los goznes secos.

La tapa redondeada cayó hacia atrás, revelando un forro de seda bordado en relieve tan antiguo y frágil que parecía que un aliento podía rasgarlo y destruirlo.

En el interior había un bulto, cubierto prosaicamente con lana moderna, una cantidad exagerada alzándose absurdamente como nata sobre un pastel.

De repente Havoc se sintió tan asustado que su mano extendida se detuvo en el aire, y Meg se colocó a su lado.

Con mucha cautela retiró la envoltura y el tesoro de Sainte-Odile se quedó observándolos a ambos con la misma dulce e inocente solemnidad con la que había observado todas las crueldades, las obscenidades y la indestructible esperanza de seiscientos años.

Se trataba de una Virgen con el Niño de marfil, una obra del siglo XIV tallada de un solo colmillo curvo, de manera que la figura principal se doblaba ligeramente como para sustentar mejor su deliciosa carga.

No era idéntica a su más famosa hermana de Villeneuve-lès-Avignon. Aquella exquisita obra de arte ha sido dañada, y transmite una extraña sensación de dolor, así como un vestigio de sutileza oriental en algunos de sus detalles. Pero esta, la otra obra que había sobrevivido de ese maestro anónimo, estaba en perfectas condiciones, sin daño alguno. Era la obra tardía de un hombre que, aunque todavía prisionero en una tierra extraña, había conocido la misericordia de su inspiración. La serenidad de la obra fluía de manera natural desde los impresionantes ropajes de las rodillas y el dobladillo hasta la cara medieval, no la de un santo, ni tampoco la de un niño.

Durante un minuto entero los dos se la quedaron mirando en un silencio

impenetrable. Meg se dejó caer sobre los talones en medio del polvo y sus ojos se fueron ensanchando lentamente hasta que aparecieron lágrimas en ellos. Era la reacción que la tradición consagraba, el Sagrado Misterio que le había dado su nombre al tesoro. Las mujeres honestas lloraban al verlo por primera vez. Era un fenómeno que se había observado durante dieciocho generaciones.

Cuando la lágrima cayó en la mano de Meg, esta se sobresaltó, se sonrojó y se volvió con un gesto de disculpa hacia el hombre que la había ayudado.

—No me lo esperaba —dijo ella con una voz ronca—. No me esperaba nada parecido. Debe de ser la cosa más hermosa del mundo.

Él no se movió, y ella se ahorró ver la expresión de su cara.

Era típico de Havoc no perder su sentido práctico ni en aquel momento de desastre, pues así lo dictaba su orgullo. Era un hombre moderno. Tenía los pies en el suelo. Al menos había heredado esa gracia del patrimonio que tanto le había costado amasar a la civilización. No intentó humanizar su Ciencia de la Suerte y atribuirle así la crueldad o el engaño deliberado. La disciplina que le había hecho capaz de discernir la realidad imposibilitaba esa evasión mental.

Inmediatamente y con perfecta claridad vio la posición en que se encontraba. El error era suyo. La Ciencia de la Suerte era una fuerza impersonal, inmensa como la de la gravedad de los planetas, implacable como un río que serpentea colina abajo. Lo había comprendido desde el principio. Por eso Avril lo había asustado tanto cuando apareció para decirle lo mismo. Lamentaba haber tenido que liquidar a aquel viejo antes de que pudiera darle un poco más de información. No se hacía ilusiones que lo consolaran. El único elemento humano de todo aquel error catastrófico, y al que por tanto se podía achacar la culpa, era él mismo.

Cuando se acuclilló junto a la caja abierta, su cuerpo pareció contraerse y encogerse como el de un cadáver cuando la vida lo abandona.

Aquel tesoro no tenía ningún otro misterio salvo el pequeño milagro que ya se había obrado al llorar Meg. La figura llenaba todos los recovecos de la vetusta funda, pues había sido tallada para que encajara perfectamente. No había lugar para ningún escondite secreto de joyas ni cualquier otra cosa parecida. Todo lo que había estaba ante él, a su alcance.

Sobre sus cabezas el piloto del avión de la policía apagó el motor y se dispuso a aterrizar. Allí donde la carretera se bifurcaba hacia el este un coche lleno de hombres uniformados tocaba la bocina de manera violenta al Talbot que acababa de adelantarse en la curva.

Havoc se puso en pie y avanzó hacia la chica.

—¿Cuánto valdrá esto? —Se agarraba a un clavo ardiendo, como sabía mejor que nadie. Aun suponiendo que aquella maldita cosa pudiera sacarse sin que se rompiera, ¿cuánto valdría? Unos míseros chelines.

Apenas oyó la respuesta de Meg.

—¿Quién podría comprarlo?

Esa era la respuesta. Era la que le darían todos los peristas. Dejó que se colara en su mente una fantasía que reconocía como absurda. ¿Acaso antiguamente no escondían cosas dentro de las imágenes? Quizá había algo de valor oculto allí dentro.

—Voy a romperla —dijo en voz alta.

Vio como Meg levantaba la mirada rápidamente, no con miedo, sino con esa preocupación que tanto le había enfurecido antes. A continuación, muy lentamente y con mucho más aplomo del que a él le quedaba, Meg cerró la tapa del cofre y muy tranquilamente se sentó encima.

—Está enfermo —dijo, y la autoridad que transmitió su voz fue aterradora porque sonó muy enérgica, como la de una enfermera o alguien de mucho tiempo atrás—. Escúcheme. Puede que no lo sepa, pero está usted agotado. Me ha ayudado y se lo agradezco mucho, y voy a recompensarle. Me siento culpable porque ahora que lo miro no sé si debería haber permitido que se agotara.

Havoc se dio cuenta de que apenas la veía. Parecía alta y serena, y su poder era más grande que el suyo porque él estaba demasiado agotado.

—Además, ha roto el cuchillo —estaba diciendo Meg, sin apercibirse de cómo sonaban sus palabras—. De todos modos, permítame pagárselo.

Él todavía permanecía delante de ella, sin darse cuenta de que ya no intimidaba. Vio el bolso de Meg y supuso que contendría como mucho unos miles de francos. También estaba su abrigo, claro, que tenía muy buena pinta solo con que tuviera algún sitio donde venderlo. Meg tenía las manos tan cubiertas de yeso que Havoc no veía si el único anillo que llevaba era bueno o de imitación.

Havoc negó con la cabeza y le hizo seña a Meg de que se moviera. No quería tener que tocarla, porque necesitaba todas las fuerzas de que disponía y el tiempo era escaso. De todos modos se dijo que haría añicos aquella figura. Podía haber algo dentro, y en cualquier caso sería una satisfacción. La chica seguía sentada allí como una estúpida y se la estaba ganando.

—¡Levántese!

La chica parecía mucho más lejana de lo que él había pensado, pues el golpe ni la rozó, y él casi perdió el equilibrio. La repentina carcajada de Meg fue el sonido más terrible que había oído nunca. Supo lo que ella iba a decir una fracción de segundo antes de oír las palabras.

—Se parece a un niño que era vecino mío, Johnny Cash, que cogió mi teatro de juguete y lo rompió para quedarse con la purpurina, y al final el pobrecillo no consiguió nada más que trocitos de papel y una buena bronca. Échese. Se sentirá mejor.

Trocitos de papel, amarillos, rojos y de un grueso dorado metálico, yacían en el suelo de la carbonera. Un caballo de cartón sobre el que cabalgaban los colores. Su mejor camisa cubierta de tinte. Y fuera la puerta cerrada con llave, Némesis aporreando la madera. Ni siquiera se trataba de un nuevo error. Ya lo había cometido antes.

Apartó la mirada de ella sin ver, caminó arrastrando los pies y salió tambaleándose al jardín amarillento, cubierto de maleza, con aquel olor extraño y amargo.

Ahora toda la falda de la colina estaba llena de gente y ruido. Desde las rocas llegaban unas roncadas exclamaciones a medida que los hombres, cuyo idioma sonaba excitado a los oídos anglosajones, pescaban un pálido cadáver en las aguas someras.

El hombre que huía se abalanzó contra la puerta que daba al patio. Esta no cedió porque se abría hacia el otro lado, y eso para él fue una suerte. Oyó pisadas en las losas del interior y apenas tuvo tiempo de dejarse caer tras una oscura mata antes de que la puerta se abriera hacia dentro y Luke, seguido de su homólogo de la *Sûreté*, embistiera en dirección al almacén de hielo.

En el mismo momento, el Talbot y un coche de la policía entraron en el patio como si compitieran.

Havoc retrocedió un poco, perdió pie y rodó al interior de una zanja que quedaba completamente oculta por las largas hierbas. Su suerte seguía acompañándolo. Nunca le había fallado desde que descubriera la clave. Allí donde se dirigiese, ella lo guiaba sin temor a equivocarse.

Se estaba tan blando y fresco en la zanja que perfectamente se hubiera podido quedar dormido, pero resistió la tentación y consiguió ponerse más o menos en pie y encontrar una antigua tubería lo bastante grande como para que cupiera su cuerpo consumido, y que pasaba por debajo del muro y llevaba a lo alto de la colina.

Al salir levantó la cabeza cansinamente entre las malas hierbas y descubrió que el escondrijo continuaba. Se hallaba en un desagüe en desuso, una depresión profunda y estrecha en la planicie abierta, con la casa a la izquierda. Incluso podía ponerse de pie sin que su cabeza asomara por encima de las hierbas secas de los bordes.

A su espalda, el ruido y la conmoción, los gritos y señales que iban desde el acantilado hasta la playa, iban quedando atrás y a medida que avanzaba penosamente a trompicones se iban haciendo más débiles.

No podía saber adónde iba. La curva de la depresión era tan abierta que no había manera de saberlo. Se movía a ciegas y sin sentido, sin hacer preguntas y sin ir a ninguna parte, solo lejos.

La zanja serpenteaba hacia el borde del acantilado, donde la costa formaba un entrante profundo, como si el mar un día le hubiera dado un bocado a la pared rocosa. La diminuta bahía así formada comprendía ahora casi tres cuartos de un círculo, y mucho tiempo atrás el agua que caía por el desagüe había acabado formando una profunda charca unos setenta metros más abajo.

Havoc se detuvo. La gran barrera que habían colocado empotrada a ambos lados de la pendiente para impedir que cualquier desdichado animal fuese arrastrado por las lluvias lo sustentaba a la altura del pecho. Se quedó allí colgado unos minutos, mirando hacia abajo.

Más allá de la bahía, el mar estaba inquieto, recorrido por largas sombras y

salpicado de puntitos brillantes allí donde se reflejaba el sol invernal. Pero el remanso estaba en silencio y muy tranquilo.

Parecía oscuro. Un hombre podía meterse ahí y dormir larga y plácidamente.

Le pareció que no tenía ninguna decisión que tomar, y, ahora que había descubierto que podía equivocarse, nadie a quien preguntar. Al cabo de un momento dejó que sus pies se deslizaran suavemente hacia adelante. El cadáver nunca fue encontrado.



MARGERY LOUISE ALLINGHAM (20 de mayo de 1904, Londres - 30 de junio de 1966, Colchester, Essex) fue una escritora de novelas policíacas británica.

Publicó su primer cuento a la edad de ocho años, su primer novela a los diecinueve y su primer novela policíaca a punto de cumplir los veinte. Sus historias acerca del detective ficticio Albert Campion, se volvieron muy populares y novelas como *The tiger in the smoke* (El tigre en la niebla) de 1952 y *The China governess* de 1962, con su fino estilo intelectual y perspicacia psicológica, le granjearon al personaje cierta estimación dentro del género literario serio. Murió a los 62 años debido a un cáncer de mama.

La BBC produjo adaptaciones de ocho de sus novelas a finales de los años ochenta.

Notas

[1] En inglés, twenty-seventh tiene trece letras. <<

[2] Porque Dot es «punto» en inglés, el signo utilizado para designar los decimales.
(*N. del T.*). <<

[3] Se refiere al refrán que afirma: «Quien cena con el diablo ha de utilizar una cuchara larga». (N. del T.). <<

[4] Macbeth, IV, i, 44. (*N. del T.*). <<

[5] Porque en inglés havoc significa «devastación, destrucción». (N. del T.). <<

[6] De *El paraíso perdido*, de John Milton, IV, no. (N. del T.). <<